

EL BESO DEL GANAPOR



MARIE RUTKOSKI

MARIE RUTKOSKI

EL BESO DEL
GANADOR

TRILOGÍA DEL GANADOR: LIBRO TRES

Plataforma
Editorial



Título original: *The Winner's Kiss*, publicado en inglés, en 2016, por Farrar Straus Giroux Books for Young Readers, Nueva York
Published by arrangement with Charlotte Sheedy Literary Agency through International Editors Co., S. L. Spain. All rights reserved

Primera edición en esta colección: octubre de 2016

© 2016 by Marie Rutkoski

© de la traducción, Aida Candelario, 2016

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeitorial.com

info@plataformaeitorial.com

ISBN: 978-84-16820-17-7

Diseño de cubierta: Elizabeth H. Clark

Realización de cubierta: Ariadna Oliver

Composición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Nota de la autora

Para Sarah Mesle

SE CONTÓ A SÍ MISMO UNA HISTORIA.

Aunque no al principio.

Al principio, no hubo tiempo para pensamientos que se pudieran expresar con palabras. En aquel entonces, gracias a los dioses, su mente estaba vacía de historias. La guerra se avecinaba. Se cernía sobre él. Arin había nacido en el año del dios de la muerte, y al fin se alegraba de ello. Se rindió a su dios, que le sonrió y se acercó a él. «Las historias harán que te maten –le murmuró el dios al oído–. Así que escucha. Escúchame.»

Y Arin lo hizo.

Su embarcación había surcado las aguas a toda velocidad huyendo de la capital. Ahora se deslizaba poco a poco entre la flota de naves orientales fondeadas en la bahía de su ciudad, veloces corbetas en las que ondeaban las banderas azules y verdes de su reina. Las corbetas estaban a las órdenes de Arin, al menos por ahora. Eran un regalo de la reina dacrana para sus nuevos aliados. No eran tan numerosas como a él le habría gustado. Ni estaban dotadas de tantos cañones como le habría gustado.

Pero...

«Escucha.»

Arin le indicó al capitán de su barco que se situara al costado de la nave dacrana más grande. Tras ordenarle al capitán que atracara y localizara a su prima en la ciudad, subió a bordo de la corbeta. Se acercó al comandante de la flota oriental: Xash, un hombre enjuto con una nariz inusualmente prominente y una piel oscura que relucía bajo el sol de finales de primavera.

Arin miró a Xash a los ojos (negros, siempre entrecerrados y bordeados de la pintura amarilla que indicaba su estatus de comandante naval). Fue como si Xash ya supiera lo que le iba a decir. El oriental esbozó una leve sonrisa.

–Ya vienen –anunció Arin.

Le explicó cómo el emperador valoriano había hecho que envenenaran lentamente el suministro de agua que abastecía a la ciudad de Herrán. El emperador debía de haber enviado a alguien meses atrás a las montañas situadas cerca del nacimiento del acueducto. Incluso desde la cubierta de la nave de Xash, Arin alcanzaba a ver los arcos del acueducto de construcción valoriana. Apenas se entreveía a lo lejos, descendiendo de las montañas transportando algo que había debilitado a los herraníes, adormeciéndolos y haciéndolos temblar.

–Me vieron en la capital –le dijo a Xash–. Un barco valoriano persiguió al mío casi hasta las Islas Vacías. Debemos suponer que el emperador sabe que lo sé.

–¿Qué fue del barco?

–Regresó. En busca de refuerzos, probablemente... y de las órdenes del emperador. –Arin hablaba el idioma del este de forma entrecortada, con un acento marcado, empleando sílabas rápidas y duras. El idioma era nuevo para él–. Ahora atacará.

–¿Cómo estáis tan seguro de que hay veneno en los acueductos de la ciudad? ¿Dónde obtuvisteis esta información?

Arin vaciló, pues no estaba seguro de cuáles eran las palabras en dacrano para lo que quería decir.

–La Polilla –contestó en su propio idioma.

Xash entrecerró aún más los ojos.

–Un espía –añadió Arin en dacrano, hallando al fin la palabra correcta.

Le dio vueltas al anillo de oro que llevaba en el meñique y pensó en Tensen, su jefe de espías, y en que el barco valoriano que lo había seguido podría indicar que habían arrestado a Tensen al tiempo que él abandonaba el palacio imperial. El anciano había insistido en quedarse. Podrían haberlo capturado. Torturado. Obligado a hablar. Arin se imaginó lo que le habrían hecho los valorianos...

«No.» La fría mano del dios de la muerte se posó sobre los pensamientos de Arin y los envolvió con fuerza. «No estás escuchando, Arin.

»Escucha.»

–Necesito papel –dijo Arin en voz alta–. Y tinta.

Le dibujó su país a Xash. Bosquejó la península de Herrán con rapidez, trazando las curvas con la pluma. Marcó las islas repartidas al sur de la punta de la península, salpicando el mar que separaba Herrán de Valoria. Señaló Ithrya, una amplia isla rocosa que creaba un angosto estrecho entre ellas y la punta de la península.

–Las corrientes primaverales del estrecho son fuertes. Resulta difícil navegar en contra. Pero, si se aproxima una flota valoriana, esta es la ruta que tomarán.

–¿Atravesarán un estrecho por el que es difícil navegar? –Xash no parecía convencido–. Podrían rodear las tres islas y virar al norte para bordear la península hasta llegar a vuestra ciudad.

–Demasiado lento. A los mercaderes les encanta ese estrecho. Las corrientes están en su punto más fuerte en esta época del año y empujan las naves procedentes de Valoria hasta las puertas de Herrán. Las hacen atravesar el estrecho a toda velocidad. El emperador espera atacar una ciudad debilitada. No espera resistencia. No verá ninguna razón para aguardar para obtener lo que desea. –Arin tocó el este de la isla de Ithrya y el extremo de la península–. Podemos ocultarnos aquí, media flota justo al este de la península y la otra mitad en el lado oriental de la isla. Cuando asome la flota valoriana, irá rápido. Los flanquearemos y los atacaremos desde ambos lados. No podrán batirse en retirada, aunque los favorecieran los vientos. Si intentan regresar al estrecho, las corrientes volverán a escupirlos.

–No habéis dicho nada acerca de los efectivos. No somos una flota numerosa. Flanquear a los valorianos significa dividir nuestra flota por la mitad. ¿Habéis estado alguna vez en una batalla naval?

–Sí.

–Espero que no os refiráis a la que tuvo lugar en esta bahía la noche de la Rebelión del Solsticio de Invierno.

Arin guardó silencio.

–Eso fue en una bahía –repuso Xash con desdén–. Una bonita cuna con vientos suaves para arrullar a los bebés. Maniobrar aquí es fácil. Estamos hablando de una batalla en mar abierto. Estáis hablando de debilitar nuestra flota al dividirla en dos.

–No creo que la flota valoriana sea numerosa.

–¿No lo creéis?

–No hace falta que lo sea para atacar una ciudad a cuya población ha aletargado el veneno. Una ciudad –añadió deliberadamente– que, según cree el emperador, carece de aliados.

–Me gustan los ataques sorpresa. Me gusta la idea de inmovilizar a los valorianos entre nuestras fuerzas. Pero vuestro plan solo funcionará si el emperador no ha enviado una flota que nos supere ampliamente en número y que pueda hundir con facilidad ambos flancos de la nuestra. Solo funcionará si el emperador de verdad desconoce que Dacra –en la voz de Xash se reflejó la desaprobación– se ha aliado con vos. Al emperador valoriano le encantaría aplastar semejante alianza con una abrumadora demostración de poderío naval. Si sabe que estamos aquí, bien puede haber enviado a toda la flota valoriana.

–En ese caso, es preferible una batalla a lo largo del estrecho. A menos que preferáis que nos ataquen aquí en la bahía.

–Yo comando esta flota. Yo poseo experiencia. Vos no sois más que un muchacho. Un muchacho extranjero.

Cuando Arin respondió, no fue con sus propias palabras. Su dios le indicó qué decir.

–Cuando vuestra reina os encomendó dirigir vuestra flota a Herrán, ¿a quién le otorgó en última instancia el mando de esta? ¿A vos o a mí?

Una mueca de furia endureció el rostro de Xash. El dios de Arin sonrió en su interior.

–Zarparemos ahora –anunció Arin.

Las aguas que se extendían al este de la isla de Ithrya eran de un traslúcido tono verde. Sin embargo, desde donde su embarcación permanecía aguardando a la flota valoriana, Arin alcanzaba a ver cómo las corrientes que surgían del estrecho formaban en el mar una ancha soga de un color casi púrpura.

Él se sentía igual: como si lo recorriera una fuerza oscura y serpenteante. Le fluía hasta las puntas de los dedos, caldeándole la sangre. Hacía que sus costillas se ensancharan con cada inspiración.

Cuando la primera nave valoriana salió del estrello, un malicioso júbilo inundó a Arin.

Y fue fácil. Los valorianos no los esperaban, era evidente que no tenían ni idea de la alianza. El tamaño de la flota enemiga igualaba al de la suya. El angosto estrecho obligó a los barcos valorianos a

adentrarse en el mar herraní de dos en dos. Presas fáciles. La flota oriental se abatió sobre ellos desde ambos flancos.

Las balas de cañón perforaron los cascos. Las cubiertas de artillería llenaron el aire de humo negro. Olía como si hubieran encendido un millón de cerillas.

Arin abordó una embarcación valoriana. Tuvo la sensación de estar observándolo todo fuera de su propio cuerpo: el modo en el que su espada atravesó a un marinero valoriano, y luego a otro, y así hasta que una reluciente capa roja cubrió su arma. La sangre le salpicó la boca. Pero él no notó su sabor. No sintió cómo la mano con la que sostenía la daga se hundía en la tripa de alguien. No se estremeció cuando una espada enemiga se cruzó con la suya y le cortó el bíceps.

Su dios le dio una bofetada.

«Presta atención», exigió la muerte.

Arin así lo hizo y, después de aquello, nadie pudo tocarlo.

Cuando todo acabó, y las naves valorianas destrozadas hacían agua y hubieron capturado al resto, a Arin se le aclaró de nuevo la vista. Parpadeó contemplando el sol poniente, cuya luz recubría como un sirope anaranjado los cuerpos de los caídos y le otorgaba un color extraño a la sangre.

Arin se encontraba en la cubierta de una embarcación valoriana capturada. La respiración hacía que el pecho se le agitara y le doliera. El sudor le goteaba en los ojos.

Trajeron a rastras al capitán enemigo ante Xash.

–No –repuso Arin–. Traédmelo a mí.

La rabia destelló en los ojos de Xash. Pero los dacranos hicieron lo que Arin había pedido, y Xash se lo permitió.

–Escríbele un mensaje a tu emperador –le ordenó Arin al capitán valoriano–. Dile lo que ha perdido. Dile que lo pagará si lo intenta de nuevo. Usa tu sello personal. Envía el mensaje y te dejaré vivir.

–Qué noble –comentó Xash con desdén.

El valoriano no dijo nada. Tenía los labios lívidos. Una vez más, a Arin le asombró comprobar con qué frecuencia el coraje y el honor valorianos no estaban a la altura de su reputación.

El hombre escribió el mensaje.

«¿De verdad eres un muchacho, como dice Xash? –le preguntó el dios a Arin–. Has sido mío durante veinte años. Te he criado.»

El valoriano firmó el trozo de papel.

«Te he cuidado.»

El mensaje, enrollado y sellado, fue introducido en un diminuto tubo de cuero.

«He velado por ti cuando creías que estabas solo.»

El capitán ató el tubo a la pata de un halcón. El ave era demasiado grande para tratarse de un cernícalo. No poseía las manchas de un cernícalo. El animal ladeó la cabeza y contempló a Arin con sus ojos parecidos a cuentas de cristal.

«No, ya no eres un muchacho, sino un hombre hecho a mi imagen... que sabe que no puede permitir que lo consideren débil.»

El halcón se elevó hacia el cielo.

«Eres mío, Arin. Ya sabes lo que debes hacer.»

Arin degolló al valoriano.

Ocurrió cuando Arin arribaba a la bahía de su ciudad, con el cabello embadurnado de sangre seca, que también le acartonaba la ropa. La historia se deslizó en su interior. Se posó en su lengua y se derritió como un caramelo amargo.

Esta es la historia que Arin se contó.

Érase una vez un niño que sabía agazaparse. Una noche, los dioses pudieron verlo encerrado solo en sus aposentos, temblando, a punto de vomitar de miedo. Podía oír lo que estaba ocurriendo en el resto de la casa. Gritos. Cosas que se rompían. Órdenes bruscas, cuyas palabras exactas sonaban amortiguadas aunque el niño podía entenderlas con claridad, abrumado por las arcadas en aquel rincón.

Su madre se encontraba en algún lugar al otro lado de esa puerta cerrada. Su padre. Su hermana. Debería ir con ellos. Se dijo eso mismo contra las rodillas dobladas, que se apretaba contra el pecho debajo del camisón, mientras se acurrucaba en el suelo. Habló en un susurro, con voz temblorosa. «Ve con ellos. Te necesitan.» Pero no podía moverse. Se quedó donde estaba.

La puerta resonó. Se estremeció en los goznes.

La puerta cedió en medio de un estruendo de madera astillándose. Un soldado extranjero entró. El desconocido tenía la piel y el cabello de color claro y los ojos oscuros. Agarró al niño por la muñeca huesuda.

El niño forcejeó desesperadamente, aunque era ridículo, sabía lo patéticos que eran sus esfuerzos. Chilló y se sacudió. El soldado se rio. Zarandeó al niño. No demasiado fuerte, más bien como si intentara despertarlo. «Ven por las buenas –dijo el soldado en un idioma que el niño había estudiado pero nunca había esperado usar–. Y nadie te hará daño.»

Que no le hicieran daño era muy importante. Aquella simple promesa hizo que un espantoso alivio le relajara los músculos. Siguió al soldado.

Lo condujo al atrio. Todo el mundo estaba allí reunido, incluidos los criados. Sus padres no lo vieron llegar, pues no hizo ni el más leve ruido. Más tarde, se preguntaría si las cosas habrían sido diferentes si no hubiera sido su hermana, que se encontraba al otro extremo de la sala, la primera en verlo. No estaba seguro de cómo podría haber cambiado lo que ocurrió después. Lo único que sabía era que, en el momento más importante, no había hecho nada.

Había oído que había mujeres en el ejército valoriano, pero los soldados que irrumpieron en su casa esa noche eran todos hombres. A ambos lados de su hermana se erguían soldados. Se trataba de una joven

alta y soberbia; el cabello suelto le caía alrededor de los hombros como si fuera una capa negra. Cuando la mirada de Anireh se posó en él y sus ojos grises centellearon, el niño cayó en la cuenta de que nunca había creído que su hermana lo quisiera. Ahora sabía que sí.

La muchacha les dijo algo en voz baja a los valorianos. El niño oyó el musical tono de burla de sus palabras.

«¿Qué has dicho?», soltó un soldado.

Ella lo repitió. El soldado la agarró, y el niño comprendió con una espantosa sensación de horror que aquello era culpa suya. De algún modo, todo era culpa suya.

Se estaban llevando a su hermana. Los soldados la arrastraban hacia un guardarropa que se usaba en invierno cuando su familia tenía invitados por la noche. Él se había escondido allí algunas veces. Era pequeño, oscuro y sin ventilación.

Este era el punto en la historia en el que Arin deseaba poder retroceder en el tiempo y cubrir con las manos los pequeños oídos del niño. Quería ensordecer los sonidos. «Cierra los ojos», quería decirle a ese niño. El eco de un antiguo pánico revoloteó en el pecho de Arin. Era crucial que imaginara cómo impediría que el niño presenciara lo que ocurrió después.

¿Por qué se hacía esto a sí mismo? Este esfuerzo por intentar cambiar su recuerdo de aquella noche le causaba sufrimiento. Era algo compulsivo. A veces, le parecía que dolía más que la propia verdad. Sin embargo, incluso ahora, más de diez años después de la invasión valoriana, Arin no podía evitar pensar con un fervor desesperado en lo que debería haber hecho de otra manera.

¿Y si hubiera gritado?

¿O rogado a los soldados que soltaran a su hermana?

¿Y si hubiera corrido hacia sus padres, que todavía no se habían percatado de su presencia en la sala, y hubiera impedido que su padre le arrebatara la daga de la funda a un valoriano?

O su madre. Sin duda podría haber salvado a su madre. No era propio de ella luchar. No lo habría hecho de haber sabido que él estaba allí. La había visto abalanzarse contra el soldado que sujetaba a su hermana. Los soldados asesinaron a su padre. La puerta del guardarropa se cerró tras Anireh. Una daga le rajó el cuello a su madre. Manó un brillante chorro de sangre.

A Arin le retumbaban los oídos. Sus ojos eran como rocas secas.

Después de que los soldados lo arrancaran chillando del cuerpo de su madre, lo condujeron a la ciudad con los criados. El palacio real ardía en lo alto de la colina. Vio los cadáveres de la familia real colgando en el mercado, incluyendo al príncipe con el que se suponía que iba a casarse Anireh. Era posible que su hermana siguiera viva, ¿verdad? Pero, dos días después, Arin vería su cuerpo en la calle.

Aunque parecía que no podría ocurrir nada peor, Arin se tragó sus sollozos, presa de un silencioso terror. Hizo lo que le ordenaron. «Ven por las buenas», le había dicho el soldado.

Vio a un hombre ataviado con armadura abriéndose paso de modo amenazador entre las tropas valorianas. Más tarde, Arin se enteraría de que el general era joven en el momento de la invasión. Esa

noche, sin embargo, aquel hombre le había parecido vetusto e inmenso: un monstruo de carne y metal.

Arin se imaginó que, si pudiera, se arrodillaría ante el niño que había sido. Se acunaría a sí mismo contra el pecho, permitiría que el niño enterrase el húmero rostro contra su hombro. «Chist –le diría–. Te sentirás solo, pero te harás fuerte. Y, un día, te cobrarás tu venganza.»

Lo que había ocurrido con Kestrel no era lo peor que podría pasarle. No era comparable.

Arin pensó en ello mientras su embarcación, junto con el resto de su flota victoriosa, fondeaba a la luz de la luna en la bahía de Herrán. Recorrió con el pulgar la cicatriz que le bajaba desde la sien izquierda hasta la depresión de la mejilla. Se frotó la línea de carne levantada. Un hábito reciente.

No, ya no le dolía pensar en Kestrel. Había sido un idiota, pero había tenido que perdonarse cosas peores. Hermana, padre, madre. En cuanto a Kestrel... Arin se veía a sí mismo con claridad y sabía quién era: la clase de persona que confiaba demasiado a ciegas, que entregaba su corazón a quien no debía.

A esas alturas incluso podría haberse casado ya con el príncipe valoriano. Estaría empleando sus juegucitos en la corte. Ganando, sin duda. Quizá su padre le escribiría desde el frente y le pediría más de aquellos excelentes consejos militares que le había ofrecido cuando condenó a la hambruna a cientos de personas en las llanuras orientales.

Arin solía aferrarse la cabeza con una mezcla de repugnancia y asombro al recordar lo fascinado que lo había tenido en otro tiempo la hija del general valoriano. El rechazo de Kestrel solía herirlo. Ahora, sin embargo, pensar en ella le proporcionaba un frío alivio. Como hielo sobre un moretón.

Y gratitud. Porque ya no significaba nada para él. ¿No se podría considerar un don de los dioses recordarla y no sentir nada? O, si sentía algo, no era nada más profundo que lo que sentía al tocar la cicatriz y asombrarse ante la larga protuberancia y la piel de nervios muertos. Arin sabía que algunas cosas duelen eternamente, pero Kestrel no era una de ellas. Ella era una herida que al fin había sanado.

NO PODÍA ECHARLE LA CULPA A NADIE MÁS QUE A SÍ misma.

Mientras el carromato se dirigía traqueteando hacia el norte, Kestrel contempló el cambiante paisaje a través de la ventana con barrotes. Vio cómo las montañas daban paso a llanuras salpicadas de hierba de un apagado tono rojizo. Aves blancas de patas largas se abrían paso por charcas poco profundas. Una vez, vio un zorro con un polluelo blanco colgándole de los dientes y su estómago vacío se contrajo de anhelo. Habría devorado de buena gana aquel pollito. Habría devorado al zorro. Algunas veces, deseaba poder devorarse a sí misma. Se lo tragaría todo: el vestido azul manchado, los grilletes de sus muñecas, su rostro hinchado... Si pudiera comerse a sí misma, no quedaría ni rastro de ella ni de los errores que había cometido.

Alzó con torpeza las manos atadas y se restregó los ojos secos con los nudillos. Supuso que estaba demasiado deshidratada para llorar. Le dolía la garganta. No recordaba cuándo le habían dado agua por última vez los guardias que conducían el carromato.

Se habían adentrado en la tundra. Estaban a finales de primavera... no, el Solsticio de Verano debía de haber sido ya. La tundra, que permanecía congelada la mayor parte del año, había cobrado vida. Había nubes de mosquitos. Kestrel tenía cada milímetro de piel desnuda lleno de picaduras.

Era más fácil pensar en los mosquitos. Era más fácil observar los bajos e inclinados volcanes que se distinguían allá en el horizonte. Sus cimas habían estallado hacía mucho tiempo. El carromato se dirigió hacia ellos.

También resultaba más fácil contemplar los lagos de aguas verde azuladas asombrosamente cristalinas. Era más duro saber que ese color se debía al sulfuro presente en el agua, lo que significaba que se estaban acercando a las minas de azufre.

Era más duro saber que su propio padre la había enviado allí. Resultaba duro, horrible, recordar la forma en la que la había mirado, repudiado, acusado de traición. Aunque era culpable. Había hecho todo lo que él creía, y ahora no tenía padre.

El pesar le provocó un nudo en la garganta. Intentó tragárselo. Tenía una lista de cosas que hacer... ¿cuáles eran? Estudia el cielo. Imagina que eres una de esas aves. Apoya la frente contra la pared del carromato y respira. No recuerdes.

Pero nunca conseguía olvidar durante demasiado tiempo. Inevitablemente, recordaba su última noche en el palacio imperial. Recordaba la carta en la que se lo confesaba todo a Arin. «Yo soy la Polilla. Yo soy la espía de tu país –había escrito–. He querido contártelo desde hace tanto tiempo...» Había garabateado los planes secretos del emperador. Le dio igual que eso supusiera traición. Le dio igual el hecho de que se suponía que iba a casarse con el hijo del emperador el día del Solsticio de Verano o que

su padre fuera el amigo de mayor confianza del emperador. Kestrel ignoró que había nacido valoriana. Había escrito lo que sentía. «Te quiero. Te echo de menos. Haría cualquier cosa por ti.»

Arin nunca había leído aquellas palabras. Pero su padre sí. Y el mundo de Kestrel se hizo pedazos.

Érase una vez una muchacha que estaba demasiado segura de sí misma. No todos la consideraban hermosa, pero admitían que poseía cierta elegancia que intimidaba con más frecuencia de la que cautivaba. La sociedad coincidía en que no era alguien a quien uno quisiera contrariar. «Guarda su corazón en una cajita de porcelana», susurraba la gente, y tenían razón.

A la joven no le gusta abrir la cajita. Contemplar su corazón la perturbaba. Siempre le parecía más pequeño y al mismo tiempo más grande de lo que esperaba. Palpitaba contra la porcelana blanca. Parecía un carnosos nudo rojo.

A veces, sin embargo, apoyaba la mano sobre la tapa de la cajita y, entonces, el rítmico palpitar se transformaba en una agradable música.

Una noche, otra persona oyó esa melodía. Un chico hambriento que se encontraba lejos de casa. Se trataba (por si os interesa) de un ladrón. Trepó por las paredes del palacio de la joven. Introdujo sus dedos fuertes a través de la estrecha abertura de una ventana. La abrió lo suficiente como para poder pasar y entró.

Mientras la dama dormía (sí, la vio en la cama y apartó rápidamente la mirada), robó la cajita sin ser consciente de lo que contenía. Lo único que sabía era que la quería. Su naturaleza estaba llena de deseos, anhelaba constantemente algo, y los anhelos que comprendía eran tan dolorosos que no le interesaba examinar los que no comprendía.

Cualquier miembro de la sociedad de la dama podría haberle advertido que robarle era mala idea. Habían visto lo que les pasaba a sus enemigos. De un modo u otro, la joven siempre les daba su merecido.

Pero el muchacho no habría seguido esos consejos. Se hizo con su botín y huyó.

La habilidad de la joven casi parecía cosa de magia. Su padre (la gente susurraba que se trataba de un dios, pero su hija, que lo amaba, sabía que era completamente mortal) le había enseñado bien. Cuando una ráfaga de viento procedente de la ventana abierta la despertó, captó el aroma del ladrón. Había impregnado el marco de la ventana, el tocador, incluso una de las cortinas del dosel de la cama, que estaba ligeramente entreabierta.

Le dio caza.

Vio la senda que había seguido por la pared del palacio, las ramitas rotas de enredadera que había usado para trepar y luego bajar. En algunas partes, las ramas eran gruesas como su muñeca. Vio dónde habían sostenido el peso del ladrón y dónde no y casi se había caído. Salió y siguió el rastro hasta su guarida.

Uno podría decir que, en cuanto la joven cruzó el umbral, el ladrón supo lo que sostenía con fuerza en el puño. Uno podría decir que debería haberlo sabido mucho antes. El corazón se estremeció en su fría cajita blanca. Retumbó dentro de su mano. Al muchacho se le ocurrió que la porcelana (sedosa, de tono cremoso, tan delicada que lo enfureció) podría hacerse añicos. Entonces se encontraría con un puñado de fragmentos ensangrentados. Pero no la soltó. Uno podría imaginarse lo que sintió al verla erguirse en la destantalada puerta, plantar los pies en el suelo de tierra, iluminar la habitación como si fuera una terrible llama. Uno podría hacer todo eso. Pero esta historia no va sobre él.

La dama vio al ladrón.

Vio lo poco que tenía.

Vio sus ojos del color del hierro. Las pestañas oscuras, las cejas negras, más negras que su cabello. La adusta línea de la boca.

Entonces, si la dama hubiera sido sincera, habría admitido que antes, mientras yacía en la cama, había despertado durante tres latidos (los había contado mientras resonaban con fuerza en la silenciosa habitación). Había visto la mano del ladrón sobre su corazón cubierto de blanco. Había vuelto a cerrar los ojos. Se había apoderado de ella una dulce somnolencia.

Pero la sinceridad requiere coraje. Mientras acorralaba al ladrón en su guarida, la joven descubrió que no estaba tan segura de sí misma. Solo estaba segura de una cosa. Algo que la hizo retroceder levemente. Alzó el mentón.

Su corazón latía con un ritmo inestable, que ambos podían oír, cuando le dijo al ladrón que podía conservar lo que había robado.

Kestrel despertó. Se había quedado dormida. El suelo del bamboleante carromato crujió bajo su mejilla. Ocultó el rostro entre las manos. Se alegró de que el sueño hubiera terminado ahí. No le habría gustado ver el resto, la parte en la que el padre de la chica descubría que le había entregado su corazón a un humilde ladrón, y deseaba verla muerta, y la desterraba.

El carromato se detuvo. La puerta traqueteó. Alguien introdujo una llave en la cerradura. Un chirrido. Los goznes de la puerta rechinaron y aparecieron unas manos. Los dos guardias la sacaron a rastras, con firmeza y cautela, como si fuera a resistirse.

Tenían motivos para preocuparse. En una ocasión, Kestrel había dejado inconsciente a uno de los hombres al golpearlo en la sien con los grilletos que le rodeaban las muñecas. El segundo guardia la atrapó antes de que pudiera huir. La última vez que habían abierto la puerta, les había arrojado a la cara el contenido del cubo de excrementos y se había escabullido entre ellos. Había echado a correr, cegada por la repentina luz del día. Estaba débil. La rodilla mala le falló y cayó al suelo. Después de aquello, los guardias no volvieron a abrir la puerta, lo que significó quedarse sin comida y agua.

Si ahora habían decidido sacarla era porque habían llegado a su destino. Por una vez, Kestrel no forcejeó. El sueño le había embotado la mente. Necesitaba ver el lugar en el que su padre la había condenado a vivir.

El campo de trabajo estaba rodeado de una cerca de hierro negro de la altura de tres hombres. Volcanes apagados se erguían tras las dos construcciones de piedra rectangulares. La tundra se extendía al este y al oeste: deshilachados mantos de musgo amarillo y hierba roja. Hacía frío. Escaseaba el aire. Todo olía a podrido.

Tan al norte, el atardecer tenía un tono verdoso. Una hilera de prisioneros fue apareciendo a través de una estrecha puerta abierta. Estaban de espaldas a ella, pero Kestrel entrevió el rostro de una mujer bajo la pálida luz verde. Su expresión la asustó. Parecía completamente ausente. Aunque Kestrel había estado siguiendo a sus guardias con docilidad, aquellos ojos vidriosos y vacíos la hicieron clavar los talones. Las manos de los guardias la apretaron.

–Sigue caminando –dijo uno.

Pero los ojos de la prisionera (los ojos de todos los prisioneros) eran como relucientes espejos y, aunque Kestrel siempre había sabido cuál era su destino en el norte y que ella también era una prisionera, solo entonces comprendió con claridad que iba a acabar transformándose en una de aquellas personas de rostro inexpresivo.

–No causes problemas –le advirtió un guardia.

Kestrel se quedó flácida. Se combó en manos de sus carceleros. Y entonces, cuando se agacharon entre palabrotas e intentaron que se incorporara, se enderezó bruscamente, estrelló la cabeza contra la cara de uno de ellos e hizo que el otro perdiera el equilibrio.

Fue su intento de huida más infructuoso. Era una estupidez intentar nada justo a las puertas de un campamento que albergaba a decenas de guardias valorianos. Sin embargo, incluso mientras varios de ellos acudían raudos a intentar someterla, no se le ocurría qué otra cosa podría haber hecho.

Nadie le hizo daño. Era algo muy valoriano. Kestrel estaba allí para trabajar para el imperio. Los cuerpos heridos no trabajaban bien.

Después de que la hicieran entrar a rastras en el campamento, la llevaron a empujones por el patio embarrado hasta una mujer que la contempló con expresión divertida, con una especie de desdén casi amistoso.

–Linda princesita –le dijo–, ¿qué has hecho para acabar aquí?

Aunque ahora estaba sucia y desaliñada, el día que la habían apresado Kestrel llevaba el cabello trenzado al sofisticado estilo de la aristocracia. Recordó haberse puesto el suave vestido azul y ver cómo las capas de tela se desparramaban sobre su regazo cuando se sentó al piano durante su última noche en

el palacio imperial... ¿Cuándo había sido eso? Supuso que había pasado casi una semana. ¿Había transcurrido tanto tiempo desde que había escrito aquella imprudente y desafortunada carta? ¿Tan poco? ¿Cómo había caído tan bajo tan rápido?

Kestrel se sumergió de nuevo en aquel gélido pozo de miedo. Se estaba ahogando en él. Ni siquiera pudo reaccionar cuando la mujer desenvainó la daga que llevaba a la cadera.

—No te muevas —le ordenó.

Con unos cuantos tajos rápidos, le cortó la falda entre las piernas. La mujer se sacó del cinto un rollo de cuerda fina que colgaba junto a un látigo enrollado. Cortó la cuerda en varios trozos pequeños que usó para atarle la tela rasgada alrededor de las piernas, confeccionando una especie de pantalones.

—No podemos permitir que andes tropezándote en las minas, ¿verdad?

Kestrel se tocó un nudo del muslo. Se le acompasó la respiración. Se sentía un poco mejor.

—¿Tienes hambre, princesa?

—Sí.

Kestrel se abalanzó sobre lo que le ofreció. La comida desapareció por su garganta antes incluso de saber siquiera qué era. Se bebió el agua a grandes tragos.

—Con calma —dijo la mujer—. Te va a sentar mal.

Kestrel no le hizo caso. Los grilletes tintinearón cuando inclinó la cantimplora para extraer la última gota.

—Me parece que esto ya no te hace falta.

La mujer le sacó los grilletes. El peso se desvaneció de sus muñecas. Ambas, ahora desnudas, presentaban un verdugón. Notaba las manos extrañamente ligeras, como si fueran a alejarse volando. No parecían las suyas. Mugrientas. Las uñas rotas. Un feo rasguño infectado en dos nudillos. ¿De verdad solía tocar el piano con esas manos?

Le ardía la piel. Sentía retortijones en el estómago: había comido y bebido demasiado rápido. Se guardó las manos bajo los brazos cruzados y se apretó el cuerpo.

—Te pondrás bien —le aseguró la mujer con voz tranquilizadora—. Tengo entendido que has causado algunos problemillas, pero estoy segura de que te adaptarás enseguida. Aquí somos justos. Haz lo que se te manda y se te tratará bien.

—¿Por qué...? —Kestrel notaba la lengua pastosa—. ¿Por qué me llamas «princesa»? ¿Sabes quién soy?

La mujer chasqueó la lengua.

—Me da igual quién seas, niña. Y, muy pronto, a ti también.

Kestrel notó un hormigueo en el cuero cabelludo. Tuvo la extraña aunque vívida sensación de que unos escarabajos diminutos le recorrían las venas. Se miró la mano, casi esperando ver bultos moviéndose debajo de la piel. Tragó saliva. Ya no tenía miedo. Se sentía... ¿cómo se sentía? Los pensamientos surcaban su mente a toda velocidad, se asemejaban al truco de un mago con pañuelos de colores, una larga hilera que brotaba de su boca, palmo a palmo...

–¿Qué había en la comida? –logró decir–. ¿En el agua?

–Algo para ayudarte.

–Me habéis drogado.

El pulso le iba tan rápido que no podía notar cada latido. Se difuminaban formando una vibración sólida. El patio de la prisión pareció encogerse. Miró a la mujer e intentó concentrarse en sus rasgos: la boca ancha, las trenzas canosas, una ligera inclinación en los ojos, las dos arrugas verticales entre las cejas... Pero la sonrisa de la mujer se encontraba muy lejos. Sus facciones se volvieron vagas, inacabadas. Se estiraron y se desunieron hasta que Kestrel se convenció de que, si extendía la mano, sus dedos atravesarían a la mujer, cuya sonrisa se ensanchó.

–Eso es –dijo la mujer–. Mucho mejor.

Kestrel no estaba segura de cómo había acabado dentro de la celda. La consumía la necesidad de moverse. Antes de darse cuenta, se había puesto a caminar de un lado a otro en el reducido espacio, abriendo y cerrando las manos. No podía parar. El pulso le retumbaba en los oídos: fuerte, agudo y ensordecedor.

Se le pasó el efecto de la droga. Estaba agotada. Recordaba vagamente haber estado dando vueltas durante lo que podrían haber sido horas, pero, ahora que era consciente del tamaño de la celda (sus armarios en el palacio imperial eran más grandes), ese recuerdo no parecía posible. No obstante, le dolían los pies y vio que había desgastado las finas suelas de sus elegantes zapatos.

Notaba el corazón pesado, como si estuviera recubierto de plomo. Tenía frío. Se dejó caer sentada sobre el suelo de tierra contemplando el brillante moho de las paredes de piedra: parecía una multitud de diminutas estrellas de mar verdes. Rozó los nudos de las cuerdas que le ataban el vestido cortado a las piernas. El gesto la hizo sentir más como ella misma.

Era probable que la mayoría de sus intentos de fuga en el camino al norte hasta la tundra hubieran estado condenados al fracaso. Aun así, no podía evitar esperar que, a la larga, el primero resultara ser el mejor. Tal vez fuera igual de desesperado que los otros, pero quizá tuviera más posibilidades de funcionar. Durante la primera mañana en el carronato, los guardias se habían detenido a abreviar a los caballos. Kestrel había oído la voz de un herraní. Lo había llamado entre susurros mientras sacaba una polilla camufladora a través de los barrotes de la ventana. Todavía podía sentir la polilla entre los dedos, las alas peludas. Parte de ella no quería soltarla. Parte de ella pensaba que, si conservaba la polilla, de algún modo podría enmendar sus errores. Habría empleado palabras diferentes cuando Arin entró en la sala de música. Había ocurrido justo el día anterior. Se había sentado ante el piano, alisándose la falda azul con las manos, mientras le contaba mentiras.

Kestrel sostuvo la polilla apergaminada. Luego la dejó caer en la mano del herraní. «Dale esto a tu gobernador –le pidió–. Dile a Arin que...»

No había conseguido decir nada más. Los guardias la habían visto estirar la mano hacia el herraní a través de los barrotes. Habían dejado ir al hombre tras un brusco cacheo que demostró que Kestrel no había llegado a entregarle nada. ¿La polilla había caído al suelo? ¿Se había camuflado demasiado para que los guardias la notaran? Kestrel no había conseguido ver nada a través de la ventana.

Pero, si el herraní acudía a Arin y le contaba lo sucedido, ¿no sería este capaz de comprender lo que le había ocurrido y adónde la habían exiliado? Kestrel enumeró los fragmentos de la historia en su mente. Una polilla: el símbolo del espía anónimo de Arin. Un carromato para prisioneros que se dirigía al norte. Aunque el herraní del camino no supiera quién era ella, aun así podría describírsele a Arin, ¿no? Como mínimo, podría informarle de que una mujer valoriana le había dado una polilla. Arin lo descifraría. Era rápido, astuto.

Y ciego.

«Haría cualquier cosa por ti», había escrito en la carta que había descubierto su padre. Pero esa parte, a pesar de que le parecía verdad cuando la había garabateado en la página, había sido una mentira. Kestrel había rechazado a Arin. No había sido sincera con él, ni siquiera cuando él le había suplicado. Había fingido ser fría, despreocupada, cruel.

Y él se lo había creído. Kestrel no podía aceptar que él se lo hubiera creído. A veces, lo odiaba por ello.

Aplastó aquella persistente esperanza de que Arin descubriera lo que había ocurrido y acudiera a rescatarla. Era un plan espantoso. Ni siquiera era un plan. Podía ocurrírsele algo mejor.

Toda la comida estaba drogada. Y el agua también. Durante su primera mañana en el campamento, Kestrel comió en el patio con los otros prisioneros, que tenían expresión ausente y no pronunciaban palabra, aunque intentó hablar con ellos. Mientras salía del campamento con ellos, formando una ordenada fila, sintió el efecto de la droga en el corazón. La sangre le rugió en las venas.

Llegaron a la zona minera situada en la base de los volcanes. Kestrel no recordaba haber recorrido el sendero que conducía hasta allí. Tampoco le importaba no acordarse. Esa lejana conciencia de despreocupación le proporcionó cierto placer.

Trabajar suponía un alivio. La necesidad de moverse, de hacer algo, era intensa. Alguien (¿un guardia?) le entregó un cesto doble. Empezó a llenarlo con entusiasmo, recogiendo quebradizos fragmentos amarillos de azufre del suelo. Vio túneles que conducían bajo un volcán. Los prisioneros que se dirigían allí portaban picos. A Kestrel la hicieron trabajar al aire libre. Supuso (extrajo aquella idea como si fuera una piedra del potente río de la droga) que era demasiado novata para confiarle un pico.

Todos los guardias llevaban látigos enrollados sujetos al cinto, pero Kestrel no los vio usarlos. Los guardias (no podía tratarse de los mejores y más brillantes soldados de Valoria si les habían asignado servir en el peor rincón del imperio) se conformaban con vigilar con desgana a los prisioneros, que obedecían las órdenes con facilidad. Hablaban entre ellos, quejándose del olor.

El hedor a huevos cocidos era muy intenso. Kestrel reparó en ello sin que le molestara, ni tampoco el sudor que le manchaba el vestido incluso mientras tiritaba con fuerza (¿hacía mucho frío o simplemente era por la droga?). Llenó los dos cestos atados por un palo flexible que se cargó a los hombros. El peso resultaba agradable. La hacía sentir tan bien cavar, levantar, transportar y descargar y volver a hacerlo todo de nuevo...

En cierto momento, se tambaleó bajo el peso de los cestos. Le dieron agua. Recuperó aquellas maravillosas fuerzas.

Al ocaso, estaba agotada. Recobró la cordura. Rechazó la comida que les sirvieron cuando los prisioneros cruzaron en fila la verja de hierro negro y entraron en el patio.

–Esta comida es diferente –le dijo la misma guardia de trenzas canosas de la víspera. Kestrel dedujo que estaba al cargo de las mujeres–. Anoche te dejé probar lo agradable que sería trabajar, pero de ahora en adelante recibirás una dosis de algo diferente por la noche.

–No lo quiero.

–Princesa, a nadie le importa lo que tú quieras.

–Puedo trabajar sin ello.

–No –repuso la mujer con suavidad–, no puedes.

Kestrel se apartó de la larga mesa con cuencos de sopa.

–Come o te lo haré tragar a la fuerza.

La guardia le había dicho la verdad. La comida contenía una droga diferente con un aroma metálico parecido a la plata. Hizo que todo se volviera lento y oscuro mientras la guardia la conducía al edificio donde se encontraba su celda.

–¿Por qué el imperio no droga a todos sus esclavos? –farfulló Kestrel antes de que la encerrara.

La mujer soltó una carcajada, que sonó turbia, como si surgiera de debajo del agua.

–Te sorprendería saber cuántas tareas requieren una mente lúcida.

Kestrel se sentía confusa.

–Los nuevos prisioneros son mis favoritos. Hacía mucho tiempo que no teníamos a alguien como tú. Los nuevos siempre resultan entretenidos, al menos mientras duran.

A Kestrel le pareció oír girar la llave. Se quedó dormida.

Intentó comer y beber lo menos posible. Recordó las palabras de la guardia... hasta que, de hecho, ya no pudo recordarlas y se saltaba comidas enteras simplemente porque era consciente de que la comida drogada la cambiaba y eso no le gustaba. Vertía el cuenco de sopa en el suelo embarrado de la prisión cuando nadie miraba. Desmigajaba el pan y lo dejaba caer de sus manos.

Pero tenía hambre. Tenía sed. A veces, ignoraba la persistente preocupación y se llenaba el estómago.

«Haría cualquier cosa por ti.» Aquellas palabras resonaban en su mente. A menudo, no lograba recordar quién las había pronunciado. Le parecía que tal vez se las había dicho a su padre.

Entonces se le revolvía el estómago de pronto, sentía náuseas debido a una emoción que habría reconocido como vergüenza si hubiera tenido la mente más despejada. No, no se lo había dicho a su padre. Lo había traicionado. ¿O él la había traicionado a ella?

Todo era muy confuso. Solo estaba segura de la sensación de traición, espesa y ardiente en el pecho.

Kestrel tenía momentos de claridad antes de que la droga de la mañana la acelerara o antes de que la droga del atardecer la adormeciera. En esos momentos, cuando podía oler el azufre en su cuerpo y notar el polvo en las pestañas, cuando veía los restos amarillos que tenía bajo las uñas y cubriéndole la piel como si fuera polen, visualizaba esas palabras, escritas con tinta sobre papel. «Haría cualquier cosa por ti.» Sabía exactamente quién las había escrito y por qué. Comprendía que se había estado mintiendo a sí misma al creer que sus palabras no eran sinceras, o que alguno de los límites que había establecido entre Arin y ella importaban, porque al final ella estaba allí y él era libre. Había hecho todo lo que había podido. Y él ni siquiera lo sabía.

Los guardias seguían sin confiarle un pico. A Kestrel empezaba a preocuparle que nunca lo hicieran. Un pico pequeño era un arma de verdad. Con él, tal vez conseguiría escapar. En sus momentos de mayor lucidez, en los días en los que comía y bebía menos, Kestrel anhelaba con desesperación hacerse con uno de esos picos. Sus nervios lo pedían a gritos. Al mismo tiempo, tenía miedo de que, para cuando un guardia le entregara uno y la enviara a los túneles, fuera demasiado tarde. Sería como los demás prisioneros: muda, de ojos inmensos, con el cerebro entumecido. Si la enviaban a las minas subterráneas, no estaba segura de no perderse a sí misma por el camino.

Una noche, logró evitar consumir nada en absoluto antes de que la encerraran en su celda. Se arrepintió. Temblaba de hambre y fatiga, pero nada podía hacerla dormir. Notaba el suelo de tierra bajo los agujeros de los zapatos. El aire era frío y húmedo. Echaba de menos la aterciopelada calidez de la droga nocturna. Siempre la envolvía con firmeza. La acunaba hasta que se quedaba dormida. Había acabado gustándole esa sensación.

Kestrel sabía que estaba olvidando cosas. Era una sensación horrible e inquietante, como si bajara por una escalera en la oscuridad, con la mano en la barandilla, y luego el pasamanos desapareciera y no tuviera nada a lo que aferrarse salvo el aire. Por mucho que lo intentara, no conseguía acordarse de cómo se llamaba el caballo que tenía en Herrán. Sabía que había querido a Enai, su niñera herraní, y que Enai había muerto, pero no recordaba cómo. Cuando llegó por primera vez al campamento, se había propuesto buscar entre los prisioneros el rostro de alguien conocido (un senador desacreditado, acusado injustamente de venderle pólvora al este, al que habían enviado allí el otoño pasado), pero descubrió que no reconocía a nadie, y no estaba segura de si se debía a que no conocía a ninguna de esas personas o simplemente a que había olvidado sus rasgos.

Kestrel tosió. El sonido le vibró en los pulmones.

Esa noche, apartó todo pensamiento de Arin y su padre. En cambio, recordó a Verex. Cuando conoció al príncipe con el que había accedido a casarse, lo había considerado débil. Insignificante, infantil. Se había equivocado.

No la amaba. Ni ella a él. Pero se tenían afecto, y Kestrel recordó cuando le depositó un suave cachorro negro en las manos. Nadie le había hecho un regalo igual. Verex la había hecho reír. Eso también era un regalo.

El príncipe probablemente estuviera ahora en las Islas del Sur, fingiendo encontrarse en una excursión romántica con ella.

«Tal vez creas que no puedo hacerte desaparecer, que la corte hará demasiadas preguntas», había dicho el emperador mientras el capitán de su guardia sujetaba a Kestrel y el aroma amargo del terror brotaba de la piel de la joven. Su padre los observaba desde el otro extremo de la habitación. «Esta es la historia que contaré. El príncipe y su novia estaban tan locamente enamorados que se casaron en secreto y se fugaron a las Islas del Sur».

Verex obedecería al emperador. Sabía lo que les ocurría a los que no lo hacían.

El emperador le había susurrado: «Después de algún tiempo (¿un mes?, ¿dos?), llegará la noticia de que has enfermado. Una rara enfermedad que ni siquiera mi médico pueda curar. En lo que respecta al imperio, estarás muerta. Te llorarán».

Su padre no había mudado el semblante. Algo se fracturó dentro de Kestrel al recordarlo.

Miró más allá de los barrotes de su celda, pero solo vio el oscuro pasillo. Deseó poder ver el cielo. Se abrazó el cuerpo.

Si hubiera sido lista, se habría casado con Verex. O no se habría casado con nadie y se habría alistado en el ejército como su padre siempre había querido. Echó la cabeza hacia atrás contra la pared de piedra, con su cojín de moho. Le temblaba el cuerpo. Sabía que no se debía únicamente al frío o al hambre. Se trataba de abstinencia. Ansiaba la droga nocturna.

Pero tampoco era simplemente abstinencia lo que le sacudía las extremidades. Era aflicción. Era el horror de alguien a quien le había tocado una mano ganadora, había apostado su vida en la partida y

luego había procedido (¿deliberadamente?) a perder.

La noche siguiente, comió y bebió todo lo que le dieron.

–Buena chica –dijo la guardia de pelo canoso–. No creas que no me he dado cuenta de lo que has estado haciendo. Te he visto derramar la sopa y fingir beber de una taza. De este modo –señaló el cuenco vacío de Kestrel– es mejor, ¿verdad?

–Sí –contestó, y estuvo tentada de creérselo.

Al despertar vio, a la tenue luz que se filtraba desde el pasillo a través de los barrotes de su celda, lo que había estado dibujando en el suelo de tierra. Se incorporó de golpe.

Una línea vertical con cuatro alas. Una polilla.

No recordaba haberlo hecho. Mala señal. Peor aún: tal vez pronto ni siquiera entendiera lo que significaba ese dibujo. Trazó el contorno de la polilla. Debía de haberla dibujado la noche anterior con los dedos. Ahora le temblaban. Los fragmentos de tierra se desplazaron al tocarlos.

«Esta soy yo –se recordó–. Yo soy la Polilla.»

Había traicionado a su país porque había creído que era lo correcto. Pero ¿lo habría hecho de no ser por Arin?

Él no sabía nada de ello. Nunca se lo había pedido. Kestrel había tomado sus propias decisiones. Era injusto culparlo.

Pero quería hacerlo.

A Kestrel se le ocurrió que sus estados de ánimo ya no le pertenecían.

Se preguntó si se sentiría tan sola y desconsolada si no la mantuvieran drogada constantemente. Por la mañana en las minas, cuando era un gigante incansable y la droga avivaba en ella la obsesión de recoger bloques de azufre del suelo, olvidaba cómo se sentía. La preocupación sobre si lo que sentía era real se encontraba muy lejos.

No obstante, por la noche, antes de quedarse dormida, sabía que sus emociones más sombrías, las que se agazapaban en su corazón y lo devoraban, eran las únicas en las que podía confiar que fueran ciertas.

Un día, ocurrió algo diferente. El aire (neblinoso y frío, como siempre) parecía bullir de tensión.

La inquietud procedía de los guardias. Kestrel los escuchó hablar mientras llenaba sus cestos.

Iba a venir alguien. Iba a haber una inspección.

Los veloces latidos del corazón de Kestrel se aceleraron aún más. Descubrió que, de hecho, no había perdido la esperanza de que Arin hubiera recibido la polilla. No había dejado de creer que vendría. La

esperanza explotó en su interior. Fluyó por sus venas como luz solar líquida.

No era él.

Si Kestrel hubiera sido ella misma, habría sabido desde el mismo momento en que se había enterado de la inspección que no podía tratarse de Arin, fingiendo venir a inspeccionar el campo de trabajo por algún asunto oficial del imperio.

Menuda idea tan idiota y dolorosa.

Arin era claramente herraní (de cabello oscuro y ojos grises) y la cicatriz de su rostro anunciaba su identidad a gritos. Si había recibido su mensaje, y si lo había entendido, y si venía (estaba empezando a desprenderse a sí misma por considerar siquiera opciones tan improbables), cualquier guardia valoriano del campamento lo arrestaría, o le haría algo peor.

Esta inspección solo era una inspección. Aquella tarde, desde el patio de la prisión, Kestrel vio al anciano que vestía una chaqueta con un nudo de senador atado al hombro. Estaba charlando con los guardias. Kestrel se abrió paso entre los prisioneros, que daban vueltas sin rumbo por el patio después de un largo día de trabajo, con la droga matutina todavía corriéndoles por las venas igual que a ella. Intentó acercarse al senador. Tal vez podría hacerle llegar un mensaje a su padre. Si supiera cuánto estaba sufriendo, que estaba perdiendo fragmentos de sí misma, su padre cambiaría de opinión. Intervendría.

Los ojos del senador se posaron en ella. Kestrel se encontraba a tan solo unos pasos de distancia.

—Guardia —le dijo el senador a la mujer que le había cortado la falda el primer día—. Mantén a tus prisioneras a raya.

La mujer apoyó una pesada mano en el hombro de Kestrel. La apretó con fuerza.

—Hora de cenar —anunció la guardia.

Kestrel pensó en la droga de la sopa y la anheló. Se dejó llevar.

Su padre sabía perfectamente cómo era el campo de prisioneros. Era el general Trajan, el valoriano de mayor rango, aparte del emperador y su hijo. Conocía los recursos y debilidades de su país... y el campo de trabajo suponía un enorme recurso. El azufre que extraían se empleaba para fabricar pólvora.

Aunque el general no conociera todos los detalles de cómo funcionaba el campo de trabajo, ¿acaso importaba? Le había entregado su carta al emperador. Kestrel había oído los tranquilos latidos del corazón de su padre mientras ella lloraba contra su pecho. Palpitaba como un reloj cuyos engranajes funcionaban a la perfección.

Alguien estaba pinchándola. Kestrel abrió los ojos. No vio nada, salvo el bajo techo negro de su celda.

Otro pinchazo en las costillas, más fuerte.

¿Un palo?

Se desprendió con dificultad del abrazo del sueño. Despacio (le dolía moverse, su cuerpo era un amasijo de huesos, moretones y harapos azules), se incorporó hasta quedar sentada.

–Bien –dijo una voz desde el pasillo, con un alivio patente–. No tenemos mucho tiempo.

Kestrel se deslizó hacia los barrotes. No había antorchas encendidas en el pasillo, pero tan al norte nunca oscurecía del todo, ni siquiera en plena noche. Pudo distinguir al senador, que retiró su bastón de entre los barrotes.

–Os envía mi padre.

La invadió la alegría, la sintió estallando y centelleando por toda la piel. Notó el sabor de las lágrimas, que le corrían por la cara.

El senador le dedicó una sonrisa nerviosa.

–No, el príncipe Verex.

Le tendió algo pequeño.

Kestrel seguía llorando, ahora por un motivo diferente.

–Chist. No pueden descubrirme ayudándoos. Ya sabéis lo que me ocurriría si me atraparan. –Sostenía una llave en la mano. Kestrel la tomó–. Es para el portón.

–Sacadme, llevadme con vos, por favor.

–No puedo –susurró él con inquietud–. No tengo la llave de vuestra celda. Y debéis esperar varios días como mínimo después de que me haya ido. No pueden vincular vuestra huida conmigo. ¿Lo entendéis? Supondría mi ruina.

Kestrel asintió con la cabeza. Accedería a lo que fuera con tal de que no la abandonara.

El senador ya estaba alejándose de la celda.

–Prometedlo.

Quiso gritarle que se detuviera, quiso agarrarlo a través de los barrotes y obligarlo a quedarse, obligarlo a que la sacara ya. Pero se oyó decir:

–Lo prometo.

Y, entonces, el senador se marchó.

Kestrel se quedó sentada largo rato observando la llave que sostenía en la palma de la mano. Pensó en el príncipe Verex. Sus dedos se cerraron alrededor de la llave. Cavó un agujero en la tierra y la enterró.

Se acurrucó con las manos debajo de la mejilla y apoyó la cabeza justo encima de la llave enterrada. Acercó las rodillas al pecho y jugueteó con los nudos que le ataban el vestido cortado a las piernas. Su mente, aunque aún la notaba torpe y lenta, se puso a trabajar. No se durmió. Empezó a trazar un plan (un plan real, esta vez) y, mientras organizaba las diferentes posibilidades, una parte de su ser buscó a Verex mentalmente. Abrazó a su amigo. Le dio las gracias. Apoyó la cabeza en su hombro, respirando profundamente. Ahora era fuerte, le dijo. Podía hacer eso. Podía hacerlo porque sabía que no la habían olvidado.

El senador partió. Transcurrieron varios días austeros y sedientos. Una vez, Kestrel descubrió a la guardia encargada de las prisioneras observándola derramar el agua drogada en la tierra, pero la mujer simplemente le dedicó la clase de mirada que una madre le dirige a un niño travieso. No le dijo nada.

A Kestrel le preocupaba debilitarse aún más. No estaba segura de cómo se las arreglaría para sobrevivir en la tundra en su estado. Pero necesitaba tener la mente despejada. Tenía suerte de que fuera verano. La tundra rebosaba agua dulce. Estaba llena de vida. Podría saquear nidos de aves. Comer musgo. Podría evitar a los lobos. Podría hacer cualquier cosa, siempre y cuando escapara de allí.

A su cuerpo no le gustaba que lo privara de las drogas. Tenía temblores. Peor aún, anhelaba la droga nocturna. Por la mañana no resultaba demasiado difícil fingir comer y beber, pero al atardecer quería devorarlo todo. Incluso pensar en ello hacía que se le secara la garganta de deseo.

Aguardó todo lo que pudo por el bien del senador. Una cálida noche, en su celda, se desató dos trozos de cuerda de las piernas. Se ajustó los pantalones improvisados, que se mantenían unidos gracias a los nudos restantes que la guardia le había hecho su primer día en el campo de trabajo. Los pantalones tenían más o menos el mismo aspecto que antes.

Kestrel unió los dos trozos de cuerda. Los ató con el nudo más fuerte que su padre le había enseñado a hacer. Tiró de la nueva extensión de cuerda (medía como cuatro veces su mano, desde las puntas de los dedos a la muñeca). Resistió. La enrolló y se la introdujo en el vestido.

Mañana sería el día.

Kestrel actuó después de que los prisioneros regresaran de las minas.

A la difusa y verdosa luz del ocaso, fingió comer. En los desacompasados latidos de su corazón todavía se reflejaba un rastro de la droga matutina. Entonces, su pulso pareció estabilizarse, fortalecerse. Debería haber estado nerviosa, pero no lo estaba. Estaba segura. Funcionaría. Estaba convencida.

La guardia de cabello canoso condujo a Kestrel y a las otras prisioneras a su pabellón de celdas. Bajaron por el pasillo de Kestrel. Sin que la vieran, esta se sacó la cuerda anudada del vestido. La rodeó con el puño y apoyó ese puño contra el muslo en medio de las sombras. La guardia encerró a las mujeres una a una. Entonces, de espaldas a ella, se detuvo delante de la celda de Kestrel y la abrió.

Kestrel se situó detrás de ella tensando la cuerda con las manos. La cuerda pasó sobre la cabeza de la mujer y le apretó la garganta.

La guardia se sacudió. A Kestrel se le vino a la mente la alocada imagen de haber capturado un pez enorme. Se aferró con fuerza, ignorando la falta de aliento. Ni siquiera soltó la cuerda cuando la mujer la estrelló de espaldas contra una pared. Siguió apretando la cuerda hasta que la mujer se encorvó y se desplomó.

Kestrel entró corriendo en su celda y desenterró la llave del portón con movimientos frenéticos. Cuando regresó al pasillo y vio en el suelo a la mujer, a la que se le había caído la llave de las celdas de la mano, se percató de la presencia de las otras prisioneras, que permanecían de pie en el mismo sitio, con expresiones ausentes pero cuerpos vacilantes, moviendo los dedos a los costados. Percibían lo suficiente como para saber que aquello no era lo que ocurría por las noches. Aunque ninguna de ellas parecía saber qué hacer al respecto.

–Venid conmigo –les dijo, aunque la oferta era tan estúpida que rozaba el suicidio.

¿Cómo se las arreglaría para llevarlas hasta el portón sin que las vieran? No podía salvar a todo el campamento. ¿Cómo sobrevivirían en la tundra y evitarían que las apresasen? Pero...

–Venid conmigo –repitió.

Retrocedió por el pasillo, en dirección a la salida. Les hizo señas para que la siguieran. Las prisioneras permanecieron inmóviles. Cuando Kestrel tomó la mano de una mujer, esta la apartó.

Al final, recogió del suelo la llave de las celdas y se la puso en la mano a una prisionera. Los dedos permanecieron flácidos. La llave se cayó.

La frustración invadió a Kestrel... y el alivio, y la culpa por ese alivio. Quería disculparse. Pero, sobre todo, quería vivir y sabía (la certeza fue repentina, hiriente, nítida) que, si no se marchaba ya, moriría allí.

Aferró la llave del portón.

–Dejaré el portón abierto –prometió.

Nadie respondió.

Kestrel dio media vuelta y echó a correr.

•

No estaba lo bastante oscuro. Kestrel maldijo el cielo verdoso. Alguien iba a divisar su sombra, deslizándose a lo largo de la pared exterior del pabellón de celdas.

Pero nadie la vio. Las ventanas de los barracones de los guardias brillaban con intensidad. Oyó risas. Vio a un solitario guardia junto al portón. El joven se apoyaba perezosamente contra los barrotes.

Todavía agazapada a la sombra de los barracones de la prisión, Kestrel colocó la pesada llave en la mano con los dientes irregulares apuntando hacia fuera.

El guardia del portón se movió. Le pareció verlo cerrar los ojos con un suspiro y adoptar una posición más cómoda.

Sus zapatos destrozados se movieron veloces y sin hacer ruido por el suelo mientras corría hacia el guardia. Lo golpeó en la cabeza con el puño con el que sujetaba la llave.

El guardia yacía a sus pies, sangrando por la sien. Kestrel sujetó la llave con torpeza, respirando con ruidosos jadeos. Hasta que se dispuso a introducirla en el portón, no se planteó la posibilidad de que no fuera la llave correcta, de que la hubieran engañado, o a Verex, o al senador.

Fue presa del terror. Sin embargo, la llave entró con suavidad y giró, sin hacer más ruido que un cuchillo al cortar la mantequilla.

La cabeza le daba vueltas. El corazón estaba a punto de salirse del pecho. Las costillas se le ensancharon con un suspiro de alivio. Soltó una carcajada entrecortada.

Abrió el portón. Se adentró en la tundra, sigilosamente al principio, luego corriendo veloz como una gacela.

Era libre.

•

Su pie se hundió en un charco. El terreno estaba encharcado y cubierto de pequeños arbustos. Ofrecía poca protección. No había donde ocultarse. Estaba demasiado expuesta. Le faltaba el aliento. El corazón le latía a trompicones. Las piernas le ardían y se movían despacio y con torpeza.

Y entonces... caballos.

Un sollozo de miedo escapó de sus labios. Los oyó a su espalda. Desplegados en formación de abanico. Al galope. A la caza.

Un grito. La habían visto.

Conejito, zorrito.

Corre.

Huyó. No lograba ver adónde se dirigía, no podía mirar atrás. Los jadeos le raspaban la garganta. Tropezó, casi se cae, se obligó a seguir avanzando. Oyó que los caballos se detenían y eso fue peor, porque los guardias debían de estar desmontando, estaban cerca, y ella no quería saberlo. No podía acabar así.

Pero alguien la atrapó por la espalda. La derribó. Kestrel gritó contra la tierra húmeda.

La obligaron a cruzar de nuevo el portón de la prisión. Kestrel se negaba a caminar. La arrastraron por el barro y luego, al final, la llevaron a cuestas.

Al igual que en su primer día en el campo de trabajo, la llevaron ante la mujer de trenzas canosas. Un fino verdugón morado le cruzaba el cuello. Debería haberla matado, pensó Kestrel. Debería haber encerrado a todas las prisioneras en sus celdas. Habían descubierto su huida demasiado rápido. No les había sacado suficiente ventaja. Otro error más.

–Te advertí que, si te comportabas, nadie te haría daño –le dijo la mujer. Se sacó el látigo del cinto.

–No. –Kestrel retrocedió–. Por favor. No volveré a hacerlo.

–Ya lo sé. –La mujer sacudió el látigo enrollado, que se desplegó junto a su muslo con un chasquido.

–Eso no tiene sentido –insistió Kestrel con voz aguda y entrecortada–. No podré trabajar si lo hacéis.

–Al principio, no. Pero creo que después trabajarás mucho mejor.

–No. Por favor. ¿Para qué castigarme si no voy a recordarlo? No podré, seré como los otros prisioneros, lo olvidaré, lo olvidaré todo.

–Lo recordarás el tiempo suficiente.

Kestrel se sacudió violentamente, pero unas manos ya le estaban abriendo la parte trasera del vestido.

La obligaron a darse la vuelta, la empujaron contra el portón y la ataron a los barrotes. El viento le acarició la espalda desnuda.

«Ya me han azotado antes –oyó el recuerdo de la voz de Arin–. ¿Pensasteis que no podría soportar el castigo?»

Kestrel forcejeó contra sus ataduras, aterrorizada.

–Princesa –dijo la guardia a su espalda.

A Kestrel se le tensaron los músculos. Encorvó los hombros. No podía respirar.

–Todo prisionero nuevo brilla con una pequeña luz –prosiguió la guardia–. Tu luz parece brillar con más fuerza. Es mejor para todos que se apague.

Kestrel apretó la frente contra los barrotes. Clavó la mirada en la tundra. Sus pulmones se pusieron a trabajar de nuevo. Fuerte y rápido.

Se oyó un silbido brusco parecido al de un ave al alzar el vuelo.

El látigo hizo contacto. Se hundió en su carne. Algo húmedo le bajó por las costillas.

Kestrel no era valiente. Pudo oírse mientras aquello proseguía. No logró reconocerse.

Kestrel solía atesorar el recuerdo de Arin cantándole. Le preocupaba llegar a olvidarlo. Las notas bajas fluyendo. Los dulces intervalos o la forma en la que mantenía una larga línea. Le encantaba oírlo tomar aire tanto como el modo en el que podía sostener una frase en alto hasta que concluía exactamente donde debía.

Sin embargo, después de que los guardias la desataran del portón, cuando notaba un dolor abrasador en la espalda y no podía caminar y sus huesos parecían haberse transformado en un líquido tembloroso, contempló la taza que sostenía la mujer. Kestrel estiró las manos hacia ella. Suplicó beber.

Le acercaron la taza a los labios. Captó el aroma argénteo de la droga nocturna. La idea de volverse igual que los otros prisioneros ya no le parecían tan mala.

Olvidar supondría una bendición.

Después de todo, ¿qué había que recordar?

Alguien a quien nunca podría haber tenido. Amigos muertos o perdidos. Un padre que no la quería.

La taza se inclinó. El agua se deslizó sobre su lengua, fresca y deliciosa. Olvidó el dolor, olvidó dónde estaba, olvidó quién había sido, olvidó que una vez le había dado miedo olvidar.

ARIN AÑADIÓ LAS NAVES VALORIANAS CAPTURADAS A su flota.

Algunos de los marineros dacranos a los que habían enviado a revisar los acueductos descubrieron la fuente del veneno que había estado filtrándose en el suministro de agua de la ciudad. Se trataba de una gran cuba situada en un túnel de las montañas que conectaba el curso de agua con las arcadas que descendían por la ladera formando una serie de arcos escalonados. La cuba contaba con un ingenioso diseño: dejaba escapar un espeso líquido amarronado en una dosis controlada mediante pesos y contrapesos internos.

Cuando Arin la vio, después de que la sacaran de una de las antiguas zanjas de montaña que los esclavos herraníes habían usado diez años atrás para construir el túnel, había querido arrojar la cuba por el precipicio y ver cómo se hacía pedazos contra las rocas del fondo. En cambio, ayudó a bajarla con cuidado de la montaña y almacenarla en el arsenal de la ciudad para utilizarla contra los valorianos en caso de sitio.

Todos los habitantes de la ciudad bebieron agua de lluvia recolectada en barriles o proveniente de la campiña. Todos pasaron algo de sed hasta que Arin, que había aguardado unos cuantos días para que el acueducto se descontaminara, probó esa agua y no se sintió diferente.

–¿De verdad crees que podría funcionar? –preguntó Sarsine.

La joven yacía en la cama, todavía pálida, en la casa de la familia de Arin. Sus movimientos eran lentos y se pasaba durmiendo la mayor parte del tiempo, pero sus ojos se habían vuelto más brillantes a lo largo de los últimos días.

–Funciona. –Arin le describió las diferentes partes del cañón en miniatura que había diseñado en la fragua del castillo dacrano–. Es lo que hizo que la reina oriental accediera a aliarse con nosotros –añadió, aunque con la incómoda sensación de que tal vez eso no explicara por completo la decisión de la reina–. Esta arma podría ser la baza que necesitamos contra el imperio, pero debemos fabricar más. Sarsine, te necesito. –Le apartó el cabello lacio de la frente y contempló aquel rostro que le recordaba a su propio padre. Le habían puesto ese nombre por él: un nombre anticuado y de sonido contundente que ella había odiado de niña. Le colocó la mano sobre la mejilla–. No puedo hacer esto solo.

Ella buscó su mano y la sostuvo. Ya no parecía tan débil. Sarsine sonrió.

–No estás solo –le aseguró.

Aproximadamente una semana después de la batalla naval, llegaron por mar refuerzos procedentes del este. Arin se sintió inmensamente aliviado al ver fondear en el puerto a las nuevas goletas. Los

valorianos contraatacarían pronto... Arin suponía que probablemente en algún punto a lo largo de la costa occidental.

Uno de los recién llegados al puerto causó gran conmoción. Bajaron una jaula desde la goleta más grande hasta un bote que se dirigió a los muelles remando despacio. Mientras el bote se aproximaba, Arin vio que los dacranos que se ocupaban de los remos permanecían tensos y silenciosos, procurando mantenerse lo más lejos posible de la jaula. Una persona, sin embargo, se apoyaba contra los barrotes, hablándole con suavidad al animal que daba vueltas dentro. Arin reconoció de inmediato al joven. Lo invadió la alegría. No había esperado que Roshar viniera.

El príncipe oriental levantó la mirada y vio a Arin de pie en el muelle. En su rostro se dibujó una amplia sonrisa. Arin solía pensar que Roshar tenía cara de calavera, pues le habían cortado la nariz y las orejas. Pero Roshar poseía un aspecto tan ferozmente vital (contaba con unos brillantes ojos negros bordeados de pintura verde y unos dientes blancos y rectos) que, aunque aún recordaba lo que había pensado al ver por primera vez las espeluznantes mutilaciones del oriental, aquel recuerdo ahora parecía lejano.

Haciendo caso omiso de las exclamaciones de asombro de su tripulación, Roshar saltó del bote al muelle. El bote se balanceó en el agua. El cachorro de tigre gruñó.

Arin se acercó al extremo del muelle, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Tenías que traer al tigre?

—Le he hecho pasar hambre durante el viaje solo por ti —contestó Roshar—. ¿Por qué no vas a darle un achuchón? Ha venido hasta aquí para verte. Lo mínimo que podrías hacer es darle de comer uno de tus brazos. ¿Demasiado? ¿Qué tal una mano? Unos dedos por lo menos. Arin, ¿dónde está tu hospitalidad?

Arin se echó a reír y abrazó a su amigo.

•

Se atragantó con la primera bocanada de humo.

—Esto es asqueroso.

—Ya te dije que te gustaría.

Roshar mordió la boquilla de su pipa, prendiendo el tabaco. Apagó la cerilla con un movimiento de la muñeca. Durante un momento, fumó en silencio con aire de satisfacción. Por experiencia, Arin sabía que tanto la satisfacción como el silencio eran algo poco común en el príncipe.

—Prueba otra vez —le ofreció Roshar—, o voy a pensar que eres un grosero.

Arin lo ignoró y fue a abrir una ventana. Un aire cálido y dulce inundó el estudio de su padre.

—Arin —se quejó Roshar—, cierra esa ventana. Tengo frío. ¿Por qué hace tanto frío en tu maldito país?

—Estamos en verano.

El primer día de la estación, que para los valorianos era una festividad denominada Solsticio de Verano, ya había pasado.

Roshar se estremeció.

—Quiero irme a casa.

—¿Qué haces aquí?

—Admítelo. Me echabas de menos.

Arin lo miró. Contestó con suavidad:

—Es verdad.

El príncipe lo contempló a través de una nube de humo.

—Tienes mejor aspecto.

Arin frunció el ceño mientras se apoyaba contra el marco de la ventana.

—No sabía que tuviera tan mala pinta.

Roshar soltó un resoplido.

—Como miembro del linaje real dacrano y habiendo recibido la mejor educación en lo tocante a elegancia y discreción, no entraré en detalles sobre tu estado cuando pusiste tus inútiles e ilegales pies en mi ciudad. —Roshar lo observó atentamente y luego su mirada se posó en la espada que Arin se había desabrochado y había colgado del cinto sobre el respaldo de una silla al entrar en el estudio—. ¿Qué le pasó a tu daga?

—Ya no la tengo. —Había arrojado la daga de Kestrel al mar.

Roshar jugueteó con la pipa.

—En cuanto a por qué estoy aquí, la reina pensó que te vendría bien alguien con autoridad.

—Me las he arreglado perfectamente.

—Eso tengo entendido. Xash está impresionado. Y también te odia. Pero vuestra entretenida lucha de poder es irrelevante ahora que estoy yo aquí y os supero en rango a los dos. ¿No?

Arin contestó despacio:

—Por supuesto.

Roshar sonrió.

—La reina te envía saludos.

Arin guardó silencio.

—¿Esperabas algo un poco más afectuoso? Bueno... —la voz de Roshar adquirió un tono ladino— ya sabes cómo es ella, ¿verdad?

El aludido se ruborizó.

—Creo que deberíamos discutir posibles escenarios para un ataque valoriano.

—Qué aburrido.

—No tenemos tiempo para...

–¡Oh! ¡Oh! Los valorianos están echando la puerta abajo en este mismo instante. Tenemos que hacer algo.

–Ya puedes irte a casa.

Roshar se acomodó en su silla.

–Hablando de valorianos, he oído que lady Kestrel y el príncipe Verex se casaron en secreto. Sí, se dice que eran presa de un amor tan apasionado que decepcionaron a cientos de invitados a la boda al celebrar una ceremonia privada justo después del cumpleaños de la dama a finales de primavera. La enamorada pareja no podía esperar.

Arin dudaba que el «amor apasionado» tuviera algo que ver en ello. Negó con la cabeza.

–Ella quiere el imperio. Y siempre consigue lo que quiere.

–Están de viaje de novios en las Islas del Sur.

Arin se encogió de hombros. Notó los músculos tensos. Roshar no pareció darse cuenta.

–Estás mejor –sentenció el príncipe.

–¿Podemos hablar ya de la guerra?

–Como desees, pequeño herraní.

Arin desenrolló un mapa y lo desplegó sobre el escritorio de su padre. Estudiaron el litoral occidental, los acantilados y las costas rocosas que les ofrecerían a los valorianos la oportunidad de llevar a cabo un ataque sorpresa, y la playa, conocida como Lerralen, que conducía a un terreno llano que se extendía hasta las haciendas herraníes meridionales.

Cuando oscureció y a Roshar le empezaron a pesar los párpados, Arin se dio cuenta de que detrás de las bromas y provocaciones del príncipe se ocultaba el cansancio del viaje. Le dijo que debería descansar.

–Elige los aposentos que más te plazcan –le ofreció–. Pero, por favor, mantén a ese tigre enjaulado.

–Arin es un cachorrito –protestó Roshar. Al parecer, le había puesto su nombre al tigre simplemente para molestar a Arin–. Tiene buen carácter, es amable y muy guapo... a diferencia de algunas personas que podría mencionar.

–Te equivocas –dijo Roshar.

Se encontraban en la biblioteca de Arin, inclinados sobre un mapa. Arin mantenía los dedos posados con obstinación sobre los acantilados que bordeaban la costa occidental de su país.

–Te equivocas –insistió Roshar.

Arin negó con la cabeza.

–Estás subestimando al general valoriano.

–No va a enviar soldados a escalar acantilados. No lo necesita. Cuenta con más efectivos. Puede hacer que sus naves atraquen en esa playa y tomar la campiña por la fuerza. No le hace falta ser astuto.

Arin recordó a Kestrel.

–Creo que disfruta siendo astuto. Creo que su propia astucia podría volverse en su contra, si logramos sorprenderlo.

–Esos acantilados son monstruosamente altos.

–Sus Merodeadores pueden hacerlo. Si escalan los acantilados y llegan al sur mientras nos enfrentamos a los valorianos que han desembarcado en la playa, nos flanquearán y nos aplastarán entre ambas fuerzas.

Roshar resopló con desdén.

Arin añadió, frustrado:

–¿Eres tan orgulloso que piensas que nadie puede ser más hábil que tú?

–¿Estás tan dispuesto a convertir al general en un ser todopoderoso capaz de cualquier cosa simplemente porque hizo que masacraran a tu familia?

La rabia dejó a Arin sin aliento. Se produjo un rígido silencio.

Roshar se restregó los ojos, haciendo que se le corriera la pintura verde que los bordeaba. Suspiró.

–No pretendía...

–Arin. –Sarsine se encontraba en la puerta de la biblioteca.

–Ahora no –le dijo.

–Ha venido a verte alguien.

–Ahora no.

–Dice que es importante.

–¿Qué es importante?

–Su mensaje.

–¿De qué se trata?

–No quiere decírmelo. Quiere contártelo él mismo.

–Estoy ocupado.

–No, no –repuso Roshar–. Ve a hablar con él. De todas formas, ya hemos terminado. Informaré a los líderes de los batallones de mi plan de batalla y...

–Un momento. Sarsine, ¿de quién se trata?

–De un mozo de cuadra herraní que se ocupaba de los caballos en un apeadero de Valoria situado en el camino que lleva al norte, hacia la tundra.

–¿Su mensaje tiene alguna relación con una operación militar valoriana?

–Se lo he preguntado y ha dicho que no.

–¿Tiene información sobre el general, sus tropas o el emperador?

–No, no es nada de eso. Pero...

Arin se dio la vuelta.

–Más tarde.

Sarsine tomó aire como si fuera a protestar, pero luego pareció cambiar de opinión.

–Lo alojaré en tus antiguos aposentos. Ha venido desde muy lejos para verte.

–Bueno –dijo Roshar alegremente mientras enrollaba el mapa por el que Arin y él habían discutido–.

Pues ya está todo decidido. ¿Cómo se llama esa playa? ¿Lerralen? Partiremos hacia allí mañana al alba.

Arin no podía dormir. Abrió de par en par la ventana de su dormitorio. Oyó un búho cazando en medio de la oscuridad de aquella noche de verano.

Por supuesto que era más seguro enviar a la mayor parte de las fuerzas orientales a la playa de Lerralen, sin reservar ningún soldado para proteger los acantilados. La playa era el lugar ideal para que desembarcara el ejército valoriano. La playa y el terreno circundante eran relativamente llanos y estaban completamente expuestos: la zona perfecta para una invasión. Los dacranos, que no conocían el territorio que estaban defendiendo, no podrían situarse a mayor altura que los valorianos, y eso haría que resultara más difícil repeler a los invasores... algo que agradaría al general Trajan. Roshar probablemente tenía razón.

Probablemente.

De todas formas, Arin no tenía poder para contradecir sus órdenes. Pocos de los suyos estaban en condiciones de luchar. No disponía de tropas a las que dirigir. Tenía suerte de contar con la ayuda de la reina oriental.

Sí, suerte.

Pero la reina no era tonta. Debía de haberse enterado de que Xash le guardaba rencor a Arin por haberlo ignorado durante la planificación de una batalla clave.

Arin se alegraba de que Roshar estuviera allí, aunque era evidente que lo habían enviado para ponerlo a él en su sitio.

Apoyó un brazo en el marco de la ventana y colocó la frente contra la muñeca. La noche lo envolvió. No había encendido ninguna lámpara. Se preguntó si una de las razones por las que los valorianos se entrenaban para resistir con pocas horas de sueño era poder sentirse como se sentía él en ese momento: como si no hubiera ninguna diferencia entre la oscuridad y él. Oyó el susurro de los árboles. Se imaginó al general desembarcando en la costa de Herrán. Se le tensaron los músculos del brazo. Ahora ya no podría dormir. No se quitaba de la cabeza la imagen de los acantilados. Se alzaban, blancos y centelleantes, en su mente.

Kestrel no sería capaz de resistirse a aquellos acantilados.

Si ella estuviera planeando una invasión, le gustaría el aspecto de la playa de Lerralen, pero le encantarían los acantilados. El atractivo del plan residía en la astucia que representaba. Y el resultado... Si una fuerza, aunque fuera pequeña, subía por esos acantilados y se dirigía al sur para reunirse con los valorianos que ya se concentraban en la playa, las defensas de Herrán se vendrían abajo con facilidad.

Los valorianos se apoderarían de la campiña y se abrirían paso hacia la ciudad, cuya bahía ahora estaba demasiado bien defendida para conquistarla por mar.

Si Kestrel fuera el general, eso es lo que haría.

Si Arin fuera Kestrel, eso es lo que haría.

Se dio cuenta de que había apretado el puño.

Recordó la dorada línea de aceite que adornaba la frente de Kestrel como símbolo de que era una mujer comprometida, y cuánto había odiado él aquella marca. Una noche, en palacio, había empujado lentamente a Kestrel contra las ventanas cubiertas de nieve de la puerta cerrada de un balcón. Había sentido el esbelto cuerpo de la joven contra el suyo. Le había besado la marca. Más tarde, había notado en los labios el sabor del aceite cosmético. Era amargo. Había vuelto a tocarlo con la lengua.

Arin había tenido que luchar con tanto ahínco por pensar con claridad... ¡En qué cosas había creído! Pensó en la noche en la que por fin se había roto el hechizo. Había llegado en barco del este. Lo había arriesgado todo para escabullirse dentro del palacio. La vio de nuevo: la consternación que se dibujó en su rostro, la fría expresión de irritación, la forma en la que se había frotado las manos contra la falda del vestido de seda azul con mangas acampanadas ajustadas con botones a las muñecas. La tela azul oscuro se desplegó a su alrededor cuando se sentó ante el piano, intentando ignorarlo, y tocó una alegre melodía. Cuando él se negó a marcharse, Kestrel se había vuelto cruel.

No era del todo cierto que no sintiera nada al pensar en Kestrel. Sentía vergüenza. Se estremeció al recordar aquellas malditas preguntas. No le cabía en la cabeza que las hubiera pronunciado.

«¿Qué hiciste para conseguir ese tratado?»

»Me concedió la libertad de mi país. Me salvó la vida. ¿Qué hiciste para conseguir que el emperador lo firmara?»

»¿Te ibas... te vas... a casar con el príncipe por mí? ¿Fue... parte de alguna clase de trato que hiciste con el emperador?»

Todavía podía escuchar las cortantes respuestas de Kestrel.

Le dio las gracias al dios del azar por haberse detenido antes de llegar a preguntarle si ella era la Polilla de Tensen... otra más de las fantasías que había contemplado sobre ella en su obsesión por transformarla en la persona que él anhelaba que fuera. Aun a pesar de la lealtad que le profesaba Tensen, de su honestidad. El anciano ya le había revelado la identidad de su espía anónima: Risha, la princesa oriental a la que mantenían como rehén en la corte imperial.

Arin se enderezó. Le dolían los hombros. Llevaba demasiado tiempo de pie en esa posición. Se sentó en el ancho alféizar, apoyando la espalda contra el marco. Tuvo la sensación de encontrarse a la vez dentro y fuera. Se permitió disfrutar de ese equilibrio. Le despejó la mente.

Lo que había ocurrido con Kestrel había servido para algo. Había llegado a hacerse una idea de cómo funcionaba la mente de la joven. Había descubierto que tenía debilidad por los planes astutos. Había visto cuán digna hija de su padre era.

Arin se preguntó cuántas personas necesitaría para ocuparse de los Merodeadores valorianos que escalaran los acantilados occidentales.

Se preguntó si a él también lo tentarían las ideas ingeniosas. Tal vez también lo atraían las apuestas arriesgadas.

Oyó el canto de la primera ave matutina.

La diosa herraní de los juegos había sido antaño mortal. Arin conocía la historia. Había logrado la inmortalidad apostando, y luego había procedido alegremente a causar estragos. Los dioses no estaban nada contentos. Empezaron a perder preciadas posesiones: unos guantes que permitían a su portador tocar los colores y los sonidos, un anillo que contenía otro mundo entero en el interior de su circunferencia, el gato favorito del dios de la noche... Cuando la diosa ganó el sol, todos perdieron la paciencia. Enviaron al dios de la guerra a encargarse de ella. Pero las cosas nunca son sencillas entre los dioses, y las historias sobre los dioses de la guerra y los juegos eran numerosas... e incluían ciertas subtramas sensuales que a Arin no le habían permitido oír de niño.

Cerró la ventana. Tomó su espada, que había pertenecido a su padre y había sido forjada con un acero bellamente templado. Durante casi diez años, tras la invasión, la espada había permanecido colgada en una pared de aquella casa como si fuera un cadáver expuesto. Le resultó agradable sentirla en la palma de la mano y, durante un momento, fue como si no sostuviera la espada sino la mano de su padre. Entonces, la empuñadura se convirtió de nuevo en acero.

Se dirigió (rápido, pues casi había amanecido) a las caballerizas. Ensilló a *Jabalina*, que era el caballo de Kestrel pero ahora le pertenecía a él. Era un animal fuerte, listo y rápido.

Arin partió a lomos del semental bajo la grisácea luz de la mañana. Pensó en que más le valía al comandante de cualquier ejército rezarle tanto al dios de la guerra como a la de los juegos. Ninguna batalla se gana sin una buena apuesta.

A medida que el suelo pasaba a toda velocidad bajo los cascos de *Jabalina*, Arin recordó fugazmente al mensajero que había venido a verlo.

«Más tarde», decidió, y espoleó al caballo.

ARIN SE ARRASTRÓ SIGILOSAMENTE SOBRE EL VIENTRE y avanzó poco a poco sobre la hierba rala. El viento le aullaba en los oídos. Le lanzaba tierra a los ojos. Parpadeó para protegerse, con los ojos llorosos, y se acercó al borde del acantilado. Oyó cómo la tierra se desmenuzaba bajo su peso. Un fino polvillo descendió por el precipicio.

El corazón le martilleaba con fuerza. Imaginó que el borde del acantilado cedía. Se despeñaría a toda velocidad.

Rápidamente, como había hecho varias veces a lo largo del día, clavó los codos en la tierra y se asomó lo suficiente para poder echar un vistazo al fondo del acantilado. El mar se encontraba a una distancia mareante. La espuma blanca se estrellaba contra las rocas.

No había embarcaciones.

Ningún valoriano trepando por los acantilados.

Nada.

Se apartó del borde, se colocó de espaldas, observó el pálido cielo y luego a los herraníes que aguardaban.

Los miró a los ojos. Negó con la cabeza.

•

Arin había cabalgado hasta Etreá, una hacienda en el campo que había ayudado a liberar durante la Rebelión del Solsticio de Invierno. La gente de allí vivía demasiado lejos de la ciudad y las montañas como para depender de acueductos para obtener agua. Tenían pozos. Estaban sanos. Tal vez no fueran guerreros natos, pero Arin se conformaría con lo que consiguiera. Había recorrido la aldea y había pedido ayuda. Unos veinte hombres y mujeres lo siguieron a los acantilados.

Los acantilados vacíos.

Tranquilos.

Arin contempló de nuevo el agua desprovista de naves y se imaginó lo que Roshar debía de haber pensado al buscarlo al amanecer y tener que dirigirse a la playa sin él.

Se preguntó si su desobediencia (¿o Roshar lo consideraría cobardía?) le habría costado la alianza que tanto había luchado por forjar.

No obstante, al segundo día los vio.

Al principio no estaba seguro de que estuviera ocurriendo de verdad. No había visto llegar ninguna embarcación: debían haber fondeado en algún lugar oculto, detrás del borde meridional de los

acantilados que sobresalía adentrándose en el agua en la base. Arin no había visto acercarse los pequeños botes al pie de los acantilados. Solo reparó en lo que eran (parecían rocas oscuras allá abajo en el mar) al distinguir unas diminutas figuras negras contra la reluciente roca blanca.

Atisbó de nuevo a través del catalejo. El sol le caía de lleno sobre los hombros. Notó el sabor del sudor. El estómago se le contrajo contra la rígida hierba sobre la que se encontraba.

Los Merodeadores valorianos escalaban la pared del acantilado en parejas. Uno sujetaba la cuerda desde el fondo. El otro, que iba atado a la cuerda, ascendía, introduciendo clavijas y otras herramientas extrañas en las rocas. Los escaladores enganchaban la cuerda a las herramientas (que se parecían al estribo de un caballo) de modo que la cuerda pasara por ellas con facilidad. A continuación, subían por el acantilado mientras, abajo, sus compañeros iban soltando cuerda.

No eran muchos. Arin contó cien.

Vio cómo los escaladores llegaban al final de las cuerdas. Utilizaron sus herramientas para anclarse a la pared del acantilado. Entonces tiraron de la cuerda, tensándola, mientras sus compañeros de abajo emprendían el ascenso siguiendo la misma ruta. Cuando se reunieron en el punto de anclaje, repitieron todo el proceso de escalar hasta donde se lo permitiera la longitud de la cuerda.

Durante un momento, Arin se permitió imaginar lo que debían de sentir. El aullido del viento. La piel cubierta de polvo, los labios agrietados. Los dedos temblando sobre la roca hasta hallar un asidero. El alivio cuando la sujeción era buena. La punzada de temor cuando los zapatos resbalaban sobre la roca vidriosa. Perdían pie. Quedaban colgando, con los brazos ardiendo. La cuerda resistía. Los pies encontraban un punto de apoyo y se aferraban al acantilado. Con las manos ensangrentadas y la boca seca, seguían ascendiendo.

Arin se apartó del precipicio. Dejó de pensar en lo que sentirían los Merodeadores. Habían venido a arrebatarse su país y matar a su gente. No necesitaba que su dios le dijera qué hacer.

Ordenó a su grupo de herranés armados que se replegara y se agazapara tras los raquíuticos arbustos cercanos, que presentaban un aspecto retorcido por la acción de los fuertes vientos.

Arin aguardó hasta que el primer grupo de escaladores se encaramó al borde del acantilado. Se anclaron al suelo y luego empezaron a tirar de la cuerda mientras sus compañeros de abajo realizaban el ascenso final.

En cuanto los Merodeadores estuvieron sujetos al suelo y tuvieron las manos ocupadas, los herranés salieron de los arbustos.

Arin fue el primero en abalanzarse sobre los valorianos para mostrarles a los otros herranés lo que debían hacer.

Un Merodeador se volvió, abriendo de par en par sus ojos castaños. Seguía amarrado al suelo. La espada de Arin cortó la larga cuerda que el valoriano había ido recogiendo en las manos. La cuerda desapareció a toda velocidad por el borde del acantilado. Se oyó un grito proveniente de abajo.

Arin cortó la sujeción del Merodeador y le posó la punta de la espada en el cuello, que le brillaba de sudor.

–¿La espada o las rocas de abajo? –le preguntó en valoriano. El viento lijó sus palabras, haciendo que sonaran ahogadas.

El valoriano tenía los ojos abiertos como platos.

Tras un estruendoso latido, Arin comprendió que el Merodeador estaba demasiado asustado para contestar. Así que tomó la decisión por él, y lo apuñaló.

–No quiero hablar contigo –anunció Roshar mientras dejaba caer la portezuela de su tienda ante la cara de Arin. Pero este entró de todas formas–. Me estás manchando el suelo de sangre –protestó el príncipe–. Será imposible sacar esa mancha.

Arin bajó la mirada. El «suelo» de la tienda era de arena. Le chorreaba sangre del costado y gotas del tamaño de monedas oscurecían la arena. Una daga valoriana había logrado atravesar su armadura de cuero curtido y se le había clavado justo a la altura de las costillas, donde la armadura se había abollado. Había ocurrido en la playa, después de que Arin se hubiera encargado de los Merodeadores y hubiera acudido a reunirse con el ejército oriental.

–Supongo que estabas en la retaguardia –añadió Roshar–, lejos de toda la diversión. Eso te pasa por llegar tarde. –El príncipe se apartó la túnica empapada de sudor de la piel–. Puaj. Apesto.

–Roshar...

–¿Te quieres callar? He dicho que no quiero hablar contigo. No sabes hacer nada bien, ¿verdad?

–Pero el general...

–Sí, se retiró. Sí, sin sus queridos Merodeadores. He oído lo que hiciste. Así que los arrojaste del acantilado, ¿eh? Qué considerado. Pero llegaste tarde a mi batalla cuando te necesitaba y te lo había pedido y, de todas formas, ¿de quién es este país por el que acabo de luchar?

–Lo sé. Lo siento.

El príncipe resopló.

Arin, que no sabía muy bien qué decir, comenzó a desabrocharse con torpeza las hebillas de la armadura. Le ardía el corte en las costillas.

–Veo que nadie te ha ayudado todavía a sacarte la armadura. Pobrecito. Yo, en cambio –Roshar se señaló a sí mismo, ataviado solo con túnica y pantalones, con los musculosos brazos desnudos y manchados con la sangre de otros–, me libré de la armadura en cuanto los valorianos abandonaron la playa, porque yo soy un príncipe, y le ordené a alguien que me la quitara, y la gente hace lo que le mando.

Arin repuso:

–¿Eso es lo que quieres de mí?

Roshar bajó los brazos.

–¿De verdad quieres que haga todo lo que me mandes?

No obtuvo respuesta.

–¿Da igual que tuviera razón sobre los acantilados?

Roshar hizo una mueca.

–Sinceramente, eso lo empeora.

–No pienso obedecerte. Eres mi amigo, no mi amo.

Roshar apartó la mirada. La nariz mutilada le daba un aspecto chato a su perfil. Observó la vacía pared de lona de la tienda, que relucía a la luz del sol. Suspiró mientras se tiraba de una oreja recortada. Entonces se volvió y miró a Arin de frente. La larga línea de su boca reflejaba cansancio.

–Ven aquí. –Tiró de la armadura de Arin y empezó a desabrochársela–. Deja de sangrar. Ah, mírate. Estás hecho un desastre, Arin.

–De todas formas, no te necesité –le dijo Roshar mientras regresaban a la ciudad a caballo, tras dejar atrás varios batallones para proteger la playa–. Resulta que se me da muy bien la guerra. Es por ser tan guapo. Como uno de tus dioses. La gente me ve y la mente se les queda en blanco. Y, entonces, los atravieso con mi espada.

Arin chasqueó la lengua, azuzando a *Jabalina* para que adelantara al caballo de Roshar.

El príncipe lo alcanzó. Como la mayoría de los orientales, cabalgaba sin riendas, guiando a su caballo únicamente con las rodillas, los talones y cambiando el peso del cuerpo. Esto le permitía gesticular ampliamente mientras hablaba.

–¿Me estás escuchando? –Se inclinó para darle un golpecito a Arin en el hombro–. Me parece que no aprecias la relevancia de contar con un dios entre tus filas.

–¿Puedo rezar para que te vayas?

Roshar sonrió de oreja a oreja.

–Capturamos unos cuantos prisioneros valorianos.

–¿Para qué?

–Para obtener información, evidentemente. No se ha sabido mucho últimamente de Valoria. Nuestros espías guardan silencio. ¿Y los tuyos?

Arin no había tenido noticias de Tensen ni de su Polilla. Negó con la cabeza.

–Vale. –Roshar se frotó las manos–. Veamos qué revela un pequeño interrogatorio. Estoy seguro de que los prisioneros estarán encantados de hablar.

Arin le lanzó una mirada de reojo.

–Me ofendes. Te aseguro que la tortura ni se me ha pasado por la cabeza. La gente adora hablar conmigo. Te prometo que les haré las preguntas con muchísima amabilidad.

Arin estuvo la respiración debajo del agua hasta que le dolieron los pulmones, luego salió a la superficie de la bañera. El sonido de las salpicaduras de agua resonó en el cuarto de baño. Una espuma sucia le rodeaba las rodillas. Se tocó el costado y los dedos se le mancharon de rosado. El corte en las costillas le estaba sangrando de nuevo. No era lo bastante profundo como para coserlo.

Se descubrió pensando cuántas cicatrices tendría el general. Le ardían los pulmones como si todavía contuviera la respiración, lo que le hizo percatarse de que era así, y que dolía sentir tanto odio y saber que ninguna cicatriz sería suficiente, que nunca se sentiría mejor por mucho que el general sufriera.

El general y su hija no se parecían. Recordó cuánto detestó descubrirlo durante los primeros meses que pasó como esclavo de Kestrel. Había querido ver rastros de su padre en ella, y lo había desconcertado no lograrlo. Había algo similar en los ojos... pero los de ella eran de un tono castaño mucho más pálido. Ni siquiera estaba seguro de que se los pudiera denominar castaños. La miel no era de color castaño. Y la forma. También era diferente. Se le inclinaban ligeramente hacia arriba por el rabillo. Recordó haber establecido esas comparaciones y cómo el deseo de encontrar algo en ella que pudiera odiar había dado paso al autorreproche por prestarle demasiada atención a la muchacha. Entonces, despacio, surgió la curiosidad por considerarla tan diferente. Y luego germinó otro sentimiento, más suave y más duro a la vez...

Arin salió de la bañera. Se vistió y abandonó sus aposentos.

Sarsine lo detuvo en la escalera que descendía del ala oeste. Le sonrió a su prima.

–Tienes mejor aspecto.

Ella se cruzó de brazos.

–Ha pasado una semana.

Arin arrugó la frente.

–¿Desde qué?

–Desde que llegó el mensajero.

–Ah. Lo había olvidado.

–Has estado ocupado. –Lo dijo con un tono peligrosamente monótono.

–Iré a hablar con él ahora.

–Has estado ocupado –repitió ella– tirando personas de acantilados.

–Eso es una exageración.

–¿Así que no es verdad?

–¿Qué quieres de mí, Sarsine?

–Culpaste a Kestrel por cambiar, pero tú también has cambiado.

Arin contestó con voz áspera:

–No es lo mismo.

–¿De verdad?

Arin le dio la espalda. Bajó trotando la escalera. El ritmo de sus pasos resonó rápido y firme.

–Intenté llegar aquí lo antes posible –dijo el mensajero.

Se trataba de un hombre bajito con muñecas, codos y rodillas protuberantes. Poseía una nariz extrañamente diminuta. Tenía bolsas debajo de los ojos. Los iris eran verdosos, lo que a Arin le recordó a Tensen.

Se encontraban sentados en el salón de las antiguas habitaciones de Arin. No le gustaba estar allí. Observó los instrumentos de su infancia, que seguían colgados de la pared. Recordó a Kestrel tocándolos, haciendo sonar una cuerda. Vio la marca de nacimiento que la joven tenía en la mano derecha, en el centro de la suave red situada entre el pulgar y el índice. Era como una estrellita negra.

Debería descolgar aquellos instrumentos. Debería librarse de ellos.

–Ocurrió hace cosa de un mes –prosiguió el mensajero.

La atención de Arin volvió a centrarse bruscamente en él.

–Una mujer me dio algo. –El hombre entrelazó las manos–. Me dijo que os lo entregara, pero ya no lo tengo.

–¿Qué era?

–Una polilla camufladora.

–¿Qué? –preguntó Arin con tono cortante.

–Una de esas polillas valorianas. De las que cambian de color. Me la dio una prisionera.

A Arin se le aceleró el pulso.

–¿Quién os la dio?

–Una herraní.

–Eso es imposible.

Tensen le había dicho que la Polilla, su valiosa espía en la capital, era Risha. Nadie podría confundir a Risha con una herraní. Como todos los orientales, la princesa tenía la piel marrón, de un tono mucho más oscuro incluso que la de Arin, que se había bronceado tras pasar años al sol.

–Sé lo que vi –repuso el mensajero.

–Contádmelo todo.

–Me ocupé de los caballos en el camino que lleva al norte de la capital valoriana. Se detuvo un carromato de prisioneros. Pasan por allí a veces. Yo estaba abrevando a los caballos mientras los guardias estiraban las piernas. Entonces, la mujer me llamó. Estiró la mano entre los barrotes y me pidió que os diera la polilla, pero los guardias la vieron. Por eso ya no tengo la polilla. Acabó aplastada. Los guardias me maltrataron. Y a ella también.

–¿Qué ocurrió?

–No lo sé. No pude verlo. En fin, que luego se marcharon.

–¿Eso es todo?

El hombre se removió incómodo ante el tono de Arin.

–¿No debería haber venido?

–Sí, sí. –Arin cerró los ojos con fuerza un instante. Tenía el pulso demasiado acelerado–. Hicisteis bien en venir.

–Siento haber perdido la polilla.

–Eso me da igual. Pero... ¿os habló en herraní?

–Sí.

–¿Estáis seguro?

El mensajero lo miró con extrañeza.

–Sé reconocer mi propio idioma. Era su lengua materna, como la vuestra y la mía.

«No sé hablar herraní», recordó que le había dicho Risha. Tampoco le había confesado nunca ser la espía. Arin había aceptado la palabra de Tensen al respecto.

–Dijisteis que no pudisteis verlo. ¿Qué es lo que no pudisteis ver?

–No pude ver dentro del carromato. Las paredes eran macizas. Igual que la puerta. Vi a la mujer por la ventana.

–Describidla.

–No puedo.

Arin se esforzó por no alterar la voz.

–¿A qué os referís con que no podéis? La visteis. Vos mismo lo habéis dicho.

–Bueno, sí, pero... –era evidente que él también estaba frustrado– solo le vi la mano.

–¿De qué color tenía la piel? ¿Como la mía? ¿Como la vuestra?

–Más o menos. Menos, supongo. Tirando a pálida. Del color de la de una esclava doméstica.

Así que no era dacrana.

–Tiene que haber algo más que podáis contarme. –A Arin cada vez le costaba más permanecer sentado–. ¿Qué le ocurrió a la prisionera?

El hombre se frotó el cuello curtido, evitando la mirada de Arin.

–Los guardias me pegaron. Me zumbaba la cabeza. No pude oír lo que hicieron dentro del carromato. No sé qué dijeron. Pero el sonido de la voz de la mujer fue espantoso.

–¿Y luego?

–El carromato se dirigió al norte, hacia la tundra.

La voz de Roshar destilaba peligro cuando dijo:

–¿Creías que mi hermanita estaba espionando para Herrán y no consideraste conveniente mencionarlo?

–Lo estoy mencionando ahora.

–Arin, a veces me caes fatal.

–No podía contarlo porque no era mi secreto. Tensen me dijo que su informadora había insistido en que su identidad se mantuviera en el anonimato. Lo presioné y me dio un nombre. Yo la admiraba. Todos los habitantes de esta ciudad estarían muertos si no le hubiera contado a Tensen que había veneno en los acueductos. Si ella quería permanecer en el anonimato, yo debía procurar honrar esa decisión.

–Quieres decir que debías procurar salvar tu propio pellejo. La opinión que la reina y yo teníamos de ti podría haber variado un poco si hubiéramos sabido que estabas usando a nuestra hermana para obtener información, algo que podría haberle costado la vida.

–No fue tu hermana.

–¡Esa no es la cuestión!

–Ya lo sé, pero ¿qué habrías hecho tú en mi lugar?

Malhumorado, Roshar clavó la mirada en la chimenea de la biblioteca. Hacía meses que no la encendían, pero todavía se notaba el olor a cenizas. El príncipe jugueteó con su anillo, un grueso aro que parecía llevar engastada una opaca piedra negra. Era inusual que un oriental luciera un anillo, pues les gustaba mantener las manos libres de adornos. Pero Arin sabía que ese anillo cumplía una función específica: lo que parecía una piedra era en realidad un vial que contenía un suero adormecedor. Nunca se lo había preguntado, pero sospechaba que aquel suero también podía matar. Roshar hizo girar el anillo.

–Arin –dijo con calma–, estás tentando a la suerte.

–Ya lo sé –repitió–. Lo siento.

–Bueno. Así que tu Polilla no es mi hermana.

–No.

–Es una herraní.

–Sí.

–Una herraní muerta.

Arin negó con la cabeza.

–La enviaron al campo de prisioneros de la tundra.

–Prácticamente muerta –rectificó Roshar.

–Es un campo de trabajo. No se puede hacer trabajar a un cadáver. Solo ha pasado un mes. Podría estar viva.

Roshar lo miró rápidamente a los ojos.

–No. Oh, no. Ni se te ocurra pensar lo que creo que estás pensando.

–Podría conducir a una pequeña fuerza al norte...

–No sigas.

–Esa mujer podría tener información valiosa.

–No vale la pena.

–No merece estar ahí.

–Sabía en lo que se estaba metiendo. Todos nuestros espías conocen los riesgos. –Roshar añadió con suavidad–: No puedes salvar a todo el mundo.

Arin exhaló despacio. Se apretó los ojos con las palmas. Notó las manos frías. Kestrel siempre tenía las manos frías al tacto, al principio. A él solía gustarle sentir cómo se le iban calentando poco a poco...

Se interrumpió bruscamente. Receló del funcionamiento de su propia mente, de cómo saltó sin motivo a Kestrel, de cómo eso le recordó lo que había ocurrido tantas otras veces, la forma en la que sus pensamientos se centraban en ella y se lanzaban en picado, como si él fuera un ave de presa y ella, el señuelo.

–No voy a decirte lo que debes hacer –sentenció Roshar–. Ya hemos pasado por eso demasiadas veces. Simplemente voy a preguntarte (a ti, que admitiré que posees cierto don sobrenatural para la estrategia) si piensas que es sensato enviar soldados al norte, lejos de la guerra que se está librando aquí, para intentar rescatar a una mujer de prisión cuando no sabes cuántas vidas costaría ese rescate, ni siquiera la identidad de la persona que buscas. ¿Y bien, Arin? ¿Es sensato?

–No.

–¿Vas a hacerlo de todas formas?

–No –respondió Arin de mala gana–. No voy a hacerlo.

Y hablaba en serio.

LA MANO DE ARIN SE CRISPÓ CONTRA LA ALMOHADA. Las piernas se le enredaron en las sábanas.

Abrió los ojos. Vio la luna, grande y amarilla, a través de la ventana. Se preguntó qué aspecto tendría la luna desde los jardines de la azotea, y de pronto se encontró en los jardines... en ambos al mismo tiempo, aunque el jardín del este y el del oeste estaban separados por una puerta cerrada. Notó las lisas piedras frías bajo los pies descalzos. Se encontraba en algún punto entre el sueño y la vigilia. Entonces, se olvidó de esa idea y se adentró por completo en el sueño sin ser consciente de ello.

Oyó los pasos de alguien al otro lado de la pared del jardín. Pero él se encontraba en ambos lados, en ambos jardines: en el suyo y en el de Kestrel. Estaba solo. Estaba inmóvil. Él no hacía ese sonido.

Oyó moverse la grava de nuevo. Pero allí no había nadie más.

El cielo nocturno se desplegó. Alguien estaba cortando sus hilos. Descendió sobre él en forma de trozos de seda. El manto azul le cubrió los ojos, le llenó la boca. Sus costillas se expandieron. Se estaba ahogando. Estaba tratando de beberse la tela. Su garganta la anhelaba incluso mientras se le colapsaban los pulmones.

Arin se despertó de golpe. Las sábanas estaban húmedas. Estaba sin aliento.

El sueño se deterioró. Solo recordaba imágenes de una seda azul. Sobre los ojos. Y también en la boca.

Se sentó. La luz de la luna bañaba la cama.

En su mente titiló el recuerdo de la última vez que había visto a Kestrel. La amplia falda del vestido azul cubriendo la banqueta del piano.

Se obligó a volver a dormirse.

Por la mañana, recordó vagamente haber tenido una pesadilla. Luego frunció el entrecejo, pues no estaba seguro de que «pesadilla» fuera la palabra correcta. Intentó recordar. Solo obtuvo imágenes fugaces: la sensación de estar ahogándose, la impresión de haber querido ahogarse. Algo azul.

De pronto, recordó lo suficiente como para arrepentirse. Desterró el sueño de su mente. Como ocurre con los pensamientos frágiles, el entramado de hilos se desovilló. Se convirtieron en nada... o casi nada. Se convirtieron en una sensación que ya no fue capaz de explicar mientras recogía agua de la jofaina con las manos ahuecadas y se la llevaba a la boca. La sensación se desvaneció; ya no era una idea ni un recuerdo, solo un atisbo de inquietud.

Fue a desayunar a la habitación de Sarsine. Habían sido sus aposentos de niña y los habían decorado siguiendo las órdenes de la hermana de Arin, cuyas habitaciones estaban clausuradas y con las cortinas cerradas.

Sarsine depositó la taza en el platillo.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —Había ido a hablar, pero descubrió que no sabía qué decir y, en realidad, tampoco quería decir nada.

—Tienes ojeras. El dios del sueño no te ama.

Arin se encogió de hombros. Peló una fruta carnosa efectuando movimientos rápidos con el pequeño cuchillo. La pulpa de color violeta se melló y goteó. Tenía un aroma agradable, intenso, dulce. Conocido. Como un perfume. En la piel, justo en la base del cuello de ella.

Dejó caer la fruta en el plato. Ya no tenía hambre.

Sarsine la tomó y se la comió, chupándose las gotas de zumo del pulgar.

—¿No te alegras de que algunos nos encontremos lo bastante bien como para recolectar fruta?

Arin se concentró.

—Sí, pero...

—No lo bastante bien como para luchar.

—No quiero que tú luches.

—Puede que yo tampoco quiera —contestó. Tomó un sorbo de té.

—¿Podrías supervisar un proyecto?

Su prima enarcó las negras cejas.

Arin se sacó unas páginas dobladas del bolsillo interior de la fina chaqueta. Describían detalladamente cómo había creado el cañón en miniatura: el proceso de fabricación de los moldes para el tubo y la bala, las dimensiones, cómo encajar el tubo en la culata de cuero...

Sarsine examinó las páginas.

—¿Cuántos quieres?

—Todos los que puedas conseguir.

Entonces, se quedó callado. Ella lo dejó tranquilo. Arin comió un trozo de pan y luego se encontró observando el anillo de Tensen que llevaba en el meñique. Se preguntó por qué le habría mentado su jefe de espías.

Tensen le había prometido a la Polilla mantener su identidad en el anonimato. Eso había quedado claro desde el principio. Entonces, el anciano había parecido retractarse de esa promesa... o anteponer la promesa de lealtad que le había hecho a Arin. Tensen había identificado a Risha como su hábil espía.

¿Por qué insistiría tanto una herraní en permanecer en el anonimato?

Lo más probable era que se tratara de una criada del palacio imperial. Debía de darle miedo que la descubrieran. El emperador era un hombre vengativo.

Arin se tocó la cicatriz. Tenía los dedos pegajosos.

¿La Polilla podría haber sido Deliah? Pero la modista herraní, que le había cosido la cara, le había proporcionado información directamente. Arin no comprendía por qué haría eso y, a la vez, montaría la compleja farsa de ser la espía secreta de Tensen.

Como si adivinara el rumbo que habían tomado sus pensamientos, Sarsine le preguntó:

—¿Qué pasó con el mensajero?

—Ya hablé con él. Le dije que podía irse a casa.

—Arin. Las fronteras están cerradas. Vino desde Valoria atravesando a pie las montañas. No puedes hacerlo volver. No tiene una casa a la que regresar.

Arin hizo una mueca.

—No pensaba con claridad cuando lo dije.

—Eso solo te ocurre cuando se interpone tu corazón.

Arin sintió de nuevo aquel atisbo de inquietud. Intentó recordar el sueño que se había obligado a olvidar. Se levantó, deseando alejarse de su prima, que lo conocía demasiado bien... aunque se dio cuenta de que había ido a verla precisamente por eso.

—En ese caso, el mensajero puede quedarse en mis antiguas habitaciones.

Sarsine contestó:

—Se lo comunicaré, si no ha partido ya.

•

Roshar se encontraba en el patio de la cocina con su tigre, que acababa de matar una gallina. Había plumas ensangrentadas desparramadas por las losas del suelo. Aunque el tigre seguía siendo pequeño, tenía unas zarpas bastante grandes. El animal estaba tumbado en el patio, resollando al sol, con las zarpas sobre su presa y el hocico húmedo y teñido de rosado.

El príncipe miró a Arin.

—¿Eso era una gallina ponedora? —le preguntó al oriental.

—Tengo noticias para ti. Y no tienen nada que ver con gallinas.

—¿Sobre los prisioneros valorianos?

Roshar se sentó en el borde del aljibe con una expresión ilegible en el rostro.

Arin sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿Qué clase de noticias?

—¿Prefieres oír primero la mala o la que no estoy seguro de si considerarás buena o mala?

—La mala.

—Tu jefe de espías ha muerto.

–¿Tensen? –Aunque ya se lo esperaba, la punzada de tristeza fue igual de profunda que si lo hubiera pillado completamente desprevenido.

–Y la modista también. El general mató a Tensen... o, al menos, eso dicen. Lo de la modista no está muy claro.

A Arin se le cayó el alma a los pies. Recordó haber mirado a Deliah a través del velo que formaba su propia sangre y haber pensado, durante un instante, que se parecía a su madre.

–¿Quieres oír la otra noticia? –le preguntó Roshar con vacilación.

No. De pronto, Arin tuvo la certeza de que no quería oírla, de que no lo soportaría. Un mal presentimiento se apoderó de él.

–Tu... –balbuceó Roshar.

Una pluma de gallina se elevó empujada por una repentina brisa y se arremolinó a lo largo de la base del aljibe.

–Arin, Kestrel ha muerto.

Le zumbaron los oídos. Se sentía como si se hubiera caído dentro del aljibe. La voz de Roshar le llegaba desde muy lejos. Las palabras descendieron hasta él.

–Fue hace poco –explicó Roshar–. Por una enfermedad. Mientras estaba lejos de la capital, viajando con el príncipe. Todo el imperio está de luto.

–No es verdad.

Roshar dijo algo. Arin no pudo oírlo. Se encontraba en el fondo del aljibe. El agua, fría y negra, le cubrió la cabeza.

-ESTOY BIEN.

-Arin, sé que no lo estás.

Sarsine estaba esperándolo en las caballerizas, junto al compartimento vacío de *Jabalina*, cuando él regresó con el caballo empapado de sudor. Se había apoderado de Arin un sentimiento serrado y afilado. Oxidado en algunas partes y amenazadoramente brillante en otras. Si hubiera sido algo real tirado en el suelo, todo el mundo habría sabido que era mejor no tocarlo.

Había ido a dar un paseo a caballo. Había salido de la casa para no tener que visitar o evitar las partes que le recordaban a ella. Le había exigido mucho a *Jabalina*. No obstante, cuando al fin frenó al semental y lo hizo avanzar al paso bajo el verde dosel de las sendas para caballos de la ciudad, se había secado el sudor del rostro y había recordado de quién era el caballo que montaba. Vio que carecía de alternativas. Vio que incluso eludir el tema suponía un recordatorio.

Sus manos sujetaron las riendas demasiado tirantes. Lo invadió una emoción, despiadada y conocida. Se le encogió el corazón. Lo sintió pequeño, duro y lleno, como una nuez que podría partir con el puño.

Todavía tenía la cara húmeda. Se había alejado demasiado. Hizo que *Jabalina* emprendiera el regreso a casa.

Al ver a Sarsine esperando en las caballerizas abiertas y techadas, sentada en un taburete de tres patas, la ignoró y permitió que *Jabalina* bebiera del abrevadero del patio. Desensilló al caballo. Le sacó las riendas. Llenó un cubo de agua y lo vertió despacio sobre el animal, que resopló y bajó la cabeza. Le cepilló el agua del pelaje y luego lo limpió con un trapo. Comprobó los cascos, extrayendo barro y piedrecitas con un limpiacascos y usando los dedos para llegar con suavidad a los surcos situados a ambos lados de la ranilla.

Al final, vio que el silencio no bastaría para hacer que su prima se marchara. Condujo al caballo al interior de las caballerizas. Arin le dijo que estaba bien y ella le contestó que no lo estaba. Limpió los arreos de *Jabalina* y los colgó, y probó de nuevo la táctica del silencio, esta vez porque estaba seguro de que si hablaba acabaría diciendo algo de lo que se arrepentiría.

Su prima le preguntó:

-¿Por qué piensas que está mal llorar su muerte?

-Sarsine... -contestó con voz tensa-. Si me quieres, márchate.

-Responde primero.

Las palabras escaparon bruscamente de su boca.

-Porque ella no era la persona que yo creía. No puedes llorar a alguien a quien no conocías.

-Vi cómo erais cuando estabais juntos. ¿Por qué crees que no la conocías?

–Porque es una mentirosa. Le gusta emplear sus juegucitos, sus astutas artimañas. Todo el mundo cae en sus trampas. Yo también lo hice... –Se quedó callado, escuchando sus propias palabras. Empezó a cepillar el pelaje marrón de *Jabalina*, restregando con fuerza—. No está muerta.

–¿Ah, no? –Sarsine parecía preocupada.

Arin vio cómo los músculos del caballo temblaban y se sacudían bajo el cepillo.

–No.

–Arin, yo sé lo que se siente. Sabes que lo entiendo. Es como si fuera imposible, como si hubiera habido un error y si lograras enmendarlo...

–No es eso. Lo que digo es que toda la historia suena falsa.

–No te sigo.

El cepillo se movía con rapidez.

–La boda secreta, para empezar. La boda del Solsticio de Verano era valiosa para el emperador. Toda esa buena voluntad. La emoción por ser testigos de cómo crecía la dinastía del emperador. La novia. Kestrel era un premio, ¿lo sabías? No se trataba de que el hijo del emperador se casara con ella. Se trataba de que el emperador se casara con el ejército. El emperador nunca habría renunciado a esa boda. Si se casaron en secreto, ¿por qué no los obligó a casarse de nuevo en presencia de todos? No tiene sentido.

–Tú no quieres que tenga sentido.

–¿La mató una enfermedad? Durante todo el tiempo que trabajé en su villa, nunca la vi enfermar. Solo estuvo postrada en la cama una vez, y fue por...

Arin se interrumpió al recordar la cojera de Kestrel. Había resultado herida en un duelo que había librado por él.

Bajó el cepillo.

Ya había pasado por esto. Lo hacía constantemente: inventar historias sobre ella que encajaran con la rodilla vendada de la joven, con la forma en la que lo había besado, la noche que había abierto la puerta que separaba su jardín de la azotea del de él... Había visto abrirse la puerta desde una ventana de sus aposentos. Había aguardado, mientras se le iba acelerando el pulso. Momentos como ese, justo antes de que Kestrel volviera a cerrar la puerta, lo habían obsesionado en la capital, lo habían llevado a imaginar cosas sobre ella. Hermosos y tentadores escenarios. Recordó que incluso se había preguntado si ella podría ser la Polilla de Tensen.

–El Solsticio de Verano fue hace un mes –se oyó decir.

Jabalina bufó y piafó. Curvó el cuello para resoplar contra el pecho de Arin.

Sarsine se dispuso a hablar.

–Vete, por favor –le pidió—. Ya he respondido a tu pregunta. Quiero estar solo. Necesito pensar –añadió, aunque ni siquiera estaba seguro de en qué estaba pensando.

Cuando su prima se marchó, Arin deslizó los dedos por la crin del caballo. Kestrel adoraba a *Jabalina*. Y lo había abandonado de todas formas.

Recordó la mano de la joven en la crin de *Jabalina*, cerrándose sobre las gruesas cerdas. Eso le hizo recordar la asombrosa longitud de su mano, desde el meñique hasta el pulgar, mientras abarcaba las teclas del piano. La marca de nacimiento con forma de estrella negra. La vio de nuevo en el palacio imperial. En la sala de música. Él solo había estado en aquella habitación una vez. Hacía aproximadamente un mes, justo antes del Solsticio de Verano. Las mangas azules del vestido iban abotonadas a las muñecas.

Algo se agitó en su interior. Un atisbo de inquietud.

«¿Sabes cantar?»

Esas habían sido las primeras palabras que Kestrel le había dirigido, el día que lo compró.

Las náuseas le oprimieron la garganta, igual que había ocurrido cuando ella le hizo esa pregunta, y en parte por la misma razón.

Kestrel no tenía ni rastro de acento. Le había hablado en herraní a la perfección, con naturalidad, como si fuera su lengua materna.

–Os conté todo lo que sé –dijo el mensajero.

Arin se había dirigido a los aposentos de su infancia, presa de una angustia que rayaba en pánico ante la idea de no encontrar al hombre allí, de tener que localizarlo, del tiempo perdido... pero el hombre abrió la puerta exterior casi inmediatamente después de que Arin la aporreara.

–No os hice las preguntas correctas –contestó Arin–. Quiero empezar de nuevo. Dijisteis que la prisionera estiró la mano entre los barrotes del carromato para daros la polilla.

–Sí.

–Y que no pudisteis llegar a verla.

–Eso es.

–Pero dijisteis que era herraní. ¿Cómo lo sabéis si no pudisteis verla?

–Porque hablaba herraní.

–A la perfección.

–Sí.

–Sin acento.

–Eso es.

–Describid la mano.

–No estoy seguro...

–Empezad con la piel. Dijisteis que era más pálida que la vuestra, y que la mía.

–Sí, como la de una esclava doméstica.

Que no se diferenciaba mucho de la de una valoriana.

–¿Pudisteis verle la muñeca o el brazo?

–La muñeca sí, ahora que lo mencionáis. Estaba encadenada. Vi el grillete.

–¿Visteis la manga de un vestido?

–Tal vez. ¿Azul?

El terror bulló dentro de Arin.

–¿Lo creéis o estáis seguro?

–No lo sé. Todo pasó demasiado rápido.

–Por favor. Es importante.

–No quiero decir algo sin estar seguro de que sea cierto.

–Vale, vale. ¿Era la mano derecha o la izquierda?

–No lo sé.

–¿Podéis decirme algo de esa mano? ¿Llevaba un anillo con un sello?

–No que yo viera, pero...

–¿Sí?

–La mujer tenía un antojo. En la mano, cerca del pulgar. Parecía una estrellita negra.

–Arin. –Roshar apretó los ojos un instante, luego lo observó con la clase de mirada, entre asqueada y fascinada, que se reserva para las aberraciones de la naturaleza, como los animales que nacen con dos cabezas–. Esto suena...

–Me da igual cómo suene.

–Ya has pensado este tipo de cosas sobre ella antes.

–Debería haber confiado en mí mismo. Me mintió. Y la creí. No debería habérmelo creído.

–Arin, está muerta.

–Muéstrame el cadáver.

–Me preocupas. Lo digo en serio.

–No necesito soldados. Iré a la tundra solo.

–No me refería a eso.

–Ya lo sé. Pero voy a ir.

–No puedes marcharte en medio de una guerra para perseguir a un fantasma.

–Volveré.

–La tundra es territorio valoriano. ¿Entiendes lo que te harán si te atrapan? No puedes ocultar quién eres. Esa cicatriz...

–No me necesitas. Lo dijiste tú mismo.

–¡Estaba bromeando!

Arin le entregó a Roshar una copia de los mismos planos para el cañón en miniatura que le había dado a Sarsine.

–Le he pedido a mi prima que supervise la producción. Los herraníes no se encuentran lo bastante bien como para luchar, pero no hace falta mucha fuerza física para fabricar esto. Y puedes asignarles la construcción de las diferentes partes del mecanismo a diferentes personas. Incluso los ancianos pueden fabricar la munición. Si empiezas ya, tendrás un pequeño arsenal de estas armas para cuando yo regrese.

–¿Me vas a dar esto?

–Debería haberlo hecho hace tiempo.

–Esta es la clase de cosas que hace la gente antes de suicidarse.

Arin negó con la cabeza.

–El suicidio carece de dignidad.

Roshar se irguió cuan alto era. Se cruzó de brazos y tamborileó con los dedos sobre los bíceps.

–Podría retenerte aquí a la fuerza. En mi país, tenemos leyes para asegurarnos de que los locos no se hacen daño.

Arin dijo:

–Hay algo que puedes hacer por mí.

–No me atrevo a preguntar.

–¿Me prestas tu anillo?

LA NIEBLA TEÑÍA DE BLANCO EL AIRE DE LA TUNDRA. ARIN atisbó por el catalejo, agazapado tras un arbusto raquíutico, con las botas sumergidas en el frío barro, y vio surgir la oscura hilera de prisioneros tras las rocas situadas en la base de los volcanes. Observó a cada prisionero que iba quedando a la vista. No pudo localizar el rostro de Kestrel. La niebla era demasiado densa. Los prisioneros atravesaron en fila el portón abierto del campo de trabajo, que se cerró tras ellos.

Arin aguardó a que anoheciera. La temperatura descendió en picado. Un lobo aulló a lo lejos.

Ilyan, el mensajero, le había advertido acerca de los lobos. También le había mostrado una ruta a través de la tundra que los mantuvo alejados del camino valoriano que conducía al campo de trabajo. Habían dormido de día y viajado de noche. Ilyan estaba esperándolo donde se habían detenido para descargar el equipo y permitir que los tres caballos descansaran cerca de un lago poco profundo. Recordó la forma en la que *Jabalina* había levantado la cabeza al verlo partir.

Arin se sumió en una calma interior. Clavó la mirada en el portón cerrado. Lo invadió una quietud tensa y sólida que le impidió pensar en nada que no fuera lo que debía hacer. Que puso freno a las emociones que lo habían asediado desde que Roshar le había dado la noticia. Que se extendió como una fría neblina sobre la sombría tristeza y la eufórica esperanza. Que mantuvo a raya el sentimiento que lo había carcomido y le había impedido respirar: remordimiento.

Otro lobo aulló. Ya no iba a oscurecer más.

Arin salió de su escondite y se dirigió a los volcanes.

En la base de un volcán, cuya cima desaparecía entre la verdosa penumbra, Arin se restregó azufre suelto en el pelo. Se frotó la cara con aquella cosa amarilla, quebradiza y apestosa, difuminando la línea de la cicatriz. Se embadurnó las manos. Lo usó para cubrir el anillo de Roshar.

Tenía la sencilla ropa llena de barro tras días de viaje. Si hubiera podido mirarse, solo habría visto una mancha amarilla y marrón. Un hombre de edad y origen inciertos, a menos que alguien se fijara detenidamente.

Rogó que nadie lo hiciera.

Se adentró en las minas. Sus latidos parecían resonar en el túnel como un tambor.

Esperó a que amaneciera.

Al alba, cuando los prisioneros se adentraron en el túnel con picos, Arin salió de las sombras para mezclarse con ellos, para convertirse en uno de ellos. Examinó sus rostros disimuladamente. Al no verla, lo aterrizó haber llegado demasiado tarde. Un mes. Se odió a sí mismo. Mientras se adentraba más en

las minas, lo atormentaron sus propios pensamientos: estaba enferma, herida. La habían trasladado a otra clase de prisión. Quizás él estaba allí perdiendo más tiempo mientras ella sufría en otro sitio.

No se permitió pensar en la peor posibilidad.

Kestrel era fuerte. Podría sobrevivir a eso. Podría sobrevivir a cualquier cosa. No obstante, al ver los rostros inexpresivos de los otros prisioneros (las miradas ausentes y el pesado andar), ya no estuvo tan seguro. Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda.

Había dos guardias valorianos allí abajo en las minas, pero no prestaban demasiada atención. No se dieron cuenta cuando Arin le arrebató el pico de las manos a un prisionero. Solo interrumpieron su conversación cuando el prisionero de manos vacías, que deambulaba como un sonámbulo, intentó extraer azufre de las paredes rocosas con los dedos, que le sangraban y tenían las uñas rotas. Arin observó con el rabillo del ojo la mecánica determinación de aquel hombre. Mantuvo la cabeza gacha, los hombros encorvados y el rostro carente de expresión mientras los guardias se acercaban al prisionero y deliberaban. Luego se encogieron de hombros y le encontraron un pico al hombre.

Arin trabajó. Pensó en Kestrel haciendo eso mismo. Hundió el pico en la pared y se tragó la bilis que le subió por la garganta. No podía vomitar, no podía llamar la atención. Pero no se le pasaron las náuseas.

Podrían haber transcurrido horas así. Le costaba calcular el paso del tiempo. La luz grisácea que se filtraba por la entrada del túnel no había cambiado.

Pero los prisioneros sí cambiaron. Se quedaron inmóviles de pronto. Arin detuvo el pico a medio golpe. Él también se convirtió en una estatua. Se preguntó qué estaban esperando.

Se trataba de agua. Los guardias la repartieron. Los cuerpos de los prisioneros se tensaron, y bebieron con avidez.

Arin los imitó. Se tragó el agua.

Momentos después, el pulso se le disparó.

Se sentía demasiado grande para su propio cuerpo. Sabía, como si aquella certeza llegara de muy lejos, que le habían hecho algo. El agua.

Golpeó la roca con una energía que se asemejaba al placer. Aquello no estaba bien. Se dijo a sí mismo que aquello no estaba bien, que no era lo que sentía de verdad. Sin embargo, llenó encantado su cesto doble de azufre.

Iba a fracasar. Tenía un plan, había venido con un plan... El sudor le empapó la camisa, las piezas del plan se desperdigaron y solo estuvo seguro de su fracaso.

«Por ti.»

Las manos de Arin se movieron más despacio. Oyó de nuevo la voz de Kestrel, sintió el balanceo de un carruaje. El Solsticio de Invierno. Si colocaba la mano contra la ventana del carruaje, la delicada

escarcha se derretiría.

«Por ti», había dicho Kestrel. Y su boca se había abierto bajo la de él.

La comprensión de lo que había ido a hacer se hundió en Arin y se enroscó como un tornillo.

Volvió a ser él mismo. No le fallaría a Kestrel, otra vez no.

La droga se debilitó. Todavía seguía presente (brincando en su torrente sanguíneo), pero ahora el cuerpo de Arin estaba casi en calma. Cansado. Notaba los huesos flojos en las articulaciones. Los guardias lo condujeron a la superficie, donde aguardaban otros prisioneros cubiertos de polvo amarillo, demasiados para contarlos de un vistazo, los suficientes para arrollar a los guardias incluso sin armas. Y tenían armas. Algunos portaban picos. Otros podrían haber aferrado las rocas repartidas a sus pies.

Arin comprendía la obediencia. Tras la invasión valoriana, le había resultado fácil obedecer. Había visto lo que les ocurría a los que no lo hacían. Había sido un niño asustadizo. Luego creció y cambió. Resistió. Obtuvo lo que eso provocaba. Sangre en la boca. En otras partes. A veces, fue como si estuviera en todas partes, también en los ojos, cambiando su visión del mundo. Cubriendo sus pensamientos. El sabor de las cosas. En una ocasión, para demostrar algo: le ataron un ronzal a la cabeza y le colocaron un freno de hierro entre los dientes.

Tras diez años de esclavitud, Arin conocía la obediencia en sus numerosas formas. El miedo al dolor, la descarnada promesa a uno mismo de venganza. La desesperanza. Una agobiante monotonía interrumpida con cierta frecuencia por la correa o el puño. La forma en la que el castigo hacía que su amo fuera más su amo y él, menos él mismo. Arin se había mostrado propenso a la rebeldía, por muy estúpida que fuera; porque, al menos en ese momento, podía reafirmar la integridad de su voluntad: nadie podría vulnerarla. Pero el dolor lo logró. Y la humillación. La obediencia se convirtió en una variante de la desesperación.

No obstante, nunca había sido testigo de la clase de obediencia que presenció cuando los guardias arrearon a los prisioneros para que se colocaran en fila. Eran como ganado. Ni siquiera eran personas fingiendo ser animales, algo que él mismo había visto y hecho. Allí en la tundra no había rastro de resistencia, ni un atisbo de odio.

No concebía a Kestrel obedeciendo así. No lograba imaginársela obedeciendo siquiera.

Se esforzó por divisarla entre la andrajosa hilera de prisioneros. ¿Estaba en la parte delantera de la fila? ¿Había cambiado tanto que no podía reconocerla?

¿Estaba realmente allí?

Un guardia se dispuso a arrebatarle el pico. Arin apartó las manos. Quería blandir la herramienta y clavársela en el cuello a aquel hombre.

El guardia lo observó. Arin obligo a sus dedos a relajarse. Soltó el pico.

Se colocó en fila como los demás y lo condujeron al campamento.

Evitó la comida y el agua que le sirvieron en el patio. Dejó que la sopa se derramara despacio en el barro por encima del borde del cuenco cuando la vio. Estaba de espaldas a él. Tenía el cabello enmarañado. Estaba tan delgada que Arin tuvo que tragar saliva con fuerza. Durante un momento, creyó que se había equivocado, que esa no podía ser ella. Pero lo era.

Estaban llevándola a un pabellón de celdas con las demás mujeres. «Vuelve la mirada. Por favor.» Pero Kestrel no se volvió, y luego a él lo condujeron en la dirección contraria, con el corazón en un puño, pero tuvo que hacer lo que le ordenaron.

Es decir, hasta que se encontró en el interior del pabellón de celdas de los hombres.

Se situó detrás del guardia más cercano, tiró de la cabeza del valoriano en un ángulo espantoso y le partió el cuello.

Los otros guardias se le echaron encima. Los pinchó con el anillo de Roshar y se desplomaron, inconscientes, en el suelo. Encontró las llaves que llevaba uno de los guardias caídos. Encerró a los prisioneros. Introdujo todos los que pudo en el menor número posible de celdas para ahorrar tiempo.

El pabellón de celdas de las mujeres estaba en calma. La mayoría de las prisioneras ya estaban en sus celdas: sombras que yacían en el suelo.

Al final del pasillo, una valoriana con trenzas canosas lo vio. La guardia desenvainó su daga. Abrió la boca para gritar. Arin corrió hacia ella, esquivó la daga, le cubrió la cara con una mano y la pinchó con el anillo. A continuación, se apoderó de las llaves y revisó las celdas una a una. Llamó a Kestrel con un susurro ronco. No obtuvo respuesta. Un sentimiento brotó de él: una ácida mezcla de terror, esperanza y desesperación.

Entonces, se detuvo. La vio durmiendo sobre el suelo de tierra. De nuevo, estaba de espaldas a él, pero Arin reconoció la curva de su espalda, el ángulo de su hombro y la forma en la que sus costillas bajaban y subían. Introdujo la llave en la cerradura con torpeza.

No dejó de repetir su nombre. Le rogó que se despertara. Las mismas palabras escaparon de sus labios una y otra vez. Ya ni siquiera estaba seguro de lo que decía mientras entraba en la celda y le rozaba la mejilla. Cuando ni aun así despertó, la incorporó. La cabeza de Kestrel se inclinó hacia atrás. Seguía dormida. Una parte de su ser le advirtió que iba a tener que abofetearla, que debía despertarla como fuera, y luego otra parte rehuyó esa idea. No lo haría, nunca podría, mataría a quien osara hacerlo.

—¿Kestrel? —Ni siquiera se atrevía a sacudir aquellos frágiles hombros—. ¿Kestrel?

Ella entreabrió los ojos. Arin contuvo el aliento. Kestrel fue despertando, y lo vio.

Antes, no se había permitido plantearse la posibilidad de que Kestrel estuviera como los demás prisioneros, que la voluntad la hubiera abandonado, que no hubiera vida en sus ojos y se hubiera desvanecido de su rostro todo lo que la convertía en la persona que era.

Kestrel no estaba así. No lo estaba y, al observarla parpadear y mirarlo atentamente, al ver la conciencia que reflejaba esa mirada, Arin se sintió agradecido. La gratitud fluyó como un cálido río: una oración de gracias a sus dioses. Le sostuvo el rostro con las manos... con demasiada brusquedad.

O eso creyó él, que había sido demasiado brusco, porque Kestrel se apartó. Temió haberle hecho daño. Pero ella entrecerró los ojos, estudiándolo bajo la tenue luz. Arin vio su expresión de confusión, y no supo interpretarla.

Kestrel susurró:

—¿Quién eres?

Arin no entendió a qué se refería hasta que le repitió la pregunta.

De pronto, comprendió la situación.

Kestrel no lo recordaba. No tenía ni la menor idea de quién era.

AVANZARON A TROMPICONES POR LA TUNDRA. ARIN SE fijó en la anormal somnolencia que padecía Kestrel. A veces, se le doblaban los tobillos como si fuera una muñeca de trapo y obligara a su cuerpo a moverse a base de fuerza de voluntad.

–Apóyate en mí –le ofreció.

Ella así lo hizo, pero Arin notó que no le gustó.

–Solo un poco más –la animó.

Al final, acabó llevándola en brazos. Bajo la verdosa penumbra, Kestrel durmió apoyada contra su pecho.

Arin tenía las piernas cubiertas de resbaladizo barro cuando llegó a la orilla del lago donde había dejado a Ilyan con los caballos. Vio lo que quedaba del campamento. Casi se le doblan las rodillas. Soltó una palabrota.

Kestrel se despertó. La depositó con cuidado en el suelo. A continuación, Arin se puso en cuclillas y hundió el rostro en las manos.

Habían sacado a rastras el cadáver a medio de devorar de Ilyan de la tienda. Los caballos habían desaparecido.

Lobos. Arin recordó haberlos oído aullar la noche anterior. Se apartó las manos de la cara. Procuró no pensar en el terror y el dolor de la muerte de Ilyan, y en que eso también era culpa suya. Procuró no pensar en cuánto tardarían en recorrer la tundra y las montañas que conducían a Herrán sin caballos. Con Kestrel en ese estado...

Le echó un vistazo. El precario estado de su cuerpo. El recelo con el que lo miraba, incluso en ese instante.

–Puede que hayan sobrevivido –comentó Arin, refiriéndose a los caballos. Estaba hablando rápido–. Deben de haber huido. Permanecerán juntos.

Le dio la impresión de que Kestrel iba a preguntarle algo, luego una expresión de desconfianza le endureció el rostro y Arin tuvo la certeza de que la única razón por la que lo había acompañado era que él era mejor opción que la celda de una prisión.

Arin se volvió. No había terreno elevado desde el que otear. Por la noche había suficiente claridad en la tundra como para ver el rostro de Kestrel, pero estaba demasiado oscuro como para divisar tres caballos deambulando por ahí... ¿a cuánta distancia?

Demasiada.

Si es que estaban por allí.

–¡Jabalina! –gritó.

Eran buenos caballos, pero solo uno era lo bastante inteligente como para venir cuando lo llamaban... si es que *Jabalina* podía hacerlo. No estaba seguro. Nunca había oído que un caballo hiciera eso, sin estar a la vista, y sin sobornarlo con un premio.

Arin suponía que se habían alejado lo suficiente del campo de trabajo, y además había dejado a la mayor parte de los guardias inconscientes... puede que muertos. No se había preocupado de cuánto hundía la aguja del anillo. Aun así, tal vez estuvieran siguiéndolos. No era prudente gritar.

Miró a Kestrel. Trataba de que no la venciera el sueño.

Gritó de nuevo:

—¡*Jabalina*!

Se quedó ronco. Se alejó de Kestrel todo lo que se atrevió, gritando el nombre del caballo. Al final, regresó y se arrodilló en el barro, donde ella permanecía sentada.

—Llámalo —le pidió—. Vendrá si lo llamas tú.

—¿Quién vendrá?

Arin cayó en la cuenta de que nada de lo que había dicho ofrecía ningún contexto que ayudara a entender quién o qué era *Jabalina* si uno no lo sabía previamente. Comprendió que había esperado que Kestrel estuviera fingiendo en la prisión cuando le había preguntado quién era y lo había mirado como si fuera un desconocido peligroso. Una parte de él había creído que estaba simulando no conocerlo para hacerle daño, porque se lo merecía, y era evidente cuánto debía de odiarlo ahora.

—Kestrel —le dijo con suavidad, y notó en su expresión que aceptaba ese nombre pero no se fiaba de que fuera el suyo—. *Jabalina* es tu caballo. Lo quieres. Y él te quiere a ti. Si lo llamas, vendrá por ti. Lo necesitamos. Inténtalo, por favor.

Kestrel llamó al caballo. Cuando no ocurrió nada, la mirada que le dirigió (como si estuviera engañándola, como si se tratara de algún tipo de burla que no lograba entender) hizo que a Arin se le formara un nudo en la garganta.

—Otra vez —insistió—. Por favor.

Kestrel vaciló y luego hizo lo que le pedía, aunque sin quitarle la vista de encima, como si fuera un depredador.

Arin sintió un alivio abrumador al oír el repiqueteo de unos cascos en el barro.

Los otros dos caballos seguían a *Jabalina*. Una de las yeguas cojeaba.

Arin decidió ofrecerle un sacrificio al dios de los perdidos. Lo juró. Luego miró de nuevo a Kestrel, que se puso en pie de manera vacilante, y supo que tendría que ofrecerles sacrificios a todos sus dioses.

Kestrel se acercó al caballo. Arin no pudo verle el rostro, que pegó al cuello del animal. No vio el fugaz instante en el que lo reconoció. Pero la vio suspirar. *Jabalina* le tocó el cabello con el hocico. Arin la vio apoyarse sobre el caballo como no lo había hecho con él: por completo, con ternura. Con confianza.

AQUEL HOMBRE LA TURBABA.

Le estaba agradecida y no protestó cuando le dijo que deberían montar juntos en *Jabalina* y hacer que las dos yeguas los siguieran. Vio su mirada de preocupación. Cómo la evaluó. Sabía tan bien como él que probablemente acabara quedándose dormida en la silla. *Jabalina* era lo bastante robusto para cargarlos a ambos, por lo menos un rato. El plan tenía sentido. Pero no le gustaba.

Se trataba de cómo se sentía, apretada contra el pecho de ese desconocido, arropada entre sus brazos. Se trataba de cómo su cuerpo parecía conocerlo.

La cabeza se le bamboleaba, así que se permitió apoyarse en él.

No estaba bien que su cuerpo conociera a esa persona cuando su mente no la reconocía. Vagamente, cayó en la cuenta de que su rescatador podría contarle cualquier mentira que quisiera.

Sus recuerdos eran como una boca a la que le habían arrancado los dientes. La revisaba una y otra vez, exploraba los agujeros y se retiraba. Le dolía.

Sí, cualquier mentira.

La había salvado, pero no sabía qué quería de ella... ni qué diría para conseguirlo.

Notó los latidos de su corazón contra la columna. La arrullaron aunque sabía que no debería ser así. Se quedó dormida.

Por la mañana pudo verlo mejor. Le dio la impresión de que hacía tiempo que no tenía la mente tan despejada. Él estaba encendiendo un fuego, pero sus movimientos se hicieron más lentos al darse cuenta de cómo lo inspeccionaba. Se quedó inmóvil.

Estaba sucio de pies a cabeza. Durante un instante, le vino a la mente la idea de que ya lo había visto tanto sucio como limpio. Su mirada recorrió la larga cicatriz, que se veía bastante bien ahora que el azufre se había desprendido. Algo parecido al recuerdo titiló en lo más profundo de su ser. Pero no era la cicatriz lo que hacía memorable.

Sus ojos grises se posaron en los de ella.

Debería recordarlo. Repasó de nuevo las líneas de su rostro. La desconfianza se retorció en su interior. No le parecía posible haber visto a una persona como esa y no recordarla.

Algo no encajaba en la torpe afirmación que había hecho, después de escapar, de que eran amigos. Si la vacilación con la que lo había dicho no la hubiera alertado de que eso no era del todo cierto, la forma en la que acababa de permitirle examinarlo y ahora aguardaba, conteniendo el aliento, alguna opinión, sugería que estaba nervioso. Si de verdad fueran amigos, no lo pondría nervioso. Su recelo se afianzó.

Ahora él parecía herido, aunque intentaba disimularlo, como si hubiera adivinado lo que estaba pensando.

Eso tampoco le gustó: la facilidad con la que le leyó la mente.

•

Cabalgaron por separado. Ella montó en *Jabalina* y él, en una yegua. La siguiente vez que se detuvieron para que los caballos descansaran, se acercó más al fuego, aunque eso significaba acercarse más a él. Estaba muerta de frío.

Él le ofreció pan y cecina. Se disculpó por ello.

–Sé que estás acostumbrada a cosas mejores.

Lo que era una tontería, teniendo en cuenta que acababa de rescatarla de una prisión.

–Lo siento –añadió–. Eso ha sido una estupidez.

Cuando ella tomó la cantimplora, no pudo evitar hacer lo mismo que por la mañana: oler el agua.

–No está drogada –le aseguró él.

–Ya lo sé –contestó, y, por la forma en la que le cambió la cara, supuso que él había notado que estaba decepcionada.

Él no dejaba de disculparse. No dejaba de intentar decirle algo que ella no le permitía terminar. Cuando lo interrumpía, no se parecía ni remotamente a la persona que la había llevado a rastras por el patio de la prisión y había atacado a todo aquel que se interpuso en su camino, usando ese extraño y grueso anillo que llevaba en el dedo, y luego había desarmado a un guardia caído, había blandido la daga robada como si fuera suya y se la había hundido en el vientre al siguiente guardia.

–Por favor, déjame explicártelo –le pidió mientras cabalgaban.

El miedo le revoloteó en los pulmones. Notaba la mente dolorida. Aunque resultaba perturbador desconocer tantas cosas, algo agazapado en su interior le advertía que sería mucho peor recordar.

–Déjame en paz.

–¿No quieres saber qué pasó? ¿Por qué estabas allí?

Notó el descarnado sufrimiento que lo atormentaba. Supuso que cualquier explicación que le proporcionara sería más por su propio bien que por el de ella.

Quiso tirarlo del caballo. Que experimentara lo que era caer. Ella se sentía caer, como si se hundiera en la negra nada del cómo y el porqué. La aterrorizaba lo que había olvidado. Lo culpaba por no ver que estaba asustada aunque se esforzara por ocultarlo.

–Muy bien –contestó–. Adelante. Cuéntamelo.

A pesar de su anterior insistencia, ahora no parecía saber por dónde empezar.

–Eras una espía. Y te descubrieron.

–¿Tu espía?

–No exactamente.

–Pero casi. Así que por eso has venido a por mí. Por eso quieres que recuerde. Eso es lo que quieres de mí: información.

–No, Kestrel, nosotros...

–Si éramos amigos, ¿cómo nos conocimos?

La yegua sacudió la cabeza. Le estaba tirando demasiado de las riendas.

–En el mercado.

–Eso es dónde, no cómo.

Él tragó saliva.

–Me...

Vislumbró el mercado, el caluroso aire polvoriento. Oyó el rugido de una multitud y recordó haber visto su rostro sin cicatriz observándola. Una expresión de odio le tensaba las facciones.

–¿Adónde me llevas? –susurró.

Entonces él notó que estaba asustada. Ella lo vio darse cuenta. Arin detuvo a su caballo. El de ella lo imitó. Estiró la mano para tocarla. Ella se apartó.

–Kestrel. –Allí estaba de nuevo: aquel inexplicable sufrimiento–. Te llevo a casa.

–¿Sabes qué creo? Creo que podrías estar llevándome a cualquier parte. Creo que quieres algo de mí. Creo que eres un mentiroso.

Espoleó a *Jabalina* para que siguiera avanzando.

Él la dejó marchar, pues sabía que lo necesitaba para sobrevivir en la tundra. No podía ir lejos.

Bajó la mirada hacia el caballo que se movía bajo ella. *Jabalina*. Ese era su caballo. El nombre encajaba. Poco más lo hacía.

El rosáceo sol descendió por el cielo. Los mosquitos surgieron del barro. Mientras cabalgaban uno al lado del otro, le dio la sensación de que su caballo se iba volviendo más grande y más alto. No se encontraba bien.

Él le preguntó si estaba herida. Tras contestarle que no, volvió a preguntárselo.

–Tal vez tus recuerdos... –comentó, y luego se quedó callado.

La enfureció lo esperanzado que parecía, como si desease que alguna herida en la cabeza fuera la causa de todo. La mirada escrutadora que le dirigió le dio ganas de gruñir como un animal.

Al atardecer, su cuerpo se había vuelto casi incontrolable. La necesidad había ido aumentando durante todo el día, estremeciéndose en su interior. Sentía retortijones en el estómago. Comprendió vagamente que debían haberle enseñado a montar bien, o ya se habría caído del caballo.

Él se dio cuenta. Fue disminuyendo el ritmo a pesar de que ella notaba que quería seguir avanzando.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

No quiso admitir que anhelaba una droga que la habían obligado a tomar. Él lo adivinó de todas formas. Asintió con la cabeza y comentó:

–A mí también me la dieron ayer.

Entonces lo odió de verdad, por adivinarlo, y por creer que entendía el acuciante deseo de algo que solo había probado una vez.

Siguió adelante hasta que se le nubló la vista y el estómago se le revolvió y tuvo arcadas. Al final, él sujetó la brida de su caballo e hizo que ambos se detuvieran.

Llenó de vómito el musgo y los helechos de la tundra. Él le mantuvo el pelo apartado de la cara. Una parte de ella, a la que al parecer le importaba, no entendía cómo soportaba tocarla. No es que él estuviera limpio, pero ella estaba hecha un asco.

Él le dio agua. Se enjuagó la boca, escupió, bebió y luego observó los dedos temblorosos que sujetaban la cantimplora. Agradecía que hubiera venido bien provisto (para tres personas, incluso), pero constantemente le ofrecía cosas que necesitaba, y las guardaba cuando ya no le hacían falta, y encendía fogatas y los guiaba y hacía de todo. Casi deseaba que no se comportara así.

–¿Qué tal si te quedas con eso? –le dijo señalando la cantimplora con un gesto de la cabeza.

Sus dedos se tensaron alrededor de dicho objeto cuando contestó:

–No me trates con condescendencia.

–No era mi intención –repuso él, tocándose la cicatriz.

Ella volvió a subirse al caballo.

–Vámonos –propuso.

El anochecer planteó nuevos problemas.

–Solo hay una tienda –dijo él. Carraspeó—. Pero hay tres patatas.

A continuación, aguardó... supuso que para ver si iba a insistir en que durmiera fuera, pero le pareció que eso sería admitir demasiado, aunque se negaba a considerar exactamente qué estaría admitiendo. Así que asintió con un brusco gesto de cabeza.

El hecho de que no encendiera un fuego la llevó a pensar que todavía le preocupaba que pudieran verlos.

–Deberíamos viajar de noche –sugirió ella–, y dormir de día.

Él negó con la cabeza, sin mirarla.

–Estoy totalmente despierta –insistió.

–Deberías intentar dormir. Deberías volver a la normalidad.

Teniendo en cuenta los acontecimientos del día, eso debería haberla exasperado. Sin embargo, su acompañante tenía una expresión grave en el semblante mientras descargaba la tienda plegada. Sus manos trabajaban sin cesar. Pero sus ojos reflejaban calma. Plata en la oscuridad. Brillantes. Como agua.

–De acuerdo –contestó.

Se sentó, abrazándose las rodillas con fuerza. Se esforzó por evitar que le traquetearan los huesos. No quería vomitar de nuevo. Se giró para no verlo y lo oyó montar la tienda.

Incluso dentro de la tienda, con el calor que emanaba de él a menos de un metro de distancia, estaba completamente helada. Echaba de menos la droga nocturna. Todavía podía notar el sabor metálico en la lengua.

Él ya le había dado toda la ropa de sobra que tenía. Aquella primera noche, después de que los caballos regresaran, había abierto un fardo situado cerca del cuerpo de su amigo y había sacado un abrigo. Le había introducido los brazos flácidos en la prenda. Ella se había dado cuenta de que era de él por el olor. Su propia ropa parecía estar hecha con un saco: camisa de manga larga y pantalones de color pardo. No había llevado eso todo el tiempo que había permanecido en la prisión. Lo había recordado mientras él la abrigaba y ella dormitaba envuelta en la maravillosa bruma de la droga nocturna. Recordó cuándo había cambiado de ropa y por qué. Todavía podía sentir los botones del vestido saltando a lo largo de su espalda. Una ráfaga de frío y terror cuando el aire le tocó la piel. El dolor. Pero la droga era suave y luego se quedó dormida y, de todas formas, ¿a quién le importaba la ropa?

Ahora no tenía nada de sueño. Era un gusano enroscado bajo un montículo de tela. Él la había arropado con el segundo petate, y después había salido del suyo y también se lo había dado. Ya no le quedaba nada más que ofrecerle.

Oyó su voz en la oscuridad, vacilante.

–Kestrel...

–No tendría frío si estuviera dormida –soltó con un castañeteo de dientes–. Necesito dormir.

Una pausa.

–Ya lo sé.

–Dame algo para dormir.

–No tengo nada para eso.

–Claro que sí.

Esta vez, la pausa fue más larga.

–No tengo nada.

–Tienes ese anillo.

–No.

–Úsalo.

–No.

–Quiero que lo hagas.

–No sé usarlo bien. Podría matarte.

–No me importa.

Se puso furioso.

–A mí sí.

Supo por qué antes le brillaban demasiado los ojos. A ella, le ardían los suyos.

Él se movió. Siguió dándole la espalda mientras lo sentía acercarse. Poco a poco, fue notando la calidez de su cuerpo a lo largo de la espalda. Fue como sumergirse en una bañera. Su aliento le acarició la nuca al hablar:

–Solo para darte calor –dijo, con tono de pregunta.

–Dices que éramos amigos.

–Sí.

–¿Ya habíamos hecho esto?

Otra pausa.

–No.

Los temblores disminuyeron y dieron paso a un estremecimiento. Se dio cuenta de que se había acercado aún más, apretándose contra él. Notaba los rápidos latidos de su corazón contra la espalda. La abrazó y el peso de su brazo la hizo sentirse más sólida, más real, menos proclive a hacerse añicos como un espejo. Se calmó, relajándose envuelta en su calidez.

Aun así, no se durmió. Ni él tampoco. Notaba que seguía despierto. Pensó, fugazmente, que era propio de él no dormirse antes que ella. No sabía por qué creía eso. Le costaba conciliarlo con el único recuerdo que tenía de él: su rostro en el mercado, a lo lejos. La boca de un enemigo, los ojos de un enemigo.

Pero ahí estaba, la había salvado, y no le había pedido nada salvo que recordara, e incluso había renunciado a eso. Conocía su olor. Sabía que le gustaba. Lo sintió desplazar la mano para tocarle el pulso en el cuello. Mantuvo los dedos allí, no exactamente con delicadeza sino apretando levemente, como si dudara de que estuviera viva.

¿De verdad nunca habían dormido juntos? No. Se acordaría de eso. ¿Verdad?

Se oyó un aullido musical a lo lejos, en la tundra.

Lobos. El sonido reflejaba soledad. Y belleza, mientras se llamaban.

Por la mañana, descubrió que se había quedado dormida en algún momento. Despertar fue atroz. Él no estaba en la tienda.

El corazón le dio un vuelco. Debió de hacer mucho ruido al moverse.

–Estoy aquí –dijo él desde el exterior de la tienda.

Al salir, lo vio delante del fuego que debería haber oído e interpretado como un indicio de que estaba allí o en los alrededores... o lo habría hecho si no la hubiera asustado tanto que la hubiera abandonado.

Se acercó al fuego, todavía con pasos inseguros. Tuvo la vaga impresión de que nunca se había movido con demasiada elegancia, pero al menos había sido competente. Antes.

Se sentó frente a él. Las pálidas llamas se agitaron entre ambos. Chasquearon.

Vio que ya no llevaba el grueso anillo. Se preguntó qué habría hecho con él, y luego decidió no preguntárselo, siempre y cuando él no mencionara la noche anterior.

Se quedaron sentados y comieron en silencio.

Él no dejaba de observar a la yegua herida, en la que no montaban. Lo vio haciéndolo y supo que él no quería que se diera cuenta.

Cuando se detuvieron más tarde a descansar, sus miradas se cruzaron justo cuando la de él estaba a punto de posarse de nuevo en la yegua.

–No lo hagas –le pidió.

–No quiero hacerlo.

–¿Cómo puedes planteártelo siquiera?

Solo obtuvo un encogimiento de hombros por respuesta.

Se fijó en la daga que llevaba a la cadera, la que le había arrebatado al guardia de la prisión. Sintió que esa daga era algo que debería llevar ella, no él. Experimentó una repentina e intensa sensación de diferencia. Cayó en la cuenta de que habían estado hablando en su idioma, no en el de ella.

Se lo imaginó tomando el cuchillo y degollando al caballo. No había otra forma de hacerlo. Un enorme borbotón de sangre. El cuerpo sacudiéndose. Los cascos resbalando.

–Nos está retrasando.

–He dicho que no.

Al final, él asintió con la cabeza.

Eso le resultó familiar: su obediencia. Ya le había dado órdenes antes. Pero también tuvo el presentimiento de que nunca la había obedecido de ese modo y que, incluso cuando parecía hacerlo, en realidad no era así.

Definitivamente, no eran amigos. Eran otra cosa.

Esa noche fue como la anterior. La abrazó. Ella entró en calor. Se le relajaron las extremidades. Eso parecía ser lo único que lograba hacerla dormir.

De pronto, él dijo:

–Me compraste.

–¿Qué?

Le había murmurado aquellas palabras contra la nuca. Oyó de nuevo su voz, más fuerte esta vez.

–Me preguntaste cómo nos conocimos. Fue en el mercado. Yo estaba en venta. Me compraste.

El instinto le dijo que se volviera entre sus brazos y le examinara el rostro para ver qué expresión tenía.

No se fiaba de sus instintos. Se quedó muy quieta.

–¿Por qué lo hice?

–No lo sé.

–¿Todavía me perteneces?

El viento agitó la lona de la tienda.

–Sí.

Su respuesta fue cortante:

–Nadie se creería ni una palabra de lo que dices. ¿Piensas que haber perdido la memoria me convierte en una idiota?

–No.

–Dices que era tu espía, lo que significa que trabajaba para ti. Dices que soy tu dueña, lo que significa que tú trabajas para mí. Dices que somos amigos. Los señores y los esclavos no son amigos. Y además está esta... –se interrumpió, negándose a añadir nada más. Era demasiado consciente de la calidez de su cuerpo junto al de ella—. Lo que dices es imposible. No te creo.

Notó cómo él expandía las costillas: alas firmes contra su espalda.

–Si me permites explicártelo...

–Deja de hablar. Deja de hablar. No quiero oír tu voz.

Se quedó callado. Ella permaneció rígida contra él, deseando ser capaz de apartarse.

En cierto momento de la noche, lo sintió tomar aire. Pensó que iba a intentar explicarse de nuevo. El pánico la dejó petrificada. Experimentó otra vez la sensación de caer, de precipitarse hacia lo que no recordaba. El aplastante impacto.

No quería que hablara, aunque de pronto ni siquiera estuvo segura de que pretendiera hablar. Por muy extraño que pareciera, se le ocurrió que tal vez iba a cantar.

–No lo hagas –le ordenó bruscamente.

Y él no lo hizo.

Más tarde, se despertó porque estaba temblando de nuevo. Él no estaba.

Todavía era de noche. Debería estar allí.

Salió de la tienda y lo vio de pie bajo un cielo de fantasía. Por encima de la oscuridad, más allá de los puntitos de las estrellas, se extendían espirales verdes y rosadas bordeadas de violeta. Estaba segura de que nunca había presenciado nada igual.

Apartó la mirada del cielo y la posó en él, que se volvió para mirarla. No comprendía cómo era posible que no estuviera congelándose. Entonces vio cómo encorvaba los hombros y se dio cuenta de que sí estaba helado. Él levantó la vista de nuevo hacia los diáfanos colores nocturnos.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Lo dioses.

—Los dioses no existen. —No estaba segura de cómo lo sabía, pero estaba convencida de que lo creía.

—Claro que sí. Han venido a castigarme.

—Fuiste tú —dijo, expresando sus crecientes sospechas y con la certeza, a medida que a él se le contraía el semblante, de que tenía razón—. Tú eres la razón por la que acabé en esa prisión.

La miró a los ojos.

—Sí.

ARIN NO ESTABA SEGURO DE CÓMO LOGRARON LLEGAR a casa.

Kestrel había empeorado. Vomitaba durante el día. Por la noche, silenciosos lamentos se apoderaban de su cuerpo. Él la abrazaba, preocupado de que hacerlo estuviera mal, incluso (a veces, sobre todo) cuando ella parecía agradecerlo. Entonces, era como si la envolviera una ola y la arrastrara hacia la tierra de los sueños. La sentía partir, y experimentaba una desgarradora gratitud, aunque sabía que en realidad Kestrel no deseaba el consuelo que él pudiera ofrecerle.

Se negó a permitirle ayudarla a entrar en la casa. El resplandeciente día estival no lograba hacerla entrar en calor. Iba arrebujaada en el abrigo sucio que él le había prestado. Subieron tan despacio por el sendero que, para cuando llegaron a la entrada principal, todos los de la casa se habían congregado para verlos. Kestrel mantuvo los ojos clavados en sus pies vacilantes, pero Arin sabía que era consciente de la multitud: su boca formaba una línea adusta.

Roshar fue el primero en acercarse. La gravilla crujió bajo sus botas. El príncipe mantuvo un inusitado silencio. Parecía consternado, cuando no era alguien dado a consternarse por el aspecto de los demás.

—Que venga Sarsine —le pidió Arin, pero su prima ya estaba allí.

Kestrel la miró: un momento de vacilación. Luego aceptó el brazo que le ofreció Sarsine y Arin tuvo que disimular el aguijón de lo que debían de ser celos y orgullo herido, tras lo cual tuvo que disimular la vergüenza por sentir algo tan mezquino. Las siguió, sin saber qué hacer con las manos vacías. No estaba preparado para sentirse inútil. En la tundra, al menos, había sido útil.

Subió las escaleras tras ellas hasta el ala oeste, donde Sarsine abrió la puerta de los aposentos en los que Kestrel se había quedado en otro tiempo. Al entrar, Arin le escudriñó el rostro en busca de algún indicio de que reconocía el entorno. La forma en la que evitó establecer contacto visual con él demostraba que sabía que estaba examinándola, y por qué.

Sarsine condujo a Kestrel a una mullida silla cercana y se arrodilló delante de ella. A continuación, procedió a retirarle los maltrechos zapatos que apenas recordaban a las zapatillas de una dama.

Multitud de expresiones cruzaron el rostro de Kestrel mientras estudiaba la morena cabeza gacha de Sarsine. Su voz, que había usado cada vez menos a lo largo de los últimos días, sonó ronca cuando preguntó:

—¿Eres mi doncella?

Su prima se sobresaltó. Arin notó que Kestrel se había dado cuenta de que había dicho algo malo. Sarsine lo miró. Él se inclinó y le susurró al oído.

Sarsine depositó los zapatos en el suelo con cuidado.

—Sí —contestó por fin—. Lo seré por ahora, si quieres.

Se levantó y empezó a quitarle el abrigo.

Algo que Arin había intentado mantener enroscado con fuerza en su interior durante los días transcurridos en la tundra empezó a desenroscarse. No estaba seguro de qué iba a ocurrir cuando se desenrollara. Habría dicho (si es que hubiera podido decir algo) que lo que sentía se parecía a los devastadores temblores que se apoderaban del cuerpo de Kestrel por la noche.

Su mirada se encontró con la de Sarsine. Su prima enarcó las cejas. Había interrumpido el proceso de desvestir a Kestrel. El mensaje estaba claro.

Arin asintió con la cabeza. Debía marcharse, por supuesto, pero no conseguía moverse.

—Arin—dijo Sarsine con tono severo.

Se giró, pero no se había alejado mucho cuando oyó la brusca inspiración de su prima. Volvió la vista.

Se quedó boquiabierto. Se encontró junto a ellas antes de ser consciente de haber dado ni un paso. Aferró la tela de la holgada camisa de Kestrel a la altura del hombro. Lo vio: el rojo verdugón que le recorría el omóplato. Ella se soltó de un tirón. La tela se rasgó. No mucho. Lo suficiente.

—¡Arin!—exclamó Sarsine.

Vio más, vio que los latigazos se parecían a los suyos, que le habían cortado la piel y se perdían de vista bajo la tela. Sabía que le cubrían toda la espalda.

—Te lo pregunté—dijo con voz desdichada—. Te pregunté si estabas herida.

—Y no lo estoy. Ya se ha curado.

—Pero lo estuviste.

—No me acuerdo.

Arin no se lo creyó.

—¿Por qué te hicieron esto? ¿Por qué no me lo contaste?

La había obligado a ponerse en pie. La sujetaba por la parte superior de los brazos. Estaba esquelética. Notó el hueso con los dedos. Ese no era él. Ese no era su mundo. No existía una versión de su mundo en la que eso pudiera ser real.

—La estás asustando—protestó Sarsine.

No sentía miedo. El rostro de Kestrel reflejaba un implacable desafío: el mentón alzado, los hombros tensos, la camisa suelta alrededor del cuello. Uno de los latigazos se le había enroscado sobre la clavícula. Se zafó de él.

Arin tenía un nudo en la garganta.

—Deberías habérmelo contado.

—No tengo por qué contarte nada.

—Kestrel, tú... hiciste algo por mí. Por este país. ¿No te acuerdas? ¿No podrías intentarlo? O deja que te lo explique, por favor...

La palma de la mano de Kestrel se estrelló contra su cara.

Arin se quedó sin aliento. Le ardía la mejilla. También le había alcanzado en la boca. Los ojos de Kestrel parecían líquidos y dorados y perdidos y furiosos. La vergüenza no lo dejaba hablar.

Sarsine dijo con dulzura:

–Ya sé que quieres ayudar.

–Claro que sí –respondió él con un susurro.

–En ese caso, tienes que marcharte.

Hasta que se encontró solo en el pasillo, apoyado contra la pared, no se tocó donde lo había golpeado.

Al apartar los dedos, vio que estaban húmedos. Observó las lágrimas. Brillaban en las puntas de sus dedos como si fueran sangre.

–¿SE VA A MORIR?

Sarsine cerró tras ella la puerta de los aposentos de Kestrel con más fuerza de la necesaria. Plantó las manos en las caderas y se quedó mirando a Arin, que estaba sentado en el pasillo contra la pared situada frente a la puerta de Kestrel. Tenía las articulaciones agarrotadas. No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba allí sentado.

–Por todos los dioses, Arin. Recobra la compostura. No, no se va a morir.

–Pero los latigazos... Podría sufrir una infección. Tener fiebre.

–No tiene nada de eso.

–A mí me pasó.

–Pero a ella no.

–No consigue retener nada en el estómago. Ha ido a peor.

–La drogaron dos veces al día, todos los días durante aproximadamente un mes. Parte de lo que le pasa se debe a que su cuerpo quiere las drogas a las que no tiene acceso.

Arin reparó en el uso del plural.

–¿Más de un tipo?

Aunque ya lo sospechaba por su propia experiencia con el efecto estimulante de la droga que le habían suministrado en las minas y la forma en la que Kestrel anhelaba algo que la hiciera dormir. A veces, incluso lo había suplicado.

–Sí.

–Ella te lo ha contado.

Notó una dolorosa punzada en el corazón. Apartó la mirada para que su prima no viera lo que sentía al saber que Kestrel le había confiado con tanta facilidad lo que él se había visto obligado a deducir. Se encontró de nuevo en la tienda, en la tundra, escuchando cómo el viento sacudía la lona. Notó el frío que rezumaba desde el suelo, Kestrel yaciendo en sus brazos, los acelerados latidos de su propio corazón, los horribles temblores que la afligían, la curva de su cuello en la tenue penumbra verde. El alivio al oír, al fin, que se le acompasaba la respiración. Cómo la suya seguía siendo irregular mucho rato después.

–¿Cómo has conseguido que se quede dormida?

–No está dormida.

–¿Qué?

–Por ahora está bastante tranquila.

–¿La has dejado sola, y despierta? –Recordó cuando Kestrel se había puesto en pie en un pequeño bote que colgaba sobre las negras aguas la noche de la Rebelión del Solsticio de Invierno, dispuesta a saltar.

La oyó pidiendo el anillo adormecedor de Roshar—. No puedes hacer eso. Vuelve a entrar. Sarsine, no puedes dejarla sola.

Su prima apartó las manos de las caderas. Relajó la postura y se le dibujó una expresión dulce y cansada en el rostro.

—Kestrel es demasiado fuerte para hacer lo que estás pensando.

—Mírala. —Lo dijo como si Kestrel estuviera en el pasillo con ellos. Casi se le escapa: «Mira lo que he hecho», pero se contuvo. Sarsine simplemente respondería que nada de eso era culpa suya.

Pero él sabía la verdad.

Sarsine se sentó en el suelo frente a él, con las rodillas levantadas bajo el vestido de muselina.

—Ya la he mirado. La he bañado y la he vestido y la he metido en la cama, y está desnutrida y enferma, pero está viva. Ha luchado mucho por sobrevivir. Si crees que no es fuerte, te equivocas.

—Me quedaré con ella.

Sarsine negó despacio con la cabeza.

—No quiere verte.

—Me da igual.

—No va a hacerse daño.

—Eso no lo sabes.

—Arin, por supuesto que voy a cuidarla, pero no podemos estar con ella a cada momento del día.

—Y una mierda. Claro que puedo.

—Ella lo detestaría. Ni siquiera sabe quién es. ¿Cómo va a averiguarlo si nunca está sola consigo misma?

Arin se pasó los dedos por el pelo sucio y se apretó las bases de las manos contra los ojos cerrados hasta que vio destellos blancos bajo los párpados.

—Yo sé quién es. —Una chica orgullosa. Un corazón duro y noble. Y una mentirosa, una mentirosa—. Debería haberlo sabido.

Los recuerdos de cada momento que había pasado con ella en la capital lo inundaron de pronto, helándole las venas. Se había tragado sus mentiras. La forma en la que se había burlado de él. Lo había rechazado, había hecho que se sintiera insignificante. Le había resultado fácil de creer. Había tenido sentido.

Se maldijo a sí mismo. Vio las oportunidades con las que había contado, a lo largo de los meses previos a su arresto, para comprender la verdad. Pero nada de lo que había visto o sospechado en la capital había tenido sentido. La nostalgia que había visto en sus ojos cuando la encontró junto al canal le había parecido un sinsentido, probablemente una equivocación. El abundante caudal de agua fluía más abajo. Llevaba puesto un vestido de doncella. Sinsentido: que se pusiera en peligro para ayudar a una gente que no era la suya. Sinsentido: que le pasara información clandestinamente al jefe de espías de Arin. Una traidora a su propio país. Los valorianos castigaban la traición con la muerte.

Y Arin la había acusado de egoísmo. Cuando se encontraba en la capital, había empleado palabras como «ávida de poder», «frívola» y «cruel» para definirla. Se lo había dicho a la cara. La había culpado de la muerte de los habitantes de las llanuras orientales.

La afligida expresión de Kestrel, evidente a la luz de las velas de junco en aquella mugrienta taberna. La línea lívida que formaban sus labios apretados.

Había ignorado las señales. Las había malinterpretado.

Había pasado por alto todo lo importante.

Sarsine lo agarró por las muñecas y le apartó las manos de los ojos. La miró, pero no la vio. Vio el rostro demacrado de Kestrel. Se vio a sí mismo de niño, la noche de la invasión, cuando los soldados invadieron su casa y él no había hecho nada.

«Más tarde», le había dicho a Sarsine cuando el mensajero fue a verlo.

«No, no voy a hacerlo», le había prometido a Roshar cuando el príncipe le enumeró las razones por las que no debía intentar rescatar a la espía anónima de la prisión en la tundra.

–Me equivoqué –dijo Arin–. Debería haber...

–Eso es cosa del pasado. Le pertenece al dios de los perdidos. Lo que quiero saber es qué vas a hacer ahora.

Arin había evitado durante mucho tiempo la propiedad del general.

Las palabras de Sarsine todavía le resonaban en la mente cuando cruzó el portón abierto a lomos de *Jabalina*.

Un tordo de cuello amarillo trinó en una rama baja. La hierba sin cortar de la pradera le llegaba al caballo hasta el corvejón. Arin condujo a *Jabalina* al paso a través de la verde masa susurrante, lejos de la villa, que todavía no estaba preparado para ver, y colina arriba, cruzando un naranjal abarrotado de pequeñas frutas a medio madurar. Si las arrancaba y las pelaba, estarían duras y secas. Todavía no estaban listas. Pero su aroma le hizo desear comérselas ahora.

Chasqueó la lengua y le dio un toquecito con los talones a su montura. *Jabalina* sacudió una oreja y aceleró el paso, soltando un breve resoplido por los ollares, encantado de ir más rápido.

Arin se mantuvo alejado de las construcciones anexas más grandes. La casita con techo de paja en la que había vivido la niñera de Kestrel, justo al oeste del jardín lleno de maleza. Las caballerizas vacías. Las dependencias vacías de los esclavos. Aquella estructura sin ventanas parecida a un granero, cuya pintura blanca se descascarillaba al sol. Hizo que *Jabalina* siguiera la ruta elegida, pero se giró levemente en la silla para echarle un vistazo por encima del hombro al último edificio. La espada le presionó la cadera al hacerlo.

Al llegar a la fragua, bajó al suelo de un salto. Le aflojó la cincha al semental y le permitió vagar. La hierba era alta y sabrosa. El paraíso de los caballos.

Sus botas resonaron contra las losas. Podría haber usado una de las herrerías de la ciudad, pero sentía (contra toda lógica) que esa era suya. Todo estaba como lo había dejado el invierno anterior. Dentro, las herramientas estaban colgadas en su sitio. Una capa de polvo cubría el yunque. El crisol se había enfriado hacía mucho. El cubo de carbón estaba lleno.

Encendió un fuego en la fragua, accionó el fuelle y observó cómo las llamas cobraban vida. Cuando el fuego crepitó con fuerza, lo dejó arder. Volvería luego. Tendría que estar un rato encendido para lo que pretendía hacer. Mientras tanto (se obligó a pensarlo), debería visitar la casa.

La villa del general (de Kestrel) había permanecido vacía desde que Arin había matado a Tramposo el invierno pasado. Como líder de la rebelión herraní, Tramposo había reclamado la casa y había vivido allí porque era la mejor y porque era la del general. Tal vez incluso porque era la de Kestrel. No estaba seguro de cuándo había comenzado la malévola fascinación de Tramposo por ella. Tragó saliva con fuerza al recordarlo.

Su mano aferraba la empuñadura de la espada. Se miró los nudillos apretados y observó de nuevo la espada de su padre, desenvainándola dos centímetros para ver cómo el acero templado con precisión relucía bajo el sol. A continuación, volvió a colocarla en la vaina y entró en la casa.

Al otro lado del pórtico, la fuente de la entrada guardaba silencio y estaba llena de suciedad. La verde superficie del agua estaba plagada de bichos. Dioses pintados contemplaron a Arin desde las paredes. Y también otras criaturas: cervatillos, un venado saltando, aves... Vislumbró un fresco que representaba un pájaro captado en pleno vuelo y recordó haberlo visto por primera vez por encima del hombro de Kestrel, el día que lo compró.

En el interior, la casa estaba casi vacía. Ya lo suponía, pero nunca se había imaginado que tendría ese aspecto.

Después de que Arin firmara el tratado imperial que parecía concederle la libertad a Herrán, los colonos valorianos renunciaron a las casas que ocupaban en ese territorio. Llegaron embarcaciones para vaciar las viviendas de las posesiones de los valorianos. Hubo disputas sobre a quién le pertenecía qué. Arin había intervenido y ejercido de intermediario en las negociaciones, pero había ignorado la casa de Kestrel. La familia herraní a la que pertenecía había muerto tiempo atrás. Cuando una nave valoriana entró en el puerto para vaciar la villa del general, Arin fingió que ni el barco ni la casa existían. Había supuesto que se lo habrían llevado todo. Casi había acertado.

No había vuelto a entrar allí desde la Rebelión del Solsticio de Invierno. No había querido sentirse atraído hacia los aposentos de Kestrel, ni ver las cocinas en las que los suyos se habían visto obligados a trabajar, ni encontrar el lugar en el que el mayordomo lo había acusado de tocar algo que no debía. Lo había hecho azotar por ello, al fondo de la propiedad para que ningún sonido desagradable molestara a nadie de la casa. Arin no había querido recordar la sala de música resonando con las melodías que tocaba Kestrel ni ver la biblioteca en la que se había encerrado en una ocasión con ella. No había querido tener nada que ver con ese lugar. Ni siquiera había entrado cuando fue con hombres, una carreta y

caballos de tiro para llevarse el piano a su casa. Había aguardado fuera, preparando un sistema de poleas que usó para ayudar a alzar el instrumento y subirlo al carro después de que lo sacaran por las amplias puertas de la sala de música.

Así que no estaba preparado para la inmundicia que vio y olió.

Tramposo se había vengado. Las esquinas apestaban a orina. Había manchas en las paredes y las ventanas. Varios cristales estaban hechos pedazos.

Sus pasos lo llevaron con rapidez a la sala de música. La situación allí era extraña: había partituras desparramadas por el suelo, algunas de ellas quemadas, pero solo un poco, como si Tramposo hubiera empezado a hacerlo y luego se le hubiera ocurrido una idea mejor, probablemente la misma que lo había llevado a no destrozar el piano. Quizá Tramposo había dudado sobre si obligar a Kestrel a hacer lo que él quería o sobornarla...

A Arin se le contrajo el estómago. Le ardieron los pulmones. Abrió una ventana de par en par.

Clavó la mirada en el jardín, recordando la vista. Había observado cómo las flores descendían y flotaban con la brisa mientras Kestrel tocaba una composición escrita para flauta. Su madre solía cantar esa canción por las noches para los invitados.

Se preguntó si eso era lo que significaba haber nacido en el año del dios de la muerte: verlo todo profanado.

Pero el aire le despejó la mente. Se dirigió a las cocinas. Allí encendió otro fuego, esta vez para hervir agua. Localizó una pastilla de jabón de sosa de olor fuerte. Trapos. Cubos. Aceite para madera con aroma a naranja. Vinagre para las ventanas y las paredes. Arin comenzó a limpiar la casa de arriba abajo.

Mientras escurría un paño, sintió que su dios le decía con desdén: «¿Limpiando? Ay, Arin. No te creé para eso. Eso no es lo que acordamos».

Arin no era consciente de haber accedido a nada, solo de haber sido reclamado, y de que le gustaba.

No podía deshonrar a su dios. Pero tampoco podía deshonrarse a sí mismo. Apartó aquella voz de su cabeza y siguió trabajando.

Cuando regresó a la fragua, el fuego se había apagado hacía rato. Volvió a encenderlo y atizó las llamas. A continuación, introdujo la espada de su padre en el fuego, la calentó hasta que se volvió maleable y la colocó contra el yunque. Partió la hoja. Su mente estaba en calma mientras la recortaba y algo nuevo se formaba bajo sus manos. Acero plegado, capa sobre capa. Soldadas en la fragua. Más corta, más delgada. Resistente y curvada. Modificó la empuñadura. Le dio forma a la hoja y la afiló. Hizo todo lo posible para que la daga de Kestrel fuera su mejor trabajo.

KESTREL SE ZAFÓ DE LAS TINIEBLAS.

Estaba dolorida: notaba molestias, sobre todo en los hombros, las costillas y el estómago. Pero los espasmos que solían sacudirle el cuerpo habían desaparecido. Todo era increíblemente suave. El colchón de plumas. El fino camisón. La piel limpia. La delicada blandura de la almohada bajo su mejilla. Parpadeó y oyó el breve roce de sus pestañas contra la tela de la almohada. Tenía el cabello suelto, suave. Estaba asqueroso cuando llegó allí. Recordó los dedos de Sarsine, cubiertos de aceite, desenredándose.

–Córtamelo –le había pedido. Se había sentido incoherente y aturdida mientras las palabras salían de sus labios secos, como si no estuviera hablando sino repitiendo el eco de algo que ya había dicho.

–Ah, no –había contestado Sarsine–. Esta vez no.

«Córtamelo.» Sí. Hubo otra vez. En aquel entonces, una miriada de trencitas formaba una maraña bajo sus dedos, y odiaba notarlas... debido al recuerdo de un placer inesperado. No obstante, su mente se negaba a revelarle qué clase de placer era y por qué se había desvanecido.

«Un dama de la alta sociedad como tú podría arrepentirse de cortarse el pelo», le había dicho Sarsine aquella otra vez.

«Por favor. No puedo soportarlo.»

Sarsine le desenmarañó los densos nudos que se le habían formado en el campo de trabajo. El movimiento de los dedos por su cabello la había mareado. Sintió náuseas y vomitó de nuevo.

Ahora, mientras cavilaba sobre ello, Kestrel tocó uno de los mechones de pelo desplegados sobre la almohada. En la prisión, había olvidado de qué color era.

Familiar. Rubio oscuro. Con un toque rojizo. Lo tenía de un tono más intenso cuando era pequeña. «Rojo guerrero», había dicho su padre, tirándole de una trenza. Kestrel sospechaba que lo había decepcionado que se le hubiera ido oscureciendo con el tiempo.

Se sentó... demasiado rápido. Se le nublaron los ojos. La cabeza le dio vueltas.

–Ah –dijo una voz.

Se le aclaró la vista. Sarsine, que estaba sentada en una silla (de madera color gris paloma y tapizado perla mate; eso también le resultó familiar), se estiró y se acercó a una mesita en la que había una sopera tapada. Sirvió un poco de caldo humeante en una taza y se lo llevó.

–¿Tienes hambre?

El estómago de Kestrel rugió.

–Sí –contestó, maravillándose de algo tan simple como el hambre normal. Bebió, y se sintió exhausta de inmediato. Sus manos apenas tenían fuerzas para sujetar la taza–. ¿Cuánto tiempo? –logró preguntar.

–¿Ha pasado desde que llegaste? Dos días.

La luz del sol relucía tras las cortinas cerradas.

–Has estado inquieta –añadió Sarsine–, y muy enferma. Pero creo –le tocó la mejilla– que ya lo hemos superado.

Era una buena mujer, pensó Kestrel. Llena de enérgica confianza en sí misma. Firme, práctica, con un trasfondo afectuoso. Entrecerraba los ojos con aire de preocupación. Genuina, tal vez.

–Necesitas dormir de verdad –sentenció–. ¿Puedes intentarlo?

Eso también le gustó: que supiera que algo que debería ser fácil no lo era. Era cierto que a lo largo de los últimos días (dos, se recordó) había dormido de manera intermitente y superficial. Miró a Sarsine a los ojos. Fijamente. Entonces vio con claridad algo en lo que no se había fijado antes. Se le aceleró el corazón.

Eran exactamente del mismo color. Grises, como una fina lluvia. Con espesas pestañas negras. Eran los ojos de él.

Y la boca también. La forma no era la misma del todo; pero el trazo del labio inferior, la comisura alzada en un leve esbozo de sonrisa...

–¿Y bien? –le preguntó Sarsine con dulzura mientras tomaba la taza vacía, que ahora pesaba más que una piedra.

Kestrel le agarró la mano libre y la apretó. Aquella firme mirada gris la ayudó a calmarse. «No está bien», insistió una parte de su ser. «No está bien buscarlo en el rostro de esta mujer. Buscarlo en cualquier parte.» Pero Kestrel lo hizo, no pudo evitarlo, y cuando el abismo del sueño se abrió bajo ella no tuvo miedo de caer en él.

Cuando volvió a despertar era de noche. La lámpara proyectaba una tenue luz. Una sombra grande acechaba en la silla. Vio unas largas piernas con pantalones y botas con los cordones todavía anudados con fuerza. La cabeza morena ladeada en una posición incómoda contra la moldura tallada del respaldo de la silla.

Limpio, dormido. Líneas duras suavizadas. Rostro afeitado. Aquella cicatriz.

Estaba demasiado limpio. Y lo bastante cerca como para olerlo. Tenía un olor extraño: a vinagre y naranja y... ¿jabón de sosa?

Él entreabrió los ojos. Pareció confuso durante una inspiración. Luego, alerta a la luz de la lámpara. La observó observarlo. No se movió.

A Kestrel se le desbocó el corazón. Osciló entre la desconfianza, la confianza y una emoción más difícil de identificar.

–Vuelve a dormirte –murmuró él.

Kestrel cerró los ojos. Su corazón, asustadizo como un conejo, se calmó; se acurrucó en su madriguera y se transformó en una bolita de pelo cálido y suave. El susurro de una respiración en la oscuridad.

La siguiente vez que despertó, las cortinas estaban abiertas de par en par. Pleno día. Luz amarilla. La silla color perla estaba vacía.

La invadió una sensación desagradable. No estaba segura de qué significaba exactamente, pero la hizo sentir pequeña.

Se incorporó. Había un espejo en un tocador situado cerca. Salió de la cama. Sin fuerzas, tambaleante. El tocador con su silla no estaba tan cerca, después de todo. Había una inmensa distancia hasta allí. Cuando llegó, se dejó caer en la silla.

La chica del reflejo parecía tan atónita que el primer instinto de Kestrel fue tocarla. Para tranquilizarla. Los dedos de ambas se encontraron. El espejo estaba frío.

—¿Estás planeando romperlo? —preguntó una voz.

Kestrel bajó la mano y, al apartar la mirada, encontró a Sarsine detrás de ella, en la puerta abierta. No estaba sola, después de todo. Su expresión reflejaba el aire pensativo de alguien que lleva un rato observando. Sostenía un fardo de tela en los brazos.

—Esa no soy yo —dijo Kestrel.

Sarsine depositó la tela (un vestido) sobre el respaldo de la silla gris perla. Se acercó y le apoyó una mano en el hombro... con afecto, aunque a una distancia prudente de las abultadas marcas que probablemente podía verle en la espalda a través del camisón.

Kestrel le echó otro vistazo a la chica demasiado delgada y de ojos hundidos. Labios agrietados. Clavículas protuberantes.

—Permíteme —dijo Sarsine mientras le recogía el cabello en una rápida y práctica trenza.

—Él hizo eso —soltó Kestrel de pronto.

Le había trenzado el pelo una vez. Ese (¿ese?) era el placer desconocido y olvidado que había intentado recordar. Lo había hecho con calma. Con una lentitud sensual. El hipnótico roce de sus dedos contra la nuca. Luego, a la mañana siguiente, todas aquellas trencitas se transformaron en espantosos nudos.

—¿Qué? —Sarsine le ató la trenza con una cinta.

—Nada.

Sus miradas se encontraron en el espejo, pero la otra mujer solo comentó:

—Ven, vamos a vestirte.

—¿Para qué?

—Para que parezcas más tú misma. —La ayudó a ponerse en pie.

El vestido era demasiado holgado. Pero le quedaba bien de hombros y tenía la longitud perfecta. Y la tela... Aquel estampado de ramitos de flores.

—Es mío.

—Sí.

–Pero esta no es mi casa.

Los dedos de Sarsine, que estaban abotonándole el vestido, se detuvieron.

–No.

–Entonces, ¿qué hago aquí? ¿De dónde has sacado esto?

Sarsine abrochó el último botón.

–¿Cuánto recuerdas?

–No lo sé. –Se sentía frustrada—. ¿Cómo se supone que voy a saberlo? Para eso tendría que saber qué he olvidado. Dímelo.

–Sería mejor que se lo preguntaras a otra persona.

Kestrel sabía a quién se refería. Ahí estaba de nuevo: los dedos de él deslizándose por su cabello. Era cierto, lo que había sospechado en la tundra era cierto. ¿Un amante? Tal vez. Algo profundo, en cualquier caso. Pero profundo como una herida.

–No –repuso—. Confío en ti.

Sarsine se arrodilló para calzarle las zapatillas.

–¿Por qué?

–Tú no quieres nada de mí.

–¿Y eso quién lo dice? Una doncella podría querer infinidad de cosas de su señora.

–No eres mi doncella.

Sarsine levantó la mirada.

–¿Por qué haces esto? –le preguntó Kestrel—. ¿Por qué eres amable conmigo?

Sarsine dejó caer las manos sobre el regazo. Se pasó el pulgar por la palma de la mano contraria. Luego se levantó y la acompañó hasta un espejo de cuerpo entero. Kestrel, agotada y confusa debido a una serie de emociones contradictorias, se dejó llevar.

–Eso es –dijo Sarsine cuando Kestrel se encontró ante el reflejo—. Casi pareces una auténtica dama valoriana. Eso es lo que eres. La primera vez que te vi, te odié.

Kestrel se observó. No vio nada que mereciera la pena odiar. No vio nada destacable. Solo la sombra de una chica con un bonito vestido. Susurró:

–¿Soy despreciable?

Sarsine sonrió con tristeza.

–No.

Se hizo un silencio que Kestrel no quiso romper, pues en ese momento sintió que había una sedosa seguridad en no merecer ser odiada. Quizá no necesitaba ser nada más. Quizás eso era lo único que necesitaba una persona.

Sarsine dijo:

–Hace casi once años, tu gente conquistó este país. Nos esclavizaron. Tú eras rica, Kestrel. Poseías todo lo que pudieras desear. Eras feliz.

Kestrel frunció el entrecejo. Reconoció algunas de las cosas que Sarsine había dicho, las vio a lo lejos, borrosas por la distancia. Pero...

Comprendió que se debió a la palabra «desear». Y «feliz».

–No conozco todos los detalles –continuó Sarsine–. Lo que sé es que, el verano pasado, compraste a Arin en el mercado.

–Así que es verdad.

–Lo ganaste en una subasta y lo llevaste a tu casa. Pero el subastador, un hombre llamado Tramposo...

Kestrel sintió una punzada desagradable.

–... quería que ganaras. Y Arin también. Tu padre es el general de mayor rango del ejército valoriano. Arin era un espía de la rebelión herraní. Su papel fue crucial. No se podría haber llevado nada a cabo sin él. Ni sin ti. Le proporcionaste información valiosa, aunque sin querer. No lo habrías hecho de haber sabido lo que pretendía y lo que haría con lo que le contaste. Atacaron a los valorianos por toda la ciudad, los pillaron desprevenidos, los mataron. Incluyendo a tus amigos.

Lágrimas sobre piel muerta. Una chica con un vestido verde. Labios morados envenenados. Kestrel tragó saliva.

–Tras la rebelión –prosiguió Sarsine–, te trajeron aquí.

Kestrel intervino con voz ahogada:

–Prisionera.

Sarsine frunció los labios, pero no lo negó.

–Escapaste. No estoy segura de cómo. De buenas a primeras, llegó el ejército valoriano y nos sitiaron. Pero apareciste tú y le presentaste un tratado a Arin.

Papel grueso bajo sus dedos. Nieve cayéndole sobre las mejillas. Papel blanco, nieve blanca, corazón blanco.

–Nos ofrecía la independencia como territorio autónomo bajo dominio del emperador. Parecía demasiado bueno para ser cierto. Y así era. Varios meses después, la gente de esta ciudad empezó a enfermar. Incluida yo. Nos estaban envenenando lentamente con el agua contaminada de los acueductos. El emperador quería matarnos sin arriesgar las vidas de sus soldados. Lo sabemos, y lo impedimos, gracias a ti. Tú le pasabas información a Tensen, el jefe de espías de Arin en la capital. Arin no sabía quién era la fuente. Tensen se negaba a identificarla y la llamaba por un nombre en clave: la Polilla.

»Te descubrieron. Un mozo de cuadra herraní que trabajaba en las montañas trajo la noticia de que una mujer que iba en un carromato de prisioneros con rumbo a la tundra le había dado una polilla y le había pedido que se la entregara a Arin. Arin fue a por ti. Y aquí estás.

Kestrel tenía los dientes apretados y los hombros rígidos. No recordaba la mayor parte de lo que le había contado Sarsine, no estaba segura de qué pensar de las pocas y vagas imágenes que flotaban por su mente. Trató de que no la venciera el cansancio.

–Eso es de locos.

–Inverosímil, ya lo sé.

–Un cuento. –Kestrel trató de encontrar una forma de expresarlo–. Como algo sacado de un libro. ¿Por qué iba a exponerme a hacer algo así?

«Fuiste tú –le había dicho en la tundra–. Tú eres la razón por la que acabé en esa prisión.»

«Sí.»

Añadió con tono monótono:

–Me hace parecer muy estúpida.

–Te hace parecer la persona que me salvó la vida.

Sarsine le rozó el dorso de la mano con tres dedos.

Recordó qué significaba aquel gesto. Encontró la información necesaria en su interior. Era un gesto herraní. Expresaba gratitud, o una disculpa, o ambas cosas.

Se tiró del amplio vestido. Los pensamientos se le arremolinaban en la mente. Los párpados le pesaban, se le iban cerrando. Trató de imaginarse a su antiguo yo. Enemiga. Prisionera. ¿Amiga? Hija. Espía. Prisionera de nuevo.

–¿Qué soy ahora?

Sarsine le tomó ambas manos.

–Lo que tú quieras.

Lo que ella quería era dormir. Caminó tambaleante hasta el mueble más cercano: un diván, aunque la negrura la envolvió demasiado rápido como para fijarse. Simplemente se trataba de un objeto que no era el suelo. Se rindió a su abrazo y se quedó dormida enseguida. Un cojín. Una colcha cubriéndola. Un vestido que había sido suyo.

Alguien había vuelto a depositarla en la cama. No había sido Sarsine.

Estaba oscuro, pero habían dejado encendida una lámpara que emitía una suave luz. La silla estaba vacía.

Yacía acurrucada de costado. Aunque ya le había sanado la espalda, notaba un dolor sordo. Le ardían unos cuantos surcos profundos. En la tundra, apenas había sentido dolor mientras las drogas seguían en su organismo. Luego las eliminó, pero los vómitos y el ansia habían sido lo peor.

El dolor le royó la espalda y le atravesó el corazón. Observó la silla vacía.

Se le ocurrió que después de la última vez, cuando despertó en medio de la noche, él habría decidido guardar las distancias.

Se le ocurrió que eso pequeño y frío que experimentaba era abandono.

Su propia confusión debería haberla enfurecido. ¿Quién se creía que era para abofetear a la persona que la había salvado y luego sentirse desamparada por su ausencia?

En realidad, no era una persona, sino dos. La Kestrel de antes y la de ahora, rozando una contra la otra como las dos mitades de un hueso partido.

Se colocó sobre el otro costado, de cara a la pared, y estiró la mano para tocar, por primera vez, las protuberancias de su espalda. Piel dolorida. Largas escamas de sangre coagulada. Apartó la mano, asqueada, y la apretó contra el pecho.

Vuelve a dormirte, se ordenó.

Ya no necesitaba la droga nocturna. No exactamente. Sin embargo, pensar en ella la hacía palpar de anhelo. Si le ofrecieran una copa, se la bebería de un trago.

Al día siguiente (al menos, eso pensaba Kestrel; aunque era del todo posible que se hubiera pasado durmiendo más de una noche), Sarsine la ayudó a llegar a la sala de desayuno. Sobre la mesa había unas frutas llamadas ileas, pan, té, leche, un juego de llaves de hierro y otro objeto envuelto en muselina. Grande. De aspecto tosco. Situado justo al lado de las llaves, delante de un plato.

–Para ti –anunció Sarsine.

–¿Es Ninarrith?

Aquella palabra se le ocurrió de pronto, pero le sonó extraña. Recordó que procedía de la antigua lengua herraní, que tenía tantos siglos de antigüedad que se podía considerar un idioma propio. Nadie lo hablaba ya, aunque perduraban unas cuantas palabras. Antes de la guerra, los herraníes solían hacerse regalos en Ninarrith. Era una festividad.

–Todavía no. –Sarsine se quedó mirándola.

–¿Qué pasa?

–Es extraño que recuerdes eso.

–Recuerdo algunas cosas.

–Hace once años que no celebramos Ninarrith.

–¿Qué significa la palabra?

–Son dos palabras unidas. Se corresponden a «cien» y «velas». La festividad señala el último día que los dioses caminaron entre nosotros. Celebramos la esperanza de que regresen.

Kestrel tiró de aquel recuerdo, lo sacó a la superficie, despacio y con cuidado.

–Mi niñera. Era herraní. Lo celebraba con ella en secreto.

Se preguntó qué habría ocurrido si las hubieran descubierto. El miedo le anegó el corazón. Pero ahora no había nadie que pudiera descubrirla, no había nadie que pudiera castigarla.

–Yo la quería.

Sin embargo, ya no se acordaba de cómo se llamaba aquella mujer. El miedo se condensó formando una sensación de pérdida. Intentó sonreír, pero le temblaron los labios.

–El té se va a enfriar –comentó Sarsine mientras se ocupaba afanosamente de la tetera de manera innecesaria.

Kestrel se sintió aliviada de disponer de un momento para que los sentimientos se reflejaran libremente en su rostro sin soportar el peso de la mirada de otra persona.

–Me gustaría celebrar Ninarrith contigo –le dijo.

–Si estamos aquí para entonces –contestó ella con tono sombrío, pero luego sacudió la cabeza cuando Kestrel la miró–. Vamos. Tómalas.

Las llaves eran pesadas.

–Son de la casa –le explicó Sarsine–. Un juego completo.

El peso de las llaves sobre la palma de la mano. Algo que le pareció que debería recordar.

Las dejó a un lado.

–¿Y esto? –preguntó mientras deslizaba un dedo por un pliegue de la muselina que envolvía el objeto tosco.

Sarsine enarcó las cejas... con cierto sarcasmo, le dio la sensación, aunque su expresión no parecía tener que ver con ella sino con algo que Sarsine sabía y Kestrel no. Esas cejas negras, el aire de cinismo contenido, de diversión mordaz... Lo reconoció de nuevo en ella. Él ya la había mirado así antes. Se preguntó por qué se sentía cómoda con Sarsine y no con él, y si estaba a gusto a pesar del parecido o debido a él.

–Compruébalo tú misma –respondió Sarsine.

Una daga relució al apartar la muselina. Enfundada en su vaina y enganchada a un estrecho cinto. El cuero del cinto era resistente aunque flexible; no había sido elaborado teniendo en cuenta la elegancia sino buscando durabilidad y comodidad. Había pocos agujeros para introducir la púa de la hebilla: un indicio de que quien lo había confeccionado estaba seguro de que le quedaría bien. La vaina, al igual que el cinto, tenía un diseño limpio y resistente, evitando los adornos innecesarios, aunque nunca había visto una contera tan puntiaguda (sí, Kestrel comprendió que sabía de dagas). No era tan afilada como para herir al portador, pero sí lo bastante puntiaguda como para causar daño si se agarraba la vaina con el puño y se clavaba en un adversario. Además, la vaina no carecía por completo de decoración. Había un símbolo justo debajo de la boquilla: dos anillos, uno dentro del otro, que solo se distinguían porque cada uno tenía una textura en relieve diferente. El símbolo se repetía en la empuñadura de la daga, en la parte redondeada del pomo, que pesaba lo suficiente como para matar si se estrellaba contra ciertas partes del cráneo. La empuñadura (la rodeó con los dedos) le encajaba a la perfección en la mano y contaba con gavilanes curvos para proteger los dedos.

Desenvainó la hoja. Era muy valoriana. Salvo por la punta recta y aquel símbolo desconocido, todos sus elementos reflejaban el estilo valoriano, desde los gavilanes curvos al doble filo pasando por la hoja biselada. El leve tono azul del acero reflejaba su calidad, pero Kestrel la habría reconocido de todas

formas. Notaba la daga ligera en la mano, ágil. De bella factura. Equilibrada. Perfectamente proporcionada. La obra de un maestro.

Tocó el filo con el pulgar. Le brotó sangre de la piel.

—¡Por todos los dioses! —exclamó. Se chupó el corte.

Sarsine se rio.

—¿Ahora eres una creyente?

Se sobresaltó. Se había olvidado de Sarsine. Frunció el entrecejo, dudando de por qué había dicho eso. Había sido instintivo. O quizás era algo instintivo para otra persona, arraigado dentro de ella, habitando en un lugar secreto que hacía que le resultara natural invocar a unos dioses en los que no creía. Envainó la daga y la depositó de nuevo sobre la mesa con un ruido sordo.

—¿Por qué me la das?

Lo de las llaves lo entendía. Se suponía que no era una prisionera, sino una invitada. Más que una invitada, si interpretaba el regalo correctamente. Los invitados no tenían acceso a todas las estancias de sus anfitriones.

Pero la daga...

—Podría matarte con esto —añadió—. Ahora mismo.

—Ah, yo no estaría tan segura. —Sarsine todavía parecía verle la gracia al asunto—. No estás precisamente en forma para pelear.

—Esa no es la cuestión. —Todo aquello (las llaves y la daga juntas) estaba empezando a turbarla un poco. La forma en la que cada regalo, a su manera, reflejaba una confianza absoluta.

—La idea —contestó Sarsine con prudencia— era que no te sintieras indefensa.

Kestrel abrió la boca, y luego la cerró, pues hasta ese momento no se había dado cuenta de que así era como se sentía, y que lo primero que había experimentado al caer bajo el embrujo visual de la daga fue una sensación de seguridad.

Sarsine añadió:

—No nos...

Kestrel se giró bruscamente hacia ella.

—No me preocupa que le hagas daño a otra persona.

La forma de expresarlo daba a entender con claridad cuál había sido el motivo de inquietud... o tal vez seguía siéndolo.

—Entiendo. —Apretó los labios—. No necesito una daga para suicidarme. Pero no lo haría. No soy una cobarde.

—Nadie piensa que seas una cobarde —le aseguró Sarsine.

Kestrel se colocó la daga envainada sobre el regazo y la aferró con ambas manos. Sentía que le pertenecía de manera irrevocable. La apenaría tener que desprenderse de ella. Por su forma de mirarla,

supuso que Sarsine lo entendía. Relajó las manos. La daga era suya, y eso estaba bien. Le habían confiado un arma, y eso también estaba bien.

Sarsine tomó un sorbo de leche.

—¿Esta daga es como los vestidos? —le preguntó Kestrel.

—No sé muy bien a qué te refieres.

—Fue hecha para mí. ¿Tienes otras cosas mías de antes, como los vestidos? ¿Como esto?

Sarsine vaciló, como si quisiera decir algo pero las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta. Al final, contestó:

—Tu piano.

El instrumento se alzó ante sus ojos: negro, enorme, demasiado grande para su corazón, que de pronto desbordó deseo.

—¿Dónde está? —logró decir.

—Abajo, en el salón.

El repentino recuerdo de la música. El arco de sus dedos. Las rutilantes notas.

—Quiero verlo. Ahora.

—Francamente, no estoy segura de que consigas bajar las escaleras.

—Pero...

—Podría llevarte alguien en brazos, aunque yo no.

—Ya.

—No eres una pluma.

Kestrel guardó silencio.

—¿Me encargo de ello?

Sabía a quién se lo pediría Sarsine.

—No.

—Entonces, cómete el desayuno.

Así lo hizo, sin mediar palabra.

Algunas veces sondeaba su memoria con cautela y esta crujía y oscilaba bajo ella como si fuera un puente que no pudiera soportar su peso. Entonces se retiraba a lo que conocía mejor: la prisión. Allí había aprendido a adorar la tierra bajo su mejilla. Seca y fresca. Su olor sombrío. La forma en la que presagiaba el sueño. Bebía la droga nocturna. Tragaba y tragaba. Luego se dejaba llevar, y adoraba a la guardia que la guiaba, y adoraba el instante justo antes de quedarse dormida, porque solo era un instante, y en un simple instante no tendría que pensar en cómo había sucumbido... y abandonado. Nunca había tenido otra clase de vida. Eso era todo lo que había.

El sueño la aguardaba. La arrastraba. Le presionaba los pulmones. Los suaves dedos de la droga se deslizaban por su boca y le dibujaban una leve sonrisa.

Ya no se quedaba nadie con ella por las noches. Ni Sarsine ni él. No necesitaba compañía, no era una niña. No le daban miedo las pesadillas, ni el hecho de no poder recordarlas al despertar, como ahora.

Le temblaban los dedos cuando estiró la mano hacia la lámpara que ardía con suavidad en la mesita de noche. Tomó la lámpara. Y las llaves. Se puso una bata. Recorrió sus aposentos, cruzó la terraza acristalada y salió al jardín de la azotea. Sus pies descalzos pisaron las piedrecitas con forma de huevo. La oscuridad tenía una cualidad aterciopelada y lo suficientemente cálida como para que Kestrel supiera que no debería tener frío.

Debería saber si hacía frío o calor.

Debería saber si era normal estar nerviosa. ¿El pulso se le aceleraría de esa manera si siguiera siendo la misma persona?

Fue probando las pesadas llaves del llavero hasta que encontró la que encajaba en la puerta situada en la pared opuesta del jardín. La abrió. Vio otro jardín, exactamente igual al suyo. Intentó caminar sobre las piedrecitas sin hacer ruido. Fracasó. Se le ocurrió que la finalidad de las piedras no era otra que hacer ruido. Pensó en ello, en por qué alguien querría oír cuándo se acercaba otra persona, y eso la distrajo de la pesadilla olvidada que parecía haberla dividido en dos.

Se sentía como si fuera a la vez su cuerpo y su sombra, como si fuera su propio fantasma.

Ya había hecho eso antes. Había abierto esas puertas, había cruzado los jardines idénticos.

La otra terraza estaba a oscuras.

Abrió la puerta de todas formas. Dejó atrás las plantas que crecían en las macetas. Alzó la lámpara y localizó la puerta que conducía al resto de los aposentos. El pasillo. Ahora sus pasos no hacían ruido sobre la lujosa alfombra. Encontró una serie de habitaciones silenciosas. La decoración tenía un aire masculino que no parecía lo que él habría escogido, pero que le iba bien. Al menos, por lo que sabía de él.

Que era poco.

Bajó la lámpara. No estaba segura de qué estaba haciendo. Quizá pretendía despertarlo de un susto, arrancarlo bruscamente de su sueño. Hacer que experimentara lo que había sentido ella al despertar minutos antes. Se imaginó gritándole al oído mientras dormía.

¿Y si lo despertaba de otra forma? Le pareció verse como si mirara el cuadro de la protagonista de un cuento, una chica a la que había raptado una criatura que solo revelaba su auténtica forma de noche. La chica sostenía la lámpara en alto sobre la cama. Se acercaba poco a poco. Una gota de aceite caliente le caía sobre el hombro desnudo y lo despertaba.

Tal vez Kestrel había ido en busca de respuestas. Él las tenía... o fingía tenerlas.

Tal vez eso fuera muy mala idea.

Entró en la habitación que sabía que era el dormitorio.

Estaba vacío. La amplia cama estaba cuidadosamente hecha.

Entonces se percató de que todas las ventanas estaban cerradas. El aire estaba viciado. Hacía días que no entraba nadie allí.

Tenía el brazo cansado. Igual que todo el cuerpo. Soltó la lámpara y las llaves.

Tocó la almohada. Solo era una almohada. Tocó la manta. Una manta. La cama: una cama. Nada más y nada menos que lo que necesitaba ahora. Se dejó caer en la cama. Se dijo que le daba igual lo que significara eso.

Se tumbó boca abajo porque ya no dormía de espaldas. Apretó la cara contra la almohada. Notó el aroma del ocupante habitual de la cama. Era una estúpida por haber ido, pero no poseía la fuerza necesaria para marcharse.

Lo percibió como si fuera un fantasma entre las sábanas. La sombra de su antiguo yo se acurrucó en la sombra de él.

Kestrel despertó al alba porque siempre se despertaba al alba en la prisión. Vio dónde estaba. Se sintió alicaída. La luz era rosada y hermosa. Insultante.

Era la costumbre, se dijo. Por eso había ido anoche. No había ningún misterio, ninguna maraña de razones que desentrañar. Era algo muy simple. Se había acostumbrado a dormir a su lado en la tundra. Ella tenía frío y él le ofrecía calor. La fuerza de la costumbre. Eso era todo.

Pero se sintió humillada cuando salió de la cama. Esta vez, sí recordaba lo que había soñado.

Estiró las sábanas y lo dejó todo como estaba. Se aseguró de que no quedara ningún rastro de su presencia al marcharse.

–Así que eres su hermana –dijo Kestrel, unos días después.

Sarsine la había convencido para que saliera a la terraza acristalada de sus aposentos. La piel de Kestrel tenía un tono ámbar a la luz del sol. A medida que el calor se iba filtrando, cayó en la cuenta de que ya no notaba dolor, salvo en las peores zonas. Llevaba la daga consigo. La notaba contra el muslo.

–No. –Sarsine se rio–. Ni tampoco su amante.

Kestrel frunció el ceño, incómoda. No entendía aquella risa ni la pronta alusión de Sarsine a algo que ni siquiera se había sugerido.

–Es lo que preguntaste cuando nos conocimos –le explicó. Sopló para enfriar su taza de té–. «¿Hermana o amante?» Soy su prima.

–¿Y él dónde está?

Sarsine no contestó... pero no porque no tuviera intención de hacerlo, pensó Kestrel, sino porque estaba buscando las palabras adecuadas. Durante esa pausa, recordó los aposentos vacíos en los que había dormido aquella noche y ya no quiso conocer la respuesta a su pregunta. Así que planteó otra:

—¿Por qué no eres su amante?

Sarsine se atragantó con el té.

—Los primos se casan a veces —añadió.

—¿Con Arin? Por todos los dioses, no. —Seguía tosiendo.

A Kestrel no le gustaba ese impulso que la llevaba a dirigir constantemente la conversación hacia él y luego cambiar de tema para retomarlo de nuevo.

—Lo quiero mucho —dijo Sarsine—, pero no de ese modo. Yo era huérfana. El hermano de mi madre me acogió en su casa. Los padres de Arin se portaron muy bien conmigo. Aunque su hermana no. Y Arin... —Sacudió los dedos, sobre los que se le habían derramado unas gotitas de té, y luego se detuvo, pensativa—. De niño, parecía vivir en su propio mundo. Era un lector. Un soñador. Una criaturita flacucha. Siempre que lograba que saliera al aire libre, él entrecerraba los ojos como si nunca hubiera visto el sol. Pero salía para complacerme.

»Yo estaba en el campo con mi niñera cuando los valorianos conquistaron la ciudad. Mis padres tenían una hacienda al sur de aquí. Los padres de Arin pensaron que me gustaría escoger algunas de mis pertenencias para traerlas antes de cerrar la casa. El general valoriano (tu padre) atacó la ciudad primero. Y luego el campo. Mi niñera y yo intentamos atrancar la casa y ocultarnos dentro. Abrieron los postigos a la fuerza.

»No sé qué fue de mi niñera. No volví a verla. A mí me obligaron a trabajar en la finca de mi familia. Hay tareas que incluso una niña de diez años puede hacer. Luego me vendieron a otra hacienda. Me dolió marcharme, pero también me dolía estar allí.

»Me obligué a hacer lo que me ordenaban. No todo el mundo lo logra. Como Arin. Él nunca lo conseguía durante mucho tiempo. Pero a mí no me ataron a un poste para azotarme. Yo fui buena y amable e hice cosas que tal vez, al final, resultaran peores que un castigo. Con el tiempo, uno de mis amos decidió traerme a la ciudad.

»Antes de la guerra, justo el último día antes de partir de esta casa rumbo al campo con mi niñera, Arin me regaló una flor que había prensado. Los pétalos rosados se extendían como un abanico. La guardé en un medallón y luego me subí al carruaje. Más tarde, perdí el medallón, y también la flor. Pero todavía la recuerdo.

—¿Por qué me cuentas esto?

Sarsine la miró bajo aquella luz demasiado intensa.

—Para que me entiendas. —Añadió—: Y a él. —Se quedó callada de nuevo—. Me has preguntado dónde está.

—Me da igual donde esté.

–Ha estado fuera. Acaba de regresar.

Tras esas palabras, Sarsine se marchó repentinamente.

La obvia insinuación de que fuera a verlo la irritó tanto que casi le impide reaccionar. Su enfado aumentó, se volvió descomunal. Si Sarsine le hubiera depositado aquella flor prensada en la mano, Kestrel la habría aplastado con el puño, se habría alegrado al ver los irregulares fragmentos rosados. Se sentía exactamente igual que cuando había despertado en la cama vacía de su anfitrión.

Al final, fue la ira lo que la hizo ponerse en pie y cruzar la puerta.

Mientras recorría con aire resuelto el pasillo que salía de la otra terraza acristalada y llevaba a una habitación diferente, oyó unos ruidos sordos que provenían del fondo de los aposentos. Un breve repiqueteo metálico. Sonidos más suaves.

Silencio.

Entonces, la naturaleza del silencio pareció cambiar. Se transformó como lo hace un pensamiento: pasando de una tenue idea a un análisis y después a una decisión firme.

Y luego a unos pasos, acercándose a ella.

Se le aceleró el pulso. Se había quedado paralizada. Aferró la daga... pero, de algún modo, la mano se le resbaló al verlo aparecer en el umbral de la habitación en la que ella acababa de entrar. No tenía el aspecto que había esperado. Se había quitado las botas y llevaba la chaqueta a medio desabotonar. Estaba sucio. Sin afeitar. La cicatriz trazaba una línea blanca entre la oscura sombra de la barba.

Se quedó mirándola, sorprendido. Entonces esbozó una leve sonrisa. Una sonrisa dulce. Lo que ella experimentaba era tan distinto que la asombró que dos personas presentes en la misma habitación pudieran sentir cosas tan diferentes. Mientras pensaba en ello, le quedó claro que ya no estaba segura de lo que sentía.

Reconoció las manchas color óxido en su piel. Resultaba más fácil concentrarse en eso. Más sencillo de descifrar. Recordó el repiqueteo metálico que había oído antes. Venía de la guerra.

–¿Has ganado? –le preguntó.

Él soltó una carcajada.

–No.

–¿Qué tiene de divertido que hayas perdido?

–No se trata de eso. Es solo que... esa pregunta es muy propia de ti.

Kestrel alzó el mentón y notó que se ponía rígida de nuevo.

–Yo no soy ella. Ya no. No soy la persona que... –Cerró la boca.

–¿Que amo? –añadió él en voz baja.

Kestrel no contestó. Él bajó la mirada y se frotó las manos sucias.

–Con tu permiso –dijo. Se dispuso a salir de la habitación y luego vaciló, con un dedo apoyado en la madera curva de la jamba de la puerta–. Ahora vuelvo.

Por un matiz en su voz, Kestrel comprendió que para él había sido evidente que iba a volver, y que para ella no, y que la pausa que había hecho se debía a que entendía que lo que era evidente para él no lo era para ella.

–Solo será un momento. No te vayas, por favor.

–De acuerdo –contestó, sorprendiéndose a sí misma.

Él salió. La invadió el nerviosismo.

Kestrel se negó a permitir que el nerviosismo la dominara. Esa negativa la mantuvo allí un poco más. Entonces reparó en que, a pesar de su aspecto, él se había comportado con cierta dulzura. Eso la tranquilizó, pues, aunque eso fuera lo que él pretendía, le costaba guardarle rencor a alguien por mostrarse dulce.

Todavía seguía pensando en ello cuando él regresó. Había cambiado la chaqueta por una camisa limpia. Llevaba zapatos cómodos. Tenía las manos y la cara limpias. Portaba un papel enrollado bajo el brazo. Lo desenrolló sobre una mesita octogonal (una delicada pieza con patas talladas, para dos personas: una mesa de desayuno).

El papel era un mapa.

–Hemos perdido la isla de Ithrya –anunció señalando hacia el sur–. Está deshabitada, pero... –Apretó la palma de la mano contra el papel que tendía a enroscarse y levantó la mirada hacia Kestrel–. ¿Quieres saber todo esto?

–¿Tiene algo de malo que lo sepa?

–No. Pero puede que no te guste. Mi gente está en guerra con la tuya.

Su propia gente la había mantenido cautiva. Le había hecho daño. Se cruzó de brazos.

–¿Y qué?

–Tu padre...

–No menciones a mi padre.

El pulso se le aceleró de nuevo y le retumbó en los oídos. Él había alzado sus cejas oscuras... y también la mano. La palma se había separado del mapa mientras los dedos seguían apoyados sobre él. Tenía la piel limpia, pero una línea negra le bordeaba las uñas. Qué raro, pensó Kestrel. Se concentró en eso. Recuperó la estabilidad mientras lo hacía. La calmó concentrarse, y descubrir que sus uñas ennegrecidas le resultaban familiares. Por lo menos podía reconocer cuándo algo le era familiar, aunque no supiera explicarlo. Comentó:

–No te has lavado las manos muy bien.

Él se miró la mano. La levantó por completo del mapa. El papel se enrolló.

–Ah. –Se pasó el pulgar por las uñas–. Esto. Tarda mucho tiempo en irse.

Curiosamente, sus ojos se posaron en la daga que ella llevaba a la cadera y luego se apartaron rápidamente, lo que la llevó a pensar que tenía en mente la batalla en la que acababa de participar.

–¿Perder esta batalla significa que perderás la guerra? –le preguntó.

–Tal vez.

–¿A cuántas personas has matado?

Él se encogió de hombros. No lo sabía.

–¿Te inquieta?

La miró a los ojos. Entonces, negó con la cabeza despacio.

–¿Por qué no? ¿Te gusta matar?

–Quieren apoderarse de mi país.

–Así que te gusta.

–Últimamente, a veces.

–¿Por qué?

–Hay muchas razones.

–Eso no es una respuesta.

–Tú eres una de esas razones, Kestrel. Pero no quieres oírlo. Creo que puede que me estés presionando para que diga algo que te haga marcharte.

Eso le dio que pensar. Recordó con cuánto esmero había alisado las sábanas para borrar todo rastro de su presencia.

–No... –Se le atragantaron las palabras. Se sentó a la mesa y examinó un símbolo tallado en la superficie. El símbolo de un dios, probablemente. Los herraníes tenían muchos—. No entiendo por qué he olvidado tantas cosas.

–Te drogaron. –En el tono de su voz se sobreentendía algo.

–Tú piensas que hay algo más.

Él ocupó la otra silla, pero se sentó a cierta distancia, sin mirarla de frente, con el cuerpo orientado hacia la ventana que daba al este y el rostro de perfil, ocultando el lado con la cicatriz. Mientras lo escuchaba hablar, a Kestrel se le ocurrió que tal vez él también se sintiera como dos personas, que tal vez le sucede lo mismo a todo el mundo, y que no se trata de si uno ha sufrido daño, sino de lo fácil o difícil que es ver esos daños.

Lo observó. Captor, rescatador, culpable.

Él seguía hablando. Kestrel empezó a prestar atención. Era una historia atroz, contada en voz baja, sin pausa. Apenas se interrumpió para tomar aire. A medida que le describía la noche de la invasión valoriana y a sí mismo de niño, Kestrel empezó a entender que para él culparse a sí mismo se había convertido en un reflejo natural. Algo arraigado. Insidioso.

«Tú eres la razón por la que acabé en esa prisión.»

«Sí.»

Se le ocurrió que tal vez él había cargado con una culpa que no merecía.

Se le ocurrió que ella ya lo había adivinado incluso antes de que comenzara a contarle esa descarnada y espantosa historia.

Y que quizás había sido cruel con él.

Todo eso no implicaba que confiara en él. Pero lo escuchó hablar. Y, cuando terminó, lo escuchó guardar silencio.

Él añadió:

–Tal vez, en tu caso, no es solo por las drogas. Tal vez... hay cosas que no soportas recordar.

La miró a los ojos y luego desvió la mirada. Kestrel notó que no se debía a que tuviera miedo de permitirle ver si él podía soportar o no sus propios recuerdos, sino a que tenía miedo de qué recuerdos hubiera perdido ella, y no quería exteriorizar ese temor, por miedo a asustarla.

–Yo no elegí olvidar –repuso.

Él alzó la comisura de la boca. No se trataba de una sonrisa falsa, pero tampoco del todo sincera. Habló con despreocupación, como si les hubieran gastado una broma a ambos:

–Yo no elijo recordar. –Se giró para mirarla de frente–. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Kestrel lo meditó. No estaba segura.

–No te estoy pidiendo información –se apresuró a aclarar–. No quiero nada. O supongo que sí quiero algo, pero solo es entender. No es lo mismo, ¿no?, que pedir un favor o... un sentimiento. –Se interrumpió al ver que lo obstaculizaba la dificultad de atenerse a la franqueza y descubrir que, a veces, el idioma fracasa a la hora de expresarla correctamente–. Puede que sí sea lo mismo. No tienes por qué contestar.

–Dilo de una vez.

–No has querido que te hablara de lo que no recuerdas. Ni que te preguntara ni que te lo contara. Estás... –No completó la frase, pero Kestrel lo hizo mentalmente por él: enfadada, aterrorizada–. ¿Es porque de verdad no quieres oírlo o... porque no quieres que sea yo quien te lo cuente?

–Primero quiero hacerte yo una pregunta.

Eso lo desconcertó.

–Por supuesto.

–En la tundra, dijiste que era culpa tuya que yo estuviera en esa prisión.

–Sí.

–¿Por qué?

–¿Que por qué...?

–¿Le contaste a alguien que espiaba para Herrán?

Él se echó hacia atrás.

–No. Yo no lo sabía. Pero nunca haría eso.

–¿Y qué hiciste exactamente?

–Pues...

–Tengo derecho a saberlo.

–Mentiste –le espetó–. Me mentiste, y te creí. No te pedí que te arriesgaras. Nunca quise que hicieras nada de lo que hiciste. Nunca habría querido esto. –Tenía los labios apretados y los ojos muy abiertos: desbordaban algo ardiente, abundante y herido–. Tuve tantas oportunidades de ver lo que estabas haciendo... Y no lo hice. No te detuve. No te ayudé. Te desprecié.

–Mentí.

–Sí.

–Háblame de esas mentiras.

–Por todos los dioses. –Se pasó una mano por el pelo–. Mentiste sobre el tratado. Accediste a casarte con otro para que yo pudiera tener un trozo de papel. Intentaste ayudar a los habitantes de las llanuras orientales, pero me dejaste creer que eras responsable de sus muertes. Tu forma de comportarte: egoísta, horrible. Trabajabas para mi jefe de espías y también mentiste sobre eso, y él me mintió también, y eso me hace odiarlo. Me odio a mí mismo por no verlo. Él lo sabía. Y te lo permitió. Cometiste traición, Kestrel. ¿Cómo pudiste hacerlo? Deberías estar muerta. –Bajó tanto la voz que apenas era un susurro–. Lo peor... lo peor es que mentiste sobre... –Se interrumpió y realizó una inspiración entrecortada–. Mentiste durante mucho tiempo.

Se hizo el silencio. Kestrel dijo despacio:

–Hice todo eso por ti.

Él se sonrojó.

–Puede que tuvieras otras razones.

–Esa es la que a ti te importa.

–Sí.

Kestrel se esforzó por encontrar qué decir. Era extraño hablar de decisiones temerarias que no recordaba. Ayudaba ver que él estaba furioso, cómo su ira ampollaba todo lo que tocaba. Era un alivio no ser la única furiosa. Lo que su antiguo yo había hecho era una locura, pero también valiente. Lo veía. Veía que él lo veía, y que eso lo hacía sentir peor.

Ella, no obstante, se sintió mejor al saber que no siempre había sido esa cáscara de una persona que se había desvanecido. Pero también la inquietó vislumbrar quién había sido. Notó la gran diferencia entre esa persona y la que se sentaba en una silla porque estaba demasiado débil para permanecer de pie. Las emociones se arremolinaron en su interior.

–En cuanto a tu pregunta...

–Da igual.

–Te lo diré.

Él negó con la cabeza.

–No es necesario.

–Es por ti. Es cierto, no he querido que fueras tú quien me contara cosas que no logro recordar. Tú, no. –Lo vio estremecerse, y que se esforzó por disimularlo. A Kestrel se le llenaron los ojos de lágrimas–. ¿Quién te crees que eres para saber tanto sobre mí que ni yo misma sé? ¿Por qué tienes tú que decirme quién soy? ¿Cómo conseguiste tanto poder? Yo no tengo nada. No es justo. Eres injusto. –Se le quebró la voz–. Soy injusta.

A él le cambió el semblante.

–Kestrel...

Ella contuvo el aliento hasta que le dolieron los pulmones. No podía hablar. Esa era la verdad, expuesta sin paliativos: ella era la razón de que estuviera en esa prisión. Había cometido algún error desconocido y de funestas consecuencias. Arin parecía un buen culpable, pero no era el correcto.

Lo era ella. Había sido culpa de ella, y solo de ella.

Arin estiró el brazo por encima de la mesa. Su mano, grande y cálida, envolvió la de ella. La vio a través de los ojos anegados en lágrimas. Aquellas uñas bordeadas de negro.

«Herrero.»

De pronto, comprendió algo que la dejó paralizada. Fue consciente del peso de la daga que llevaba a la cadera. Se le aclaró la vista. Lo miró. Parecía joven. Y demasiado prudente y preocupado y vacilante y... Kestrel vio brotar algo nuevo. Algo que cambió la naturaleza de la expresión de Arin de la misma forma que la luz lo cambia todo. Un pequeño atisbo de esperanza.

–Tal vez podríamos intentar ser sinceros el uno con el otro –propuso él.

Kestrel se preguntó qué habría en su propia expresión para que la de él reflejara esperanza. Se preguntó qué estaría viendo.

–Arin –le dijo–, me gusta la daga.

Él sonrió.

-AHORA SE HAN AFIANZADO EN EL SUR -DIJO ROSHAR.

-Ya lo sé -contestó Arin.

-Dudo mucho que sepas algo que no tenga que ver con ese espectro tuyo.

-Basta.

Llevaban un rato así: Roshar desprendiéndose poco a poco de su fachada de humor socarrón para dar rienda suelta a una frustración real y Arin volviéndose menos hablador y más reservado. Se encontraban en un despacho contiguo a la biblioteca. La mesa que los separaba estaba cubierta de mapas y papeles. Habían escogido esa habitación por un tema de privacidad. No era probable que nadie pudiera oírlos desde el otro lado de la puerta cerrada con llave. O, si alguien los oía, al fondo del pasillo norte de la planta baja, no distinguiría palabras sino sonidos apagados. A pesar del cálido día, las ventanas con cristales en forma de rombo permanecían cerradas porque Roshar se había quejado de que tenía frío. En realidad, lo que el príncipe no quería era que la conversación se oyera desde el jardín. Pero esa reunión, cuya finalidad se suponía que era desarrollar tácticas para mantener al general valoriano alejado de las costas de la península, estaba degenerando de tal modo que a Arin no le habría sorprendido que Roshar rompiera algo, seguramente una de las ventanas, aunque solo fuera porque eso causaría el mayor estruendo.

-Perdimos esa isla y tú... ¿dónde estás tú? -Roshar abrió las manos y extendió los dedos-. ¿Estás aquí siquiera? No, no lo estás. Estás arriba, rondando por sus aposentos, rondando por su cabeza. Arin, esto tiene que acabar.

Pero el aludido no dijo nada.

Roshar lo insultó en dacrano, empleando palabrotas tan complejas y pintorescas que Arin ni siquiera intentó encontrarle sentido a la gramática.

Durante el silencio posterior, Arin pensó en que el dios de la muerte lo había abandonado. Se había esforzado por oír a su dios. Incluso le había rezado al dios de la guerra (aliado de la muerte y bebedor de sangre), pero sus oraciones no habían hallado respuesta. Habían perdido la isla de Ithrya. Sus enemigos la habían ocupado y la habían transformado en una base valoriana, al sur de Herrán. El ejército del general no tardaría en intentar desembarcar de nuevo en la península... aunque dónde era un misterio.

Roshar comentó:

-Mi hermana va a querer hacerte algunas preguntas peliagudas.

Arin no pudo evitar recordar el beso que había compartido con la reina la primavera pasada. La había apretado contra la puerta cerrada. La reina lo deseaba. Kestrel había dicho que ella no. Él tampoco deseaba a Kestrel, en ese entonces. O eso creía. Sintió un nudo de vergüenza en el estómago.

-Arin, ¿tendrías la gentileza de responder cuando te hablo?

–Tu hermana no es asunto mío.

El príncipe se cubrió el rostro con las manos formando una máscara que solo dejaba a la vista los ojos rebosantes de incredulidad. A continuación, sus dedos fueron ascendiendo poco a poco y restregaron los párpados apretados.

Pero ¿qué podía decir Arin? No podía explicar lo que sentía (apenas unos días después de que Kestrel acudiera a sus aposentos y le dijera que le gustaba la daga) al oír la sonora cascada de la melodía del piano procedente de una sala lejana. Había contenido el aliento cuando se oyeron las vacilantes notas iniciales. Luego, la corrección de errores. Los ritmos perfeccionados. Esa nueva sensación había surgido en él, mareante y reluciente. La notaba arremolinarse en su interior, suave y cálida como una brisa veraniega.

–Hemos usado esta ciudad de base. –Roshar dejó caer las manos. Había pasado a emplear el idioma de Arin. Hablaba con el tono agudo que se suele emplear con los niños—. Ha sido un punto de retorno práctico. Ahora nos encontramos aquí porque la bahía proporciona una buena base desde la que atacar o defender cualquier punto de la costa oriental desde aquí hasta Ithrya. Y hay que proteger la ciudad, que es el principal objetivo del general. Aunque no es probable que la ataque, al menos todavía. Sobre todo porque hemos bloqueado con otra avalancha el paso de montaña que usó durante la primera invasión. Y porque nuestra flota está fondeada en la bahía. Pero puede apoderarse de las presas fáciles que encontrará en la campiña y marchar hacia el norte, tierra adentro hasta la ciudad, donde abrirá una brecha en la muralla y se hará con lo que quiere de ese modo.

Arin no discrepó.

–Partiré hacia el sur pronto, pequeño herraní. No pienso regresar a tu bonita casa con su nueva y fascinante invitada. ¿Te dignarás unirte a mí en la defensa de tu propio país o te consumirás aquí con tu fantasma valoriano hasta que su gente derribe las puertas de tu casa y os mate a ambos?

–Iré contigo –contestó Arin... aunque no de inmediato, y con la punzada de ofensa que se siente cuando una acusación da en el blanco.

–Mi príncipe. «Iré contigo, mi príncipe.»

Pero Arin nunca diría eso, ni siquiera con el mismo tono de farsa que había empleado Roshar. Tragó saliva con dificultad. Notó el mismo sabor en la boca que años atrás, cuando un valoriano lo había obligado a morder el freno de un caballo.

–Espero –dijo Roshar– que la elegancia y el instinto de conservación que te faltan se vean compensados con el regreso de tu brutal y asombroso don para la batalla. Quiero que los mates a todos. ¿Podrías hacer eso por mí?

–Sí.

–¿Cómo va tu cañón de mano?

Roshar había empezado a denominar así al invento de Arin, pues se asemejaba a un cañón en miniatura.

–Las existencias han aumentado, pero me preocupa la precisión del artefacto. –Revolvió los papeles que había sobre la mesa hasta encontrar los bocetos del arma. Eligió una página en particular y trazó con el dedo el dibujo de un cañón y una llave de mecha–. Si usamos lo que tenemos ahora, nos arriesgaremos a alcanzar a nuestros propios soldados al disparar. Solo podremos sorprender a los valorianos con esta arma una vez y...

Una mano delgada apareció entre ambos para apoderarse del boceto.

Roshar dio media vuelta. Arin no se movió.

Kestrel permaneció allí de pie, ignorando al príncipe, que había inspirado bruscamente y endurecido la expresión de modo que parecía una máscara de la muerte. La joven levantó la mirada hacia Roshar una vez, con serenidad, y luego continuó estudiando el diseño. No había mirado a Arin para nada. Sus zapatillas se hundieron en la lujosa alfombra con un estampado de vivos colores mientras se alejaba de ellos sin hacer ruido y se acercaba a una ventana. Un rayo de luz incidió sobre su pómulo e hizo brillar el papel. Su cabello parecía estar envuelto en llamas. A Arin se le contrajo el estómago. Notó un nudo en la garganta. Kestrel todavía tenía demasiadas ojeras, pero había ganado peso y ya no parecía tan frágil. Una vez más, se atrevió a tener esperanzas.

Se había olvidado de que ella estaba mirándolo hasta que la oyó comentar:

–La munición está mal.

–¿Qué? –Roshar lograba mantener la compostura a duras penas.

–Es redonda. Planeáis disparar una bala como lo hace un cañón. Pero esto no es un cañón normal. No se espera que los cañones sean demasiado precisos. Los diseñaron para causar la mayor destrucción posible en un espacio determinado. Este... ¿cañón de mano, lo llamáis?

Arin se preguntó entonces cuándo habría entrado en la habitación y cuánto habría oído. No creía que Kestrel entendiera el idioma oriental, pero Roshar y él llevaban un rato hablando en herraní.

–Esto parece diseñado para herir a una persona en concreto o sus órganos –prosiguió Kestrel–. En ese sentido, es como un arco y una flecha. La punta de una flecha no es redonda. Es puntiaguda. Eso hace que la flecha dé en el blanco. Que se clave en la carne. Si queréis mayor precisión, esa balita no debería ser redonda. Debería ser cónica, por ejemplo. Puntiaguda.

Kestrel le devolvió el dibujo a Arin. A continuación, salió con tanto sigilo como cuando había entrado, cerrando la puerta tras ella.

–Arin. –La voz de Roshar tenía un tono amenazador–. Esa puerta estaba cerrada con llave.

–Le di las llaves.

Roshar estalló.

Kestrel se encontraba en los jardines, al borde del huerto, cuando dio con ella. El príncipe oriental guardó las distancias, pero no cabía duda de que había ido a hablar con ella. Ineas maduras colgaban de los árboles. Algunas de aquellas frutas moradas habían caído sobre la hierba. Las avispas trepaban por ellas. Los insectos no la molestaban, pero el sol le provocaba cansancio.

—¿Qué queréis? —le preguntó cuando se acercó.

—Me gustaría descubrir cuánto sabéis. —Roshar observó su expresión. Lo que vio hizo que la suya cambiara. Añadió con un poco más de delicadeza—: Es un asunto de seguridad.

—¿La mía o la vuestra?

—Me preocupa tanto mi seguridad como supongo que a vos la vuestra.

—La de él, entonces.

—Estamos en guerra. Está en juego la seguridad de mucha gente.

—Si uno va a la guerra pensando en la seguridad, perderá —contestó, y luego se sintió inquieta. Aquellas palabras no parecían haber salido de su mente. Le pertenecían a otra persona, a alguien que conocía bien la guerra y disfrutaba hablando del tema con ella.

Sacudió la cabeza. No quería pensar en eso. Hacía que le diera vueltas la cabeza, como si la pincharan con alfileres invisibles. Se concentró en el príncipe: en sus mutilaciones y sus ojos negros cuidadosamente maquillados.

—¿Cómo es que habláis mi idioma tan bien?

Roshar enarcó las cejas.

—Quiero decir el de él. —Sabía que el herraní no era su lengua materna, pero a menudo se lo parecía.

—Vuestra gente me esclavizó. Luego me vendieron y acabé en este país.

Kestrel observó de nuevo la nariz amputada. Las fosas nasales en forma de rendijas, parecidas a las de un reptil.

—¿Ellos os hicieron eso?

Roshar sonrió mostrando los dientes.

Poniendo a prueba la veracidad de sus palabras mientras hablaba, Kestrel añadió:

—Sabía que les hacían eso a los fugitivos, pero no recuerdo haberlo visto nunca.

—Puede que no. Erais una dama. Una de las ventajas de gozar de privilegios es no tener que ver cosas feas.

—No sois feo.

—Qué dulce mentirosilla estáis hecha.

—Salvo cuando sonreís. Hacéis que vuestra cara parezca una calavera sonriente. Lo hacéis a propósito.

—Veo que no sois tan dulce.

—Ni una mentirosa.

—Pero fuisteis una mentirosa. Y muy buena, si lo que he oído es cierto. ¿Quién dice que no estáis mintiendo sobre lo de perder la memoria?

Kestrel le dirigió tal mirada de odio que el príncipe retrocedió. Las avispas zumbaron.

–Tengo que confesar algo. A veces, ofendo a propósito. Es como mi sonrisa.

–Eso no es una disculpa.

–Los príncipes no se disculpan.

Kestrel desenvainó la daga con un veloz movimiento y se la colocó contra la garganta. Roshar echó la cabeza hacia atrás con un bufido.

–Disculpaos –le ordenó.

–No estoy seguro de que fuera prudente daros esa daga. No sois una persona demasiado equilibrada.

Kestrel ejerció presión con la daga. El príncipe retrocedió. Ella avanzó.

–Todo el mundo dice que he hecho cosas asombrosas. Traicioné a mi país por el bien común. Fui tan noble... –En sus labios se dibujó una mueca de desdén–. Pobrecita. Pobre Kestrel con su cuerpo débil e inútil y su mente vacía. ¿Por qué iba a mentir?

–Para atormentarlo.

Kestrel bajó el arma, atónita.

Roshar afirmó:

–Lo atormentáis.

–¿Por eso habéis venido? ¿Para proteger a vuestro amigo de mí?

Esta vez, la sonrisa de Roshar no fue más que una contracción de la boca.

–No quiero nada de él –aseguró Kestrel.

–Eso podría ser parte del problema.

Kestrel añadió, como si no lo hubiera oído:

–Me trae sin cuidado vuestra guerra.

–¿Acaso no acabáis de aconsejarnos cómo mejorar un arma diseñada para acribillar a vuestra gente?

Un arma que, si tenemos mucha suerte, matará a vuestro padre.

–Mi padre...

El cielo azul se volvió negro. Las avispas le zumbaban dentro de la cabeza. Abrió la boca para hablar. No salió ningún sonido.

–Sí –respondió Roshar–. Él está al mando del ejército valoriano. ¿No os lo había dicho nadie?

La mano que sostenía la daga flaqueó. Pensó en la conversación que había mantenido con Arin en sus aposentos. Él había intentado contárselo.

Roshar le tocó el hombro. A Kestrel se le aclaró la vista, pero todavía tenía el corazón desbocado. El príncipe dijo:

–Perdonadme. Lamento lo que he dicho antes.

Kestrel se sentía muy lejos y, a la vez, espantosamente encallada, como si le hubieran arrancado el corazón del cuerpo y lo hubiera perdido, y ahora no supiera si ella era su corazón o su cuerpo.

–¿Kestrel?

Una cosa era perfeccionar un arma que mataría a su propia gente, y otra muy distinta descubrir que no había tenido en cuenta a su padre, que ni siquiera había pensado en el papel que él desempeñaba en esa guerra, a pesar de que disponía de suficiente información como para averiguarlo por sí misma.

Comprendió que no se arrepentía de perfeccionar el arma. Parte de ella quería que su padre fuera un objetivo. Su propio padre. ¿En qué clase de persona la convertía eso?

Roshar dijo de pronto:

–Ya no recuerdo qué aspecto tenía.

Kestrel tardó un momento en asimilar sus palabras.

–Cuando me miro en un espejo, esto es lo único que veo –añadió el príncipe–. No me queda ningún recuerdo de cómo era antes.

El aroma de las ileas resultaba embriagador. Kestrel se olvidó de su padre. No quería recordarlo. Levantó de nuevo la mirada hacia el rostro de Roshar y la posó en sus hermosos ojos intactos. Vio la satinada piel oscura de su mejilla.

–¿Añoráis la persona que erais? –le preguntó.

Al principio, pensó que obtendría una respuesta burlona. Sin embargo, el príncipe simplemente se encogió de hombros y contestó con voz desenfadada aunque débil:

–¿Qué sentido tiene añorar algo? –Entrecerró un ojo, como si se hubiera percatado de que el ambiente había cambiado entre ellos–. Se os da bien manejar un cuchillo.

–No.

–Sí.

Kestrel negó con la cabeza.

–Nunca se me dio bien.

–He dicho que se os da bien, no que tengáis un talento asombroso. Poseéis la soltura que se obtiene tras entrenar durante mucho tiempo.

–¿Eso es lo que veis o lo que sabéis de mi vida anterior?

–Lo que veo. No os conocía antes.

Lo vio sonreír de nuevo, esta vez con más dulzura. Kestrel se sumergió en el puro alivio de estar con alguien que solo la conocía como era ahora.

El piano y el caballo le pertenecían de un modo carente de complicaciones.

No hablaban, lo que ayudaba. Eso no quería decir que no esperasen nada de ella. Incluso el piano parecía expectante, cada tecla estaba lista para que la tocara. *Jabalina* le mordisqueaba la manga, la llenaba de babas y se inclinaba hacia ella con todo descaro para que lo acariciara. No obstante, tanto el caballo como el piano la conocían y les daban igual las comparaciones con su antiguo yo. Le pertenecían. Y ella a ellos. Sin preguntas.

Ensilló a *Jabalina*. No fue fácil. Pero, si le colocaba la silla sobre el lomo cada día, llegaría el momento en que sus débiles brazos se volverían fuertes. Ajustó la cincha. Un irriel entró dando saltitos por las puertas abiertas de las caballerizas, picoteando el suelo. El ave ladeó la cabeza y observó a Kestrel con sus diminutos ojos verdes. Inclino su larga y estrecha cola. Kestrel buscó un montador (algo que seguramente no habría usado desde que era niña) y colocó el pie en el estribo. El semental era enormemente alto. Descomunal, en realidad. Un caballo de batalla. No debería ser apropiado para ella, pero lo era.

Se subió con torpeza, pero al caballo no pareció importarle. El pájaro alzó el vuelo de nuevo hacia el cielo despejado, cambiando constantemente de altitud y zigzagueando. Los irrieles no vuelan en línea recta.

Kestrel sujetó las riendas y espoleó al caballo para que siguiera al ave.

Se alejó de la casa por un sendero que conducía a otro. No lo reconoció. No tardó en encontrarse rodeada de árboles llenos de hojas. El sendero se extendía formando un túnel verde. Siguió adelante un rato. Vio un búho diurno con sus polluelos. Soplaban una ligera brisa. No hacía demasiado calor. Buen tiempo para una guerra.

Había oído lo suficiente de la conversación entre Arin y Roshar unos días antes. Estaban allí aguardando el momento oportuno. Ella en su lugar no esperaría demasiado.

Notó un balanceo en el estómago que reproducía el movimiento del caballo. Aflojó las riendas, dejando que *Jabalina* se desplazara a su antojo.

Pero descubrió que el caballo seguía avanzando, entre el repiqueteo de los cascos. La casa de Arin quedó muy atrás. El sendero se bifurcó. El caballo fue a la izquierda. Se movía con decisión. Kestrel comprendió que se dirigía a algún sitio que conocía y ella no.

Tiró bruscamente de las riendas, haciendo que el caballo ladeara la cabeza, y lo obligó a detenerse. El animal resopló y piafó.

Kestrel estaba sudando. El vestido se le pegaba a la piel. Hizo que *Jabalina* regresara por donde habían venido... rápido, luego más rápido aún. El golpeteo de los cascos seguía el mismo ritmo que su aterrorizado corazón.

Por algún motivo, no la sorprendió encontrar a Arin esperando junto al arroyo situado cerca de su casa; pero sí sentirse agradecida. El corazón todavía le martilleaba en el pecho.

Arin iba sin caballo, aunque de la suela del zapato le asomaba una brizna de paja de las caballerizas. Estaba agachado junto al agua, con las puntas de los dedos sumergidas en ella. Apenas tocaba el agua. Simplemente estaba sintiendo la suave corriente, pensó Kestrel. No había echado un vistazo por encima del hombro, pero era consciente de que ella estaba allí. Arin oyó cómo los cascos de *Jabalina* iban frenando. El pelo le caía delante de los ojos.

Kestrel había querido apartárselo. Lo recordó. Había ocurrido el primer día. Cuando lo compró. Había querido verlo con claridad.

Detuvo al caballo.

Arin se levantó. Le goteaba agua de la mano. Se acercó, colocó los dedos en la crin de *Jabalina* y la miró a los ojos. Kestrel estaba atrapada en aquel recuerdo: curiosidad, vacilación, la sensación de estar haciendo algo malo, de estar cometiendo una infracción. Sin embargo, ahí estaba la compulsión de ver. A esa persona. Recordó que él tenía los hombros rígidos y la boca apretada. Había evitado su mirada. Todo su cuerpo parecía emitir un gruñido silencioso.

Ahora no tenía ese aspecto. Levantó la mirada hacia ella con expresión franca y cada vez más preocupada.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —*Jabalina* se removió bajo ella.

Él frunció el ceño.

—¿Te doy miedo?

—No.

—Estás lívida. —Le tocó la mano.

Kestrel vio que estaba apretando las riendas y las aflojó.

—No es por ti —contestó. Y luego, como había decidido ser sincera, añadió—: Bueno, sí, un poco por ti. —Se interrumpió, confundida, incapaz de explicarle o explicarse a sí misma la diferencia entre el temor que la había hecho regresar al galope por el sendero y la radiante punzada de nerviosismo que le subía por la piel al mirarlo desde lo alto del caballo—. En el bosque, *Jabalina* quería seguir un sendero. Y yo no. Eso me ha alterado.

Él la miró con ojos cristalinos.

—¿Dónde ha sido?

—¿Hay algo peligroso en el bosque?

Arin sujetó la perilla de la silla y montó detrás de ella.

—Enséñamelo.

Kestrel manejó las riendas. Él desenvainó la espada. No era la misma que llevaba en la tundra. Pensó en eso, lo que le impidió pensar en cómo el miedo le fue subiendo por la garganta a medida que avanzaban y cómo la respiración se le aceleró de nuevo. Todavía tenía el vestido húmedo pegado al cuerpo y, mientras se esforzaba por estar atenta a todo lo que los rodeaba, a cada pequeña forma de vida que se movía en el bosque, también le costaba no ser consciente de él.

Pero no oyó el revelador chasquido de una ramita. No vio la sombra de un enemigo entre los árboles. Kestrel casi deseó que hubiera sido así. Eso explicaría el terror que se había apoderado de ella... y que la asaltó de nuevo cuando se detuvieron en la bifurcación del sendero. El semental piafó.

Arin envainó la espada.

–¿Qué pasa?

–Por ahí se va a tu casa. –La voz de Arin le provocó un escalofrío que le subió por la espalda. Se produjo una larga pausa—. Podríamos ir.

–No.

–Allí no hay nada. Está vacía. Yo estaría contigo.

–No quiero ir.

Arin le arrebató las riendas de las manos heladas. Hizo que *Jabalina* diera media vuelta, aunque el animal mostró más renuencia esta vez. Arin mantuvo un ritmo lento, al paso.

Cabalgaron en silencio. Entonces Kestrel se oyó decir en voz baja:

–Me siento estúpida.

–No, Kestrel, no digas eso.

–No había ningún motivo para tener miedo.

–Tal vez no sabemos cuál es tu motivo.

Jabalina, que agitaba las orejas con enfado al ver frustrados dos veces sus planes de seguir la bifurcación del sendero, resopló y sacudió la cabeza.

–Chist –le dijo Arin al caballo, y tarareó unas cuantas notas bajas. Luego se detuvo y se quedó callado un momento antes de decir–: Aunque no tuvieras ninguna razón, el miedo no es una estupidez. Yo también me asusto a veces.

Kestrel recordó cómo había sujetado la espada antes.

–Pensabas que había valorianos en el bosque. Pero no estabas asustado.

–No exactamente.

–Entonces, ¿a qué le tienes miedo?

–A las arañas –contestó con tono serio.

Ella le dio un codazo.

–Ay.

Kestrel resopló.

–Arañas.

–O esas cosas con miles de patas. –Se estremeció—. Por todos los dioses.

Ella soltó una carcajada.

Arin añadió en voz baja:

–He tenido miedo cuando he ido a las caballerizas y he visto que *Jabalina* no estaba.

Kestrel volvió la cabeza, sorprendida, y alcanzó a verle la línea de la mandíbula y las sombras del cuello. Volvió a posar la mirada en el camino. Comentó con tono de broma:

–¿Más que a las arañas?

–Ah, mucho más.

–Si huyera, no llegaría muy lejos.

–Por experiencia, sé que es muy mala idea subestimarte.

–Pero no has intentado alcanzarme.

–No.

–Querías hacerlo.

–Sí.

–¿Qué te lo ha impedido?

–El miedo a lo que implicaría no confiar en ti. He ensillado un caballo. Estaba a punto de salir... pero he pensado que si lo hacía no sería más que otra clase de carcelero para ti.

Esas palabras le provocaron una sensación extraña a Kestrel.

Arin cambió de tono. Ahora tenía un aire travieso.

–Además, resultas un poco intimidante.

–Claro que no.

–Ah, sí. Me pareció que no te gustaría que te siguiera. He visto lo que le pasa a la gente que te contraría. Y ahora que sabes cuál es mi debilidad, me meterás arañas por el cuello de la camisa si te hago enfadar y mi vida será muy dura.

Kestrel resopló, pero se había calmado. Ya no notaba como si sus huesos se apretujaran unos contra otros ante la tensa certeza de que estaban a punto de asestarle un golpe. Y también estaba aquel hermoso día: verde, azul y dorado. El potente y lento caballo. El ritmo constante. Un murmullo entre los árboles. El susurro de las ramas y las hojas. Los brazos que la rodeaban. Las raíces que sobresalían y volvían a desaparecer en la tierra.

Se le atragantaron las palabras. Pero sintió algo suave en el pecho, una calidez que le proporcionó el coraje para hablar.

–Has dicho que desconocemos la razón por la que impidió que *Jabalina* siguiera el camino que lleva a mi casa. ¿Cuál crees tú que es esa razón?

Arin vaciló. Al final, respondió:

–No tengo ninguna teoría.

–Tú siempre tienes alguna teoría.

Kestrel percibió cierta sorpresa en él. Lo había sorprendido la naturalidad con la que lo había dicho.

–Dime qué opinas –insistió.

–Opino que no quiero dar nada por sentado. Es... –Se interrumpió–. Es peligroso para mí. Cuando se trata de ti.

A medida que se acercaban a la casa de Arin, habían adoptado un ritmo relajado en la silla. Él manejaba las riendas con una sola mano. Kestrel sintió un poco de pena por *Jabalina*, que tenía que cargar con ambos. Se lo compensaría. Sabía dónde guardaban las zanahorias.

Sin embargo, al final, se le acabó la lista mental de qué premio ofrecerle al caballo y qué almohaza usar y se vio asediada por imágenes que se negaban a desvanecerse.

La bifurcación en el sendero. Arin junto al arroyo. El breve recuerdo de la primera vez que lo había visto. Su negativa a levantar la cabeza y mirarla. El odio que destilaba su rostro magullado.

—¿Me porté mal contigo cuando trabajabas para mí?

—No.

—¿Te pegué?

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Te recuerdo lleno de moretones.

—No fuiste tú. Nunca lo harías.

—Bueno —señaló ella—, te pegué no hace mucho.

—Eso fue diferente.

Kestrel recordó lo impotente que se había sentido cuando lo abofeteó. Le pareció entender a qué se refería Arin.

—Bueno, ¿y cómo me comporté cuando era tu dueña?

Solo se oía el sonido de las hojas y los cascos de *Jabalina* sobre la tierra. Los árboles empezaron a escasear. La casa de Arin apareció ante ellos.

Kestrel afirmó:

—Me odiabas.

Arin hizo que el caballo se detuviera.

—Mírame, por favor.

Kestrel se giró en la silla y lo miró a los ojos.

—Al principio, te odiaba. Por lo que eras, no por quién eras. No sabía quién eras. Y luego te conocí, un poco. Parecías amable. La amabilidad no es algo bueno en un amo. Al menos para mí. Supone otra forma de hacerte suplicar. Te sientes agradecido por cosas que no deberías agradecer. Cuando era niño, agradecía mucho esa amabilidad. Luego crecí, y casi me resultaba preferible la crueldad porque se acercaba más a la verdad, y nadie se escondía tras la mentira de ser amable. Infringí las normas. Sobre todo contigo. Te presioné constantemente para que me castigaras. Intenté provocarte. Quería que revelaras tu auténtica personalidad.

A Kestrel le costaba desentrañar la expresión de Arin. Le dolía doblar así el cuello. Bajó la mirada hacia la crin de *Jabalina*.

—Pero esa era tu auténtica personalidad —prosiguió él—. Inteligente, valiente, manipuladora. Amable. No te esforzabas lo más mínimo por ocultar quién eras. Entonces descubrí que prefería que lo ocultaras. Ese era el lujo que te ofrecía tu posición, ¿no?, el no tener que ocultarte. Y la maldición de la mía, el tener que hacerlo. Es cierto. A veces una verdad te oprime con tal fuerza que no puedes respirar. Así me sentía. Aunque no del todo, porque había otro motivo por el que sufría al mirarte. Eras demasiado encantadora. Para mí.

Kestrel no sabía qué decir.

–Estoy intentando ser sincero.

–Te creo. Pero me cuesta creer que me conocieras de verdad. Algunas de las cosas que dices no tienen sentido.

–¿Qué parte?

–Mi personalidad parece contradictoria.

–¿Por qué?

–No creo que una persona pueda ser manipuladora y amable al mismo tiempo.

Él se rio.

–Tú, sí.

Se hizo el silencio. *Jabalina* se removió debajo de ellos.

Arin le rozó la nuca con un dedo. Localizó, bajo el borde del vestido, a la altura del hombro, una cicatriz curada, fina y larga. La piel donde había impactado el látigo estaba insensibilizada, pero la que la rodeaba estaba viva, y se estremeció. Kestrel se alegró de no estar mirándolo en ese momento.

–Has cambiado –murmuró él–, y sigues siendo la misma. Alguien honorable. Te honro por ello.

El estremecimiento se transformó en miedo. Miedo a la bifurcación en el sendero que acechaba en el bosque a sus espaldas. Miedo a lo que significaba que Arin la conociera antes y la conociera ahora y la honrara.

Ella no se lo había pedido. Desconfiaba del honor.

Kestrel le dio un golpecito a *Jabalina* en los costados con las rodillas. Los dedos de Arin se apartaron. El caballo se dirigió hacia las caballerizas.

Arin no le dijo nada más ese día, aparte de ofrecerse a almohazar a *Jabalina*. Ella aceptó. Quería estar sola. Incluso después de retirarse al interior de la casa, notaba la piel vibrante. Alerta, rebelde. Como si no fuera a darle respiro. Insistiría e insistiría, todo por una caricia que parecía destinada a tranquilizarla.

Pero que no había sido tranquilizadora.

Aunque aquel día no había estado carente de consuelo, Kestrel tuvo presente el último y potente momento. Decidió que Arin personificaba la antítesis de la tranquilidad.

ARIN SE MARCHÓ DE NUEVO. LE DEJÓ UNA NOTA A KESTREL en la que anunciaba su partida pero no explicaba los motivos ni indicaba cuánto tiempo estaría fuera. Supuso que se trataría de algo relativo a la guerra, y que él prefería no explicar nada por escrito, lo que planteaba la pregunta de por qué no había hablado con ella en persona, lo que a su vez le recordó cómo se había encogido cuando la tocó.

Kestrel comprendía la nota. Pero no le gustaba.

Le preguntó a Roshar adónde había ido Arin y por qué.

–La curiosidad mató al gato –contestó el príncipe con tono pícaro. Incluso amistoso. Pero también trazaba una clara línea advirtiéndole que perdería el tiempo insistiendo para obtener más información.

Estaban jugando al Tierras Fronterizas en la salita. Las ventanas estaban abiertas y se avecinaba una tormenta, pero todavía no había empezado a llover. Nubes oscuras se amontonaban en el horizonte. El viento que agitaba las cortinas tenía un olor primitivo. Roshar se removió en su asiento, y luego volvió a hacerlo, observando las piezas del juego.

Arin no se había llevado a *Jabalina*. No faltaban caballos de las caballerizas. Kestrel los había contado.

Roshar le echó un vistazo al cielo cada vez más sombrío.

–¿Está en el mar? –preguntó Kestrel.

–¿Qué os importa, querida?

–Estáis nervioso.

–Vos me ponéis nervioso. Estáis a punto de derrotarme.

–Creía que estabais en guerra. Deberíais tener mejores cosas que hacer que quedaros aquí y jugar al Tierras Fronterizas conmigo.

El príncipe enarcó una ceja, pero simplemente comentó:

–Os toca.

Kestrel hizo su jugada. Le había encantado descubrir que recordaba cómo se jugaba. El cómo no le suponía ningún problema. Sabía cómo hacer cosas. Jugar a un juego, tocar el piano, montar a caballo, hablar un idioma... Si había algo que ya no sabía cómo se hacía, no era consciente de ello.

El problema era el qué. Su memoria era como un juego donde podía ver el tablero y conocía las normas pero no reconocía todas las piezas.

–¿Quién está al mando de la alianza dacrana-herraní?

–¿Hace falta preguntarlo? ¿Acaso no irradia un aire de irrefutable autoridad?

–¿Y cuál es el papel de Arin?

–Buena pregunta.

El viento hinchó una cortina. Kestrel movió su ingeniero, sin apartar la mirada del tablero.

–Me sorprende que vuestro pueblo apoye la alianza.

Roshar se encogió de hombros mientras mascullaba con enojo algo breve en su propio idioma.

–Morir por la gente de otro no es lo que se suele hacer en las guerras –prosiguió Kestrel–. ¿Qué quiere exactamente vuestra reina de Herrán?

–Ese mortífero invento de Arin, para empezar.

–Ya lo tenéis. Os entregó los planos.

–Hay que mantener a raya al imperio. Si conquistan esta península, solo será cuestión de tiempo que se apoderen del este.

–¿Vuestra hermana es inteligente?

El príncipe le dirigió una mirada de impaciencia. La respuesta estaba clara.

–En ese caso, debe querer algo más. ¿Arin sabe de qué se trata?

Roshar entrecerró sus ojos bordeados de verde.

–Arin sabe reconocer un buen trato. Somos lo mejor que podía haberle pasado.

–Sí, por supuesto. Sois grandes benefactores. Si os preocupa tanto su bienestar, ¿por qué lo enviáis al mar en medio de una tormenta?

–Lo decidió él mismo.

Kestrel se quedó callada. Roshar movió una pieza.

–Decidme, fantasmita: ¿disfrutáis de mi compañía?

Eso la sorprendió.

–Sí.

–Y yo de la vuestra. Entiendo por qué os gusto. Soy inteligente, encantador... por no mencionar apuesto.

–Y un experto pavoneándoos. No nos olvidemos de eso.

–Mentiras, todo mentiras. –Sus miradas se encontraron desde lados opuestos del tablero de juego–. La razón de que os complazca mi compañía es que mi aspecto concuerda con cómo os sentís.

–No es por eso –repuso ella. Sin embargo, al observar de nuevo el rostro destrozado del príncipe, comprendió que era cierto. Aunque solo era verdad en parte, y Kestrel no sabía cómo expresar el resto con palabras.

–Arin es mi amigo –dijo Roshar–. Pondría mi vida en sus manos, y él pondría la suya en las mías. Es algo poco común. No pienso permitir que lo cuestione alguien que, por lo que sé, no le tiene afecto. –Derribó su general: el gesto de la rendición. La pieza de mármol se bamboleó–. Marchaos, fantasmita. Id a rondar a otro.

Pero fue él quien se marchó.

La lluvia repicó contra los cristales. Kestrel fue a cerrar las ventanas, pero se detuvo al ver cómo los árboles se doblaban, azotados por el viento que llegaba del mar. Olía como una ostra abierta.

«¿Qué os importa, querida?»

Dentro de Kestrel, la preocupación se hizo notar como si fuera una pequeña serpiente alzando la cabeza.

La lluvia se le introducía a Arin en los ojos. La cubierta se balanceaba. No era una tormenta verde, pero lo parecía. Habían visto las señales. El capitán herraní que había llevado a Arin al este el invierno pasado les había desaconsejado navegar.

–Debemos hacerlo –le había dicho Arin a Roshar–. El general controla Ithrya. La usará para abastecer un ataque contra la península, y solo podrá mantener ese ataque si consigue aprovisionar a sus tropas. Está haciendo acopio de provisiones en Ithrya. Debemos interrumpir sus líneas de suministro con la capital valoriana. Zarparé hacia las Islas Vacías, que están entre nuestras costas occidentales y Valoria.

–Tú no eres marinero.

Arin añadió como si no lo hubiera oído:

–Una nave herraní, con una tripulación herraní.

–Enviaré a Xash.

Arin negó con la cabeza.

–Mi gente se ha recuperado. Quieren luchar. Además, tus soldados se preguntan cuándo vamos a arrimar el hombro.

Así que la embarcación de Arin se había hecho a la mar.

Ahora la nave temblaba tras la embestida de cada ola monstruosa. El mar se hinchaba formando montañas y valles de color púrpura. Habían recogido las velas para que el viento no las hiciera jirones. El capitán había introducido en el agua un ancla flotante para ralentizar y estabilizar el barco, pero la proa perforaba ola tras ola. La cubierta estaba resbaladiza. Arin debía esforzarse para mantener el equilibrio. Resbaló, chocó contra la batayola y se aferró a ella. Vomitó.

–Por el dios de la locura. –El capitán agarró a Arin por la parte superior del brazo y lo puso derecho. Le triplicaba la edad y hablaba entre gruñidos con la entonación típica de los marineros herraníes antes de la guerra–. Id abajo, muchacho. ¿De qué servís en cubierta? No sabéis nada del mar.

Entonces otra cosa captó la atención del capitán, que se marchó.

Aquel hombre tenía razón. Arin se dirigía a la escotilla (le ardía el rostro debido a la sal y la lluvia y le escocían los ojos), cuando se le ocurrió que estaba demasiado mareado como para tener miedo. Eso le hizo recordar la conversación que había mantenido con Kestrel mientras iban montados sobre *Jabalina* y que, si iba a tocarla, debería haber sabido que no tenía que hacerlo donde la habían herido, incluso aunque hubiera querido expresar sin palabras que comprendía lo que le habían hecho pasar.

Le patinaron las botas. El mundo se transformó en un remolino borroso y húmedo. El barco dio un bandazo y se inclinó sobre un costado. Arin chocó de nuevo con la batayola. Pero esta vez cayó por la

borda y se hundió en las furiosas aguas.

ARIN NADÓ HACIA LA SUPERFICIE. ASOMÓ. TOMÓ AIRE. EL oleaje lo sumergió de nuevo. Le ardieron los pulmones.

Esta vez, cuando afloró del silencio al estruendoso aire, fue más listo. Partió los cordones de las botas de un tirón y sacudió los pies para liberarse de ese peso. Tomó aire, cruzó nadando la siguiente ola y se dirigió hacia el barco al que la tempestad zarandeaba a poca distancia de allí. El agua estaba caliente como la sangre. Tiraba de él. Lo arrastraba y lo empujaba. Le dolían los hombros. Atravesó otra ola. Rezó. Estaba más cerca.

¿Un cabo? ¿Podría alguien bajar un cabo desde la cubierta?

Quizá... si es que alguien lo había visto caer.

Pataleó con más fuerza. «No me abandones», le rogó de nuevo a su dios. «Así no.»

No oyó más sonido que el del mar.

«Te serviré», le prometió.

Su dios no le respondió. Arin se encontraba lo suficientemente cerca como para ver los percebes pegados al casco del barco. Levantó la mirada. Nadie miraba hacia abajo. Siguió avanzando.

«¿Cómo voy a servirte si me ahogo?»

Y entonces llegó el miedo. El cansancio. Era como si sus extremidades intentaran abrirse camino por el barro. Notaba la sal en la garganta. En los pulmones. Se suponía que su muerte no iba a ser así.

«Por una espada. Por favor.

»Así no.

»Solo no.

»Todavía no.»

Una corriente lo alejó de la embarcación.

Arin casi se rinde entonces. No puedes oponerte a la voluntad de los dioses, y menos aún a la de este.

Un raído desconsuelo revoloteó en su interior. De nuevo: «Solo no, todavía no». Pero estaba solo. Llevaba mucho tiempo solo.

«Ojalá pudiera oír tu voz de nuevo», pensó. Se preguntó si la oiría, al final.

La corriente seguía apresándolo. Pero entonces se invirtió. Lo lanzó hacia delante, arrastrándolo con rapidez por el agua hasta estrellarlo contra el costado del casco.

Casi pierde el conocimiento. Arin subió y bajó al ritmo del oleaje mientras le zumbaba la cabeza y le fallaba la vista. Tragó agua. Tocó el casco a tientas. Sus manos buscaron algo, cualquier cosa.

Y se engancharon en algo. Lo apretaron.

La escala.

Levantó la mirada y vio la hilera de travesaños oxidados que ascendían por el casco. Durante un instante, no pudo moverse. Se quedó pasmado de asombro.

«En tu nombre –juró Arin–. Te proporcionaré la gloria.»

Y trepó, tembloroso y agradecido.

El siguiente día amaneció despejado, como si le hubieran escupido y sacado brillo.

La pólvora almacenada en la santabárbara, en las entrañas de la bodega de la nave, se había mantenido seca. Aunque habían dejado algunos sacos preparados en las cubiertas de artillería. Esos estaban empapados. El mar había inundado las portas antes de que los marineros hubieran retirado los cañones y las hubieran atrancado.

Arin y algunos marineros abrieron los sacos y extendieron la pólvora en cacerolas planas repartidas por el alcázar. El intenso sol le caía de lleno sobre los hombros desnudos. Se inclinó bajo el peso de un saco lleno. La pólvora estaba húmeda y apelmazada cuando la sacó a puñados del saco y la cernió con las manos, formando una fina capa. Las palmas de las manos se le quedaron negras. Tenían un aspecto conocido. Bastante parecido a como solían quedársele tras un día en la fragua. Un día normal.

Pero ese no era un día normal. No apartó la vista de la tarea que estaba realizando. La pólvora, que se elaboraba con azufre extraído de la meseta septentrional de Dacra, era muy valiosa. Los suministros orientales eran limitados; así que era importante que la pólvora, que resultaba inútil cuando estaba húmeda, se secara bien. Era importante que Arin tuviera cuidado. Y era muy importante que no dirigiera la vista hacia los otros marineros, que no dejaban de mirarlo con disimulo.

Porque Arin no era normal. Nadie caía al mar así y sobrevivía.

Notaba clavados en él los ojos de la chica que estaba escamando un pez recién pescado que casi medía la mitad que ella. También lo observaban otros marineros. Los que estaban remendando una vela y alquitranando el aparejo. Los que se encontraban más cerca, vaciando más sacos.

El sudor le goteó por la frente y desapareció entre la pólvora de la cacerola situada junto a sus pies descalzos. Se preguntó cuándo se usaría esa pólvora. Se preguntó cuánto daño causaría y si, cuando estallara, parte de su propia esencia ardería a la vez.

Se preguntó si era normal pensar eso.

Los sacos ya estaban vacíos. Se sacudió las manos ennegrecidas. Tenía que lavarse. Era un riesgo de incendio andante. Había un cubo de agua de mar cerca del palo mayor. Fue hacia allí, sumergió los brazos hasta los codos y se salpicó un poco de agua sobre los hombros, sintiendo cómo las gotas le bajaban por la columna. La sal le picaría en la piel cuando el agua se secara.

–No tenéis mala pinta para haberos ahogado.

Arin se enderezó y vio al capitán apoyado cerca de los obenques, observándolo. Recordó su cara durante la tormenta, cuando se encaramó a la batayola, se desplomó sobre la cubierta y vomitó toda el

agua que se había tragado.

–¿Cuánto queda hasta las Islas Vacías? –le preguntó al capitán.

–Ithrya está cerca, pero debemos mantenernos a distancia. Así que dos o tres días para rodear Ithrya por el sur y luego subir hasta las islas. Si los vientos siguen siendo favorables.

–¿Creéis que será así?

–¿Por qué no se lo pedís a ver si lo hacen por vos?

El capitán tenía el sol de frente y Arin no podía leerle la expresión. Por el tono de su voz podía haber hablado medio en serio o completamente en serio. Arin carraspeó:

–La pólvora debería estar seca para el atardecer. Nadie debe fumar. Incluso una pequeña chispa...

–No somos tontos, muchacho.

Arin se frotó la nuca, asintió con la cabeza y dio por hecho que la conversación había terminado. Contempló el mar. Verde y resplandeciente, como la esmeralda de su madre. Recordó el día que la canjeó, y deseó haberla conservado. Pensó que todo el mundo debería poseer algo preciado que atesorar con todo el corazón, saber que te pertenecía de manera indiscutible. Sostuvo la esmeralda mentalmente, notando las frías facetas. Se imaginó depositándola en la palma de una mano que conocía bien, y se preguntó si esa mano la aceptaría, y qué se sentiría al contar con otra persona que atesorara lo que él atesoraba con todo el corazón.

Parpadeó y apartó la mirada del horizonte. Estaba fantaseando. Imaginando cosas que lo harían sufrir después.

Incluso ahora.

–La gente cuenta historias sobre vos. –El capitán lo estudiaba con los ojos entrecerrados–. Desde mucho antes de la tormenta.

A Arin lo desconcertaba la forma en la que la gente había empezado a mirarlo. Con una especie de radiante esperanza. Aunque no estaba seguro de cuánto tenía que ver realmente con él. Tal vez, cuando la gente no posee nada preciado, una idea ocupa su lugar. Arin no estaba preparado para ser una idea. «No son más que historias», quiso contestar, pero las palabras se extinguieron en sus labios. Sabía que no debía negar a su dios.

Fue como si el capitán le hubiera leído la mente, porque dijo:

–Habéis sido tocado por una mano divina.

Arin no contestó, pero un placer innegable subyacía tras la timidez.

•

La embarcación se deslizó entre las Islas Vacías y fondeó al este de una lo bastante grande como para impedir que los viera cualquier nave procedente de la capital valoriana. La tripulación aguardó.

Arin seguía sin zapatos. A bordo disponían de unas pocas botas de sobra, pero todas le quedaban demasiado pequeñas. Así que rasgó algunos trapos, se los ató alrededor de los pies y procuró caminar con cuidado.

Intentó repasar el plan con el capitán, pero este lo interrumpió con un ademán despectivo.

–Eso no es un plan. Es simple piratería. No tenéis nada que enseñarme sobre ese tema.

Arin se quedó atónito.

–Antes de la guerra, los herraníes eran los mejores en el mar. Obtuvimos riquezas mediante el comercio marítimo. No éramos piratas.

Al capitán le dio un ataque de risa.

Llegó un barco. Venía del oeste. Una embarcación grande y pesada con dos cubiertas de artillería.

Se oyó un grito de aviso proveniente de la cofa de la nave de Arin. La tripulación accionó el cabrestante, levó el ancla, amuró las velas y partió al encuentro de la embarcación valoriana.

El barco de Arin era más ligero, lo que lo hacía más rápido. Pero era más ligero porque solo contaba con una cubierta de artillería. El problema no era dar alcance a la embarcación valoriana, sino abordarla sin que los hicieran saltar en pedazos. Si los valorianos se sorprendían al ver aparecer una nave herraní detrás de la isla y perseguirlos, esta sorpresa no duraría. Estarían preparados para un ataque.

Arin bajó a la cubierta de artillería. Las portas estaban abiertas y las bocas de una hilera de cañones aguardaban. Ayudó a la tripulación a cargarlos. Primero se vertía un poco de pólvora en el vientre del cañón y después se colocaba un taco de trapo y se empujaba hasta el fondo con una baqueta. Luego venía la bala. Arin la sostuvo entre las manos (era suave y pesada) y, a continuación, la introdujo. Lo apretó todo con la baqueta. Cebó el cañón. Tiró del palanquín. Los marineros empujaron cada cañón hacia delante hasta que el tubo se deslizó en la porta y la cureña tocó la amurada.

Arin echó un vistazo por la porta. Todavía no se veía la otra embarcación. Aunque seguramente no la vería hasta que el capitán situara el barco costado contra costado y las portas de una nave quedaran frente a las de la otra.

Apartó la mirada y se encontró con el rostro grisáceo del marinero situado más cerca. El sudor le temblaba en la frente. Tenía mala cara. Arin no sentía nada parecido. Deseó poder compartir esa sensación: una sombría avidez.

El barco redujo la velocidad. Debían de estar arrimándose al costado de los valorianos.

Arin notó los pulmones tensos, ansiosos. El mundo se simplificó. Él, que en otras cosas se había equivocado de manera tan garrafal, que había juzgado mal y malinterpretado, no fallaría en esto. Quizá fuera cosa de su dios, o quizá solo se tratara de simple resolución humana, pero sentía una presta e intensa necesidad de luchar, como si un resorte metálico quisiera escapar de su cuerpo.

Le dirigió una sonrisa alentadora al marinero.

Una explosión atravesó el casco. El marinero voló en sangrientos pedazos. Fragmentos de madera silbaron por el aire y se clavaron en el brazo levantado de Arin.

—¡Fuego! —gritó.

Encendió la mecha de su cañón y se apartó del camino del retroceso. El arma se sacudió y tronó. Los marineros hicieron lo mismo, y luego repitieron los pasos de Arin: hacer retroceder el cañón descargado, limpiarlo, volver a cargarlo y empujarlo contra la amurada. Siguieron así un rato. Era imposible ver cuánto daño estaban infligiendo los herranés. Otra explosión abrió una brecha en el casco. Se encontraban lo bastante por encima de la línea de flotación como para que no se crearan vías de agua; además, los valorianos querían capturar esa nave tanto como él la suya, pero la hundirían si era necesario. Arin recargó. Disparó.

Entonces pisó donde no debía. Un objeto afilado le pinchó el pie envuelto en trapos. Se miró el pie derecho. Los trapos estaban manchados de rojo. Hizo una pausa, moviéndose despacio por algún motivo que no acababa de entender; pero Arin había aprendido a confiar en esos momentos en los que una parte de su ser comprendía algo antes que su mente. Se agachó, se arrancó un ensangrentado trozo de metal (¿un clavo torcido?) y lo observó con atención un instante. Una idea surgió en su interior y se curvó. Como una especie de sonrisa malévol.

Agarró al marinero que tenía más cerca.

—Tú. Ve abajo y busca trapos. Haz bolsitas con ellos. Rellénalas de pólvora y cualquier cosa pequeña y afilada. Como clavos. Átalo todo, introduce una mecha por la abertura de cada bolsa y tráelas aquí, de diez en diez. Enciéndelas y lánzalas por las portas. Intenta meterlas en sus portas cuando retiren los cañones para recargarlos. ¿Entendido? Vete.

A continuación, buscó al marinero cuya expresión se asemejara más a la que debía reflejarse en su propio rostro y le ordenó que se hiciera cargo. Arin iba a abordar la nave valoriana.

Subió a la cubierta, que estaba rodeada del cielo azul y de un humo negro. Sujetaba una espada con la mano derecha y una daga con la izquierda. Ya había valorianos en su nave. La embarcación del enemigo se encontraba lo bastante cerca como para abordarla. Se agachó. Blandió sus armas. Paró una estocada con la espada y arremetió con la daga, localizando un vientre blando. Un líquido caliente le envolvió la muñeca y le chorreó hasta el codo.

Arin se abrió paso hasta la batayola. Oyó disparos de ballesta. Ninguno lo rozó siquiera. Su dios se irguió en su interior: en silencio y con aprobación. Saltó hasta el barco valoriano. Una espada se dirigió hacia él. La interceptó con la suya, desvió el golpe y alzó rápidamente la espada para hundirla en el brazo de su oponente en el punto de unión de la armadura de cuero. Le clavó la daga en el cuello. Arrancó de la carne ambas armas, cuyo metal estaba empapado de sangre. El cuerpo se desplomó a sus pies.

Vio cómo un paquete salía volando de la porta de la nave herraní. Luego otro. Una explosión bajo cubierta hizo temblar los tablonés del suelo. Otra más.

Entonces, aunque pareciera increíble, por encima del estruendo de los cañones y los gritos, oyó un leve sonido. Se giró y se encontró cara a cara con otro enemigo. Una mujer. De cabello rubio y ojos oscuros.

Arin bajó la guardia.

La valoriana se lanzó a por su cuello. Él se apartó en el último momento y recibió el impacto de la espada en el hombro izquierdo. Notó una dolorosa sensación húmeda y chorreante.

—No —dijo Arin en valoriano—. Espera.

Ella asestó otra estocada.

Esta vez detuvo el golpe, levantando el arma de manera instintiva, e hizo retroceder la espada de su rival con el brazo bueno, sin tener que ejercer demasiada fuerza. Una parte de él observó todo esto horrorizada, vio con qué facilidad se dobló el brazo de la mujer. Debía de tener la misma edad que él. Su rostro no se parecía al de Kestrel, pero tampoco se diferenciaba mucho. Como si fueran hermanas.

No se trataba de que nunca hubiera visto una mujer combatiendo. Simplemente, nunca había matado a ninguna.

Le hizo soltar la espada.

Arin vio el cadáver de su hermana en la calle. La sangre brotando de su madre. Su brazo se movió hacia la valoriana. Le gritó que se detuviera. Entonces ya no vio nada más hasta que notó que había dejado caer la espada. ¿Y la daga? También había desaparecido.

La valoriana había desenvainado su daga. Arin alcanzó a ver una feroz sonrisa de incredulidad. A continuación, la mujer le dio un pisotón en el pie cubierto de trapos y arremetió con la daga en dirección a su corazón.

Arin sintió que el pie le iba a explotar. Se tambaleó y luego, de algún modo, logró transformar ese movimiento en una maniobra para esquivar la daga. Agarró a la mujer por la muñeca. La obligó a abrir la mano.

Ella le dio un puñetazo en la garganta con la mano libre.

«Arin.»

Vagamente, entre jadeos, divisó el brillante arco que trazó la daga al dirigirse hacia él.

«Vas a conseguir que te maten.»

Se apartó bruscamente. El arma se le vino encima de nuevo y lo cortó. No sabría decir dónde.

«En mi nombre, dijiste.

»Juraste servirme.»

Arin se agachó.

«¿Acaso no eres mío? ¿Acaso no soy tuyo?»

Su mano buscó a tientas y aferró algo.

«¿A quién más le ibas a pertenecer?

»Escucha, hijo mío.

»Amor mío.

»Escucha.»

El silencio le resonó en los oídos. Entonces vio.

Unos ojos marrones muy abiertos. Un cuerpo esbelto doblado sobre su espada.

Que sostenía en la mano.

La daga manchada de sangre cayó de los dedos de la mujer.

Después, el capitán ordenó que saquearan la embarcación. La nave contaba con un buen suministro de alimentos... y, lo que era más importante, pólvora.

El capitán se mostró complacido. Denominó a las bolsitas explosivas de Arin un «toque de genialidad divina». Habían sorprendido a los artilleros valorianos, a los que se les clavaron los clavos en el cuerpo y el humo les impidió ver.

–Horrible, maravilloso.

Arin no dijo nada.

El capitán lo examinó, deteniéndose en las partes más ensangrentadas.

–Os pondréis bien. –Le miró los pies–. Necesitáis botas.

Arin se encogió de hombros. Comprendió que no se atrevía a hablar. Se sentía vacío, horrorizado por lo que había hecho, aunque habría muerto de no ser así, y además no debería suponer ninguna diferencia que el valoriano al que se enfrentara fuera un hombre o una mujer. Si antes de eso le hubieran preguntado si tanto hombres como mujeres tenían derecho a ir a la guerra, habría dicho que sí. Si le hubieran preguntado si hombres y mujeres eran iguales, habría dicho que sí. ¿Había que tratarlos de la misma forma? Sí. Según esa lógica, no mostrarles clemencia a los hombres significaba no mostrársela tampoco a las mujeres. Pero Arin no se sentía lógico. Se despreciaba.

Aquella mujer se había mostrado feroz, decidida. Kestrel habría luchado igual.

Las inmensas fauces del miedo se abrieron en sus entrañas, tragándose todo lo demás.

El padre de Kestrel había querido que se hiciera soldado. Y ella casi acepta. Arin se la imaginó en la guerra. Se le hizo un nudo en la garganta.

–Tomad. –El capitán había regresado. Arin no había reparado en su ausencia. El hombre le ofreció unas botas–. Probáoslas.

No hacía falta preguntar de dónde habían salido. Había multitud de cuerpos en ambos barcos. El capitán contempló la escena.

–Ha sido un buen trabajo. Si seguimos así, a su general no le va a resultar fácil atacar la península. Los soldados no pueden luchar si no tienen qué comer.

¿Qué ocurriría si los valorianos desembarcaban en la península? ¿Si avanzaban, sin obstáculos, hasta la ciudad? Su prima. Sus amigos...

¿Y qué le pasaría a Kestrel? Una prisionera fugada. Una traidora a su gente. ¿Su padre se apiadaría de ella? Arin ni siquiera se atrevía a plantearse la pregunta pertinente. Esa pregunta conduciría a otras, y una insistente idea le recordó que el general no había hecho nada para salvar a su hija de prisión, lo que significaba que o bien no sabía dónde estaba Kestrel o lo sabía y no le importaba o...

No. Arin se había jurado no intentar adivinar lo que Kestrel no lograba recordar.

Pero estaba mareado y dolorido.

Estaba seguro de que el general no tendría piedad.

Así que no había cabida para la piedad de Arin.

Se puso las botas.

•

Se habían apoderado de otra embarcación y la habían fondeado a poca distancia de la costa oriental de una isla, como habían hecho con la primera, cuando llegó Xash. Este situó su barco al costado del de Arin y subió a bordo.

—Os relevo —le comunicó—. Regresad a la ciudad.

Arin no se esperaba aquello. Las posibilidades le bulleron en la mente, todas ellas desagradables.

—Mi reina ha llegado a vuestra ciudad —anunció Xash—. Y quiere veros.

AHORA ERA EVIDENTE POR QUÉ ROSHAR SE HABÍA QUEDADO en la ciudad. Estaba esperando a su hermana.

La reina no era como Kestrel se había esperado. Se había imaginado a alguien de más edad, pero aquella mujer no parecía mayor que Roshar.

Kestrel había bajado al puerto con todos los de la casa, motivada por la misma curiosidad y sorpresa que el resto. La multitud había estado observándola desde el momento en que se mezcló con ellos. No estaba segura de qué historias habrían circulado sobre ella; pero, fueran las que fuesen, hicieron que los desconocidos herraníes y dacranos la miraran con fascinación, pero la dejaran en paz.

La mirada de Roshar se había cruzado con la de ella cuando pasó a su lado a caballo de camino a la ciudad. Kestrel no supo descifrar el significado de su expresión. Vio un destello de inquietud y luego el príncipe endureció el rostro y siguió adelante.

Ahora en el muelle, al lado de su hermana, parecía completamente relajado. Kestrel lo vio ofrecer cumplidos que no pudo oír y que, de todas formas, no habría entendido. Nunca había aprendido el idioma del este.

Su padre había querido que lo aprendiera. Recordó ese dato. No le gustó el desasosiego que le provocó recordar.

Él la había presionado. Ella se había negado.

«Es peligroso no conocer el idioma de tu enemigo –le había dicho su padre–. Cuando vayas a la guerra...»

«No voy a ir a la guerra.»

Aquellas palabras le palparon en el cerebro.

Kestrel echó en falta la presencia de Arin. Se preguntó qué opinaría él de esa mujer que estaba en el muelle. Pero entonces se recordó que Arin ya conocía a la reina, que debía de conocerla bien, bastante bien, si había conseguido convencerla para que se uniera a su bando en la guerra.

La reina (Kestrel oyó murmurar a alguien de la multitud que se llamaba Inishanaway) escuchaba mientras su hermano hablaba. Mantenía el rostro tan inmóvil que resultaba fácil percibir su magnetismo. La amplia boca, unas orejas tan pequeñas que parecían decorativas, la delicada forma de la nariz. Sí, era hermosa, pensó Kestrel, aunque no logró comprender por qué esa idea se clavó con fuerza en algún lugar vulnerable de su ser.

Kestrel pensó en su caballo. Se arrepintió de haber dejado atado a *Jabalina* en el mercado y haber continuado a pie hasta el puerto. Quería alejarse de allí al galope. Ahora mismo.

Qué idiota. Si se sentía pequeña e insignificante era culpa suya por compararse donde no había ni punto de comparación. Se había mirado en un espejo.

Mientras intentaba comprenderlo (esa obsesión por establecer comparaciones), se dio cuenta poco a poco de que los rasgos de la reina le resultaban familiares. No se debía a que se parecieran a los de Roshar, aunque así era.

Una hermana pequeña. Kestrel la había conocido en la corte. Risha, la princesa oriental, la más joven de los tres, a la que amaba el príncipe heredero valoriano... con el que se había comprometido Kestrel.

Se sintió mareada bajo el cielo amarillo limón. Notó un sabor agrio en la boca. Recordó que su padre se había alegrado. Siempre había esperado que Kestrel se casara con el príncipe Verex, lo había esperado incluso cuando eran bebés. Su hija: emperatriz.

Se dijo que ahora entendía por qué la había fascinado la reina. Se trataba de esa familiaridad, que había necesitado identificar. O tal vez había sido inquietud, al sentirse impotente y contemplar a alguien con gran poder.

Tal vez. Pero seguía sin poder explicar la podredumbre que rezumaba su corazón.

Kestrel vio que la mirada de Roshar se posaba en ella y se detenía allí. El príncipe dijo algo que solo la reina pudo oír. Los ojos de la mujer se dirigieron hacia ella.

Roshar le susurró al oído a su hermana, con una sonrisa liviana como un pequeño cuchillo.

Había una razón evidente para la forma en la que la miró la reina: Kestrel era valoriana. Alguien de quien dudar, de quien sospechar. A quien tener vigilado. Kestrel notó la escrutadora mirada. De pronto, se vio como si fuera su tocayo: un cernícalo al que le hubieran arrancado las plumas y alzado, desplegado e inmovilizado las alas.

Kestrel se cruzó de brazos. El sol brillaba con fuerza. Tenía sed y notaba la garganta seca. Le devolvió la mirada a la otra mujer y comprendió que la reina no la miraba así porque fuera valoriana, ni la hija de su padre. Sino debido a un secreto que Kestrel no conocía, y que no estaba segura de querer conocer.

—Ah, Kestrel. Esperaba encontraros aquí.

Kestrel, que estaba almohazando a su caballo, levantó la mirada y echó un vistazo por encima del hombro de Roshar, pero no había nadie detrás de él. Estaban solos en las caballerizas. Se apartó un mechón de pelo de los ojos de un soplido y prosiguió con su tarea.

—Necesito pedirlos un favor —dijo el príncipe.

—Puedes dejarte de cortesías, principito.

—Mi hermana...

Kestrel lo sintió de nuevo: un penetrante recelo. Algo se avecinaba. Algo que sin duda iba a doler.

—... creí que se alojaría en el palacio del antiguo gobernador. Pero, al parecer, no está a su altura.

—Es el edificio más espléndido de la ciudad.

—A ella le gusta esta casa.

Kestrel dejó de cepillarle el pelaje a *Jabalina*.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Roshar tosió. Era evidente que se sentía incómodo.

–Tus aposentos...

–Ah.

–Son las únicas habitaciones apropiadas.

–Entiendo.

–¿Sería mucha molestia?

Kestrel le espetó:

–Esta es la casa de Arin.

Roshar masculló algo en su propio idioma.

–¿Qué has dicho?

Él la miró a la cara.

–He dicho: «Sí, exacto».

Jabalina le dio un golpecito a Kestrel en el hombro con el hocico. Ella apretó el cepillo entre los dedos. No había nada exacto. Solo había trasfondos de significado acerca de esa situación que la empujaban hacia un lugar que no podía nombrar. Se obligó a encogerse de hombros.

–Trasladaré mis cosas. –El recuerdo de aquel día en el sendero hizo acto de presencia espontáneamente en su mente: la bifurcación en el camino. La villa del general. Casi pudo ver la casa en su mente. Su casa. Entonces la invadió la avalancha de miedo, y supo que no podría ir allí, que nunca podría, ni siquiera aunque no hubiera sitio para ella aquí–. Hablaré con Sarsine.

–Sí. –Roshar parecía aliviado–. Gracias. –Se dispuso a marcharse.

–¿Arin te dijo que me lo pidieras?

Roshar se volvió, sorprendido.

–Por supuesto que no.

Multitud de preguntas brotaron dentro de ella. Pero era demasiado orgullosa para formularlas.

–Es probable que Arin me mate cuando regrese –añadió Roshar–. Pero nunca puedo vivir en paz si mi hermana no se sale con la suya. Casi sería preferible la muerte. Sé una buena amiga y haz que los próximos días sean agradables para mí, porque serán los últimos.

–Así que Arin volverá pronto.

–Mi hermana lo ha convocado.

Kestrel clavó la mirada en el pelaje marrón de *Jabalina*. Le frotó una manchita oscura que tenía en la paletilla.

–Arin se ha hecho pirata durante unos días, pero por una buena causa –dijo Roshar–. Ahora que la reina ha asumido el mando de la ciudad, no me entretendré más aquí. Ni él tampoco. Ambos nos dirigiremos al sur. Después de su audiencia real, claro está.

Kestrel notó un picor en los ojos. Se pasó el pulgar por los dedos y observó el polvo que se le había adherido tras atravesar la ciudad a caballo. Entonces levantó la mirada y descubrió que Roshar estaba observándola, con expresión comprensiva pero también escrutadora; cuando comprendió qué buscaba el príncipe, puso todo su empeño en que no lo encontrara. Se le aclaró la vista. Se sacó las llaves de la casa del bolsillo de los pantalones de montar y desenganchó la de los aposentos del ala este. Se la ofreció a Roshar. Mientras la depositaba en su mano, fue perfectamente consciente de por qué se había sentido herida al ver a la reina.

No le entregó a Roshar la llave del jardín de la azotea.

–Te quedarás conmigo –decidió Sarsine.

–De acuerdo.

–No podemos ofenderla.

–Ya lo sé.

Sarsine la miró detenidamente.

–Arin la ofendería. No accedería si estuviera aquí.

Kestrel no estaba tan segura. Tenía la impresión de que Roshar conocía un secreto sobre la reina y Arin que Sarsine desconocía.

–No me importa –contestó.

Pero sí le importaba.

Cuatro días después, Kestrel se encontraba fuera, en el huerto. Estaba arrancando las malas hierbas. Le gustaba esa tarea. Disfrutaba al saber qué encajaba y qué no. Al principio había cometido algunos errores, sobre todo con las hierbas aromáticas, pero ahora ya sabía lo que hacía. Encontraba placentero arrancar las vainas de guisantes de los tallos y dejarlas caer en el cesto. Le agradaba el aroma amargo y peniciento de las raquílicas plantas que daban erastis listados, una fruta que únicamente crecía en esa península y únicamente en ese mes. Se utilizaba para elaborar platos con un toque salado. Los recogió con cuidado. La cocinera (que había recibido con amabilidad y diversión la afición a la horticultura de Kestrel y sus errores) se había horrorizado la primera vez que le llevó un cesto de erastis. Todavía no estaban maduros.

–Debéis esperar –le dijo con lo más parecido a un tono de reprimenda que había empleado con ella–. Dejadlos en la planta hasta que parezca que explotarán si los tocáis.

Se había quemado el primer día que pasó en el huerto, y luego se le peló la piel. Se puso morena. Al principio, usaba un cuchillito para sacarse la tierra de debajo de las uñas. Ahora ya no se molestaba en hacerlo.

Ese día soplaba una fuerte brisa. La tierra estaba blanda. No oyó aproximarse a Arin.

–Te he estado buscando por todas partes.

Kestrel levantó la mirada hacia él. El viento le arremolinó el cabello delante de la cara. No pudo verle la expresión, y quiso ocultar la suya. No le gustó lo que sintió. Alivio, de que él estuviera a salvo. Y una sensación muy diferente: algo palpitante y horrible.

–Necesito hablar contigo –añadió Arin.

Por el tono de su voz, Kestrel supo de qué se trataba. Supo que había acertado. Se concentró de nuevo en las plantas.

–Estoy ocupada –contestó. Unas gotas de zumo verde le bajaron por la muñeca. La fruta fue a parar al cesto.

Arin se puso en cuclillas a su lado entre las plantas. Le apartó de la cara con delicadeza los mechones de pelo sueltos y a merced del viento. Le rozó la mejilla con el pulgar. Kestrel lo miró. Estaba sucio y despeinado, una blanca capa de sal le cubría la ropa y tenía la mandíbula verde y amarilla debido a un antiguo moratón. Llevaba botas valorianas, altas y con corchetes.

Kestrel no quería ver cómo el sol hacía que sus ojos relucieran como piedras preciosas ni que su propia piel pareciera cobrar vida de pronto simplemente porque él la había tocado. No quería que la mirara como si hubiera una puerta en su interior que quisiera abrir y cruzar.

–Deberías casarte con la reina –le dijo.

Arin dejó caer la mano.

–No.

–Pues eres idiota.

–Le he pedido a Inisha que se traslade al palacio del gobernador.

–Más idiota aún. Ruégale que regrese.

–Escúchame, por favor. Cuando estaba en el este, tenía una opinión equivocada de ti. Y además estabas comprometida. Te negaste a cambiar de opinión. Te pedí... –Se interrumpió.

Kestrel oyó el recuerdo de su voz: «Cásate con él, pero sé mía en secreto».

Aquel recuerdo la hizo sufrir, vio su sufrimiento reflejado en los ojos de Arin mientras él también lo recordaba, vio el eco de su expresión el invierno pasado, en una taberna. Le había suplicado migajas. Se había odiado a sí mismo por ello. Pero lo había pedido de todas formas.

–Fue un beso –dijo Arin–. Nada más. No existen promesas entre la reina y yo.

–No posees instinto de supervivencia. –El corazón le martilleaba en el pecho–. Si no le has hecho promesas, más te vale hacerlas ahora. ¿Por qué crees que se ha aliado contigo?

–El motivo no importa.

–Claro que sí. –Kestrel se puso en pie bruscamente. Él la imitó y le tomó la mano con la que sujetaba el cesto–. ¿Fue un ardid? –exigió saber. Ahora el corazón le latía el doble de rápido. Miedo y rabia, miedo y rabia–. ¿La besaste para que creyera que vuestra alianza sería permanente?

–No.

—¿Y por qué, entonces?

—¡Porque me apetecía! —estalló—. Porque ella me deseaba, y era agradable sentirme deseado.

Kestrel realizó una inspiración entrecortada. ¿Cómo era posible que la hiriera alguien a quien ni siquiera amaba? El viento arreció. Le lanzó el cabello contra la boca. Aguardó hasta poder hablar con voz tranquila.

—Me parece que no comprendes las implicaciones políticas de esta situación. ¿Esperabas que la reina viniera a Herrán?

—No.

—¿Y Roshar? —Pero ya conocía la respuesta.

—Sí.

—Y, sin embargo, tu amigo no te lo contó.

Arin hizo una pausa antes de contestar.

—No.

—¿Para qué ha venido la reina?

—Para asumir el mando de la ciudad.

—Arin. ¿Para qué ha venido?

Él guardó silencio y, por su expresión, Kestrel vio que suponía qué iba a decirle.

—Ha venido —sentenció Kestrel— para demostrarles a sus soldados que esta tierra prácticamente le pertenece. A los dacranos no les gusta la alianza. No ven qué sacan ellos de todo esto. Pero empezarán a entenderlo en cuanto la reina se establezca en esta ciudad. Ni tu nueva arma ni mantener al imperio a raya son el verdadero motivo por el que aceptó ayudar a un pequeño país con una población debilitada. Sino porque, si ganáis esta guerra, podrá anexionarse Herrán y convertirlo en parte del este.

Arin no lo negó.

—No me necesita para eso —contestó al fin—. Podría tomarlo por la fuerza. Usarme no cambiaría gran cosa.

Kestrel sabía a qué se refería. Era cierto: su pueblo lo adoraba (ella lo había visto con sus propios ojos, era algo sencillo y potente, el amor hacía acto de presencia cada vez que Arin le sonreía a alguien o le dedicaba unas breves palabras), pero no era el gobernador. Ni un miembro resucitado de la familia real masacrada. Su poder político no estaba claro. Kestrel no creía equivocarse acerca de los planes de la reina para ese país, pero notó un nudo en el estómago al reconocer la inevitable y evidente verdad de que la reina había deseado a Arin simplemente por sí mismo.

—En ese caso, debes de gustarle. Puede que lo que quiera de ti no sea precisamente matrimonio. Aun así, deberías darle lo que quiere. Podrías conseguir un bonito futuro a cambio. Como mínimo, deberías preguntárselo.

El rostro de Arin pareció contraerse y tensarse.

—No pienso hacerlo.

Kestrel se colgó el cesto del brazo.

–Tengo que irme. La cocinera necesita estos ingredientes. –La mortificó oír que se le quebraba la voz.

A Arin le cambió el semblante.

–Kestrel, perdóname.

–No hay nada que perdonar.

–Lo siento.

–No me importa.

Él negó con la cabeza, sin dejar de mirarla a los ojos. Ahora parecía otro, mudo de sorpresa, esperanzado por una idea nueva. Le rozó la mejilla con los dedos, siguiendo el rastro de una lágrima.

–Pero sí te importa –dijo, asombrado.

Kestrel se apartó.

–Espera.

Ella continuó dándole la espalda mientras se alejaba con paso presuroso, con el cesto golpeándole contra la cadera.

–No me sigas. –Se pasó la muñeca sucia por la cara y oyó el espantoso sonido de su respiración al escapar entre sus labios–. No volveré a hablarte si me sigues.

No la siguió.

Kestrel bajó la luz de la lámpara y se metió en la alta cama al lado de Sarsine. Podría haber dormido en un diván en otra habitación de los aposentos, pero Sarsine se negó rotundamente, y Kestrel, a pesar de la timidez que la invadió, se había sentido agradecida.

Sarsine se giró bajo la ligera manta y la observó. El intenso tono negro del cabello suelto, las pestañas y las cejas destacaba contra la almohada blanca. A Kestrel le costó identificar la forma en la que la miraba, aunque probablemente se debiera al caos que se había apoderado de sus emociones. Sarsine se parecía demasiado a Arin.

De pronto, como si cambiara de tema en una conversación, comentó:

–Mi amiga Jess y yo solíamos dormir en la misma cama.

–Me acuerdo de ella. Le salvaste la vida.

–No, no es verdad.

–Yo estaba allí. La envenenaron. Habría muerto de no ser por ti.

Pero lo único que Kestrel podía recordar era a Jess acusándola de traición. Intentó explicárselo a Sarsine, pero no contaba con las piezas suficientes para que la historia tuviera sentido. Sarsine la escuchó y luego dijo:

–Tal vez las dos cambiasteis demasiado. O puede que vuelvas a verla algún día y arregléis las cosas. Pero vi lo que hiciste por ella. Cuánto la querías.

Sarsine le cubrió el hombro con la manta.

«Protectora.» Esa era la palabra que describía el ceño fruncido de la mujer, la amable curva de su boca.

—¿Te preocupa algo más? Puedes hablar conmigo. Sé guardar un secreto.

Kestrel sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Empezó a hablar, se detuvo y, por fin, dijo:

—No sé cómo expresar cuál es el problema. No sé nada.

—Soy tu amiga. De eso, al menos, puedes estar segura.

Sarsine le acarició la mejilla, dejando que el silencio la confortara. A continuación, apagó la luz.

Pero Kestrel no podía dormir. Resultaba inquietante lo poco que se movía Sarsine en sueños. Ella estaba acostumbrada a Jess. Recordaba que su amiga no paraba de agitar las piernas. Murmuraba en sueños. La añoró; la recordó y la añoró al mismo tiempo, lo que la llevó a preguntarse si el recuerdo supondría siempre una especie de añoranza. Notó la almohada caliente y húmeda bajo la mejilla.

Kestrel se imaginó una melodía. Un ritmo conciso, cada nota nítida y pura. Se imaginó tocándola. El control. Pequeños y brillantes estallidos de sonido. Se concentró en eso, porque si no lo hacía sabía adónde la conducirían sus pensamientos... aunque, en cuanto lo atisbó, aquello que debía evitar se irguió imponente en su interior.

El rechazo de Jess. Había ocurrido en la casa de su amiga en la capital valoriana. Cortinas color beis. No recordaba todas las palabras exactas, pero ahora sabía por qué se había roto la amistad. Se oyó decir en voz baja aquellas cosas que Jess nunca le perdonaría, vio a su antiguo yo rechazar a su propia gente, a sus amigos, a su padre.

«Él te ha hecho esto», la había acusado Jess.

«Nadie me ha hecho cambiar.»

«Pero has cambiado.»

Kestrel se giró hacia el otro lado. Arin estaba en la ciudad de la reina en aquel entonces. Ahora lo sabía.

Se sentó y apartó la sábana.

No era natural. No era posible que hubiera renunciado a tanto. ¿Y por qué?

Estaba dispuesta a creer en hechizos. ¿Qué otra cosa explicaría que su cuerpo todavía sintiera la llamada de Arin, que pareciera recordarlo con total claridad cuando su mente no podía, y la enviara a su cama vacía, la envolviera entre sus sábanas, hiciera que se preocupara por adónde iba y qué riesgos corría y qué hacía y con quién?

Kestrel tomó su juego de llaves.

KESTREL RECORRIÓ CON RAPIDEZ LA CASA A OSCURAS. Sus pies descalzos se movieron sigilosamente por las baldosas, la alfombra, los escalones... Subió un tramo de escalera, rozando la balaustrada con la mano. En el rellano, deslizó la palma alrededor del poste. Giró a la izquierda. Conocía bien la casa de Arin.

La conocía ahora y la conocía entonces. Sintió que el tiempo se solapaba. El presente se plegó sobre el pasado.

Nunca había seguido esa ruta. Pero había pensado en ello.

Revisó las llaves, localizó la correcta, la introdujo en la puerta exterior de los aposentos de Arin, y la abrió.

Se encontró con una luz blanca. La sobresaltó, parecía una alucinación, algo imposible, como si hubiera caído en una charca plateada. Pero entonces levantó la mirada y vio un tragaluz encima de la entrada. Una gran luna brillaba a poca altura. Aunque los apliques estaban apagados, el pasillo estaba casi tan iluminado como si fuera de día. En el otro extremo: oscuridad.

Oyó un breve tintineo procedente del fondo de los aposentos.

Se dirigió al extremo sombrío del pasillo, atravesando un salón oscuro. Se raspó el muslo contra una mesita y soltó una palabrota entre dientes.

Otro pasillo, un giro. Y entonces... un suave resplandor. Una lámpara.

Un sonido líquido. Un golpe amortiguado. ¿Cristal sobre madera?

Entró en la habitación iluminada.

Arin levantó la mirada desde su asiento. Sus dedos se tensaron alrededor del vaso que sostenía en la mano. Se quedó mirándola.

Kestrel se ruborizó al comprender que había olvidado ponerse una bata sobre el fino camisón.

¿O no lo había olvidado? ¿Acaso no había decidido, con demasiada premura como para meditarlo, que eso era justo lo que quería? Bajó la mirada hacia el dobladillo de la prenda, que le llegaba justo debajo de las rodillas. La tela era transparente como mantequilla fundida. Su rubor se intensificó. Vio la expresión que tenía Arin en el rostro.

Él apartó la mirada.

—¡Por todos los dioses! —exclamó, y dio un trago.

—Exacto.

Eso hizo que volviera a mirarla. Arin tragó saliva, hizo una mueca y respondió:

—Es posible que haya perdido la capacidad de formar pensamientos coherentes, pero no tengo ni idea de a qué te refieres.

—Esos dioses tuyos.

Él tenía las cejas enarcadas y los ojos muy abiertos. El vaso que sujetaba con la mano era grueso y contenía un dedo de un líquido verde oscuro. Parecía sangre de hojas. Arin carraspeó. Dijo con voz ronca:

–¿Sí?

–¿Les rezabas?

–Kestrel, les estoy rezando ahora mismo. Fervientemente, de hecho.

Ella negó con la cabeza.

–¿Le rezabas a tu –rebuscó en su memoria– dios de las almas?

Estaba dispuesta a creer en una razón sobrenatural. Eso explicaría el poder que tenía ese hombre sobre ella.

Arin tosió y luego dejó escapar una carcajada breve y áspera.

–Ese dios no me escucha. –Depositó el vaso sobre la mesa, junto a la jarra. Se quedó pensando un momento. Entonces añadió con un tono nuevo y lento–: Salvo tal vez ahora. –Apoyó la mejilla en la palma abierta y se restregó un párpado con los dedos. Señaló la silla situada al otro lado de la mesa con un gesto de la cabeza–. ¿Quieres sentarte?

Ahora que estaba allí, no estaba segura de querer acercarse más. El pulso le latía de manera errática.

–Estoy bien aquí.

–Yo lo preferiría.

–Si te hago sentir incómodo, ¿por qué no te marchas?

Él se rio de nuevo.

–Ah, no. No, gracias. Toma. –Deslizó el vaso por la mesa. El líquido restante se agitó pero no se derramó. Cuando Kestrel se sentó, llevada por la curiosidad (¿a qué sabría la sangre de las hojas?), él le aconsejó–: Tal vez deberías probar solo un poquito primero.

–Eso no es vino.

–Pues no.

–¿Qué es?

–Un licor oriental. Me lo regaló Roshar. Me dijo que, si bebes lo suficiente, los posos empiezan a saber a azúcar. Sospecho que era una broma.

–Pero tú no aguantas la bebida.

Arin pareció sorprenderse tanto como ella.

–De entre todo, vas y recuerdas eso.

También había recordado otra cosa, mientras intentaba dormir. Había ido a preguntarle sobre eso, pero no le salieron las palabras. Así que lo observó.

–Pareces bastante despejado.

–Es pronto. Aun así, no estoy seguro... Esta conversación casi parece un delirio.

Kestrel jugueteó con el vaso.

–Quiero entender unas cuantas cosas.

–Pregunta.

Todavía no estaba preparada para hablar de lo que había recordado. Dejó el vaso sobre la mesa.

–¿Qué le dijiste a la reina?

–Le hablé a Inisha de ti.

–¿Qué le contaste exactamente?

Arin vaciló.

–Me da miedo decírtelo.

–Quiero oírlo.

–Puede que te marches.

–No me iré.

Él siguió sin hablar.

–Te doy mi palabra.

–Le dije que te pertenezco a ti, y a nadie más. Le dije que lo sentía.

Kestrel no pudo contener la oleada de placer... y de celos. Era cierto, aquellas palabras la hicieron querer marcharse. Se sentía irrevocablemente suya. Resultaba desconcertante, porque no lo conocía, no realmente, y él conocía dos mitades de su ser que ella no sabía encajar.

Arin estaba aguardando a que hablara. Permanecía completamente inmóvil. Kestrel se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

–Eso es un suicidio político.

Él esbozó un atisbo de sonrisa.

–¿Qué respondió?

–Me dijo: «Sobreestimas tu importancia».

–¿Por eso estás bebiendo?

–Kestrel, ya sabes por qué estoy bebiendo.

Ella dirigió la mirada hacia un rincón en sombras de la habitación. Hablar con él era como si una flor se abriera en su pecho, y luego volviera a cerrarse. Los pétalos se extendían poco a poco. Después se plegaban.

–¿Por qué la llamas Inisha? –le preguntó en voz baja–. Ese no es su nombre.

–Es... su apodo. –La pausa la llevó a pensar que Arin había traducido mentalmente un término dacrano antes de hablar, pero también que había traducido la pregunta, y había reconocido la intimidad implícita entre la reina y él que evidenciaba. Le sostuvo la mirada a Kestrel—. Nunca habría pasado nada entre ella y yo de haber sabido la verdad sobre ti. Debería haberlo sabido. No logro perdonarme por no saberlo. En cualquier caso... ayer, en el huerto, me preguntaste si la usé para obtener un beneficio político. No. La usé para olvidarte. Seguramente no quieras oírlo. Es espantoso. Pero debo contártelo, porque ya ha habido demasiados secretos. Más acabarían conmigo.

Kestrel contempló el licor verde que quedaba en el vaso. Era verde. Era líquido. Eso era un vaso. Ocultarle algo a ella acabaría con él. Cosas sencillas, tan obvias, justamente aquello que parecían ser. Mojó un dedo en los posos del licor y se lo llevó a la lengua. Quemaba.

Arin dejó escapar un gemido.

Kestrel levantó la mirada. Se había quedado sin voz. Estaba nerviosa. Notaba por el cuerpo las vibraciones de lo que quería entender y lo que había ido a averiguar. Era mucho más arriesgado que lo que ya le había preguntado. Se puso en pie.

Arin la observó acercarse a él.

Se detuvo justo al lado de su silla y lo miró. El cabello suelto le cayó sobre un hombro.

–Recuerdo algo. Pero no estoy segura de si ocurrió o no. ¿Me lo dirás?

–Sí –susurró él.

–Recuerdo estar tumbada contigo sobre la hierba del jardín de primavera del palacio imperial.

Arin se removió en la silla. La luz de la lámpara titiló sobre su rostro. Negó con la cabeza.

–Recuerdo encontrarte en tus aposentos. –Ese recuerdo le estaba viniendo ahora mismo. Tenía un tono similar al anterior–. Te prometí contarte mis secretos. Tú sostenías un libro. ¿O eran astillas? Estabas encendiendo la chimenea.

–Eso no pasó.

–Te besé. –Le tocó el hueco en la base del cuello. Arin tenía el pulso descontrolado.

–No fue entonces –contestó él por fin.

–Pero ya lo he hecho antes. –Le vinieron una avalancha de imágenes. Fue como si la melodía que había imaginado mientras estaba tumbada en la oscuridad se hubiera empapado del licor verde. Las frías pausas se caldearon y confluyeron. Le resultó fácil recordar a Arin, sobre todo ahora. Le deslizó la mano hasta el pecho. De la camisa de algodón emanaba calor–. La cocina de tu casa. Una mesa. Miel y harina.

Notaba los latidos de su corazón retumbándole contra la palma de la mano.

–Sí.

–Un carruaje.

–Sí.

–Un balcón.

Arin dejó escapar un suspiro parecido a una carcajada.

–Casi.

–Recuerdo quedarme dormida en tu cama cuando no estabas aquí.

Él se apartó ligeramente y le escrutó el rostro.

–Eso no pasó.

–Sí, sí pasó.

Arin separó los labios, pero no dijo nada. Le brillaban las pupilas. Kestrel se preguntó cómo sería proporcionarle a su cuerpo lo que quería. Su cuerpo parecía saber algo que ella desconocía. Se le

aceleró el corazón y la sangre le bombeó con fuerza por las venas.

–El primer día. El verano pasado. Tenías el pelo hecho un desastre. Quería apartártelo de la cara y hacer que me miraras. Quería verte.

Bajo su mano, notó cómo le subía y le bajaba el pecho.

–No lo sé. Yo no... no sé qué querías.

–¿Nunca te lo dije?

–No.

Kestrel acercó su boca a la de él. Lo saboreó: el austero ardor del licor en su lengua. Lo sintió tragar saliva y oyó el sonido bajo y seco que produjo al hacerlo.

Arin la inclinó hacia él, hundió las manos en su cabello y le arrebató el aliento de los labios. Kestrel ya no estaba segura de dónde terminaba el aliento de uno y empezaba el del otro. Él le devolvió el beso mientras sus dedos le abarcaban el rostro, y luego se apartaron, desaparecieron. Entonces sintió un ligero roce a lo largo de la curva de la cadera, apenas perceptible. Como una piedra deslizándose sobre la superficie del agua.

–Qué raro –murmuró él contra su boca.

Kestrel no estaba escuchando. Notaba como si se formaran ondas en su interior y la sensación se fuera propagando. Una piedra sobre el agua creando puntos de presión. La espera hasta que la piedra se hundiera al fin.

De pronto supo (o creyó saber) qué le había extrañado a Arin mientras recorría el lugar donde debería haber una daga. Faltaba una parte de ella. Kestrel sintió las partes que le faltaban, los descarnados vacíos. Se le ocurrió la idea (la asaltó, imperiosa e irracional) de que se había vuelto transparente, de que si él volvía a tocarla su mano la atravesaría, solo encontraría aire, solo encontraría los espacios vacíos de la persona que era ahora.

Kestrel no quería estar vacía, no quería desaparecer. Quería estar completa.

–Quiero recordarte –le dijo.

Una emoción llameó en el rostro de Arin. La aferró por las caderas y la apretó contra él. Tenía los párpados entrecerrados y los ojos oscuros. La boca, húmeda y brillante. Kestrel no reconoció esa expresión. Era nueva. Se inclinó hacia delante y se embebió en esa nueva faceta de él.

El beso se volvió salvaje. Kestrel se encargó de ello. Notó la presión de los dientes de Arin y se deleitó con la certeza de que nunca había sido así entre ellos. Sin embargo, al mismo tiempo, sintió cada beso que se habían dado previamente, los sintió vivos dentro de este. Su boca se separó de la de ella y se deslizó por su cuello. Arin hundió la cara en su piel.

Kestrel buscó de nuevo su boca y descubrió que ahora sabía diferente. Percibió el sabor de su propia piel en la boca de él. Cobrizo. Lo exploró de nuevo con la lengua.

–Kestrel.

Ella no respondió.

–Esto es mala idea.

–No –repuso–. No lo es.

Arin se separó, cerró los ojos y agachó la cabeza para apretar la frente contra su vientre. Las palabras que le murmuró contra el camisón la hicieron estremecer. Notó el calor de su boca a través de la tela.

Él apartó la silla con un chirrido. Ya no la tocaba.

–Así no.

–Sí. Exactamente así.

Intentó hallar las palabras para expresar cómo la ayudaba eso, cómo él conseguía trazar su mapa, marcar las crestas, las elevaciones y valles de su ser.

–Kestrel, creo que... me estás usando un poco.

Ella se detuvo, presa de una desagradable sensación de sorpresa. Se le ocurrió que lo que él había dicho era otra versión de lo que ella intentaba expresar.

–No es... eh... un sacrificio. –Le dedicó una sonrisa compungida–. No es que no quiera...

Nunca lo había oído tartamudear. Incluso con su memoria poco fiable, estaba segura. Es fácil conocerte, quiso decirle. Los recuerdos de Arin estaban regresando con rapidez. No le dolió, no tanto como había temido antes, en la tundra, o en la cama vacía de él. Al menos, ya no dolía. Estaba bien. Mejor que... otras cosas.

Un horror sin rostro. Un monstruo. Acechando en su interior. Se espesaba y se transformaba en una forma roma e imprecisa. Kestrel no quería tocarlo. No quería acercarse siquiera.

Arin había estado en lo cierto, aquel día cuando sugirió que había algo demasiado horrible que no se atrevía a recordar.

–No es suficiente –dijo él.

Kestrel tardó un momento en comprender que estaba continuando con la justificación de su rechazo y no respondiendo a sus pensamientos, que le resonaban con tanta fuerza en la cabeza que se sentía como si los hubiera gritado.

–¿Qué sería suficiente? –le preguntó.

Él se ruborizó.

–Puedes decírmelo.

–Eh. Pues... yo.

–No te entiendo.

–Quiero... que quieras estar conmigo.

–Ya lo tienes.

Arin se pasó una mano por el pelo.

–No me refiero a esto. –Hizo un gesto entre ambos, señalándola con la mano a ella y luego a él–. Quiero... –Se interrumpió, se restregó los ojos y dejó fluir las palabras–. Quiero que seas mía, completamente mía, incluyendo tu corazón. Quiero que sientas lo mismo.

Kestrel se sintió acongojada. Se había jurado no mentirle.

Él leyó la respuesta en sus ojos. Se le ensombreció la expresión y tampoco dijo nada. Pero le apartó el pelo del rostro, liberando los mechones que se le habían quedado enganchados en las pestañas y entre los labios. Le dibujó con el dedo una lenta línea por el labio inferior. Kestrel sintió aquella caricia a lo largo de la espalda, en el vientre. Entonces él retiró la mano, y ella se sintió sola.

–Me marcho mañana por la mañana con Roshar –anunció Arin–. Pasará algún tiempo hasta que regrese.

Un rescoldo de dolor. Una sensación antigua, que se remontaba a toda su vida. Siempre la dejaban atrás. La guerra siempre ganaba. Se vio a sí misma: una niña sosteniendo recta una espada envainada que medía casi tanto como ella. Le dolían los brazos. No debía dejarla caer. El hombre del caballo la tomaría pronto. El hombre bajó la mirada y ella se preguntó si estaría esperando a ver cuánto tiempo podría mantener firme la espada. Él le sonrió y el corazón de ambas (la niña y la mujer, su pasado y su presente) se hinchó de orgullo, tristeza y rabia.

–Llévame contigo –le pidió a Arin.

Una sombra le cruzó el rostro.

–No. Por supuesto que no.

–Puedo ayudar. Conozco el sistema de exploradores de mi padre, sus tácticas, códigos, formaciones...

–No.

–No tienes derecho a decidir por mí.

–He dicho que no. –Arin notó que se había puesto furioso, se dio cuenta de que ella también lo estaba, y añadió con más suavidad–: Es demasiado peligroso.

–Sé cuidarme.

–No puedo perderte. –Su voz destilaba dolor–. A ti también, no.

Kestrel vio titilar en los ojos de Arin la historia que le había contado sobre la noche de la invasión, oscureciéndoselos.

Su padre le había hecho eso a Arin. Recordó a su padre, sintió que el recuerdo la estrujaba (un crujido, un chasquido de huesos), y entonces tuvo la sensación de que Arin había adivinado adónde se había dirigido su mente. Percibió lo que el rumbo de esos pensamientos le hacía sentir a él.

Kestrel le había suplicado a su padre que la dejara ir a la guerra con él. Él le prometió que lo haría algún día, pero luego ella creció y dejó de querer lo que él quería, y en cambio quiso que él se quedara, y él se negó.

Su historia y la de Arin se entrelazaron formando diseños que no logró distinguir. El silencio se prolongó.

Arin dijo en voz baja:

–Me quedaré.

Kestrel lo miró bruscamente. Aquello fue tan inesperado que logró sacarla de su ensimismamiento.

–Si tú quieres. Podría quedarme. Así estaríamos juntos.

–Si te quedas aquí mientras los dacranos marchan al sur a librar tu guerra, la alianza se desmoronará.

Arin se observó las manos.

–A menos que lo hagas por la reina.

Él le dirigió una mirada de reproche.

–En ese caso, no puedes hacerlo –sentenció ella.

–¿Quieres que me quede?

Kestrel se preguntó si cada pregunta supone una forma de colocarte a merced de otro.

–Te costaría demasiado.

–Piensa en ello. ¿Lo pensarás? Partiremos al alba. Reúnete conmigo entonces en el arroyo, el que está cerca de las sendas para caballos, y dime qué has decidido.

La respuesta debería ser no, pero Kestrel no tuvo el valor de decirlo.

–Reúnete conmigo de todas formas –añadió él–, aunque solo sea para decirme adiós. ¿Me desearás buen viaje?

Kestrel vio la hierba arrancada del campo de batalla, manchada de sangre. A él: destrozado y ensangrentado. La piel cenicienta. Su mirada ausente clavada en algo que ella no podía ver. Su luz, extinguida.

«Quédate», casi se le escapa. Pero, entonces, una mano invisible le cubrió la boca y le advirtió de nuevo de las consecuencias políticas. De cualquier forma, Kestrel vio la ruina de Arin. Muerte en batalla o la muerte más lenta del fracaso de la alianza y la victoria del imperio.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se giró para que él no se diera cuenta.

–¿No me desearás buen viaje? –insistió Arin.

–Sí. Claro.

No parecía convencido.

–Si no te veo allí al alba, lo interpretaré como que quieres que me vaya.

–Allí estaré –le dijo–. Te lo prometo.

KESTREL NO PODÍA DORMIR. DEAMBULÓ POR LA SILENCIOSA casa. Vio cacerolas de cobre reluciendo en la oscura cocina como si fueran una hilera de lunas suspendidas. Sus pies se movieron con sigilo por las escaleras. Encontró la biblioteca y recordó haber tocado los lomos de los libros cuando vivía allí. Los tocó de nuevo. Recordó y los tocó, tocó y recordó. Su piano era una gran sombra en la salita. Arin lo había traído desde su casa. Eso fue antes de la prisión, antes del palacio imperial. Él le había pedido que se quedara y compartir su vida. Ella lo había abandonado, había bajado al puerto y había robado un barco de pesca. El tempestuoso mar. El emperador. Una elección.

La capital: encaje rígido, azúcar, nieve. Sangre espesa, dedos desollados. La blanca articulación de un dedo.

«Elegid», le había dicho el emperador cuando se encontró ante él por primera vez y vio su fría astucia. Kestrel había elegido casarse con el príncipe. Su padre se había sentido orgulloso.

Los recuerdos se le deslizaron por la piel provocándole un molesto picor. Vio el puerto a través de una ventana iluminada por un resplandor plateado. La bahía era como un cubo de luz. Aunque no tenía frío, se restregó los hombros desnudos como tiene por costumbre alguien que en el pasado ha padecido frío durante mucho tiempo. Interrumpió el movimiento de sus manos al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Meditó de nuevo sobre aquel tema: la forma en la que la mente y el cuerpo poseen diferentes grupos de recuerdos que no siempre son conscientes el uno del otro.

No tenía frío, pero se sentía fría. Había un bloque de hielo en su corazón.

No sabía qué le diría a Arin cuando llegara el alba. La elección que él le había ofrecido se volvió tan inmensa que no ya podía ver con claridad «quédate» o «vete», solo «elige».

Kestrel tenía miedo a las elecciones. Las había pagado caras.

Miró hacia el puerto y recordó haber estado allí de pie el invierno pasado. Su aliento formaba una nube de vapor... igual que el de Arin. Sostenía en la mano un fragmento irregular de cerámica, afilado como un cuchillo. El barco de pesca se mecía en su dársena. Él la había dejado escapar, había elegido ofrecerle la libertad y enfrentarse a su probable perdición simplemente porque no soportaba la idea de obligarla a quedarse.

Arin no era el hielo de su corazón. Él no era la causa del miedo que le impedía saber quién era y qué había hecho y qué le habían hecho.

¿Quién era Kestrel? Analizó lo que conocía, estudió los fragmentos de su antiguo yo. Honorable, había dicho Arin. Valiente, había pensado ella antes. Se imaginó a esa Kestrel, una criatura sacada de historias, y deseó poder ser como ella.

Sus pies se pusieron en marcha. Se dirigieron a los aposentos de Sarsine. Se movieron sigilosamente sobre las tablas del suelo mientras cruzaba puertas, abría un armario y se vestía. Se puso unas botas.

Los soldados partirían hacia el sur al alba. Disponía de varias horas. La luna brillaba con fuerza. Proporcionaba suficiente luz.

Salió de la casa por una puerta trasera destinada a los criados. Aceleró el paso mientras recorría las losas del patio, atravesaba el jardín y cruzaba la propiedad en dirección a las caballerizas.

La cálida brisa mecía la alta hierba oscura que rodeaba la villa. Kestrel permitió que *Jabalina* caminara hacia la casa. En algún lugar de la propiedad debía de haber un estanque o un riachuelo que no podía ver. Las ranas croaban. La luna llena brillaba en lo alto, eclipsando a las estrellas con su luz.

Un solemne silencio envolvía la casa, las ventanas estaban atrancadas. Un escalofrío recorrió a Kestrel, que entendió entonces la naturaleza de su miedo un poco mejor que antes. No era algo amorfo, sino tremendamente específico. Era el miedo al dolor.

Pasó una pierna por encima del lomo de *Jabalina* y bajó de un salto. La hierba le produjo comezón. Se abrió paso a través de ella, dejando que la picara, que la molestara. «Mira la hierba –pensó–. Es hierba. La casa es una casa. La luna, una luna. Son lo que son y nada más.»

Sus pies localizaron un sendero de losas oculto bajo la hierba. Siguió adelante, sujetando un farol apagado que había sacado de la alforja. Estaba deseando encenderlo y, al mismo tiempo, temía lo que pudiera mostrarle. La casa (la casa, las ventanas de la segunda planta, esos aleros, ese pórtico... reconoció con una claridad escalofriante que todo aquello le pertenecía) albergaba un secreto que Kestrel debía comprender.

Se sintió desnuda cuando salió de entre la hierba. Volvió la mirada por encima del hombro y vio el oscuro arco del cuello de *Jabalina*. Entonces se enfrentó a los vacíos ojos negros de las ventanas de la villa.

«Allí no hay nada –le había asegurado Arin–. Está vacía.»

No, no lo estaba.

Había algo allí. Lo notaba hinchándose contra las paredes.

«Yo estaría contigo», le había dicho Arin aquel día en el sendero. Kestrel sabía que podía dar media vuelta en ese mismo instante, regresar y despertarlo. Él no le haría preguntas. No le pediría que esperase.

«Algo horrible», diría ella, y luego se detendría, incapaz de proseguir.

«Iré contigo –contestaría él–. No estarás sola.»

Una puerta se abrió con un chirrido cuando la tocó con dedos temblorosos.

La asaltó el olor. Tan conocido que le produjo náuseas. Perfumado. A aceite para madera con aroma a naranja. A ventanas lavadas con vinagre. Una casa limpia, su casa limpia, la limpieza de cada día durante casi toda su vida. El olor de su infancia, que no se había dado cuenta de que formaba parte de su infancia hasta que lo olvidó y lo encontró de nuevo.

Le arrebató las pocas fuerzas con las que contaba. Casi se aparta tambaleándose de la entrada y regresa afuera, hacia la noche.

Entonces, una idea rozó su mente presa del pánico. Algo delicado, que la hizo pensar. Que le dijo que aquel aroma no le resultaba familiar únicamente por ser un recuerdo que había ido fermentando a lo largo de los años. También se había encontrado ese olor (naranja, vinagre, jabón de sosa) hacía poco. De algún modo leve y difícil de determinar.

Encendió el farol. La casa cobró forma.

Vacía. Sombras irregulares. Baldosas relucientes.

Entró en una salita, como si la empujaran. Allí el eco de sus pasos era más suave. Esa habitación tenía suelo de madera, que se veía más pálido donde había habido muebles. El barniz brillaba.

Aunque la casa llevaba meses abandonada (el terreno del alrededor estaba descuidado y la hierba medía como un metro), estaba limpia. No había polvo. Kestrel fue de habitación en habitación.

Se detuvo en una que tenía unas puertas dobles acristaladas que daban al jardín. Vio partituras abarrotando estantes empotrados contruidos especialmente con estrechos separadores para guardar los finos cuadernos, que estaban cuidadosamente organizados. Aunque... (se dio cuenta al revisarlos; oyó la música resonar en su ser mientras tocaba un pasaje con anotaciones) no exactamente como los había colocado ella.

La música herraní estaba ordenada por compositor (vio a su antiguo yo, aquel fantasma elegante, introduciendo las partituras en su sitio). La música valoriana (la poca que había) estaba organizada del mismo modo. Pero eso no era correcto. Ella no habría clasificado la música valoriana así. Los valorianos ordenaban los libros por el color de las tapas, que seguía un código según el tema. Y organizaban la música según el género.

Kestrel repasó de nuevo las partituras, recordando cuánto había añorado esas piezas cuando estaba en la capital, pero no había pedido que se las enviaran, porque eso habría significado admitir que añoraba algo de su hogar, y era demasiado duro pensar en lo que añoraba, y demasiado peligroso revelar que añoraba algo.

Otra persona había organizado minuciosamente esos cuadernos. No había sido ella. No había sido un valoriano.

Oyó el recuerdo de la voz de Arin: «La sala de música no me interesa lo más mínimo».

No había sido verdad entonces. Ni era verdad ahora.

Ahora comprendía qué le había impedido abandonar la villa. Había sido una tenue idea a medio formar, que todavía le flotaba por la mente. «Ya sabes dónde has notado antes ese olor demasiado limpio. A naranja, vinagre y jabón de sosa.»

Arin. Fue cuando ella estaba dolorida y maltrecha y adormilada y él dormía en una silla junto a su cama en los aposentos que le habían pertenecido a su madre. Él se había despertado. «Vuelve a

dormirte», le había murmurado. Había notado un olor extraño en él. Un penetrante aroma ácido. A limpio, había pensado entonces. Demasiado limpio.

La suave luz dorada de la lámpara. El timbre bajo de la voz de Arin. El brillo de sus ojos. El lento silencio. Y luego el sueño.

Kestrel levantó más el farol, aunque ya no le hacía falta la luz tanto como cuando había entrado en la casa. Ahora podía ver mejor. Esa habitación no era más que un espacio vacío donde en otro tiempo hubo cosas, y el miedo a esas cosas ya no la abrumaba, porque ya no se sentía sola.

Exploró la casa.

La oscuridad fue disminuyendo. Las sombras menguaron en los rincones. Kestrel no reparó en ello... o, si lo hizo, supuso que se debía a que su mente veía mejor, no sus ojos.

Vadeó por sus recuerdos. Su madre. Su niñera, Enai. Un amor tan abundante que lo notó desbordándose bajo el esternón.

Sus aposentos. Las paredes pintadas. En el dormitorio, donde solía colgar una cortina, las líneas grabadas de un nombre. «Jess.» Lo habían escrito con una horquilla cuando eran pequeñas. No había curvas en las letras talladas. Las eses eran todo ángulos. Kestrel tocó el nombre, y supo que encontraría el suyo en la pared de los aposentos de Jess. Recordó la horquilla arañando la pintura. Le ardieron los ojos.

La luz del farol se fue atenuando. Despedía un olor a cerámica caliente. Kestrel sabía, vagamente, que se estaba quedando sin tiempo; pero estaba tan atrapada en el pasado que era consciente de ello sin asimilar realmente lo que significaba.

Ahora caminaba más deprisa. Notaba un tirón en el corazón, como si le hubieran atado un cordel y alguien tirara de un extremo suelto. De nuevo: el miedo al dolor. La certeza de que llegaría. Un empujón hacia delante. Kestrel se detuvo en seco.

Una luz gris brillaba en las ventanas.

Recordó la promesa que le había hecho a Arin. La preocupación en su voz: «¿No me desearás buen viaje?». Pensó en la persona que había limpiado la casa sin más motivo, hasta donde ella sabía, que el hecho de que esa era su casa y él no quería que estuviera sucia. Pensó en cómo se sentiría al tener que partir de la ciudad sin que respondiera a su pregunta, sin que considerara su oferta, sin que ni siquiera le deseara que regresara sano y salvo.

La invadió una sensación tan espantosa que fue como si acabara de recibir una fría bofetada.

Podría reunirse con él al alba si se marchaba ahora.

Recorrió un pasillo dando grandes zancadas. Sus rápidos pasos resonaban con fuerza. Llegó a un rellano, lista para bajar corriendo las escaleras y atravesar de nuevo la hierba.

Pero el cordel atado en su interior se apretó con más fuerza, tensándose. Antes de darse cuenta, había cruzado el rellano y había entrado en una estrecha galería con espejos, mientras su sombra revoloteaba a su lado. Al final de la galería había una puerta. Detrás de la puerta había unos aposentos. Las paredes

estaban revestidas de oscuros paneles de madera. Recordó unas cortinas de seda en las barras que ahora estaban vacías. «Tu madre eligió el color», había dicho su padre observando las cortinas como si no supiera muy bien de qué color eran.

Se encontraba en los aposentos de su padre.

Regresó a tientas a las escaleras, batiéndose en retirada. Había perdido el farol. Dejó atrás a trompicones un pequeño salón de baile. Un salón comedor. La salita. Aferró el pomo de una puerta: la biblioteca.

Lo recordó mejor en la biblioteca que en sus aposentos, adonde rara vez la había invitado a entrar. Su padre no toleraba las intromisiones. La biblioteca le resultó dolorosamente familiar, incluso sin los libros. No había indicios de violencia en esa habitación. Sin embargo, daba la sensación de que se hubiera cometido algún acto violento, como si hubieran arrancado los libros de los estantes empotrados. Antes había un traslúcido pisapapeles rojo sobre una achaparrada mesa con superficie de mármol. Estaba hecho de vidrio soplado. Recordó las espirales bajo sus dedos. Su padre lo usaba para sujetar mapas. Kestrel no sabía dónde estaría ahora ese pisapapeles.

Se sentó en el suelo donde solía haber una silla. A medida que el perlado amanecer tocaba sus ojos llorosos e inundaba la habitación de tonos anaranjados, rosados y amarillos, Kestrel supo que había ido a esa casa únicamente por una razón: encontrar a su padre.

Su memoria se acercó a ella cojeando. Se acurrucó en su regazo. No lo recordó todo, pero recordó lo suficiente.

ARIN LLEGÓ PRONTO AL ARROYO, MIENTRAS EL CIELO SE teñía de gris para recibir al amanecer. Se sentó en la hierba. Los pensamientos se disputaban un sitio en su mente.

Estaba nervioso. Apretó las palmas de las manos contra el suelo. Estaba demasiado nervioso.

Ella no vino.

Observó cómo el sol naciente hacía relucir el agua. El arroyo siguió su curso con suavidad. Los pájaros cantaron. Un irriel trino con notas bajas y dulces. Repitió su reclamo. No obtuvo respuesta. Continuó cantando y fue como si el sonido lanzara un hechizo. El ave parecía atrapada en su propio encantamiento.

Arin esperó todo lo que pudo. Al final, una serena parte de su ser admitió que había dudado desde el principio. En realidad, nunca había esperado que viniera. ¿Acaso no había sido la duda lo que le había impedido dormir después de que ella saliera de sus aposentos? Ni el difícil placer de tenerla allí ni la sensación de su ausencia. Ni la expectativa de la guerra ni la posibilidad de que ella pudiera reclamar su afecto.

Debía ser sincero.

Se ciñó a la sinceridad. Se ciñó por completo. Lo admitió. Sí, el placer, la dificultad, la ausencia y la expectativa habían conspirado juntos para impedirle dormir la noche anterior. Pero la duda (efervescente y agria) también había influido.

Entonces notó una emoción pesada. Redonda. Como del tamaño del hueco de la palma de su mano. Una emoción que parecía llevar guardada en un bolsillo invisible y ahora había sacado para verla bien.

No es más que una pequeña tristeza, se dijo. Pequeña, porque se la esperaba. ¿Qué más podía haber esperado?

Arrancó unas cuantas briznas de hierba, las frotó entre los dedos e inhaló el tierno aroma. Entonces (sabía que era raro, pero quería que esa rareza lo distrajera o le proporcionara algo más que hacer antes de marcharse, porque tal vez ella llegara en ese último instante, si aguardaba un momento más), se llevó una brizna de hierba a la boca y la masticó. Sabía a jabón. A limpio.

No iba a venir. Probablemente nunca había tenido intención de venir.

Fue a preparar su caballo.

Arin se detuvo bruscamente a varios pasos de las caballerizas. Había soldados (unos cien efectivos, a caballo y a pie) congregados en la colina. En el aire matutino resonaban los resoplidos y los cascos de los caballos, la áspera irritación de la gente estorbándose mutuamente, el tintineo y el golpeteo del metal

y el cuero, el sonido de una silla al depositarla sobre el lomo de un caballo... Nada de eso sorprendió a Arin. Lo que lo sorprendió fue ver a Roshar, allí de pie con dos caballos ensillados, sonriéndole.

El príncipe se acercó, seguido de los caballos.

–Llegas tarde. Te quedaste dormido, ¿verdad?

Arin no dijo nada.

–Aquí tienes. –Le pasó las riendas–. Me he fijado en que a veces montas en este. Es bueno. No tan bueno como el mío, pero servirá. Supuse que querrías dejar aquí a ese enorme caballo de batalla. Es de ella, ¿no?

–*Jabalina* se queda.

–Por supuesto –contestó Roshar con soltura–. Bueno. ¿A que ha sido un detalle muy considerado? – Señaló el caballo ensillado de Arin.

–Sí... aunque no es muy propio de ti.

–Pero ¿qué dices? Si soy la consideración personificada.

Arin esbozó una leve sonrisa. Se subió al caballo.

Todo el mundo se organizó detrás del príncipe y él. Bajarían a la ciudad, reuniendo soldados por el camino. Al final, llegarían al puerto, donde los aguardaban los soldados orientales que habían llegado en barco. Luego los esperaba la marcha al sur.

Pero primero pasaron por el camino que llevaba a la casa. Lo bordeaban unas cuantas personas que se habían enterado de la partida de los soldados o la habían supuesto.

Kestrel no estaba allí. Sarsine sí, y la reina. Inisha lo miró enarcando una ceja con aire burlón y dijo:

–Cuídate.

Sarsine, en cambio... Nunca la había visto así, como si ella supiera que no estaba seguro de si regresaría esta vez. Arin pensó que la promesa que le había hecho a su dios podría ser incondicional. Su prima estaba llorando. Le tendió unas flores, de esas diminutas que crecen en la base de los árboles, a su sombra. De las que tienes que ponerte a gatas para verlas bien. Habían sido las favoritas de Arin, hacía mucho tiempo.

Las tomó. Se inclinó, desde lo alto del caballo, para secarle las lágrimas.

–No llores –le pidió, lo que solo consiguió que a Sarsine se le anegaran otra vez los ojos.

–Te quiero –dijo ella. Él contestó que también la quería.

El caballo avanzó. La mano de Arin se apartó. La distancia aumentó entre ellos.

«No te preocupes –murmuró una voz en su interior–. Yo cuido de los míos.» Pero el dios de la muerte sonaba aciago.

«Te oí –añadió el dios–. Anoche. ¿Ibas a prometer quedarte? ¿Perdértelo todo? Arin, me hiciste una promesa. Gloria. En mi nombre. ¿O es que lo recuerdo mal?»

Arin no dijo nada.

«Ay, Arin. Tienes suerte de que me gustes.»

«¿Por qué te gusto?», preguntó Arin, pero el dios simplemente sonrió con suficiencia y en silencio en su interior.

Los barcos permanecieron en la bahía. La reina defendería la ciudad. Arin intentó desechar la idea de que podría fácilmente reclamarla para sí. No le quedaba más alternativa que confiar en ella.

Unos cuantos miles marcharon al sur. Debían limitarse a la velocidad a la que avanzaban los soldados de infantería y los carros de suministros. Los caminos eran buenos. Eran valorianos, elaborados por mano de obra esclava tras la invasión. Acondicionados para la guerra.

–No me has preguntado por *Arin* –comentó Roshar mientras cabalgaba a su lado.

–¿Qué?

–El tigre. No el humano gruñón. Pensé que era mejor dejarlo para que le hiciera compañía a mi hermana. Ya que tú no quisiste.

Arin lo fulminó con la mirada.

–¿He dicho yo que quiera que seas la mascota de mi hermana? Lo insinué simplemente para sacarte de quicio, cosa que es ridículamente fácil. Prefiero tenerte aquí.

–¿Por qué?

–Habría sido un error quedarte. No me digas que no te lo planteaste. Ella...

–Te refieres a Kestrel.

–Me refiero a ambas. No pienso decir nada de tu fantasmita. Me tirarías del caballo y luego yo tendría que matarte por insubordinación, lo que supondría una buena forma de marcarle la pauta a la tropa, pero sería engorroso e inoportuno.

–Ve al grano.

Roshar se puso serio.

–Ándate con ojo, sobre todo con mi hermana.

Arin lo miró de soslayo. No creía que Inisha agradeciera esa advertencia.

–¿Le eres desleal?

La sonrisa de Roshar indicaba que le parecía encantador que Arin hiciera una pregunta tan directa y esperase una respuesta directa.

–Nunca.

El estruendo del ejército (el chirrido de los carros, los cascos, las botas, fragmentos de conversaciones en dos idiomas diferentes...) le borró todo pensamiento de la mente a Arin. Pero todavía lo acompañaba aquella emoción, la que había descubierto junto al arroyo. La notaba golpeándole el esternón: una piedra pequeña y pesada.

Espinos amarillos florecían en los márgenes del camino. En una ocasión, vio una zorra con sus cachorros salir dando tumbos de un arbusto y cruzar el camino por delante de él. Arin había detenido a su caballo, sintiéndose idiota... y luego aliviado al verlos esquivar varios grupos de cascos y llegar a salvo al otro lado.

–El general valoriano podría intentar desembarcar de nuevo en la playa de Lerralen –opinó Roshar.

–Sería costoso.

–Cierto, pero sigue siendo el mejor emplazamiento para una invasión a gran escala. Dispone de suficientes efectivos para llevarlo a cabo. Si los informes son correctos, nuestra fuerza es la más pequeña. Pero somos más guapos, lo que supone una ventaja significativa.

–Me parece que, para él, no se trata solo de ganar. –Arin recordó a Kestrel frente a una mesa de juego–. Le gusta ganar con estilo. Hacerte sentir idiota por llegar a pensar que podías competir con él. Podría meter a todas sus tropas en esa playa y desangrarlas, y aun así ganar y dirigirse al norte para tomar la ciudad. Una victoria a base de fuerza bruta. Aunque desagradable, con muchas bajas. Y quizá demasiado directa. Él prefiere los trucos. Ya usó uno con los acantilados. A menos que tenga otro planeado para la playa, yo no concentraría nuestras fuerzas allí.

–Si no tenemos a nadie en Lerralen, se adentrará en la península sin encontrar resistencia.

–Pues envía una división.

–¿Dos tercios?

–Más la mayoría de los suministros, y la infantería. Apuéstalos allí. El resto del ejército sigue moviéndose hacia el sur: ligeros, rápidos, caballería en su mayor parte. Cañones pequeños. Y cañones de mano.

–¿Dónde situarías a tu gente?

–Donde tú los quieras.

Roshar ensanchó los ojos de manera exagerada.

–Qué complaciente por tu parte.

–Siempre y cuando estén a mis órdenes.

–¿Por qué no? –contestó Roshar con gentileza–. Siempre y cuando tú estés a las mías.

Cayó la noche. Sin comentarlo, Arin y Roshar habían montado sus tiendas una cerca de la otra. Una pequeña fogata crepitaba. El aire se había vuelto frío; el tiempo estaba cambiando.

Roshar estaba tumbado de espaldas, con el cuello apoyado en un petate enrollado. Fumaba.

–He estado pensando.

–Que los dioses nos amparen.

–Se me ha ocurrido que no tienes un rango oficial y que yo, como tu príncipe, podría asignarte uno. –Pronunció una palabra oriental que Arin no conocía–. ¿Y bien? ¿Servirá?

–Depende.

–¿De qué?

–De si esa palabra es un insulto horroroso y estás fingiendo que es un rango militar real.

–¡Qué desconfiado! Arin, te he enseñado todas las palabrotas que me sé.

–Estoy seguro de que te has guardado unas cuantas, para casos como este.

Roshar dijo algo sobre cerdos y que Arin tenía afición por ciertas costumbres cuestionables.

El aludido se rio.

–Antes no bromeaba –le aseguró Roshar–. No sé cómo traducir esa palabra. Para tu rango. Te sitúa en tercer lugar. Detrás de Xash.

El capitán de barco le había solicitado permiso a la reina para dejarle a ella el mando de sus naves, y a su lugarteniente. Quería formar parte de la operación en tierra.

–Xash tiene experiencia. Se enfrentó al general en las montañas hace cuatro años. Es bueno. Además, me mataría si te diera un rango superior al suyo.

Arin movió un leño de sitio y observó la lluvia de chispas.

–Gracias.

Roshar lo miró entrecerrando los ojos mientras chupaba la pipa. Un resplandor rojo iluminó la cazoleta.

–No pareces demasiado contento. –El humo formaba volutas alrededor de su rostro–. ¿Qué pasa? ¿Por qué no te alegra ser el tercero en la cadena de mando? ¿No te cae bien Xash? A mí tampoco. ¿Y qué? No puedes ser el segundo, y desde luego no serás el primero. –Estudió a Arin con más atención–. No, lo que te preocupa no es ambición frustrada. Ni siquiera orgullo herido, que suele ser la interpretación evidente cuando se trata de ti. De algún modo, esta vez no es eso. Arin, no estarás nervioso, ¿verdad? Estás hecho para esto. Lo deseas. Hace tan solo unas horas reclamaste el mando de los herraníes.

–Debo hacerlo. Son responsabilidad mía.

–Y ellos te adoran. Creen que eres una especie de don divino de tus dioses. Buen trabajo, por cierto.

–Yo no pretendía que pasara eso.

–Aún mejor. Lo hace más auténtico. Es más conveniente así, ya sabes, cuando envías gente a la muerte.

Arin se miró las botas valorianas robadas y sintió el calor del fuego en las mejillas.

–Ya es demasiado tarde para andarse con escrúpulos sobre la muerte, morir y matar –dijo Roshar–.

Estás en esto. Algunas personas nacieron para estar en esto.

Arin se preguntó si Kestrel no habría venido por eso: porque notaba que le rondaba la muerte.

El príncipe le aseguró:

–Lo harás bien.

–Ya lo sé.

Roshar cruzó una pierna sobre una rodilla doblada, se incorporó ligeramente para sacudir la ceniza de la pipa golpeándola contra una bota y luego volvió a tumbarse contra el petate.

–Huelo lluvia.

–Ajá.

–Las hojas de los árboles se han ahuecado para recibirla.

–No puedes ver eso con esta oscuridad.

–Lo veo en mi mente. –El humo de la pipa flotaba a su alrededor. Cruzó los brazos sobre el pecho. Su cuerpo parecía a punto de quedarse dormido—. ¿Arin?

Él, que estaba sentado con los antebrazos apoyados en las rodillas dobladas y los dedos colgando, no tenía nada de sueño.

–¿Sí?

–¿Qué aspecto tengo en la oscuridad?

Arin lo miró, asombrado. La pregunta no tenía aristas. Tampoco era rebuscada. Su apariencia suave e imprecisa sugería que Roshar realmente quería saberlo. Bajo las sombras rojas que proyectaba el fuego, sus extremidades parecían relajadas y su rostro mutilado lo observaba fijamente. Aquel pesado sentimiento que cargaba Arin (aquella tristeza específica, alojada justo debajo de las clavículas, como si fuera un colgante) se alivió.

–Pareces mi amigo –contestó.

Roshar no sonrió. Cuando habló, su voz coincidió con su expresión, algo poco habitual en él. Su tono fue aún menos habitual: tranquilo y sincero.

–Tú también.

Solo en su tienda, Arin debió de haberse quedado dormido en algún momento. Despertó esperando encontrar a Kestrel a su lado. Su presencia parecía nítida y real, tan real como cuando se plantó ante él en sus aposentos. Aquel fino camisón. El abrasador calor de su piel. «Quiero recordarte.»

Vuelve a dormirte, se dijo. No te hizo ninguna promesa que puedas obligarla a cumplir.

Se acurrucó de costado. Oyó un trueno. Los cielos se abrieron. La lluvia golpeó sobre la lona y se intensificó.

No amainó. El agua chorreaba de los caballos mientras avanzaban. La tarde fue igual que la mañana, que había sido prácticamente igual que la noche. Todo tenía un borroso tono gris. Arin estaba calado hasta los huesos. La lluvia le goteaba de la nariz.

Progresaban despacio. Arin retrocedió hasta el centro de la formación y se detuvo para ayudar a liberar la rueda de un carro de un resbaladizo surco entre unas losas partidas del empedrado. Acababa de volver a subirse a su caballo cuando se dio cuenta de que debían de haber ordenado un alto. Todo el mundo se quedó donde estaba.

Se abrió paso entre los soldados hasta Roshar.

–¿Qué pasa? –le preguntó al príncipe.

–Una despedida.

Roshar señaló el camino que se extendía delante de ellos con un gesto de la cabeza y extrajo un mapa encerado de un tubo que llevaba en las alforjas. Arin sacó de la suya una manta tejida toscamente y situó su caballo al lado del de Roshar, extendiendo la manta sobre ambos a modo de escudo para proteger el mapa de la lluvia lo mejor posible.

El camino se bifurcaba pronto. Al oeste se encontraba Lerralen.

–Voy a seguir tu consejo –anunció Roshar–. Nos dividiremos. La mayor parte irá al oeste. Algunos, al sur. Haz tu apuesta, Arin. Es tu país. ¿Dónde estará la acción?

Arin estudió el mapa, mordiéndose el labio inferior.

«Hum –dijo la muerte–. Esas haciendas tienen buena pinta.»

Cerca de ellas había unas cuantas aldeas sin muros. Las haciendas se encontraban lo bastante al sur como para que al general le resultara fácil trasladar sus suministros desde Ithrya hasta la península.

–En una de estas haciendas –afirmó Arin mientras le goteaba agua de la boca. Era como si estuviera escupiendo–. Si el general se afianza ahí, podría consolidar su posición y obtener casi todo lo que necesite de las haciendas, salvo pólvora. Podría avanzar poco a poco, desplegarse, formar flancos al este y al oeste. Envolvernos. Abrirse paso hasta la ciudad.

Roshar enrolló el mapa y lo guardó. Arin bajó la manta, que estaba empapada. Lo esperaba una noche húmeda.

El príncipe levantó la mirada hacia la lluvia, parpadeando.

–Casi es como estar en casa. –Miró a Arin–. ¿Quieres ir con Xash a Lerralen?

Arin negó con la cabeza.

–Eso pensaba.

El ejército se dividió. Arin cabalgó hacia el sur con Roshar.

La lluvia se detuvo cuando casi había anochecido, pero llevaba tanto tiempo cayendo que a Arin le parecía seguir viéndola gotear delante de los ojos.

El menguado ejército acampó para pasar la noche, maldiciendo el barro y con el ánimo por los suelos. La tienda de Arin se había mantenido bastante seca dentro de la funda impermeabilizada. También llevaba una muda de ropa en el fondo de una alforja. Todo lo demás estaba húmedo. Se desabrochó la armadura de cuero, que chorreaba agua y olía a vaca empapada. Se sacó la túnica. No tenía nada con lo que colgarla. La puso a secar en la rama baja de un árbol cercano y luego suspiró cuando una brisa descargó una lluvia de gotas desde las hojas altas.

Todo el mundo quería encender una fogata, pero la madera del bosque que se extendía a lo largo del camino estaba mojada. Nada prendía. Arin se resignó a la humedad. Montó la tienda, arrancó un ancho

trozo de la gruesa corteza de un árbol (la cara interior estaba seca) y se sentó encima, fuera de su tienda, en lugar de en el barro, mientras usaba la única camisa seca de la que disponía para limpiar la lluvia de todas las superficies de metal para que no se oxidara: la espada, la daga, el escudo, las hebillas de la armadura, los arreos del caballo...

No parecía verano. Arin estaba helado y notaba una desagradable sensación tirante en la piel de la espalda. Un mechón de pelo mojado se le deslizó por la mejilla. Se estremeció, lo apartó y siguió puliendo con la camisa, frotando el freno y las hebillas de la brida y la cincha. Entró un poco en calor con el movimiento.

–Vaya, vaya, mírate. –Roshar se encontraba delante de él, con las manos en las caderas y la armadura desabrochada pero todavía puesta–. Qué diligente. Y apostaría que también helado.

Arin lo ignoró.

–Ya que estás –prosiguió Roshar–, ¿quieres secar también mis cosas?

Arin hizo una pausa, levantó la mirada e hizo un gesto que había aprendido en el este.

El príncipe soltó una carcajada y se dirigió a su tienda chapoteando por el barro. Arin lo oyó llamar a uno de sus subalternos. Luego dejó de prestar atención.

No obstante, después de un rato, notó un hormigueo en el cuello. Al principio, pensó que se debía al frío. Pero no había concluido su tarea, así que no se pasó la camisa casi seca por encima de la cabeza, que era lo que estaba deseando. Siguió con lo que estaba haciendo.

Poco a poco, se percató de que una calma cargada de sorpresa se había extendido por el campamento. El golpeteo de los cascos de un caballo sobre los charcos, aproximándose. Entonces, alguien (un dacrano) gritó:

–¡Alto ahí!

Arin oyó la manivela de una ballesta.

Levantó la mirada al mismo tiempo que el jinete se detenía.

Allí (subida a su semental, con el cabello aplastado contra la cabeza y expresión sombría) estaba Kestrel.

ARIN FUE HACIA ELLA, ARRANCANDO LA TÚNICA HÚMEDA del árbol al pasar y poniéndosela.

Kestrel aferraba las riendas con las manos y tenía el cuerpo rígido. Llevaba mucho tiempo cabalgando. Tenía una expresión aturdida que a Arin le recordó intensamente a la de la tundra. Parecía agarrotada y perdida.

La agarró por la cintura y la bajó. Abrumado por la confusión y la preocupación, le preguntó:

–¿Qué haces aquí?

–Lo siento. No cumplí la promesa que te hice.

–Eso da igual.

–Te di mi palabra. Y un valoriano cumple su palabra. –Se tambaleó ligeramente.

Arin abrió la alforja de *Jabalina*. No había comida. Ni ropa. Ni una cerilla, ni una pizca de yesca. Ni siquiera una cantimplora. Solo un farol sin aceite.

–Kestrel, me estás asustando.

–Lo siento.

La llevó a su tienda, haciendo caso omiso de las miradas de curiosidad, y se sintió agradecido (sin saber muy bien por qué) de que Roshar no estuviera por los alrededores. Recogió la camisa seca que había dejado caer al suelo y sacó los pantalones limpios del fondo de una alforja. La cantimplora. Unas galletas, que se habían puesto pegajosas a causa de la humedad.

–Toma. –Se lo puso todo en las manos–. Cámbiate. Come. Esperaré fuera.

Ella asintió con la cabeza. Arin se sintió inmensamente aliviado al obtener una respuesta que parecía normal, aunque fuera pequeña. Entonces Kestrel desapareció dentro de la tienda y él se inquietó de nuevo.

Transcurrió un momento. Oyó un susurro procedente del interior de la tienda. El sonido se apagó. Le preguntó si estaba bien. No obtuvo respuesta. Al final, la preocupación le impidió seguir fuera.

Kestrel estaba sentada, con la mirada clavada en el regazo, sujetando la cantimplora cerrada. Se había cambiado de camisa y luego parecía haber llegado al límite de sus fuerzas. Todavía llevaba los pantalones mojados, las botas de montar y la daga. Había dejado las galletas a un lado, intactas.

Arin se arrodilló y le tomó las manos heladas.

–Por favor, dime qué te pasa.

Ella abrió la boca, pero se le atragantaron las palabras. Parecía a punto de romperse en mil pedazos. Arin empezó a sentirse igual que ella. Probó con una pregunta diferente.

–¿Cómo supiste dónde estaríamos?

–Lo adiviné.

Arin se quedó mirándola.

–Pensé... tal vez Lerralen... pero mi padre... sé cómo es. Así que pensé... –Se interrumpió. A Arin no le gustó cómo se le quebró la voz al mencionar al general–. La hacienda de Errilith. Ganado, prados, árboles. Agua. Tendría sentido. Para él. Me preocupé. Tal vez a ti no se te ocurriría lo de Errilith. O pensarías en ello y lo ignorarías. Pero esperé acertar.

Arin sintió un ramalazo de miedo desenfrenado. Dirigirse al sur sin rumbo fijo... sin provisiones, sola, prácticamente desarmada... siguiendo una corazonada. Una suposición. Se quedó atónito.

–Ni siquiera llevas un mapa. –Intentó no añadir nada más. Le preocupaba que Kestrel viera el extremo al que habían llegado los sentimientos que lo invadían y se asustara.

–Ya he visto los mapas adecuados. Antes. Recordé. Me... –Se le contrajo el rostro.

–No tienes que contármelo.

–Déjame. Quiero hacerlo. Fui a la villa. A mi casa. Después de salir de tus aposentos. No pretendía quedarme allí tanto rato. Lo siento.

–No tienes que disculparte por nada.

–Sí. Estaba tan segura... En la tundra, te culpé. La culpa era como algo podrido en mi interior. Pero, cuando fui a casa, recordé. Lo de la prisión no fue culpa tuya. Sino mía. Y de él.

Arin se quedó helado. Sus sospechas adquirieron forma por fin.

–Tu padre.

–Sí.

–Tu padre te traicionó.

–Te escribí una carta cuando estaba en la capital. Fue tan estúpido ponerlo todo por escrito... Todo lo que hice. La información que le pasé a Tensen. La forma en la que obré en contra del imperio. Mis sentimientos. Mi padre la leyó. Se la dio al emperador. –Kestrel estaba llorando–. Y lo sé, sé que le hice daño, que rompí algo, que él lo sintió romperse. Quizá dejé de ser yo, para él. ¿Lo entiendes? No era su hija. No me reconocía. Solo era una desconocida mentirosa. Pero ¿cómo pudo hacerlo? ¿Por qué no pudo quererme más? O lo suficiente. ¿Por qué no pudo quererme lo suficiente como para escogerme a mí antes que a sus normas?

Arin la sentó en su regazo. Abrazó su cuerpo tembloroso y hundió la cara en la curva del frío cuello de Kestrel mientras ella sollozaba contra él. Le murmuró que la quería más de lo que podía expresar con palabras. Le prometió que siempre la escogería primero a ella.

Kestrel estaba agotada, y se quedó dormida enseguida. Arin se quedó sentado a su lado un buen rato. Una furia asesina le inundó el corazón.

El general estaba fuera de su alcance, por ahora. Pero alguien que se encontraba más cerca le serviría.

Salió de la tienda y no tuvo que ir lejos. Roshar estaba esperándolo.

–Me he enterado de que tenemos una invitada inesperada –comentó el príncipe.

Arin lo agarró por el hombro y lo llevó hacia los árboles.

Roshar, curiosamente, no dijo nada hasta que se hubieron alejado lo suficiente del ejército. Cuando ya no podían oírlos, preguntó con cautela:

–Arin, ¿por qué me estás... maltratando?

–Tú lo sabías.

–Especifica, por favor.

–La mañana que partimos, tú sabías que su caballo no estaba en las caballerizas. Por eso me ensillaste un caballo y me lo trajiste: para que no me diera cuenta de que ella no estaba. Eres un mentiroso.

–Eso no es una mentira.

Silencio.

–Arin, me estás aplastando. Vale, sí, muy bien. Puede que te haya «engañado amablemente», para que fueras más feliz. ¿Se puede considerar eso una mentira? O, si lo es, ¿no sería una muy pequeñita? – Mostró con el pulgar y el índice cómo de pequeña.

–Tú no tienes ni idea de lo que me hace feliz.

–Sé que no lo eres. Sé que no atiendes a razones cuando ella está de por medio. Puede que me fijara en que *Jabalina* no estaba en su compartimento esa mañana. Puede que me imaginara cómo se desarrollarían los acontecimientos: tú te darías cuenta, saldrías corriendo tras ella, dondequiera que estuviera, y mi hermana se enteraría. ¿Qué pensarían mis soldados si yo tuviera que esperar por ti? ¿O si marcháramos hacia el sur sin ti? Todo se iría a pique. Así que, sí, mentí. Y volvería a hacerlo. La otra opción que me quedaba era ver cómo lo tirabas todo por la borda por alguien que ni siquiera te quiere.

Arin lo soltó. Se sentía como si le hubieran arrancado las entrañas.

–Querías oír la verdad –se defendió el príncipe.

Arin pensó en Tramoso, Tensen, Kestrel... Se preguntó si había algo en él que se sentía atraído por las mentiras. ¿Por qué era tan fácil engañarlo?

–Vamos, Arin. No pongas esa cara. Te pido perdón.

Miró a su amigo, que seguía siendo su amigo. Se le ocurrió que Roshar se había adentrado tranquilamente en los árboles porque, si hubiera protestado, su ejército habría acabado con Arin.

Él también se disculpó y luego dijo:

–No es contigo con quien estoy furioso.

–¿Ah, no?

–Simplemente te tenía a tiro.

–Qué halagador.

–A Kestrel la atrapó su padre. Consiguió pruebas de que estaba espionando para Herrán y la desenmascaró ante el emperador.

Roshar analizó esta información con expresión cauta.

–¿Un nuevo recuerdo?

–Sí.

–¿Qué más recuerda del general?

–No estoy seguro.

–Deberías preguntárselo.

–No.

–Eso no es fisgonear, Arin, sino reunir información potencialmente relevante para nuestra operación actual. Hablaré con ella si tú no quieres.

–Déjala en paz.

–Subestimas mi encanto. De acuerdo, una vez me apuntó con esa daga suya, pero ya está olvidado. Le caigo bien. Soy muy simpático.

Arin no quería hablarle de la descarnada expresión de los ojos de Kestrel ni del tono frágil y desvalido de su voz. De cómo había llorado, de su sensación de absoluto abandono. De la soledad que reflejaba su rostro, a pesar de lo que él le dijera.

–No está en condiciones de hablar contigo –sentenció terminantemente–. Ha cabalgado durante dos días y una noche sin comida ni agua, salvo tal vez lo que consiguiera por el camino... si es que se ha molestado en hacer eso. Ni siquiera estaba segura de si nos encontraría. Supuso adónde iríamos y se apresuró para alcanzarnos.

El príncipe enarcó las cejas.

–Impresionante.

Su tono hizo recelar a Arin.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Tiene un don para sobrevivir.

A Arin se le ocurrió que Roshar podría haber presionado a Kestrel para obtener información antes, cuando estaban en la ciudad, y que, si no lo hizo, probablemente no fue por consideración a su salud o su recuperación ni porque hubiera supuesto que no ganarían nada escarbando en sus imprecisos recuerdos. Sino porque no habría confiado en lo que ella les hubiera contado... entonces. Si ahora se fiaba de su palabra se debía únicamente a que su enemigo común le había hecho daño. Lo que la convertía (Arin vio cómo esa idea tomaba forma en los ojos de Roshar) en un recurso valioso y motivado para la causa.

–No me gusta lo que estás pensando –dijo Arin.

–Podría sernos útil.

–No vas a utilizarla.

–¿A la hija del general? Seríamos unos idiotas si no lo hiciéramos. Hablas de ella como si estuviera hecha de porcelana. ¿Sabes qué veo yo? Acero.

–No vas a involucrarla en esta guerra. Voy a llevarla de vuelta a la ciudad.

–No –repuso Kestrel detrás de ellos–. Ni hablar.

Arin se giró.

Se quedó boquiabierto al verla. No se trataba únicamente de que pareciera perderse en la enorme camisa o que tuviera los ojos hundidos por el cansancio. Sino de la mandíbula apretada. Esa forma de levantar el mentón. Arin ya lo había visto antes. Todas las naves que se estrellarían contra las rocas de su determinación. Cómo se haría pedazos a ella misma también, si era necesario, para conseguir lo que quería.

«Encierra a este esclavo.» Aquellas palabras, que había pronunciado el día que se batió en duelo por él, todavía le dolían. A continuación: la impotencia. Verse superado en número por la guardia privada del general. El primer puñetazo. El hecho de que ella no volviera la mirada mientras dejaba que la puerta se cerrara a su espalda. La humillación. Una mezcla de admiración y consternación. La sensación de estar en deuda. Y luego: ella, herida, cojeando por el jardín de la villa.

Eso lo había cambiado. Había dejado al descubierto algo que se extendía por su interior como una veta de oro suave. Una lenta atracción. Que fue dando paso, muy a su pesar, a aprecio... y mucho más.

Ese incidente del otoño pasado, cuando lo había engañado y había hecho que lo encerraran en una celda mientras ella se dirigía al duelo, se cernió sobre su mente como un fragmento de la historia de cómo Kestrel había sufrido, y él había permanecido a salvo, y cómo su seguridad y el sufrimiento de ella lo habían hecho sufrir a él.

Ahora ella lo miraba fijamente. La mirada de Arin recorrió la trenza que acababa de hacerse y que le caía sobre el hombro. Su cabello tenía un tono impreciso en la penumbra. Recordó el cuerpo de la chica valoriana desplomado sobre su espada. A su hermana siendo arrastrada hacia un guardarropa.

–No puedes quedarte –le dijo.

–No es decisión tuya.

–No es seguro.

–Da igual.

–No lo permitiré.

–Tú no estás al mando de este ejército.

Roshar sonrió.

–No –protestó Arin–. No te metas.

–¿Qué propones, mi señora?

–Mi príncipe, deseo alistarme. Juro servirte y aplastar a tus enemigos y bañar mi arma con su sangre.

–Qué salvajemente valoriano. ¿Ese es el juramento militar tradicional? Me gusta. Acepto.

Kestrel hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y luego le dedicó a Arin una mirada ilegible: con un toque, quizá, de algo parecido al arrepentimiento, aunque era difícil saber a ciencia cierta qué la había afectado. Tal vez fue la expresión de Arin o tal vez un recuerdo flotando invisible en el sombrío aire estival y que solo ella veía.

Los dejó solos.

–Si la envías a la batalla –le advirtió Arin a Roshar–, caerá en la primera oleada.

–¿Por qué? ¿Porque mide la mitad que tú? Apuesto a que ha recibido más adiestramiento que muchos soldados de infantería.

–No tiene talento para luchar y muy poca experiencia.

–Es lo que ella quiere, Arin. No la culpo por quererlo y, para serte sincero, creo que su ayuda podría ser crucial.

–Consejos. Déjala aconsejar, entonces. Alístala, dale un rango, si te empeñas. Pero mantenla alejada del combate.

–Muy bien –aceptó Roshar–. Por ti.

Arin se giró para marcharse. Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza y notaba un peso en el corazón.

Roshar le tocó el hombro, con una amabilidad sorprendente.

–Ya sé que quieres mantenerla a salvo para siempre, pero el mundo no es así.

Arin les rogó a dos oficiales herraníes que compartieran una tienda. A continuación, se echó al hombro la tienda libre, semiplegada. Localizó a una mujer de la misma altura que Kestrel aproximadamente y le cambió un pequeño cuchillo para la bota por una muda de ropa decente. Rebuscó en los carros de suministros y observó con desánimo las armaduras de repuesto: todas eran demasiado grandes. Las espadas: demasiado pesadas. Se planteó escoger uno de los cañones de mano de entre las numerosas hileras que había ocultas en un falso fondo bajo las pacas de alimento para los caballos. Indeciso, los dejó donde estaban. Al final, se hizo con una ballesta oriental. Aunque Roshar cumpliera su palabra e intentara mantenerla lejos de toda acción militar real, siempre existía la posibilidad de un ataque sorpresa.

Se lo llevó todo a Kestrel. Ya había anochecido. La luz de una fogata cercana le titilaba en el rostro. Procuró no mirarla. Se agachó y comenzó a montar el armazón de la tienda. Clavó una estaca en la tierra. Ya estaba más seca.

Hizo una pausa después de acabar con la primera estaca. Se enderezó.

–Pensaba... –La voz de Kestrel se perdió en la oscuridad. No dijo qué pensaba. Le tocó la muñeca, un roce suave como el de una polilla.

Arin se estremeció. Fue sin querer. Quiso deshacerlo, pero por su mente revoloteaba una dantesca secuencia de imágenes: una polilla camufladora, el tratado firmado en la fría mano de Kestrel, la chica valoriana a la que había matado en alta mar. El ensangrentado cabello negro de su madre.

Kestrel se apartó. A Arin le pareció sentir que ella compartía su pesar.

–Puedo hacerlo yo misma. –Le arrebató la piedra de la mano–. Mi padre me enseñó a montar una tienda. Me acuerdo.

«¿De qué más te acuerdas?», quiso preguntarle, y se sintió asqueado de sí mismo. Sabía cuánto la hería lo que ya recordaba. Pensaba que era imposible odiar más al general, pero ahí estaba: un ardiente chorro de odio.

–No le perdonaré la vida a tu padre –le dijo.

Las sombras eran demasiado densas entre ambos. Arin no pudo leerle el rostro.

–No quiero que lo hagas –contestó ella.

CONTINUARON HACIA EL SUR. ARIN GUARDÓ LAS DISTANCIAS. Un par de veces, Kestrel situó a *Jabalina* al lado de su caballo. La cosa fue mal. Arin no sabía cómo sobrellevarlo. No podía aceptar esa situación.

La primera vez que se acercó a él, le espetó:

–Por todos los dioses, ni siquiera llevas armadura.

–Ya sé que estás preocupado –contestó ella con suavidad.

–Tu padre quería que te alistaras. Tú te opusiste. Por tu música. La amabas más. Una vez me dijiste que no querías ir a la guerra porque no querías matar.

–Esto es importante para mí.

–Antes no lo habrías hecho.

–Ya lo sé. He cambiado.

Arin captó la verdad de esa afirmación como no lo había hecho nunca. Ella se lo había dicho muchas veces, incluso había insistido en ello: la mujer que él conocía ya no existía. Oyó de nuevo mentalmente la promesa que le había hecho en la tienda. Notó la ausencia de una respuesta semejante por parte de Kestrel.

Pero estaba mal sentirse herido teniendo en cuenta todo lo que ella había sufrido, y su egoísmo lo hizo sentir insignificante. Observó el reflejo del sol en su cabello, la facilidad con la que se movía sobre la silla. Detrás de ella vio una hilera de soldados de caballería y un pendón oriental de color azul y verde ondeando al viento. El miedo le impidió respirar. Le costó oír lo que ella le dijo a continuación. Le prometió tener cuidado y no arriesgarse. Era tan inviable y absurdo prometer algo así en una guerra que Arin ni siquiera fue capaz de contestar.

Al final, Kestrel se quedó callada.

La siguiente vez, también en el camino, que la vio zigzagueando con *Jabalina* entre las tropas para acercarse a él, Arin desvió su caballo hacia la izquierda y encontró un motivo para ir a otro sitio. Al caer la noche, esperó hasta que ella hubo montado su tienda y luego se aseguró de no colocar la suya cerca.

Kestrel continuó apareciendo como un resplandor en el límite de su campo de visión. Cuando levantaban el campamento al amanecer, entreveía su brillante cabello o la veía hablando con soltura con los herranés o intentando aprender dacrano con los orientales. Comprobó cómo se desvanecía el recelo de los soldados. Estos empezaron a sonreír al verla llegar, a apreciarla pese a todo, incluyendo su aspecto: la viva imagen de una guerrera valoriana.

Kestrel pasaba mucho tiempo con Roshar. Arin vio desde lejos cómo el príncipe le tomaba el pelo. La oyó reír. Sintió como si un puño le apretara las entrañas. Al anochecer, los dos jugaban a las cartas. Roshar llenaba el aire con una sarta de palabrotas orientales cuando perdía.

Una noche, cuando se encontraban a unas diez leguas de Errilith, Arin entró en la tienda de Roshar, que era lo bastante grande como para contener una mesita, dos sillas con respaldo de lona y una cama plegable elaborada siguiendo el estilo y los colores de los nómadas de las llanuras. El colchón era de plumas, no de paja, y la mesa ofrecía ave asada, bayas desgranadas y un cuenco de arroz oriental de un intenso tono anaranjado debido a una especia que Arin ya había probado y le había parecido ácida, dulce y un poco amarga a la vez. Había una calabaza seca llena de vino y dos tazas de peltre. Dos platos.

–Contemplad –dijo Roshar, que estaba repantigado en su silla de teca adornada con tela verde–. La lluvia comenzó a caer y el desconocido dejó de ser un desconocido.

Arin se quedó mirándolo.

–Es un poema –explicó Roshar–, pero la métrica no está muy lograda en tu idioma.

–Esperas a alguien.

–Puede. Me conformaré contigo por ahora. Siéntate.

–¿A Kestrel?

–¿Cómo?

–Estás esperando a Kestrel. –No sonó como si fuera una pregunta.

Roshar tosió.

–Nooo –contestó arrastrando la palabra, pero a Arin no le gustó la diversión que apreció en su voz. Se sentó de todas formas y observó cómo Roshar le preparaba un plato, algo infrecuente entre un príncipe oriental y su invitado, pero a Roshar a veces le gustaba interpretar el papel de príncipe y otras, no–. Kestrel ha planteado el tema de los exploradores valorianos. No podemos esperar pasar completamente desapercibidos marchando por el principal camino hacia el sur.

–No hemos sufrido ningún ataque. –Que era lo que Arin creía que sucedería si los valorianos se enteraban de sus movimientos.

–Ella apostaría a que el general se ha dado cuenta de que hemos concentrado nuestras fuerzas en Lerralen. No está claro si sabe de este contingente, pero podría estar absteniéndose de atacarnos porque no quiere situar tropas al norte de Errilith cuando sus líneas de suministro se encuentran al sur de allí. O quizá piensa que elegiremos defender la hacienda equivocada y podrá apoderarse de su presa sin oposición. ¿Por qué enfrentarse a nosotros ahora y pagarlo con sangre si vamos a malgastar nuestras energías en otra parte mientras él toma lo que quiere? Claro que Errilith podría ser la hacienda equivocada.

–Si Kestrel dice que es esa, tiene razón.

–Estoy de acuerdo. –Roshar tomó un sorbo de vino.

Arin intentó comer.

–¿Alguna vez le has ganado a las cartas? ¿Al Tierras Fronterizas? ¿A lo que sea? Siempre me hace picadillo –se quejó Roshar.

–Pasas mucho tiempo con ella.

La taza de Roshar se detuvo en el aire.

–Arin...

Un ramalazo de celos. Un amargo resentimiento.

–No estoy... podríamos decirlo así... interesado en Kestrel.

La expresión del príncipe cambió levemente, y, en la pausa que se produjo a continuación, una idea fue cobrando forma poco a poco en la mente de Arin, un pensamiento que ofrecía una explicación completamente nueva a por qué los soldados de Roshar no habían hecho nada cuando Arin lo había empujado hacia la penumbra de los árboles.

–Las mujeres no me interesan en ese sentido –añadió Roshar.

Arin tuvo la sensación de que ya lo había comprendido hacía tiempo sin llegar a ser realmente consciente de ello. Captó la expresión de Roshar, que en cualquier otro hombre habría denominado vacilante, pero que en el príncipe se parecía más a una ligera curiosidad. Sus ojos negros reflejaban calma. Arin sintió que las cosas fluían entre ellos formando diseños más complejos que antes.

–Ya lo sé –contestó.

–¿Ah, sí? –Una sonrisa pícara-. ¿Te gustaría estar seguro?

Arin se sonrojó.

–Roshar... –Se esforzó por encontrar qué decir.

El príncipe se rio de él y le llenó la taza.

–Bebe rápido, pequeño herraní. Como has notado con tanta sagacidad, estoy esperando a alguien esta noche y, aunque tu compañía casi siempre me es grata, disfrutaré más de la suya a solas.

Kestrel estaba esperando fuera de la tienda de Arin. Esa noche no había buena visibilidad, pues hacía demasiado calor para encender fogatas. Reinaba la oscuridad en el campamento. Arin no podía verla con claridad, solo el contorno de su cuerpo.

–Te he traído algo –anunció Kestrel mientras extendía la mano y dejaba caer un objeto redondo en la de él.

Lo reconoció al instante. Deslizó los dedos por la superficie firme y ligeramente rugosa.

–Una naranja.

–Encontré un árbol cerca del campamento y tomé todas las que pude. Regalé la mayoría. Pero se me ocurrió que podíamos compartir esta.

Arin se lanzó la naranja de una mano a la otra, admirándola.

Kestrel añadió:

–No sabía si te gustaban.

–Sí me gustan.

–¿Me lo habías dicho alguna vez? ¿Lo olvidé?

–Nunca te lo dije. En realidad... –La hizo girar en la palma de la mano—. Me encantan.

Habría jurado que la vio sonreír en la oscuridad.

–Entonces, ¿a qué estás esperando?

Arin clavó el pulgar en la naranja y la peló. El aroma cítrico se esparció por el aire. La partió por la mitad y le pasó un trozo a Kestrel.

Se sentaron en la hierba, fuera de su tienda. Habían acampado en una pradera a poca distancia del camino. Arin tocó la hierba, la notó suave bajo los dedos. Comió. La fruta le dejó un sabor intenso en la lengua. Hacía años que no probaba una.

–Gracias.

Le pareció que ella curvaba los labios y lo inundó un nerviosismo que lo dejó sin aliento. Escupió una semilla en la mano y se preguntó qué germinaría de ese momento. Luego se ordenó dejar de pensar. Una naranja. Eso ya era un placer poco común de por sí. Simplemente, come.

Poco después, le preguntó:

–¿Cómo estás?

–Mejor. Antes... era como si estuviera intentando moverme por un nuevo territorio en el que no existía el suelo. Al menos ahora siento que piso tierra firme.

Oyó cómo se limpiaba las manos, y luego el sonido de lo que se callaba, de las palabras que sopesó y consideró inadecuadas. De la tristeza que emanaba de ella. Brotando con un suave latido.

–¿De verdad estás mejor? –le preguntó con ternura.

La oyó contener el aliento.

–No tienes que estar mejor.

El silencio se expandió.

–Yo no lo estaría –añadió.

Ella contestó con apenas un hilo de voz:

–¿Cómo te sentirías tú?

Arin pensó en cómo la pérdida lo tergiversa todo, en cómo de niño solía adentrarse en ella, y caer, y luego culparse no solo por todo lo que no había hecho cuando los soldados invadieron su casa sino también por el inconmensurable pesar que lo abrumaba. Debería ser capaz de ver los enormes agujeros que plagaban su vida. Evitarlos. Ve con cuidado, Arin, ¿por qué no puedes ir con cuidado? Madre, padre, hermana. ¿Qué se podía decir de alguien que revisitaba cada día su dolor, vivía en el fondo de ese foso y ni siquiera quería salir?

Recordó cómo había empezado a odiarse. A esculpir su odio. Pensó en cómo ciertas palabras hacen referencia a ellas mismas y también a lo opuesto: como hender. Juntar, separar. Pensó en cómo la tristeza realza las zonas en las que se unen partes de tu ser. Tu pasado y tu presente. Amores y odios. Introduce un cincel en las grietas y hace palanca. Quiso decir todo esto, pero le preocupó hacerlo. Temió decir lo que no debía. Temió que el odio que sentía por el general distorsionara lo que quería decir. Y, de pronto, no estuvo seguro de si debería responder... de si al responder podría, sin querer, sustituir la pérdida de ella por la suya, o hacer que la de ella se pareciera a la suya.

Se quedó mirando el oscuro contorno del rostro de Kestrel. La pregunta que le había formulado lo abrumaba.

Hasta que dejó de hacerlo. Hasta que tuvo la sensación de poder ver en la oscuridad. Sabía que ella debía de estar apretando la mandíbula, que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos. La conocía.

—Creo que te esfuerzas por ser fuerte. No tienes por qué.

—Él querría que fuera fuerte.

Eso puso a Arin tan furioso que no se atrevió a hablar.

Kestrel añadió:

—He estado intentando decirte algo desde que llegué.

Y él la había evitado, haciéndole saber de todas las formas posibles que tenía que marcharse. Se avergonzó. Tenía las manos vacías, las cáscaras de naranja habían caído al suelo.

—Lo siento. He estado insoportable.

—Simplemente tenías miedo. Y ni siquiera había arañas de por medio.

Qué típico de ella: la forma en la que su voz adoptaba un tono desenfadado ante un tema difícil.

—Habla, por favor —le pidió.

—Recordé más cosas sobre el último día que pasé en el palacio imperial de lo que te conté cuando me uní a tu ejército. Pensé que tal vez te haría daño si te lo decía.

—Cuéntamelo de todas formas.

—Viniste a verme a la sala de música del palacio.

—Sí. —Arin lo recordó: cómo apoyó la mano contra la puerta de la sala de música. Cómo la abrió y vio a Kestrel quedarse lívida.

—Mi padre oyó nuestra conversación. Estaba escuchando en una habitación secreta, construida para espiar, oculta tras una pantalla en los estantes.

Arin comprendió lo que eso implicaba. Lo asaltaron los recuerdos de todo lo sucedido. El gesto de su delicada mano alzada, temblorosa, para impedirle entrar cuando apareció en el umbral de la sala de música. Él había avanzado en tromba. Ella le había pedido que se marchara. Él se había acercado más.

—Traté de advertirte que él estaba allí —prosiguió Kestrel—. Pero nada funcionó.

Ella había intentado tomar pluma y papel. Una nota... comprendió Arin entonces. Pretendía escribir lo que no podía decirle en voz alta. Y él le había arrebatado la pluma de la mano y la había arrojado al suelo.

Arin pensó que eso era lo que debía de sentirse al recibir una cuchillada en las tripas.

Kestrel estaba hablando rápido, con voz entrecortada.

—No había venido a espiarme, solo a oírme tocar. Nos costaba hablar. Era más fácil mantener esa farsa. Él venía a escuchar y podía fingir que en realidad no estaba allí. Pero yo me alegraba de que me oyera tocar. Y entonces abriste la puerta de la sala de música. Me sentí... Recuerdo cómo me sentí. No hablaba en serio. Lo que te dije fue ofensivo. Lo siento.

—No digas eso. A mí, no. Te fallé.

—Nunca confié lo suficiente en ti como para darte la ocasión de fallarme o no fallarme. Lo siento mucho. Fui cruel. No solo para protegerte de mi padre. También quería protegerme a mí misma. No podía soportar que se enterara. Pero ¿y si hubiera renunciado a todo ese disimulo para intentar decirte que se estaba ocultando tras la pantalla? Podría habértelo contado todo. Podría haber admitido lo que había hecho y dejar que él lo oyera. Sí, acepté casarme con el príncipe para que pudieras tener tu independencia. Sí, yo era la espía de Tensen. Sí, te quería. —Se hizo el silencio. Las luciérnagas brillaban a lo lejos—. ¿Por qué no te dije todo eso entonces? Me pregunto qué habría pasado si lo hubiera hecho.

«¿Y ahora? —quiso preguntarle Arin—. ¿Me quieres ahora?» Sintió la incertidumbre de Kestrel. Sintió (como si ya hubiera ocurrido, y él ya se lo hubiera preguntado) el daño de forzar la pregunta.

Ella contestó como si lo hubiera oído de todas formas.

—Me importas —le dijo mientras le tocaba el rostro.

«Me importas.» Aquellas palabras se expandieron y se contrajeron. Eran más de lo que había esperado. Y menos de lo que quería.

Pero eso: que ella lo tocara, cómo se le aceleró la sangre. Se quedó muy quieto.

No más errores. No podía permitírselo. No haría nada.

Algo.

No.

Kestrel le recorrió las curvas de los párpados cerrados, la forma de la nariz, el surco situado encima de la boca, la áspera mandíbula sin afeitar... La piel de Arin comenzó a soñar. Luego su pulso. Su cuerpo. La sensación le llegó hasta los huesos.

Ella se movió sobre la hierba. Verde y naranja perfumaron el aire. Lo percibió en la piel de Kestrel. Y también en su boca, cuando rozó la de él, y sus narices chocaron con torpeza, y deseó poder verla mientras ella ahogaba una carcajada y él le hundía las manos en el pelo sin poder contenerse, a pesar de lo que le había dicho la noche antes de partir sobre qué era y qué no era suficiente. Captó el sabor a cítrico en la lengua de Kestrel. Arin perdió el control. La colocó debajo de él y notó cómo sus cuerpos aplastaban la hierba.

Una suave brisa agitó el pesado aire, flotando sobre su espalda arqueada. Kestrel le levantó la camisa y él se apoyó en los codos. La empuñadura de la daga que ella llevaba se le clavó en el vientre. Se quedó donde estaba, sintiendo cómo las manos de Kestrel se deslizaban como agua cálida sobre su piel. No quería hacer ni un ruido. Incluso su sangre parecía fluir con estruendo mientras la besaba.

Entonces, una fogata iluminó la penumbra. Se apartó, sobresaltado.

Ahora podía verle mejor el rostro. Los ojos entrecerrados, la boca borrosa y una pregunta reflejándose en su expresión. Arin ya se había imaginado eso, o algo parecido.

«Bastante parecido», decidió. Pero entonces lo asaltó la repentina inquietud de que, si Kestrel había acudido antes a sus aposentos porque quería recordar, quizás esta vez, al saber lo que ya sabía, él solo representaba una forma de olvidar.

Se incorporó.

Oyó un ruido mientras ella también se sentaba y se rodeaba las rodillas con los brazos. Procuró no mirarla. Se arregló la camisa, pero la notó rara, como si ya no le quedara bien. El bochornoso aire se enfrió entre ambos. Se apartó el pelo húmedo de la frente. Sus extremidades (que hacía solo un momento se movían con tanta seguridad) se transformaron en un torpe revoltijo.

—¿Me hablas del día en que nos conocimos? —le dijo Kestrel.

Eso no se lo esperaba.

—No fue un día agradable.

—Quiero saberlo todo desde entonces hasta ahora.

Arin contestó, todavía indeciso:

—Pero antes no querías.

—Confío en ti. No me mentirás.

Así que comenzó el relato, con una vacilación que acabó disipándose mientras la fogata que ardía en los alrededores se consumía y la noche se rendía por completo a sus criaturas: el zumbido de los insectos, el aleteo casi silencioso de las alas de los murciélagos, una brisa que transportaba el agradable aroma de la tierra enfriándose... Mientras hablaba, Arin tuvo la sensación de que en el fondo esa era la única historia que quería contar.

No le ocultó nada.

De algún modo, acabaron tumbados de nuevo, uno al lado del otro, hablando sobre la espesa hierba. La luna que brillaba en lo alto era grande, pero también ofrecía intimidad. Se plantearon preguntas y respuestas en medio de la oscuridad. A veces Kestrel recordaba un momento que Arin describía, y entonces a él le parecía como si mirase en un espejo y la viera a ella en lugar de su propio reflejo.

Estuvieron hablando largo y tendido.

MIENTRAS SE ACERCABAN A LA PRIMERA ALDEA SITUADA a las afueras de Errilith, Kestrel estuvo meditando: ¿por qué no sabía qué sentía por él?

No debería ser difícil de averiguar. Sabía suficiente (recordaba suficiente) de su pasado como para imaginarse la intensidad de las emociones que había ocultado. No obstante, tenía la sensación de que la soga que la unía a su pasado podía romperse con un simple tirón.

Un recuerdo predominaba en su mente: cómo su padre la había apartado de él mientras ella resbalaba por el suelo y le suplicaba.

Algo molestó al caballo de Arin, que sacudió la cabeza. Él le murmuró algo al animal (prácticamente le canturreó; incluso cuando hablaba con más aspereza, su voz siempre tenía un tono musical) y luego miró a Kestrel con la cabeza ladeada y entrecerrando los ojos a causa del sol. El cabello castaño le cayó sobre la cicatriz de la frente.

Habían dormido poco la noche anterior. Pero Kestrel no tenía sueño, sobre todo ahora, mientras él la observaba.

Un pensamiento se dibujó en el rostro de Arin siguiendo un diseño ilegible. Hubo una pausa y Kestrel se puso nerviosa mientras se preguntaba si lo que le había hecho mudar el semblante era arrepentimiento y, si lo era, ¿de qué se arrepentía? ¿De lo que no habían hecho la noche anterior o de los secretos que habían compartido?

Parte de lo que Arin le había contado todavía la hacía vacilar, como su participación en el incendio en el este que había matado a su amigo Ronan. Aunque no pretendiera matar a su amigo, aunque al enterarse de ello Kestrel hubiera notado que se arrepentía, también sabía que ese arrepentimiento se debía a ella, no a Ronan.

Resultaba desorientador que le recordaran cosas que no sabía que había olvidado. Que un amigo, una persona completa, Ronan, surgiera en su mente únicamente para verla desvanecerse. Recordó cuánto la apenó su muerte. Y volvió a experimentar esa pena.

Le sostuvo la mirada a Arin. No interrumpió el contacto visual mientras él se movía con soltura sobre la silla. Su cuerpo se balanceaba ligeramente siguiendo el ritmo de los pasos del caballo. No estaba segura de si quería que él le hablara en ese momento. Su voz tenía el poder de hacer que recuerdos enteros cobraran vida. Incluso cuando guardaba silencio, ella era consciente del dúctil timbre de su voz: grave, lento, ronco, elegante... Claro, a veces tan cristalino que sus sentimientos se transparentaban y Kestrel se preguntaba cómo había logrado engañarla durante los primeros meses que pasó en su casa. Con una voz como esa. No debería haber sido posible.

Él estaba estudiándola. Eso también debería ser imposible: la forma en la que su rostro pareció teñirse de una especie de asombro. Sorpresa. Cierta diversión.

Arin estiró la mano entre el estrecho espacio que los separaba. Le tocó la nariz un instante con un dedo cubierto de polvo.

–Te salen pecas cuando estás al sol –le dijo, y sonrió.

De pronto, Kestrel se sintió ligera y traslúcida, como si ese momento estuviera recubierto de vidrio dorado.

Tal vez el amor fuera fácil, pensó.

Tal vez su pasado no fuera tan crucial como su presente, pensó.

Pero entonces oyó a su padre decir que le había roto el corazón, y ya no pudo creer que ninguna de esas dos cosas fuera cierta.

Arin se oponía a atravesar la aldea. Kestrel lo oyó discutir con el príncipe. Los exploradores se habían adelantado y habían averiguado que el ejército del general había tomado, sin oposición, una hacienda situada justo al sur de Errilith. Los valorianos avanzarían hacia el norte pronto y se abalanzarían sobre las tierras de labranza de Errilith. Matarían a las ovejas. Se apoderarían del grano. Añadirían otro eslabón a la cadena de suministros que se extendía desde la isla de Ithrya. Se fortificarían para llevar a cabo otra ofensiva en dirección norte hacia la ciudad.

–Debemos apostarnos en las colinas que hay a las afueras de la hacienda –dijo Arin–. Ya.

–¿Qué? –repuso Roshar–. ¿Dejarías la aldea desprotegida?

–Claro que no. Apuesta un contingente. No necesitas hacer desfilar a todo el ejército por las calles.

–¿Todo el ejército? Ni por asomo. Olvidas que tres cuartas partes de nuestras fuerzas están en Lerralen. Estos pocos valientes somos lo único que se interpone entre estos aldeanos y un sangriento dominio. –Roshar sonaba alegre.

–Esto no es una obra de teatro –dijo Arin con la mandíbula apretada.

Kestrel no comprendió la inquietud de Arin hasta que el príncipe propuso:

–Deja que te vean.

Incluso entonces, no lo entendió del todo hasta que lo vio con sus propios ojos.

Aunque los herraníes y los orientales normalmente marchaban en brigadas diferenciadas, Roshar ordenó que se mezclaran. En el camino que conducía a la aldea, demostró sus dotes artísticas al interesarse por organizar personalmente la apariencia visual de, como él lo denominó, «la amistad ante la adversidad»... una frase que hizo estremecer a Arin.

Roshar presionó a Arin para que se situara a su lado, al frente del ejército. El príncipe notó que Kestrel estaba mirándolo. Ella vio el destello de la estrategia en sus ojos y respondió. Mantuvo a *Jabalina* ligeramente rezagado. Entraron en la aldea, con Roshar y Arin cabalgando uno al lado del otro.

Los aldeanos se alineaban a ambos lados de la calle principal, apiñados, con los niños pequeños sobre los hombros de los adultos. Cuando los aldeanos vieron a Arin, se quedaron boquiabiertos de

entusiasmo. Se propagó un murmullo. La gente se lanzó hacia delante. Intentaron tocarlo.

Al caballo de Arin no le gustó aquello. El animal resopló y piafó. Arin le espetó algo a Roshar entre dientes en el idioma oriental; sonó como una palabrota.

–Si tanto te preocupa que los pisoteen –respondió Roshar arrastrando las palabras, en voz alta y en herraní–, baja del caballo y saluda a tu gente.

Arin echó un vistazo por encima del hombro en dirección a Kestrel: una súplica muda. Entonces desmontó y ella lo perdió de vista en medio del mar de gente.

Situó a *Jabalina* al lado de Roshar.

–¿Qué haces?

–¿No crees que nuestro chico merece un poco de amor?

–Creo que estás usándolo para que tú y tu gente quedéis bien por asociación.

El príncipe sonrió mientras extendía las manos en un gesto de impotencia.

Kestrel desmontó y se abrió paso entre los aldeanos. Usó los codos. Y también unas cuantas palabras bruscas que provocaron miradas de sorpresa, las cuales dieron paso rápidamente a un hosco asombro. Vio que reparaban en sus rasgos valorianos.

La sospecha y el odio se reflejaron en sus rostros. No se habían fijado en ella cuando marchaba con el ejército. Sus miradas estaban puestas en Arin. Pero ahora sí la vieron.

–Por favor, dejadme pasar –les pidió.

La masa de cuerpos se volvió más sólida. Aquello no era la ciudad, donde todo el mundo había oído hablar de ella. Lo único que los aldeanos veían era su propio pasado grabado en los ojos de Kestrel, en su pelo, en la forma de su cara... Asesinato y opresión combinados en el tono de su piel.

–Tú –dijo alguien con voz dura y monótona.

Kestrel retrocedió, recelosa. La gente la rodeó.

Alguien le agarró la mano desde atrás. Ella se liberó de un tirón, con el pulso acelerado e irregular. Intentó volverse y entonces oyó:

–Kestrel.

Arin apartó a alguien de un empujón y le tomó la mano de nuevo, sujetándola con firmeza esta vez. La invadió el alivio... y se sintió estúpida por pretender ayudar a Arin y acabar siendo ella la que necesitara ayuda. Pero la ira de la multitud no se desvaneció. Más bien se intensificó.

–¿Qué está haciendo ella aquí?

Kestrel no pudo distinguir quién lo había dicho.

–Es mi amiga –contestó Arin–. Dejadle sitio.

Obedecieron.

Le resultó extraño ver a Arin a través de sus propios ojos y también a través de los de ellos, ver a la persona real y a la imaginaria, y saber que lo que imaginaban sobre él era cierto, aunque no fuera toda la verdad. Su voz destilaba autoridad, igual que todo su cuerpo. Lo envolvía un halo de singularidad, no se

parecía al resto, como si fuera algo más que un simple humano. Sin embargo, también había ansiedad en él, la percibía a través de sus dedos entrelazados, y una expresión atormentada. La línea de su boca no era como debería. Pero Kestrel no creyó que ellos lo notaran.

—¿Te quedas conmigo? —le murmuró él al oído.

—Sí.

Arin caminó entre los aldeanos, con ella a su lado. No dejaban de tocarlo. Cada vez que lo hacían, Kestrel notaba que él reaccionaba con un ligero temblor, que controlaba rápidamente. Arin intentaba relajarse, pero casi siempre fracasaba. No estaba segura de si los aldeanos se daban cuenta. Sonreían, hacían preguntas, el tono de sus voces iba subiendo cada vez más. Arin no le soltó la mano.

Al menos no la soltó hasta que una mujer le apretó a su hijo arropado contra el pecho. Arin levantó ambos brazos, con torpeza y rapidez, para sostener al bebé contra la armadura de cuero. Se quedó mirando a la madre como si pusiera en duda su cordura.

—Benedicidlo —pidió la mujer.

—¿Qué?

—Dadle la bendición de vuestro dios.

Arin bajó la mirada hacia el bebé que acunaba en sus brazos. Estaba dormido, tenía los delicados párpados cerrados y las mejillas redondeadas indicaban que estaba sano. Una manita asomaba de la manta como si fuera una diminuta flor. Se abrió y se cerró contra la tela. Arin preguntó con voz ronca:

—¿Mi dios?

—Por favor.

—Pero no lo sabéis. Cuál es, quiero decir. Mi dios...

—Da igual. Si vuestro dios cuida de mi hijo como cuida de vos, eso es lo único que quiero.

Arin miró a Kestrel.

—¿Tiene algo de malo? —preguntó Kestrel, pero él seguía sin decidirse a hacerlo.

La madre comentó con dureza:

—Ofenderéis a vuestro dios si no compartís su bendición.

Arin sujetó mejor al bebé contra el pecho. Le tocó la frente con dedos vacilantes. El niño suspiró. El rostro de Arin cambió. Se suavizó, se iluminó, igual que ciertos amaneceres de ciertos días son perlados, sosegados y excepcionales. A Kestrel le pareció sentir con sus propios dedos la suave piel del bebé.

El niño abrió los ojos. Eran gris herraní.

Arin murmuró unas palabras en voz demasiado baja como para que Kestrel pudiera oírlo. A continuación, le devolvió el bebé a su madre, que parecía satisfecha. La mujer hizo el gesto herraní de gratitud, al que él correspondió. Hubo algo en la forma en la que Arin lo hizo que le recordó a Kestrel que ese gesto también podía significar una disculpa.

La mano de Arin localizó de nuevo la suya. Kestrel tuvo la leve sensación de que no parecía el de siempre. Algo había cambiado entre ellos.

Ella sabía por qué la había cambiado ver a Arin sostener a ese niño. Comprendía la pregunta que había cobrado forma en su interior, pero no estaba preparada. No había pensado en eso. El corazón se le aceleró a causa de una emoción demasiado complicada para tratarse de miedo o felicidad.

Soltó la mano de Arin.

—¿Listo para volver? —Su voz no reflejó lo que sentía. Fue fría, incluso despreocupada. Kestrel se dio cuenta de que esa voz en particular tal vez fuera su armadura más preciada.

El rostro de Arin se volvió inexpresivo.

—Sí.

La multitud les abrió una senda. Regresaron a sus caballos y montaron.

—¿Lo ves? —dijo Roshar—. ¿A que ha sido divertido?

Arin parecía a punto de derribar al príncipe de su caballo.

El ejército abandonó el camino y se adentró en una pradera que daba paso a unas colinas. Fue casi un suplicio para los caballos que tiraban de la artillería ligera y los carros de suministros, pero Roshar prefería el terreno elevado. Kestrel prefería la protección del bosque que bordeaba las colinas más altas, así como la proximidad de la mansión de Errilith con sus muros fortificados (que se veía a lo lejos, pero quedaba a un día a caballo). Arin no dijo qué prefería él. Prácticamente no dijo nada.

Un arroyo serpenteaba por la pradera: un cristalino riachuelo rodeado de matorrales. El sonido de las cigarras palpitaba en el aire. Roshar ordenó realizar un alto.

Kestrel permitió que *Jabalina* bebiera, se colocó de rodillas a su lado y ahuecó las manos para llevarse agua a la boca y al sudoroso cuello. Deliciosa, fresca.

—El agua —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Su padre querría esa hacienda por su abundante agua dulce incluso más que por las provisiones que hubiera tras los muros de la mansión o las ovejas que deambulaban por las cimas de las colinas. Tanta agua tan al sur suponía una valiosa presa.

El caballo de Arin pasó a su lado para llegar al arroyo. Kestrel levantó la mirada, esperando ver a su jinete, pero Arin no estaba allí.

Lo encontró sentado a cierta distancia en un montículo desde el que se apreciaban las laderas que se curvaban y descendían suavemente. La aldea se divisaba a lo lejos como si fuera un guijarro gris.

Arin levantó la vista cuando se acercó a él. Un árbol proyectaba su sombra sobre el montículo: un laran de hojas anchas y brillantes. Las sombras de las hojas moteaban el rostro de Arin, transformándolo en un entramado de sol y penumbra. A Kestrel le costó identificar su expresión. Reparó por primera vez en la forma en la que Arin mantenía el lado de su cara con la cicatriz fuera de su línea de visión. O, más bien, en lo que reparó por primera vez fue en cómo se había acostumbrado a hacer eso en su presencia... y lo que significaba.

Lo rodeó deliberadamente y se sentó de modo que tuviera que mirarla de frente o adoptar una postura incómoda que lo obligara a estirar el cuello.

Arin se volvió hacia ella. Enarcó las cejas, no tanto indicando diversión como que era consciente de que lo había estudiado y descifrado.

–Es la costumbre –dijo Arin, que sabía lo que ella había descubierto.

–Solo tienes esa costumbre conmigo.

No lo negó.

–Tu cicatriz no tiene importancia para mí.

La expresión de Arin se volvió sarcástica y meditabunda, como si estuviera escuchando una voz que solo él oía.

Kestrel trató de encontrar las palabras correctas, pues le preocupaba manejar mal la situación. Recordó haberse burlado de él en la sala de música del palacio imperial: «Me pregunto qué crees que podría hacerme llegar a tales extremos por ti. ¿Será tu encanto? ¿Tus refinados modales? Tu aspecto no, desde luego».

–Tiene importancia porque te hace sufrir –prosiguió–. Pero no cambia cómo te veo. Eres muy guapo. Siempre me lo has parecido.

Incluso cuando no era consciente de ello, incluso en el mercado hacía casi un año. Y, luego, cuando comprendió su belleza. Y, de nuevo, cuando vio su rostro desgarrado, cosido, febril. En la tundra, cuando su belleza la había aterrado. Y ahora. También ahora. Kestrel sintió un nudo en la garganta.

Él apretó la mandíbula. No la creía.

–Arin...

–Siento lo que ha ocurrido en la aldea.

Kestrel dejó caer la mano en el regazo. No se había dado cuenta de que la había alzado.

–No debería haber pasado –añadió él.

Que la muchedumbre se enfureciera con ella la había perturbado, pero no sorprendido. Pero eso no era lo único que lo preocupaba.

–¿Qué ha sucedido exactamente? Con la madre y su bebé.

Arin se pasó los dedos por el pelo y se restregó la frente con la base de la mano.

–Un malentendido.

–¿Sobre que has sido tocado por una mano divina? –Kestrel había oído los rumores.

–No, eso es verdad. Es así.

Ella se quedó mirándolo.

–Pero no creo que la madre se alegrara si supiera la de qué dios. –La miró y se percató de su sorpresa–. Mi vigésimo día del nombre fue el día del Solsticio de Invierno. –El comienzo de un nuevo año herraní–. Pero tengo más edad según la forma de contar el tiempo de los valorianos. Nací casi dos estaciones enteras antes. Mi madre esperó para ponerme nombre. Estaba en su derecho, y los sacerdotes

no se opusieron. El objetivo del día del nombre no es solo celebrar el nacimiento del bebé, sino también la recuperación de la madre. Cada mujer se recupera a un ritmo diferente, así que la madre decide cuándo será. Pero, el año que nací yo, todas las nuevas madres encontraron un motivo para aguardar hasta el cambio de año. Sabes cómo marcamos nosotros el paso del tiempo, ¿no? Cada año le pertenece a un dios del panteón de los cien, y cada cien años representan una era. El signo de cada dios rige una vez cada cien años. Mi año... el año de mi nacimiento... le pertenecía al dios de la muerte.

–Arin –dijo Kestrel despacio, notando la angustia que se había apoderado de él–, ¿crees que estás maldito?

Él negó con la cabeza.

–Tu madre te puso nombre el siguiente año. Así que ese es tu año, ¿no? Los herraníes celebran el día del nombre, no el del nacimiento. No debería importar cuándo naciste.

–Sí importa.

–¿Por qué?

–Toda mi familia. Yo sobreviví. Hay un motivo.

–Arin...

–En ese entonces no sabía que estaba marcado.

–Arin, el único motivo de lo que sufriste es que mi padre es un monstruo y quería apoderarse de tu país.

–No es tan simple. Oigo al dios de la muerte en mi mente. Me aconseja, me consuela.

Kestrel no sabía qué creer.

–No sé qué implica su bendición –continuó Arin–. ¿Lo ves? Cuando repaso lo que me ocurrió. Lo que he hecho. Lo que hago. Es duro contar con su favor.

–Tal vez esa voz que oyes es la tuya –repuso ella con dulzura–, pero no la reconoces.

Él no contestó.

A Kestrel no le gustaba que creyera que la muerte lo había marcado. El miedo (y el placer) que percibía en él la inquietaban. Una profunda y desconocida satisfacción acechaba en sus ojos.

–¿No es posible que te lo hayas inventado sin querer?

–Soy suyo. Lo sé.

–¿Y qué pasa con el bebé de la aldea?

Arin hizo una mueca.

–Habría sido un pecado negarme a hacer lo que pedía la madre. No podía oponerme. Lo entiendes, ¿verdad? Debería habérselo contado, pero, si lo hacía y ella retiraba su petición, eso podría atraer la atención del dios, y entonces, ¿quién sabe qué pasaría? Si esa mujer hubiera sabido que se trataba del dios de la muerte, nunca lo habría pedido.

Kestrel intentó dejar de lado la compleja interpretación de Arin de la relación entre causa y efecto. Le resultaba incomprensible, y peligroso, gobernarse según los caprichos de una deidad impredecible.

–La madre sabía de quién era la bendición que buscaba –le aseguró la muchacha–. No puede ser tan complicado calcular tu edad, año más o menos. ¿Qué dios regía el año de tu nombre?

–El de la costura.

Kestrel entrecerró los ojos, y luego soltó una carcajada.

Arin esbozó una sonrisa, pero dijo:

–No deberías reírte.

Ella se rio más fuerte.

–La verdad es que coso bastante bien.

–Puede ser. Pero no pareces precisamente el elegido del dios de la costura. La madre del bebé sabía lo que pedía.

El viento agitó el árbol. Las sombras formaron dibujos alrededor de ellos.

Kestrel notó el corazón en la garganta incluso antes de saber lo que iba a decir.

–¿Tú harías lo mismo que hizo tu madre? ¿Retrasarías ponerle nombre a tu hijo para obtener el favor de un dios u otro?

Se produjo un silencio cargado de asombro.

–Mi hijo. –Arin tanteó las palabras, explorándolas.

Kestrel distinguió en su voz lo mismo que había visto en su rostro en la aldea mientras sostenía al bebé.

Contempló el árbol. Era un árbol. Una hoja, una hoja. Algunas cosas simplemente son lo que parecen. No tienen otro significado. No son como un dios, cuya influencia afecta a todo un año, o como una conversación, que representa lo que se dice y también todas las cosas que quedan sin decir.

El corazón de Kestrel latía a toda velocidad.

–No dependería de mí –contestó él al fin–. Sería decisión de mi mujer.

Kestrel lo miró a los ojos. Él le tocó la ardiente mejilla.

Un árbol no era un árbol. Una hoja no era una hoja. Kestrel comprendió lo que Arin no dijo.

Se puso en pie.

–Vamos, el arroyo es increíble. ¿No tienes sed? Tu caballo tiene más sentido común que tú.

Le sonrió. Bromeando... y también con cierta timidez, aunque descubriendo una nueva seguridad en demostrar timidez. Kestrel le tendió la mano.

Él la tomó.

El ejército acampó en el bosque situado en lo alto de las colinas que se extendían a las afueras de la mansión de Errilith. Otro arroyo se abría paso entre los árboles, ancho y de aguas agitadas. Se deslizaba sobre rocas y era profundo. Kestrel fue a bañarse con las otras mujeres soldado. Pensó en Sarsine y deseó poder ver las cosas con la misma calma y claridad que ella. Comprendió, con una punzada de

culpa, que Sarsine no tenía forma de saber cómo o por qué había desaparecido de casa de Arin. No le había sido posible avisarla, y ahora era demasiado tarde. Un mensaje, por muy hábilmente que estuviera redactado, podría ser interceptado y descifrado. Kestrel se imaginó que su padre descubriría dónde se encontraba exactamente. Se le encogió el estómago.

Así que, en cambio, pensó en lo que le diría a Sarsine cuando regresara a la ciudad: «Te he echado de menos. Nunca te di las gracias por lo que hiciste por mí».

Se desvistió sobre la hierba. Necesitaba sentir el agua en la piel.

Estaba helada. Se sumergió, abrió los ojos y contempló el cielo azul y amarillo a través de la titilante agua. El frío le hizo recordar que su padre debía de haberla sostenido antaño igual que había hecho Arin con aquel bebé. Contuvo la respiración y se esforzó por mantenerse bajo la superficie.

Hacía frío, pero la luz era preciosa: el rizado y sedoso manto del agua la volvía irregular y borrosa, como si el cielo no fuera simplemente el cielo sino todo un mundo nuevo. Mágico, posible. Justo al alcance de la mano.

Kestrel se lavó la ropa y no esperó a que se secase del todo antes de volver a ponérsela. Se escurrió el pelo y se hizo una trenza.

Se desplazó entre los árboles, sin hacer ruido, identificando musgo, tierra o piedras en los que apoyar los pies en lugar de hojas o ramas.

«Caminas bien», le había dicho su padre en una ocasión.

«Ser silencioso no es precisamente una habilidad necesaria para entrar en batalla, padre.»

«Podrías ser Merodeadora», había insistido él, pero eso fue tras presenciar una sesión de adiestramiento espectacularmente mala. Ella, con una espada. El capitán de la guardia personal de su padre gritándole. Kestrel sabía que ni su padre se creía su propia sugerencia.

Su voz le resonó en la cabeza, haciendo que se le contrajera el corazón. Era como si estuviera de nuevo debajo del agua y alguien la sujetara bajo la superficie.

Desechó ese recuerdo. Su aguante tenía un límite.

Un juego. Conviértelo en un juego. ¿Con cuánto sigilo puedes caminar? Vamos a ver.

La punta, no el talón. La raíz de un árbol. Este trozo de tierra, más oscuro y por lo tanto más blando. Algunos rayos de sol se abrían paso entre los árboles. La trenza húmeda le rebotaba entre los omóplatos.

Pero no había nadie que presenciara su silencioso progreso. Nadie que dijera: «Caminas bien». Aunque Kestrel entendía el placer de hacer algo únicamente por uno mismo, aunque había tocado el piano durante horas para deleitar a sus propios oídos y sentir cómo se extendían y brincaban sus dedos y cómo se estiraban sus largos brazos, también sabía lo que suponía tocar para otra persona. No era igual. Es difícil no querer que te oigan, que te vean. Compartir.

Había una ramita en su camino. Kestrel se detuvo y luego le dio un pisotón a propósito. Crac.

–Qué pena. –La voz retumbó en el silencioso claro–. Lo estabas haciendo muy bien.

Roshar. La mirada de Kestrel lo localizó a varios pasos de distancia, apoyado contra un árbol, observándola. Se acercó a él. Estaba manchado de sangre.

–A veces me recuerdas a mi hermana, fantasma –comentó.

Ella enarcó las cejas bruscamente.

Roshar se rio.

–A esa no.

Kestrel no estaba segura de qué conexión veía el príncipe entre Risha y ella. ¿Que su hermana pequeña era una rehén en la corte imperial? Quizás.

–¿De quién es la sangre? –le preguntó mientras señalaba las salpicaduras de sus antebrazos con un gesto del mentón.

–De una exploradora valoriana. Más o menos de tu tamaño. Venía a buscarte porque se me ha ocurrido que tal vez te gustaría probarte su armadura. Elegante. Ligera. Muy valoriana. En buen estado. Ni un arañazo en el cuero.

–¿Y la exploradora?

–Difícil de atrapar. Y más difícil aún de someter.

Kestrel lo miró fijamente.

Roshar se tiró de una oreja recortada.

–Está viva.

–Cuando esa exploradora no regrese, el general sabrá que estamos aquí.

–Más razón para averiguar qué sabe.

–No la... presiones.

–Kestrel –respondió él con suavidad–, la sangre es de la pelea cuando la capturamos. No de torturarla.

–Así que ¿no vas a hacerlo?

–Bueno, estaría bien que la información cayera del cielo. Puesto que no es el caso, aun así sigue siendo un consuelo que ciertas personas hagan cosas horribles para que otras no tengan que hacerlas. Deberíamos darles las gracias a esas personas. O, como mínimo, no deberíamos hacer preguntas cuando no queremos oír las respuestas.

–Ella no puede ayudarnos. Los exploradores valorianos se van relevando. Esa mujer no informa directamente al campamento del general, sino a un puesto situado entre allí y aquí. Un oficial permanece en el puesto y envía halcones con mensajes codificados al campamento principal, por lo que la exploradora no sabrá demasiado: no sabrá qué formación ha adoptado el ejército del general o qué condiciones hay allí. No sabrá los códigos.

Roshar ladeó la cabeza, estudiando a Kestrel.

–¿Tú conoces los códigos?

Ella sondeó sus recuerdos. Se mostraron esquivos.

–Tal vez –contestó despacio–, antes.

–Estoy seguro de que la exploradora sabe algo útil.

–No tiene sentido torturarla para intentar obtener una información que no tiene. Déjala en paz.

La expresión de Roshar era difícil de interpretar.

–Haré lo que quieres –aceptó al fin–. Por ahora.

–Gracias.

El príncipe se recostó contra un árbol.

–¿Me perdonas por lo de antes?

–¿Esa demostración de boato en la aldea? No es a mí a quien deberías preguntárselo.

–Fue por el bien de Arin.

–Y el tuyo también.

Los negros ojos del oriental se clavaron en los de ella.

–¿Quieres ganar?

–Sí.

–Que la gente admire a Arin y confíe en los míos, ¿ayuda o perjudica?

–Ayuda –admitió Kestrel.

–Ven a probarte tu armadura. Creo que te quedará bien.

Arin entró en la tienda de Roshar justo mientras el príncipe ajustaba la última hebilla de la armadura de Kestrel. Se había afeitado y tenía el pelo mojado. Lo que fuera que iba a decir murió en sus labios.

–¿Te gusta? –preguntó Roshar.

Arin salió de inmediato, dejando caer la portezuela de la tienda tras él.

Kestrel lo encontró junto a su fogata, al borde del campamento. Estaba anocheciendo. Arin había montado su tienda en la periferia. Kestrel se dio cuenta de que, al final de cada día, él había ido colocando su tienda cada vez más lejos de los demás.

Arin alimentó el fuego. El cuero de la armadura crujió cuando Kestrel se puso en cuclillas a su lado. Él se estremeció al oírlo.

–Lo siento –dijo al fin–. Es que me cuesta mirarte así vestida.

–Sigo siendo yo.

Kestrel se sorprendió al verse intentando convencerlo de que, por mucho que pareciera cambiar, seguía siendo la misma persona. Ese no era su argumento habitual. Mientras se planteaba qué aspecto tendría con armadura valoriana, y si parecía ella misma o no, una idea empezó a germinar en su mente.

–Prométeme que te mantendrás alejada del peligro. No te quiero en el campo de batalla.

–No es justo que me pidas eso cuando tú nunca harías lo mismo.

–El riesgo es diferente para ti que para mí.

Eso la enfureció.

–¿Por qué? ¿Porque tú has sido tocado por una mano divina? ¿Porque a ti se te da bien manejar la espada y a mí no?

–En parte.

–Eso importa menos de lo que crees. Personas a las que se les da bien luchar mueren en la guerra constantemente, y otras a las que no se les da tan bien pueden encontrar modos de ganar.

Aquella idea (la armadura, la exploradora valoriana, un plan) tomó forma. La rabia que Kestrel sentía esculpió los detalles y la perfeccionó.

–Sí –admitió Arin–, pero aun así el riesgo para ti sigue siendo diferente...

–Deja de decir eso.

–Es la verdad. –Su expresión reflejaba desdicha–. Hay una diferencia entre tú y yo. Si yo muero, tú sobrevivirás. Si tú mueres, eso acabará conmigo.

Kestrel encorvó los hombros. No soportaba ver esa expresión hundida. La rabia se evaporó.

–Por favor. Prométemelo. Seguirás desempeñando un papel. Dinos a Roshar y a mí qué hacer, y te haremos caso. Pero no entres en el campo de batalla. Debes estar a salvo.

Kestrel asintió con la cabeza, despacio.

–Júralo.

–No intervendré en la batalla. Te doy mi palabra.

Se dispuso a marcharse. Apenas había dado dos pasos cuando él se interpuso en su camino. La miró con los ojos entrecerrados.

–Es un truco.

Ella extendió las manos abiertas.

–Me lo has pedido y te lo he jurado. Listo.

–Has sido muy específica. Necesito que me lo prometas. Te mantendrás lejos del campo de batalla y estarás a salvo. Dilo. Te lo ruego.

–No haré promesas que tú no me harías a mí.

Kestrel lo hizo a un lado para pasar.

KESTREL ENTRÓ EN LA TIENDA DE ROSHAR.

–Necesito tu ayuda.

El príncipe se incorporó en la cama, parpadeando. Contestó con voz adormilada:

–Y yo necesito una puerta de verdad. Con una cerradura.

–Tengo una idea.

–No te conozco muy bien, y aun así oírte decir eso me preocupa mucho. Muchísimo.

–Escúchame.

–Si lo hago, ¿puedo volver a dormirme? Ser un intrépido líder resulta agotador.

–Es sobre la exploradora valoriana.

–Dijiste que no nos serviría de nada.

–En cuanto a lo que puede contarnos. Pero, si jugamos bien nuestras cartas, podríamos sacarle provecho a su captura.

Ahora Roshar estaba completamente despierto.

–Sigue.

–El general se posiciona con sus tropas en la hacienda que capturaron. Se establece un puesto de exploradores entre su posición y un objetivo. Un oficial permanece en ese puesto con halcones mensajeros. Entretanto, los exploradores salen del puesto para evaluar al enemigo y luego regresan a informar. El oficial le envía un mensaje codificado al general mediante un halcón, para que si capturan a un explorador este no pueda revelarles demasiado al enemigo. Además, como los exploradores se acercan al objetivo, ellos no pueden soltar a un halcón. Lo veríamos. Podríamos derribarlo y luego rastrear y capturar al explorador. Esa valoriana que apresaste espiándonos no puede decirnos ningún código, ni podrá contarnos gran cosa sobre las fuerzas del general. Pero sabrá la ubicación del puesto de relevo y a quién le informa.

–¿Quieres que le demos caza al oficial y le saquemos información?

Kestrel negó con la cabeza.

–Algo mejor.

–Ilumíname, fantasmita.

–Envíame en su lugar.

Roshar se quedó mirándola.

Kestrel añadió:

–Fingiré ser ella.

–Por favor, entiéndeme. Cuando te miro como si estuvieras loca, no te juzgo por tu demencia.

–Me sirve su armadura. Tenemos la misma complejión. Soy valoriana.

–No te pareces a ella. Que seas valoriana no significa que el oficial del puesto de relevo no vaya a darse cuenta de que eres una persona completamente diferente.

–Es de noche. Puedo presentarle mi informe al oficial sin acercarme.

–Vuelvo a dormirme. Despiértame cuando hayas recuperado la cordura.

Kestrel insistió con impaciencia:

–¿De qué color tiene el pelo?

–Diferente.

–¿En qué sentido?

–Tirando a castaño. Vale, puede que no sea tan diferente del tuyo en la oscuridad, pero...

–Me trenzaré el pelo como ella, me pondré todo lo que ella llevaba. ¿Le registraron los bolsillos? Debería llevar un amuleto. A veces el general envía a un oficial a relevar al que está en el puesto. En esos casos, el nuevo oficial y un explorador (y en un puesto informan muchos exploradores, no solo uno) enseñan el amuleto para confirmar su identidad. Podríamos tener suerte. Podría haber un oficial nuevo en el puesto, uno que nunca haya visto a la exploradora y solo la conozca de nombre. Roshar, nadie esperaría que alguien de tu ejército se hiciera pasar por un explorador valoriano. En circunstancias normales, no sería posible. Ni para un oriental ni para un herraní.

–¿Y si los valorianos saben que estás con nosotros? Ese oficial del puesto podría estar al tanto.

–Si mi padre lo sabe, pondrá todo su empeño en ocultárselo al mayor número de personas posible.

–¿Por qué?

Kestrel notó un nudo en la garganta.

–Se avergüenza de mí. Lo avergonzaría que alguien se enterase.

Roshar se recostó en la cama con los brazos cruzados.

–¿Qué conseguiríamos fingiendo que eres la exploradora valoriana?

–Desinformar. Supongamos que el general sabe que estamos aquí. Si no lo sabe, se enterará pronto. La cuestión no es si atacará, sino cómo. Puedo influir en eso. Diré que contáis con una fuerza ligera, algo que otros exploradores valorianos (si nos están observando) confirmarán. Pero también diré que oí que planeabais atrincheraros en la mansión de Errilith.

Roshar ya se había levantado de la cama y estaba hojeando los mapas desplegados sobre la mesa situada en el centro de la tienda.

–Así que irá por el camino principal –prosiguió Kestrel–. No esperará encontrar resistencia durante el trayecto... o, como mucho, esperará ataques furtivos llevados a cabo por pequeños grupos de soldados. Que ataquen y huyan, que lo importunen, quemando los carros de suministros, por ejemplo. Nada serio. Nada que no pueda manejar. Nada que le impida seguir la ruta más fácil, y evidente, hacia Errilith.

–Hay colinas a lo largo del camino principal, a las afueras de la hacienda. Puedo apostar nuestras fuerzas a cada lado.

–Usa los cañones de mano. Tienen mayor alcance que las ballestas. Si colocas a los artilleros lo bastante lejos, podrán disparar sin que los alcancen las armas de los valorianos.

–Siento haber dicho que estabas loca, fantasma.

Kestrel recordó cómo era perder contra su padre al Muerde y Pica, al Tierras Fronterizas, a cualquier cosa que él decidiera jugar. El orgullo herido. La dolorosa certeza de que nunca podría demostrarle su valía. La vergüenza por querer demostrárselo.

Recordó sus manos aferrándole la chaqueta, cómo todo su ser se redujo a dos garras mientras le suplicaba.

La guerra no era un juego, pero Kestrel quería desesperadamente que su padre supiera lo que era perder.

Roshar dijo:

–¿Qué necesitas?

–Un caballo. Podrían reconocer a *Jabalina*. No es muy probable (no pienso dejar que vean al caballo), pero es mejor no arriesgarse. Además, quiero llegar allí mientras siga estando oscuro. Los exploradores van a pie, así que tendré que atar el caballo a cierta distancia del puesto. En cuanto al puesto...

–Necesitas la ubicación.

–Y las cosas de la exploradora.

Roshar chasqueó los dientes: el sonido era una especie de reprimenda.

–Eso último es fácil de conseguir. Si quieres la ubicación del campamento de la exploradora, tenemos que repasar la conversación de esta tarde sobre medios no demasiado delicados de obtener información valiosa.

–No.

–No me gusta tener que recurrir a eso. Pero no es probable que nos lo vaya a decir simplemente porque se lo preguntemos con amabilidad.

–No puedes hacerlo.

Él soltó un suspiro de impaciencia. Kestrel sabía qué iba a decirle, conocía los argumentos, los pros y los contras. Sabía que Roshar, con su rostro mutilado, comprendía lo que significaba que te infligieran dolor. Quiso decir todo eso antes que él y encontrar una razón convincente para demostrarle que se equivocaba. No dio con ninguna razón que creyera que el príncipe fuera a aceptar. No se le ocurría otro modo.

Entonces, soltó:

–No hagas eso. Engaña.

Roshar entrecerró los ojos.

–Explícate.

–Cuando los valorianos se alistan, lo hacen en parte por amistad. Hay amantes en un campamento. Incluso dejando eso de lado, está la sensación de sentirse aceptado. Gente por la que morirías, y a la que

protegerías a toda costa. Seguro que ella tiene a alguien que le importa entre los exploradores. Toma su amuleto. Haz un molde. Con un poco de jabón, tal vez, o cera. Funde metal para imitar el amuleto y haz uno nuevo. Devuélvele el suyo y enséñale el otro. Dile que le quitaste la pareja a otro explorador que afirma ser su amigo. Amenázala con torturar a su compañero si no te revela la ubicación del oficial.

–Podría importarle más el oficial que ese otro explorador.

–Inténtalo.

Roshar se encogió de hombros, y luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Espero que en tu repertorio de planes ingeniosos tengas uno para lidiar con Arin.

–No.

–Mi querido fantasma, nos atará a los dos y nos arrojará a un hoyo muy profundo antes de permitirte hacer lo que planeas.

–Basta de permitir –repuso Kestrel–, y basta de mentiras.

UNOS GRITOS DESPERTARON A ARIN.

Salió rápidamente de su tienda en medio de la noche. Pero el campamento estaba tranquilo, en calma... aunque los soldados sentados junto a las fogatas parecían haber interrumpido sus conversaciones para mirar hacia la tienda de la que salían los gritos, que dieron paso a un sollozo entrecortado.

Arin preguntó por el paradero del príncipe y le indicaron un árbol cercano, donde Roshar estaba inclinado sobre la exploradora valoriana atada, amenazándola entre dientes en voz demasiado baja para que él pudiera entenderlo. La chica valoriana (se fijó en que apenas era una cría, era más joven que Kestrel) tenía los ojos cerrados con fuerza. Se apretaba contra el árbol, hundiendo los talones descalzos en la tierra y el musgo. Llevaba una túnica y pantalones orientales. Tenía un vendaje en el brazo con herrumbrosas manchas de sangre. Abrió los ojos, vidriosos por el miedo, y miró desesperadamente en todas direcciones. Arin se quedó inmóvil cuando esos ojos pasaron sobre su rostro. Qué abiertos los tenía, qué oscuros eran, qué parecidos a los de la mujer a la que había matado en el barco.

Otro chillido atravesó la noche. Procedía de nuevo de la misma tienda.

Arin se acercó al príncipe dando grandes zancadas.

—Roshar, ¿tienes un momento?

—Me estaba preguntando cuándo te unirías a la fiesta —contestó el príncipe en valoriano. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja a la chica—. Volveré.

Cuando se alejaron lo suficiente como para que la exploradora no pudiera oírlos, Roshar dejó de sonreír.

—Para que quede claro, esto ha sido idea de Kestrel.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Fingir una tortura.

Arin creyó entenderlo y se calmó un poco.

—¿Funciona?

—Tal vez, si no vuelves a interrumpir.

—Avísame si averiguas algo.

—Por supuesto.

—¿Dónde está Kestrel?

—Ahora mismo prefiere estar sola —contestó Roshar tras una leve pausa—. Será mejor dejarla en paz.

Pero el tono de Roshar le recordó cómo le había sonreído el príncipe mientras sostenía en las manos las riendas de dos caballos en los jardines de su casa. Lo que le hizo pensar en la negativa de Kestrel hacía unas horas, antes de que anocheciera, a hacer promesas. Arin tenía los nervios de punta desde que el sol se había puesto, a pesar de advertirse que no debía forzar las cosas, que no debía comportarse

como de costumbre, que no debía reaccionar de manera exagerada ni sentir demasiado ni decir demasiado. «Déjala en paz», se había aconsejado a sí mismo, lo mismo que le estaba diciendo Roshar ahora. Pero se oyó otro grito a lo lejos y, aunque Arin sabía que se trataba de un truco, lo había ideado Kestrel. Sus trucos solían ser como un nido, con cada ramita y pajita en su sitio, ocultando una peligrosa criatura que Arin nunca veía hasta que ya era demasiado tarde.

–¿Dónde está?

El príncipe contestó a regañadientes:

–Todavía no se ha marchado.

–¿Marchado? ¿Qué? ¿Adónde?

–Pregúntaselo a ella. Te lo contará... aunque yo opino que es un error, debo añadir. –Roshar señaló su tienda con un gesto de la cabeza.

Arin dio un rápido paso en esa dirección. La mano del príncipe le agarró el hombro con fuerza.

–Se le ha ocurrido un buen plan.

Arin se liberó y se alejó.

La encontró sentada en el catre de Roshar, atándose unas altas botas valorianas. Llevaba pantalones... los pantalones de la exploradora. Se había vendado los pechos con una tela ceñida. Tenía el vientre desnudo, al igual que los hombros y los brazos: la luz del farol le teñía la piel de un tono dorado oscuro.

Lo había oído entrar, pero mantuvo la cabeza gacha, ignorándolo. La trenza, que le colgaba sobre un hombro, se balanceaba ligeramente a medida que pasaba los cordones por los corchetes de las botas y los ajustaba. Cuando estiró la mano para tomar la túnica y la chaqueta valorianas que había en el catre a su lado, Arin divisó el trazo de una línea moteada sobre su hombro, vio el latigazo que le subía por el cuello. Kestrel se detuvo... ¿Habría oído el doloroso golpeteo de su corazón? ¿O la forma en la que había tragado saliva, atrapado en la pesadilla de aquellas cicatrices, en el recuerdo de la primera vez que las había visto, en la espantosa representación mental de cómo se las habían infligido?

Kestrel se levantó y le dio la espalda. Justo antes de que se pasara la túnica por encima de la cabeza, Arin casi pudo ver todo el entramado de marcas, blancas y abultadas. Se puso la chaqueta color tierra. Toda la ropa de la exploradora, que estaba teñida de tonos que imitaban los del bosque.

–Kestrel –le dijo con voz ronca.

La chica se volvió hacia él y le contó el plan. Cuando Arin empezó a protestar (ni siquiera podía oír sus propias palabras; el corazón le latía de manera irregular y la sangre se le heló en las venas), ella repuso:

–Confía en mí.

Claro que confiaba en ella, quiso decírselo, pero entonces se dio cuenta de que no era verdad, que no podía y no lo haría, si confiar en ella significaba eso.

—No.

Ahora ella también se había enfadado.

—No puedes encerrarme en una jaula.

—Yo no... —Pero eso era lo que pretendía, en cierto sentido. Aunque entendía que eso estaba mal, no concebía dejarla ir—. Es demasiado peligroso.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué insistes en ponerte en peligro? Ya te atraparon una vez. No eres infalible. ¿Intentas demostrar que sí lo eres?

—No.

—¿Intentas castigarme?

—No.

—Ya sé que me lo merezco, pero...

—Esto no tiene que ver contigo.

—¡Te van a capturar!

—No lo creo.

—Te matarán. O algo peor. No puedo...

—Sí, sí puedes. Más te vale.

—¿Por qué?

—Porque yo soy así. —Tenía los ojos llorosos—. Esta es la clase de persona que he sido siempre.

Arin quiso decirle que eso no era cierto. «No te acuerdas bien», podría asegurarle, y esta vez él sería el que mintiera bien.

Kestrel añadió:

—Quiero ser como ella.

«No, no quieres», insistiría él, incluso aunque nunca había soportado que ella se considerara dos personas diferentes. «No quieres parecerte a ella en absoluto.» Se le revolvió el estómago.

—¿Se supone que yo soy la única que tiene que preocuparse? Como me preocupé cuando te hiciste a la mar. Como pasará mañana. Y todos los días posteriores. Tú puedes preocuparte por mí igual que yo me preocupo por ti.

Arin se miró las manos. Le temblaban.

—Confía en mí —repitió Kestrel.

Arin sintió el suplicio del miedo, la desesperada certeza de que volvería a perderla. Confiaba en esa certeza. Confiaba en ese miedo. Lo dominaban como un dios.

—Arin.

La miró a los ojos. Le parecieron desconocidos y, a la vez, familiares: rebosantes, en su mente, de todo lo que sabía de ella y del misterio de lo que le rondaba a Kestrel por la cabeza, y que él nunca había conocido a ciencia cierta. Vio (la revelación se abrió paso entre el miedo) que la muerte no era la única

forma de perderla. La perdería si no lograba transigir en eso. No confiaba en ella. Esa era la verdad. Pero comprendió que hay ciertas cosas que uno siente y otras que uno elige sentir, y que elegirlo no hace que el sentimiento sea menos válido.

–¿Confías en mí? –le preguntó ella.

Arin eligió.

–Sí.

Kestrel se acurrucó entre sus brazos. Él le agarró la trenza con suavidad. Arin sintió que se estaba ahogando. La superficie quedaba muy lejos. Había olvidado cómo se respiraba.

Entonces, sus pulmones se expandieron y notó la mente lúcida y en calma.

–Vuelve conmigo –murmuró Arin.

–Lo haré.

KESTREL CABALGÓ A TODA VELOCIDAD. HIZO QUE EL caballo fuera al galope, inclinada sobre la silla, bajando en línea recta por el camino que conducía desde Errilith hasta el sur. Había memorizado el mapa. Visualizó de nuevo la marca que había trazado una mano temblorosa en un bosque a dos leguas del campamento del general. Roshar le había llevado el mapa junto con el amuleto de la exploradora.

Y ahora: el repiqueteo de los cascos. El cremoso manto de sudor en el cuello del caballo. La tenue luz de la luna. Resultaba difícil distinguir hoyos y grietas en el camino. Si el caballo tropezaba a esa velocidad, se partiría un hueso. Lanzaría a su jinete por los aires. Kestrel se partiría el cuello contra el empedrado.

Espoleó al animal con los talones. Solo disponía de unas pocas horas antes de que el cielo se tiñera de azul y se iluminara. Entonces sería imposible hacerse pasar por la exploradora.

Árboles negros se sacudían y temblaban a ambos lados del camino. Tenía la garganta seca. Notaba la sal del sudor en los labios.

Recordó cómo la mano de Arin se había deslizado a lo largo de su trenza y luego la había soltado. Cómo se había quedado mirándola.

Los árboles dieron paso bruscamente a la hierba y parecieron caerse hacia atrás, estrellarse en silencio a su espalda mientras ella seguía avanzando como una exhalación. Los pasos del caballo se alargaron por la pradera. Kestrel tuvo la sensación de estar cruzando un mar negro.

Vio una borrosa masa de árboles a lo lejos. Al oeste.

Entonces abandonó el camino. Redujo la velocidad. Avanzó a medio galope por la pradera en dirección al bosque situado al oeste. Dejó que el caballo fuera más despacio, notando contra las piernas cómo los ijares subían y bajaban.

Debía esquivar las ramas bajas. Tener cuidado con las rodillas. Allí los árboles eran más densos, no había ningún sendero. Esforzándose por distinguir entre diferentes tonalidades de sombras, Kestrel se abrió camino por el bosque hasta que ya no tuvo sentido seguir a caballo.

Cuando ató al animal (no se oía el murmullo del agua, y eso era una crueldad; odió dejar al caballo así, con el cuello encorvado y cubierto de sudor), lo sintió por primera vez. Un lento miedo, opresivo, parecido a la tristeza... lo que le hizo darse cuenta de que su miedo era una especie de tristeza, porque no podía vencer a su miedo. Había creído que sería capaz de superarlo cuando se plantó delante de Arin y le exigió que confiara en ella. Cuando sintió, al fin, la veracidad de esa confianza, que se reflejó en la cálida solidez de los largos brazos que la ciñeron.

Pero así había terminado todo: con ella, sola, atravesando el bosque, asustada.

Se detuvo, inclinó la cabeza hacia atrás y les echó un vistazo a las nítidas estrellas.

«Fíjate en lo valientes que son», susurró el recuerdo de la voz de su padre. Ella era muy pequeña cuando se lo había dicho. «Brillantes e inmóviles. Esas estrellas son la clase de soldados que se mantienen firmes y pelean.»

Un ramalazo de rabia.

Incluso hacia las estrellas.

No te quedes ahí parada, se dijo. Corre.

Trotó entre los árboles. Jadeaba. Abandonó aquellos sentimientos y pensó únicamente en la marca en el mapa y en llegar allí mientras siguiera siendo de noche.

Era la hora del búho. El último recorrido de la noche, la última cacería antes de que el alba se fuera abriendo camino.

Kestrel aminoró el paso. Le temblaban las piernas. Bebió de la cantimplora que llevaba atada a una correa que le pasaba sobre un hombro y le cruzaba el pecho. Se enjuagó la boca y escupió. La rodilla mala le palpitaba un poco, pero cayó en la cuenta (vagamente, con curiosidad) de que su cuerpo se había vuelto más fuerte. Los días cabalgando le habían endurecido las piernas. Le gustó correr.

Pero su fuerza también le recordó su debilidad, la facilidad con la que su cuerpo le había fallado en la tundra. El portón de la prisión abriéndose. El alivio, la alegría. Y luego la persecución. Las piernas doblándosele, el barro, la cuerda. El vestido rasgado en la espalda.

Colocó la tapa de la cantimplora y la enroscó.

Echó a correr de nuevo.

El cielo era de un tono azul oscuro cuando Kestrel vio un parpadeo anaranjado entre los árboles. Un farol.

El corazón le golpeó contra las costillas. Corrió más despacio, dirigiéndose hacia el claro. La luz del farol osciló. La habían oído.

—Alabado... —intentó gritar mientras atravesaba la última arboleda, respirando de manera agitada. Estaba sin aliento. Tosió y lo intentó de nuevo—: Alabado sea el emperador Lycian, General de los Lobos, padre de cien mil hijos.

Ese era su título militar además de político. Aunque el emperador no había participado en ninguna guerra desde la conquista de Herrán, conservaba el rango de primer general, la única persona ante la que debía responder el padre de Kestrel.

—¿Alis? —dijo la voz detrás del farol alzado.

—Quedaos ahí, señor.

—Te noto la voz rara.

Kestrel sacó el amuleto.

–Tomadlo.

Lo lanzó al aire y oyó que el hombre lo atrapaba... o, más bien, no lo oyó chocar contra el suelo.

El farol se acercó. No pudo distinguir las facciones del hombre que lo sostenía, solo una forma alta y ancha que se aproximaba.

Kestrel tosió.

–No, por favor, quedaos donde estáis, señor. No me encuentro bien.

–Pues ven a mi tienda y preséntame allí tu informe. Descansa.

–Es una enfermedad, algo del este. Lo trajeron los bárbaros. Podría infectaros.

Las botas del oficial se detuvieron de golpe.

–¿Qué clase de enfermedad?

–Empieza con una tos. –Kestrel esperaba que eso explicara cualquier diferencia en la voz–. Luego salen pústulas. Las llagas supuran. No me di cuenta de que en uno de los carros había cadáveres. Me aproximé a su campamento y les eché un vistazo a sus pertrechos para ver si estaban bien abastecidos. –Le resultaba extraño volver a hablar en valoriano–. Los rebeldes pretenden resistir un asedio. Planean arrojar cadáveres con la peste por encima de los muros de la mansión de Errilith. Nos infectarán cuando atacemos. Ellos parecen ser inmunes.

–Necesitas un médico. –La preocupación del hombre parecía sincera–. Podemos ponerte en cuarentena.

–Por favor, permitidme continuar haciendo lo que pueda para que nos alcemos con la victoria. –Kestrel conjuró al fantasma de la niña que fue mientras hablaba. Recordó a aquella chiquilla, tan ansiosa por convertirse en la guerrera de su padre. Habló con la voz de esa niña–. Mientras pueda mantenerme en pie, puedo seguir cumpliendo con mi labor. Quiero hacerlo. Permitidme aportarle gloria al imperio.

El hombre vaciló, y luego contestó:

–La gloria es tuya. –Esa era la fórmula tradicional que se pronunciaba cuando un soldado aceptaba una misión que acabaría costándole la vida casi con toda seguridad.

El oficial valoriano se removió en las sombras y guardó silencio. El cielo pareció iluminarse un poco, pero Kestrel se dijo que se lo estaba imaginando, que era imposible que el cielo hiciera eso en el lapso de dos latidos. Estaba permitiendo que la ansiedad la dominara.

–Informa, pues –le ordenó el oficial–. Dime con cuántos efectivos cuentan.

–Mil soldados. Puede que mil quinientos. –La fuerza que Roshar había apostado cerca de Errilith ascendía a casi el doble.

–¿Composición?

–Caballería ligera, infantería en su mayor parte. –Cierto–. A simple vista, jóvenes. –Cierto–. Inexpertos. –Falso–. Artillería ligera, y no demasiada. –Cierto, por desgracia–. Hay cierta tensión entre las facciones dacranas y herraníes. –Menos de la que ella había esperado–. Tensión acerca de quién debería estar al mando. –Falso. Más o menos. Aunque a veces notaba la forma en la que el príncipe

miraba a Arin con aire meditabundo y vacilante, como si creyera para sus adentros que Arin no fuera del todo humano, que llegaría el día en el que la piel se le desprendería y lo que fuera que acecha en su interior saldría.

De hecho, la mayor parte de la gente lo miraba así.

–¿Ubicación?

–Ya han llegado a la mansión.

–Háblame de la formación de sus unidades, de sus posiciones dentro del ejército.

Kestrel respondió, aliviada. Parecía creerla. Aquello estaba siendo más fácil de lo que esperaba. Fue mezclando mentiras y verdades, colocándolas como si fueran tablones de madera, construyendo algo lo bastante resistente como para soportar el peso de la confianza de aquel hombre.

Sin embargo, cuando dejó de hablar, el silencio se prolongó más de lo que debería.

–Alis –dijo el oficial–, ¿de dónde vienes?

Ella fingió malinterpretar la pregunta.

–Vengo del campamento de los rebeldes, señor.

–No me refiero a eso. ¿De dónde eres?

Su confianza se evaporó. El oficial sospechaba de ella. Kestrel no sabía nada de la historia de la exploradora. Había tomado el amuleto y el mapa y se había puesto en marcha lo más rápido que pudo.

Contestó con cautela:

–Creía que ya lo sabíais.

–Refréscame la memoria.

La luz del farol era lo bastante intensa como para que él se diera cuenta si empezaba a acercarse poco a poco la mano a la daga. Kestrel se mantuvo inmóvil. Se arriesgó:

–Soy de las colonias. –Las probabilidades estaban a su favor: casi toda Valoria era una colonia.

–Pero ¿de dónde, exactamente?

Tosió de nuevo, haciendo que la tos sonara turbia y húmeda, e intentó pensar.

–De aquí.

Los exploradores desplegados en Herrán tendrían que conocer el idioma. Y lo ideal sería que también conocieran el terreno. Roshar había dicho que la exploradora, Alis, era joven. Todavía debía de estar verde, si la habían atrapado con tanta facilidad. Si el general había elegido a alguien con poca experiencia para reunir información sobre el enemigo, debía ser porque esa persona contaba con ciertas ventajas que compensaban su inexperiencia, como estar familiarizada con el país.

–Yo también soy de aquí –dijo el oficial en voz baja.

–Sí, señor. –A Kestrel se le aceleró el corazón.

–Pasé mi juventud en una granja al oeste de aquí.

El oficial dio un paso hacia ella. Kestrel se mantuvo firme. Todavía no se había acercado lo suficiente como para verla con claridad; ella tampoco podía verlo bien a él. Pero acababa de captar un leve acento

en su voz. Ella también hablaría con acento si su padre no les hubiera ordenado a sus profesores que borrarán todo rastro de su voz. Cuando hablaba en valoriano, Kestrel empleaba el tono de una cortesana de la capital, refinado y puro.

–Quiero recuperar mi hogar –añadió el oficial.

–Y yo. –Mantuvo la voz baja, fingiendo estar ronca por la tos, pero añadió una sutil cadencia: lo justo para hacerle creer que el acento siempre había estado ahí, pero que él no lo había notado–. ¿Cuáles son mis órdenes? –Intentó que no le temblara la voz. Su pulso seguía un ritmo implacable.

–Regresa a tu puesto. Informaré al general de tus hallazgos.

–Sí, señor –soltó, aliviada.

–Todavía no hemos acabado. –El oficial depositó el farol en el suelo y retrocedió–. Recoge el farol.

El terror le atenazó la garganta.

–¿Cómo?

–Recoge el farol y enséñame la cara.

–Pero... –Tragó saliva–. La infección...

–Quiero verla. Me mantendré alejado.

–El riesgo...

–Soldado. Recoge el farol. Enséñame la cara.

«Confía en mí», le había dicho a Arin. Recordó la fuerza que destilaba su voz entonces e intentó hacer acopio de esa misma fuerza de nuevo. Pensó, fugazmente, que ese debía de ser el objetivo de la memoria: reconstruirte cuando perdías las piezas.

Kestrel caminó hacia el farol, despacio. Mantuvo la cabeza gacha, aunque no creía que él pudiera verle el rostro todavía; ella no había logrado verle el suyo después de que depositara el farol a sus pies, justo antes de que retrocediera. Cerró un ojo: un viejo truco que le había enseñado su padre para los enfrentamientos nocturnos en los que hubiera antorchas y faroles de por medio. Un ojo adaptado para ver a la luz de la antorcha. Un ojo de reserva, para ver totalmente a oscuras si la luz se apagaba.

–No quiero que nadie me vea –le dijo al oficial–. La enfermedad me ha destrozado la cara.

–Enséñamela. Ya.

Kestrel agarró el farol y lo estrelló contra una roca.

El oficial soltó una palabrota. Ella tomó su daga. Lo oyó desenvainar su espada.

«No quiero matar», le había dicho a Arin hacía mucho tiempo. Y aunque hubiera querido hacerlo, habría fracasado. Sintió el recuerdo del fracaso, de su padre observando mientras ella era incapaz de defenderse, de su brazo combándose bajo la presión de la espada de otra persona.

–¿Quién eres?

El oficial avanzó, tanteando las sombras con la espada: rápido, con cautela, a ciegas. Todavía no se le había adaptado la vista.

Pero solo era cuestión de tiempo.

La capturaría y la llevaría al campamento del general.

La interrogarían. La obligarían a hablar. La presionarían, aprovecharían sus puntos débiles. Pensó en la prisión, en la droga del atardecer, en el barro y la agonía. Se imaginó el rostro de su padre mientras la llevaban ante él. Lo vio en sus recuerdos. En su futuro. Lo vio en ese instante.

Se agachó, con el pulso acelerado y el estómago contraído, para agarrar un puñado de tierra. Él la oyó y se giró. Le lanzó la tierra a la cara.

«Eso es jugar sucio –le oyó decir a su padre–. Es deshonroso.»

Pero jugar sucio era la especialidad de Kestrel.

Rodeó rápidamente al hombre, se situó detrás de él y le clavó la punta de la daga en la espalda, justo debajo de las costillas.

–¿Qué código usas para comunicarte con el general? Dímelo.

–Nunca.

Hundió el arma un poco más.

–Te mataré.

Él le envolvió una pierna con la suya y dio un tirón. Kestrel perdió el equilibrio. Cayó al suelo. Intentó ponerse en pie, pero se encontró con la punta de una espada contra la garganta.

–Ahora me toca a mí hacer las preguntas.

El oficial le arrebató la daga de la mano de una patada.

Un pájaro cantó. Estaba amaneciendo. Kestrel fue vagamente consciente de ello, y del caballo que había dejado atado y ahora nunca se desataría. Se imaginó a Arin, que no estaría durmiendo. Estaría observando el cielo y el camino. Notó la hierba bajo la mano de Arin, húmeda por el rocío estival.

Medio sentada, medio en cuclillas, retrocedió con movimientos temblorosos para alejarse de la espada.

El arma la siguió. Una espada axinax. Reconoció la hoja más corta, preferible para luchar en el bosque. Kestrel se echó para atrás, notó que una piedra afilada se le clavaba en la espalda y pensó, curiosamente, en el piano. Le vino a la mente un pasaje entero que hacía años que no tocaba pero que le encantaba por los drásticos cambios de los registros altos a los bajos. Le gustaba cruzar la mano derecha por encima de la izquierda y llevar el sonido hacia la oscuridad. No tenía que estirarse mucho. Aunque era pequeña, tenía manos largas. Brazos largos.

Abarcaba mucho.

Exploró a tientas el suelo del bosque a su espalda y rodeó con los dedos la piedra irregular que se le clavaba en la espalda. La blandió y le golpeó la mano al hombre en la zona donde sujetaba la empuñadura de la espada.

El oficial dejó escapar un sonido espantoso. Soltó la espada. La punta rebotó contra el muslo de Kestrel, cortándole el pantalón. El arma cayó al suelo. Kestrel sintió que un dolor abrasador le bajaba por la pierna.

Pero se puso en pie. Estrelló la piedra que sujetaba con el puño contra la cara del hombre. La cabeza se abolló. Notó los dedos grasientos y calientes. Un líquido se le introdujo debajo del cuero del protector del antebrazo.

El hombre se desplomó. Kestrel soltó la piedra.

Los pájaros estaban armando un estruendo. Ahora formaban todo un coro. El muslo le ardía y estaba pegajoso. Tenía algo con la consistencia de la carne bajo las uñas. Un guante de sangre le cubría la mano.

«No quiero matar», le había dicho a Arin. Se sumergió en aquel recuerdo y se vio sentada en la sala de música de su casa, frente a Arin. Las bisagras de una ventana abierta chirriaban suavemente. El cálido aire otoñal. Las fichas de Muerde y Pica, todas boca arriba.

Le temblaban las manos. Estaba a punto de desmoronarse.

Y, entonces, ¿qué?

Su plan ya estaba casi arruinado.

Pues salva la situación.

Revisa el cuerpo. Vamos. Asegúrate de que está muerto.

Lo estaba.

Ahora a ti. Inspecciónate.

Se apartó el trozo de tela desgarrada del muslo. Sangraba, le dolía, pero supuso que tal vez no fuera demasiado grave. La pierna podía soportar el peso de su cuerpo.

Se limpió la mano ensangrentada con tierra.

La tienda, se dijo. Vamos.

Se dirigió con paso vacilante hacia la pequeña tienda del oficial y entró.

Un camastro. Un halcón mensajero, enjaulado y encapuchado, durmiendo. Un taburete situado frente a una mesa en la que había papeles, una pluma, un tintero y un ábaco.

Los papeles.

Se lanzó a por ellos y agarró una página. Entonces la dejó caer, con el estómago revuelto, al darse cuenta de que se trataba de una carta que el muerto había estado escribiéndole a su madre.

Sigue buscando, se dijo. Olvídate de su cara destrozada.

Examinó cada página del montoncito, buscando cualquier indicio de un mensaje codificado entre el oficial y el general. Puesto que los militares usaban varios códigos diferentes, debía encontrar pruebas de cuál estaba empleando el oficial. Si lo veía, quizá lo reconocería. Lo recordaría. Lo descifraría.

Pero no había nada, solo la carta a su madre y las páginas en blanco.

Kestrel salió cojeando y vio, a la luz del amanecer, la frente aplastada del hombre, el ojo gelatinoso. Tragó saliva con fuerza y luego lo cacheó y encontró un anillo con un sello.

Qué alivio. El sello podría ser útil. Pero no había ningún mensaje codificado. Kestrel había planeado intentar falsificar un informe del oficial para su padre.

Una idea imposible.

Una estupidez.

No conocía el código, ni siquiera sabía cómo se llamaba el muerto. Le dieron ganas de esconder la cara entre las manos.

Regresó a la tienda y se dejó caer en el taburete. Le goteaba sangre del corte en la pierna. Debería vendárselo. Pero no tenía vendas.

El halcón flexionó las garras alrededor de la percha, cambiando de posición el peso del cuerpo con un susurro áspero. Kestrel le echó un vistazo, a punto de dejarse llevar por una frustrante desesperación. Entonces, su mirada se posó en el ábaco. Cuentas de madera que se deslizaban por finas varillas de acero rodeadas por un marco de madera. Se utilizaba para llevar la contabilidad.

Kestrel tocó una cuenta. Un recuerdo despertó en su interior.

Desenroscó la tapa del bote de tinta y encontró una hoja de papel en blanco. Observó la carta que el oficial le estaba escribiendo a su madre y se hizo una idea de cómo imitar su letra. Mojó la pluma en la tinta y redactó la primera línea del código.

EL CABALLO SUBIÓ PENOSAMENTE LA COLINA QUE llevaba al campamento, con la cabeza inclinada. El sol estaba en lo alto; era casi mediodía y prometía ser un día caluroso. A Kestrel se le partió el corazón al oír el resuello del animal. Lo había presionado demasiado. Pero su pierna izquierda...

La herida había dejado de sangrar. El trozo de pantalón roto se había quedado pegado y se había endurecido debido a la sangre coagulada. El corte le escocía y le ardía la piel de alrededor. Iba a tener que despegar la tela para ver qué había debajo.

El caballo aminoró el paso y suspiró. Kestrel no fue capaz de obligarlo a seguir avanzando. Se dispuso a desmontar, pero entonces hizo una mueca de dolor y se detuvo cuando el movimiento provocó que la herida se abriera por los bordes.

Tenía sed. El sol había hecho que se mareara. En el puesto de exploradores, se había salpicado agua de la cantimplora en la herida. En el bosque, cuando había desatado al caballo, se había vertido agua en la palma de la mano para que el animal bebiera, y volvió a hacerlo hasta que ya no quedó más.

Ya podía ver las pálidas puntas de las tiendas a lo largo de las pendientes de las colinas. Estaba cerca. Además, pobre caballo. Iba a intentar desmontar de nuevo cuando oyó que alguien la llamaba.

Arin bajaba por la empinada colina, resbalando sobre la hierba por las prisas pero manteniendo el equilibrio. Una brisa le agitaba el pelo y le hacía ondear la camisa. Cuando su descenso se transformó en una vertiginosa carrera, Kestrel se preguntó con ironía si el dios de la muerte sí velaría por él después de todo, o tal vez el dios de la elegancia o el de las alturas o el de las cabras o cualquiera que le permitiera correr así y no tropezar con un montículo y bajar rodando. Parecía un tanto injusto.

Se acercó a ella al trote, con el pelo empapado de sudor. La piel se le había oscurecido durante el viaje al sur; pero, cuando levantó la mirada hacia ella, lo encontró más pálido. Notó que tenía ojeras. No había dormido.

Arin se fijó primero en su mano. Desde donde estaba, no podía verle el costado izquierdo. A Kestrel la conmovió la forma en la que su mirada se posó directamente en su mano derecha ensangrentada, y en sus ojos destelló lo mismo que ella sentiría si se hubiera hecho daño en los dedos, si no pudiera tocar y tuviera que moverse renqueando por las teclas del piano cuando quería volar.

Le quitó la protección del antebrazo, insultando a las correas.

—Esa sangre no es mía.

—¿No estás herida?

—La pierna izquierda.

Arin rodeó el caballo, miró y se quedó callado.

—Muy bien —dijo por fin—. Vamos. —La ayudó a bajar—. Te llevo en brazos.

Kestrel advirtió la pregunta implícita en el tono de su voz.

—No. Roshar lo verá y nos tomará el pelo sin piedad.

Sonrió, porque quería que Arin sonriera. No le gustaba el aspecto que tenía: las líneas tensas alrededor de la boca, la sombra de preocupación en los ojos.

Él no sonrió. Tomó el rostro de Kestrel entre sus manos. Una emoción se reflejó en su semblante, un sombrío sobrecogimiento, como el que se reserva para una violenta tormenta que desgarrar el cielo pero no arrasa tu existencia, no destroza todo lo que amas. Y te deja con la sensación de haberte salvado.

El nerviosismo invadió a Kestrel. Bulló en su interior, le revolvió el estómago.

Era algo irracional. Ella sabía que podría alzar sus labios resacos hacia los de él y saborear la sinceridad de su amor en la lengua de Arin. Sin embargo, no podía decir aquello que no estaba segura de sentir.

El muslo le latía.

—Nada de llevarme en brazos —dijo con tono desenfadado—. Pero te permitiré ayudarme a subir la colina.

Atravesaron el campamento despacio, guiando al caballo tras ellos. Arin había pasado el brazo por debajo del hombro de Kestrel. La condujo hacia su tienda.

—Creo... —Arin vaciló—. Dentro. Podrías quedarte fuera, pero... —Bajó la mirada hacia su muslo ensangrentado—. Hay que sacarte los pantalones. Puedo ir a buscar a alguien...

—No. Tú.

Él la miró a los ojos un instante, y luego desvió la mirada.

Kestrel entró en la tienda de Arin. No había suelo de lona, solo hierba y un petate. Se sentó en el suelo.

Arin se fijó en su boca seca.

—Tienes sed —dijo, y salió.

Regresó con una cantimplora, un cuenco de agua, un bote pequeño y gasas limpias.

Kestrel bebió. Tuvo la sensación de que el agua descendía un largo trecho por su interior. Pensó en el agua, en lo asombroso que era beber. Pensó en eso y no en él.

Arin se arrodilló junto a ella. Kestrel dejó la cantimplora a un lado. El corte le provocaba un dolor sordo: algo casi insignificante comparado con los rápidos latidos de su corazón y esa creciente conexión con él. Las cigarras cantaban fuera de la tienda.

Arin le desabrochó la armadura y se la sacó con cuidado.

—¿Más heridas?

—Solo en la pierna.

Al principio, fue un alivio librarse de la armadura; no obstante, en cuanto se la quitó, se sintió desprotegida y demasiado blanda.

Arin no se movió. Kestrel sabía lo que se suponía que debía hacer ahora. Empezó a desatarse los pantalones con torpeza.

–Espera –dijo él–. Solo... –Se interrumpió y luego prosiguió–: Déjatelos puestos.

Arin introdujo la mano en el rasgón de la pernera izquierda y terminó de romperla, procurando con cuidado que se fuera desgarrando de modo que le rodeara el muslo. Enseguida, la tela se desprendió casi por completo, salvo por el trozo que seguía pegado a la herida. Vertió un poco de agua encima para ablandar el tejido.

–Te va a doler.

–Hazlo.

Le arrancó el fragmento de tela de la herida. Kestrel inspiró mientras empezaba a manar sangre. Él liberó la pernera, dejándole la pierna izquierda casi completamente al descubierto.

Le limpió la herida.

–Ah.

–¿Qué pasa?

Arin alzó la cabeza y sonrió.

–No está tan mal.

Ella observó la sangre.

–Quiero decir –se apresuró a explicar Arin– que no necesitas puntos. Lo que es bueno. No es que no sea algo malo, para ti, ni que no duela ni...

Kestrel se rio.

–Arin, yo también me alegro de que no sea peor.

Empezó a limpiarle la herida. Le bajaron por la pierna hilos de agua rosácea. El suelo sobre el que estaba sentada se humedeció. Arin le limpió la sangre con las gasas, lo que le dolió, pero él llevó a cabo la tarea con delicadeza y habilidad; así que, cuando destapó el bote de ungüento blancuzco y empezó a aplicárselo en el corte mediante ligeros toques, le preguntó:

–¿Aprendiste a hacer esto en la guerra?

Él mantuvo la cabeza inclinada y no apartó la vista de lo que estaba haciendo.

–Algunas cosas. Otras, de libros. O... –Se interrumpió bruscamente.

–¿Sí?

–Bajo el dominio valoriano, aprendimos a encargarnos de nosotros mismos. Y de los demás. Cuando nos heríamos.

–Cuando os herían.

Él se encogió de hombros mientras tomaba un rollo de gasa.

–Tendría que haberlo sabido. No debería haber preguntado.

–Puedes preguntarme cualquier cosa.

La crema era refrescante y le provocó un hormigueo. Todo su cuerpo se relajó ante la ausencia de dolor.

Arin colocó la gasa sobre la herida y la fue desenrollando, envolviéndole el muslo. Kestrel siguió la trayectoria de la gasa con la mirada mientras le rodeaba la piel, ascendiendo entre sus piernas y volviendo a bajar de nuevo. La áspera y cálida mano de Arin le rozó la cara interna del muslo. Ambos guardaron silencio.

Cuando la gasa se acabó, Arin introdujo el extremo entre las otras capas y lo anudó. Había terminado, pero no se movió. Tenía las bases de las manos apoyadas contra la rodilla de Kestrel, con las palmas pegadas a su piel, casi rozando el borde inferior de la gasa con los dedos.

—¿Mejor?

Kestrel notaba el cuerpo relajado y vibrante. No quería responder. Si lo hacía, él apartaría las manos.

—¿Kestrel?

—Sí —contestó a su pesar—. Estoy mejor.

Arin se quedó inmóvil. Fuera, las cigarras chirriaban y zumbaban. Sus ojos, que quedaban ocultos por las sombras, se encontraron con los de ella. Sus dedos se movieron por la piel de Kestrel de un modo que no tenía nada que ver con sanar, y fue como si le grabara líneas relucientes por el cuerpo.

Kestrel contuvo el aliento. Él la oyó, se echó hacia atrás sobre los talones, se puso en pie y se situó en el otro extremo de la tienda con un rápido movimiento antes de que ella pudiera decir nada. Aunque, en realidad, no había nada que decir.

Arin se sentó cerca de su petate.

—¿Qué pasó en el puesto de exploradores?

Kestrel sumergió las manos en el agua que quedaba en el fondo del cuenco. Se restregó las manchas de sangre de la mano derecha, concentrándose en eso. Aquella reluciente sensación fue disminuyendo. (Es inoportuno, se dijo. Problemático. Precisamente ahora. Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Por qué no puedes respetar a un amigo que te ha pedido que no lo utilices? ¿Por qué saltan chispas y todo arde al desear que él caiga en la tentación? Puede que él se deje llevar por ese sentimiento, que se sumerja en él y halle consuelo. Pero no funcionará, no para él. Y puede que ni siquiera para ti.) Se lavó la mano.

Se lo contó todo a Arin, desde que salió del campamento la noche anterior hasta el momento en el que estrelló una piedra contra la cara del oficial.

—Lo maté —dijo. Habría añadido algo más, pero le falló la voz.

Arin frunció el ceño.

—Te sientes culpable.

—No llevaba armadura.

Él hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Culpa suya.

—Se preocupaba por mí.

–¿Qué quieres decir?

–Me refiero a Alis, la exploradora. Estaba preocupado por ella.

–¿Estás diciendo que lamentas haberlo matado porque era buena persona?

–Estoy diciendo que era una persona, y ahora está muerta, y la he matado yo.

–Me alegro de que lo hicieras.

–Yo no.

Ahora ella también se había enfadado.

–¿Eres consciente –la voz de Arin se endureció– de lo que él te habría hecho?

–Si hubiera intentado matarme, lo habría conseguido. Pero no quería hacerlo. Esa es la única razón por la que pude...

–No quería matarte porque quería capturarte.

–Ya lo sé. Puedo entenderlo y, aun así, lamentarlo.

–No me pidas que yo sienta lo mismo.

–No te pido eso.

–Si te hubiera apresado... –Se interrumpió, y luego añadió–: Son asesinos. Esclavistas. Ladrones. Yo no lo lamento. Nunca lo lamentaré.

–Así que tú nunca te has cuestionado haber acabado con la vida de nadie.

Los ojos de Arin relampaguearon, luego parecieron reflejar angustia.

–Nunca lo haré.

Kestrel le examinó el rostro. Su enfado se desvaneció al recordar que se enfrentaban a dificultades diferentes, y que las heridas de Arin también eran profundas. Lo hubiera hecho a propósito o no, Kestrel estaba metiendo el dedo en la llaga.

–Te he disgustado.

–Sí, estoy disgustado. Me disgusta oírte decir que te sientes culpable por defenderte de alguien que te habría hecho daño.

–No es tan sencillo.

Arin se miró las manos, manchadas con la sangre de ella.

–Puedes cambiar de opinión. No pasa nada. No tienes que formar parte de esta guerra.

–Claro que sí. No he cambiado de opinión.

–Era él o tú –sentenció Arin con suavidad–. Tenías que elegir.

La mirada de Kestrel se posó en la hierba húmeda sobre la que se sentaba, en el vendaje de la pierna. Pensó en su pasado. En toda su vida.

–Quiero disponer de mejores elecciones.

–En ese caso, debemos crear un mundo en el que sean posibles.

Cuando Roshar vio fuera de su tienda a Kestrel al lado de Arin, con el pantalón desgarrado y con una sola pernera, en sus ojos apareció un brillo de diversión. Ella estaba convencida de que iba a decir que ya iba siendo hora de que Arin le arrancara la ropa. Entonces, Roshar haría algún comentario remilgado sobre la incapacidad de Arin de llegar hasta el final («¿Solo una pernera? –se imaginó que exclamaría el príncipe–. ¡Mira que eres vago, Arin!») o sobre su pintoresco pudor («¡Qué cándido eres!»). Quizá le daría el pésame a Kestrel por la muerte parcial de sus pantalones. O le preguntaría si había acabado herida a propósito.

Kestrel se sonrojó.

–Las cosas no fueron según lo planeado en el puesto de exploradores –anunció, empleando una obviedad para conducir la conversación hacia donde debería. No, absolutamente no, hacia lo que había o no había ocurrido en la tienda de Arin.

–Está herida –terció Arin... que, aunque no lo aparentaba, también debía de estar nervioso si tenía que recurrir a lo evidente.

–Apenas –repuso Roshar–. No es más que un rasguño o no se mantendría en pie.

–Podrías invitarla a sentarse –propuso Arin.

–Ah, pero es que solo tengo dos sillas en mi tienda, pequeño herraní, y somos tres. Bueno, supongo que ella podría sentarse en tu regazo.

Arin lo fulminó con la mirada y lo hizo a un lado para entrar en la tienda.

–Podría haber dicho algo mucho peor –protestó Roshar.

–No digas nada –le advirtió Kestrel.

–Eso no sería propio de mí.

Kestrel lo ignoró. Cuando los tres estuvieron dentro de la tienda del príncipe (Arin decidió quedarse de pie), les explicó detalladamente lo que había ocurrido.

–Le escribí la carta al general –concluyó–, y envié al halcón.

–¿Cuántos tipos de códigos usan los exploradores valorianos? –preguntó Roshar.

Kestrel clavó la uña del pulgar en el brazo de teca de la silla.

–Muchos. No lo sé exactamente. Puede que no recuerde todos los que me enseñó mi padre o que decidiera enseñarme solo algunos. Podrían haber creado otros nuevos y empezado a usarlos desde entonces.

–Así que las probabilidades de que uses el código correcto en la carta que escribiste, y que sea el que el general espera ver, son escasas.

–Sí.

–¿Cómo decidiste qué código usar? –quiso saber Arin.

–El oficial tenía un ábaco en su tienda, lo que era inusual, a menos que se encargara de contabilizar los pertrechos del ejército, y eso se haría en el campamento principal donde los guardan. Me acordé de un código numérico. Puede que el ábaco le sirviera de ayuda para escribir en ese código.

–O –apuntó Roshar– tu padre leerá la carta, se encontrará con un código cuando espera otro y enviará a alguien al puesto de exploradores, donde hay un cadáver.

–De ser así –repuso Arin–, no estamos peor que antes.

–Oh, claro que sí. El general sabrá que la carta es un ardid y hará justo lo contrario de lo que queremos. Ignorará el camino principal. Usará caminos secundarios a través del bosque, donde no es probable que nuestros cañones de mano sirvan de mucho y no dispondremos de la ventaja de la altura. Y lo sabes.

Arin cerró la boca y miró a Kestrel con inquietud. Sí. Lo sabía, igual que ella. Kestrel se sintió peor al verlo esforzarse por hacer que su error pareciera más pequeño. Él comprendía cuál era su auténtica magnitud.

Roshar se recostó en la silla, que protestó con un crujido. Sus ojos fueron de Arin a Kestrel, negros como la noche, rodeados de recientes líneas verdes.

–¿Puedes contarme algo un poco más alentador?

–Mi carta no mencionaba nada sobre un plan para usar cadáveres apestados a modo de ataque defensivo durante un asedio. Tuve que decirle eso al oficial para que no se acercara. Pero, en cuanto murió, esa mentira dejó de ser necesaria. Ahora la mansión puede parecer un objetivo aún más fácil y atractivo.

–Si tu padre se traga el anzuelo.

–Kestrel ha hecho lo que ha podido –insistió Arin.

Las propiedades entumecedoras de la pomada que Arin le había aplicado en el corte del muslo se estaban desvaneciendo. Se frotó el vendaje, observando las capas de gasa intercaladas, y trató de tragarse la sensación de fracaso, que empeoraba al oírlo defenderla.

–Ya lo sé –contestó Roshar–, pero nuestra fuerza ya es lo bastante pequeña. No podemos estar en dos lugares al mismo tiempo. El general va a atacar Errilith. No quiero librar una batalla a la defensiva. No podemos permitirnoslo. Si el enfrentamiento tuviera lugar aquí, contaríamos con la altura de las colinas, pero ellos disponen de suficientes efectivos para desplegar y flanquearnos. Lo que me gustaba del plan de atacarlos en el camino era la posibilidad de cercarlos, de inmovilizarlos para que no pudieran escapar.

–Entonces, confía en ella.

Kestrel levantó la mirada hacia Arin.

–Enviar esa carta codificada fue una apuesta desesperada –dijo Roshar.

–Pero ella ideó esa apuesta desesperada –respondió Arin–. Por eso creo que funcionará.

Levantarían el campamento al alba. Kestrel vio desaparecer a Arin entre los carros de suministros. Fue al río, se lavó la sangre y el sudor y luego se cambió los pantalones desgarrados, que eran de la

exploradora, por los que llevaba cuando vino al sur.No pensó demasiado. Observó cómo las hojas se doblaban a causa del viento y mostraban la pálida cara inferior. Oyó el murmullo del agua. El chirrido metálico de las cigarras.

Regresó al centro del campamento.

Arin había montado una muela y, al parecer, estaba revisando una a una las armas de repuesto almacenadas en un carro, inspeccionando cada hoja. Examinó una espada con el ceño fruncido y la sujetó ladeada contra la muela mientras ponía en marcha la piedra. Se oyó un molesto chirrido.

Entonces alzó la mirada. La vio y la muela se detuvo.

Kestrel se acercó.

—En este campamento hay herreros dacranos. Otras personas pueden hacer eso.

—No lo bastante bien. —Extendió aceite sobre la hoja para pulirla. Los dedos le relucieron—. Me gusta hacerlo. —Estiró la mano cubierta de aceite—. ¿Puedo?

Durante un instante, Kestrel no comprendió qué quería, luego desenvainó la daga que él le había hecho y se la entregó.

Arin la inspeccionó... sorprendido, complacido.

—La cuidas bien.

Kestrel recuperó la daga.

—Por supuesto que sí. —Su voz sonó áspera, brusca.

Él se quedó mirándola.

—Sí, claro —respondió con amabilidad—. ¿Hay un dicho sobre eso? «Un valoriano siempre pule su arma.» Algo por el estilo.

—La cuida —dijo Kestrel, sintiéndose de pronto abatida y enfadada a la vez—, porque la hiciste para mí.

No le había gustado ver que él se sorprendía. Sintió rabia contra sí misma por causarlo, por la enmarañada confusión de sus propios sentimientos, por la forma en la que se había sentido más pequeña al oír a Arin defenderla ante Roshar, no solo por la intensidad de su sensación de fracaso, sino también porque le había pedido a Arin que confiara en ella y ahora lo hacía, de manera inquebrantable, pero él le había pedido que lo amara y ella no le había ofrecido nada. Kestrel osciló entre la sólida certeza de la atracción y el temor a algo más profundo.

«Te quiero», le había dicho a su padre. Esas palabras representaban una súplica, una disculpa y también simplemente eso: dieciocho años de amor. ¿De verdad no significaban nada? ¿Eran tan inútiles?

Sí, así había sido. Lo había visto cuando su padre le había alzado las manos con las que se aferraba a él y la había apartado. Lo había visto en el suelo de tierra de su celda en la prisión. Lo había oído en el sonido de la espalda del sucio vestido desgarrándose.

Kestrel pensó en el halcón, que a esas alturas ya debía de haber volado hasta su padre. Se lo imaginó dando vueltas alrededor de los árboles, descendiendo en picado. Las garras cerrándose sobre el puño

levantado para recibirlo. A su padre desenrollando el mensaje codificado. La trampa que ella le había tendido.

«Cae en ella», lo instó.

«Se te da bien la estrategia», le había dicho él una vez.

Pues ven a verlo.

Ven a ver lo que puedo hacerte. Ven a ver lo que me has hecho.

–Kestrel... –La voz de Arin sonó titubeante.

Comprendió el aspecto que debía de tener. La mano apretada alrededor de la empuñadura de la daga y una expresión furibunda en el rostro. Cuando él se dispuso a hablar, lo interrumpió.

–¿Tienes más unguento de ese?

–Ah. –Arin rebuscó bajo el mandil de cuero que llevaba sobre la ropa y se sacó el pequeño bote del bolsillo—. Debería habértelo dado antes. Me... distraje. Se me olvidó.

Kestrel lo tomó y se marchó.

Por lo general, a Kestrel le gustaba estar en su tienda. Le ofrecía privacidad, lo que le hacía recordar que siempre se había sentido vigilada, antes de la prisión. En la capital, por supuesto. Incluso en Herrán, cuando era una colonia. La privacidad suponía un alivio. El círculo de áspera lona la arropaba. Brillaba o se atenuaba siguiendo la trayectoria del sol.

Ahora, sin embargo, mientras oía los ruidos del campamento (gente hablando en dos idiomas diferentes, caballos, pájaros, insectos, el chirrido de la muela...), se sintió como el primer día que Arin había montado la tienda para ella: sola.

Se sacó los pantalones y desenrolló el vendaje. Estaba húmedo y pesaba a causa del agua del río.

El corte no sangraba. No le dolía demasiado. Extendió pomada sobre la herida de todas formas. Cuando se le adormeció, pensó en la droga nocturna de la prisión. Notó una lenta punzada en el pecho. Echaba de menos el sabor de la droga, y lo que le hacía sentir.

Se aplicó crema en el muslo donde Arin la había tocado. La piel se entumeció.

Kestrel se vendó de nuevo la pierna y trató de visualizar el amanecer, cuando desmontaría su tienda, levantaría el campamento y se dirigiría al sur para atacar a su padre.

DIVIDIERON SUS FUERZAS UNA VEZ MÁS. SE ENVIÓ UN contingente a la mansión de Errilith para hacer que pareciera que estaban preparados para un sitio. Si el padre de Kestrel se fiaba de la nota codificada, enviaría exploradores por delante para obtener información sobre la situación en la mansión.

Roshar envió allí la mayor parte de los carros de suministros. Y también todos los cañones: lo que suponía un riesgo.

—Rápidos y ligeros.

Lo dijo como si dejar atrás la artillería principal fuera una decisión placentera en lugar de una peligrosa necesidad. Pero el sigilo era necesario (en la medida en la que un pequeño ejército podía ser sigiloso). La velocidad también era importante, y el terreno no era favorable para arrastrar nada. Tendrían que abrirse paso hacia el sur por el bosque hasta las colinas desde las que se dominaba el camino principal.

—Me preocupan los árboles —le comentó Kestrel a Roshar al final del primer día de la marcha hacia el sur.

Unos irrieles cazaban en lo alto, trazando negros remolinos por el cielo de color violeta. Kestrel lanzó una carta sobre la hierba. Un conejo se asaba en un espetón sobre una fogata cercana, con la piel de un aspecto marrón y crujiente. Arin le clavó un cuchillo, separando la carne. Demasiado rosada. Añadió unas ramitas de resinoso sirrin al fuego. La madera prendió al instante, lanzando llamas azules.

—¿Por qué te preocupan? —Roshar echó un vistazo a sus propias cartas y dejó escapar un gruñido.

Pero Arin, que había estado observando el juego sin participar, ya había adivinado lo que Kestrel estaba pensando.

—Necesitamos los árboles para protegernos, pero nos dificultarán usar los cañones de mano. No es muy probable que le demos a ningún blanco abajo en el camino.

—Será mejor talarlos. —Roshar efectuó su jugada—. El sotobosque podría bastar para ocultarnos si nos tendemos en el suelo.

Kestrel chasqueó los dientes: un sonido que empleaban los orientales para indicar irritación.

—Aprendiste eso de mí —dijo el príncipe, satisfecho—. Ahora, dime la verdad. ¿Marcaste las cartas?

—Yo nunca hago trampas —respondió Kestrel con frialdad.

—No podemos talar los árboles —sentenció Arin.

—Concéntrate —le indicó ella al príncipe mientras recogía la carta que él había descartado.

—Para que quede claro, te estoy dejando ganar. Siempre te dejo ganar.

—Es evidente que no podemos cortarlos —opinó Kestrel—. Mi padre notará una repentina franja de árboles talados. Ya puestos podríamos pintar un letrero indicándole que estamos allí.

—O... —murmuró Arin.

Kestrel lo miró.

–¿En qué estás pensando?

–¿Cuánta cuerda tenemos?

–Doscientos doce rollos.

–¿Has estado revisando nuestros pertrechos? –preguntó Roshar.

–Sí.

–¿Podrías recitar las unidades de memoria?

–Sí.

–¿Cuántos sacos de grano para los caballos?

–Sesenta y dos. Te toca. Aunque da lo mismo. Vas a perder de todas formas.

–Intentar distraerla no suele funcionar –le aconsejó Arin.

–Juega tú con ella entonces –propuso Roshar–, para que yo pueda observar tu técnica.

Arin comprobó de nuevo el conejo y lo retiró del fuego.

–No.

Una sorprendida decepción se retorció, como si fuera un insecto, dentro del pecho de Kestrel.

–¿Por qué no? –preguntó Roshar.

Arin fue cortando la carne del hueso y depositándola en un plato de hojalata.

Kestrel, que no estaba del todo segura de querer oír la respuesta de Arin, inquirió:

–¿Para qué quieres la cuerda?

–Deja que Arin nos sorprenda –dijo Roshar–. Así hacemos nosotros las cosas. A él se le ocurre algo brillante y yo me llevo el mérito.

–Contesta –insistió Kestrel.

Arin dejó el plato en el suelo.

–No quiero jugar contigo porque, incluso cuando gano, pierdo. Nunca ha sido solo un juego entre nosotros.

Roshar, que estaba estirado de costado sobre la hierba, con un codo doblado y la mejilla apoyada en la palma de la mano, miró a Kestrel enarcando las cejas.

–Me refería a la cuerda –farfulló ella.

La mirada de Roshar pasó de ella a Arin.

–Sí, la cuerda. Mejor hablamos de eso, ¿no os parece?

•

Estaban en posición. Kestrel aguardaba con los artilleros tras una fina capa de árboles que bordeaban una colina desde la que se divisaba el camino. Una brisa mecía las hojas. Los árboles crujían. Los artilleros, casi todos herraníes, levantaban la mirada con nerviosismo contemplando el proyecto de Arin.

Hicieron falta casi todos los soldados durante la mayor parte del día, usando sierras de doble mango que sacaron del carro de suministros. Y hachas también. Y la cuerda, por supuesto.

Arin había atado cada tronco y había fijado las cuerdas al suelo del bosque mediante estacas clavadas profundamente. Cada árbol era único: su altura, grosor e inclinación requerían un entramado diferente de cuerdas, distribuidas en diferentes ángulos. Después de atar los árboles en su sitio, los soldados los serraron por la base... aunque no del todo.

–Cuando lleguen los valorianos –había indicado Arin–, cortad las cuerdas.

–Quieres matarme –había protestado Roshar–. De una manera bochornosa. Un príncipe encuentra la muerte en batalla. No lo espachurra un árbol al caer. Apuesto a que has atado mal esas cosas.

Una sonrisa tiró de la comisura de la boca de Arin. En el aire flotaba una nube de serrín.

–Después de todo –le dijo a Kestrel–, no permitiría que un árbol te hiriera.

–A mí –apuntó Roshar de manera enfática–. Quieres decir a mí.

Pero Arin ya se había marchado. Poco después, Roshar partió en la dirección opuesta.

El plan consistía en una emboscada.

–¿Qué formación utilizaría el general para marchar por un camino de esa anchura? –le había preguntado Roshar a Kestrel.

Ella se había quedado pensando, con los dedos apoyados sobre el desgastado mapa.

–No puede saberlo a ciencia cierta –opinó Arin.

–Esto es lo que yo haría si fuera él –contestó Kestrel–. Me situaría en cabeza, donde tendría a la mayor parte de mi caballería... y a los oficiales. Los nuevos reclutas irían detrás de los carros de suministros, que mantendría en el centro. La infantería en la parte posterior, con unos cuantos oficiales de confianza por si acaso. Elegiría oficiales que no se quejaran por ir en la retaguardia con los subalternos. Tendrían experiencia. Serían buenos. Pero serían pocos. Arqueros y ballesteros flanqueando al regimiento, listos para disparar contra las colinas. El general sabrá que existe el riesgo de que se produzca una escaramuza. Tendría sentido, si de verdad estuviéramos preparándonos para un asedio en Errilith, enviar grupitos para hostigarlos de camino al norte. Esperará que los suministros sean el objetivo. Si destruimos los carros, echamos por tierra sus planes. No es que un ataque sea una completa sorpresa. Se trata de la fuerza de nuestro ataque, y del hecho de usar un arma con la que no puede competir, esas son las mejores ventajas de las que disponemos.

–Así que le damos lo que espera –dijo Arin–. Una pequeña compañía puede atacar las primeras líneas y llamar la atención del general mientras el grueso de nuestra fuerza se prepara para caer sobre la retaguardia. El general debería adelantar sus defensas. Incluso podríamos lograr separarlos del centro. Sus oficiales llevan armaduras de metal. Los disparos de los cañones de mano serán más efectivos en el

centro y en la retaguardia. Los artilleros deberían derribar al mayor número posible de soldados alrededor de los carros... y, con la ayuda de los dioses, de los cañones.

–Una pequeña compañía atacando las primeras líneas valorianas –caviló Roshar–. Qué deliciosamente suicida. Perfecto para ti, Arin.

–Pero... –repuso Kestrel.

Ambos la miraron y, por cómo apretaba Arin la mandíbula, supo que Roshar solo había descrito lo que este ya había planeado hacer de todas formas. Los ojos de Arin tenían un aire melancólico. Una mirada lejana e ilegible que le provocó un escalofrío a Kestrel por la espalda. Que la llevó a preguntarse si el dios de Arin sería real después de todo. Si estaría ahora mismo dentro de él, susurrándole.

–Tú estás al mando de esta fuerza –le dijo a Roshar–. Deberías hacerlo tú. Arin puede atacar la retaguardia.

El príncipe contestó con una sonrisita de suficiencia:

–No, esa grata tarea es mía. Tú, fantasmita, te quedas con los cañones de mano.

Los dedos de Kestrel se tensaron.

–Me estás situando en la posición más segura.

–Te estoy situando donde tu padre no te verá.

Kestrel se imaginó que su padre la veía. Se imaginó que no la veía. Ambas ideas resultaban paralizantes.

–Tú eres como uno de esos cañones de mano –añadió Roshar–. Un arma secreta. El general debe de saber que has escapado del campo de trabajo, debe de suponer adónde fuiste... si sobreviviste a la tundra. Pero ¿pensará que estás aquí, con este ejército? Tal vez, con el tiempo. Tal vez reconozca tu mano en todo esto, te vea o no. Pero yo preferiría (y estoy seguro de que Arin muchísimo más) que no pudiera confirmar tu presencia.

Kestrel empezó a protestar.

–Me hiciste un juramento –la interrumpió Roshar con tono jovial–. Un valoriano cumple su palabra.

Al ver que estas últimas palabras la dejaban lívida de rabia, el príncipe sonrió y se marchó.

–Tú también me quieres con los cañones de mano –le dijo a Arin.

–Roshar no se equivoca.

–Está eligiendo según lo que más le conviene.

Él frunció el ceño.

–Situarte con los cañones de mano le supone poco beneficio, a nivel personal.

–¿Y qué me dices de lo de situarte a ti contra las líneas de vanguardia del general?

–A veces Roshar interpreta el papel de príncipe egoísta para que nadie espere otra cosa de él. Pero él no es así. Está eligiendo bien. Para mí, ha elegido lo que yo habría escogido para mí mismo. Quiero estar en las primeras líneas.

Kestrel recordó las palabras de Arin ahora, mientras aguardaba entre los árboles con los artilleros, a los que habían dejado a sus órdenes. Recordó que había querido explicarle cuánto la había alterado intentar introducirse en la mente de su padre, saber que su mente y la del general le parecían perturbadoramente parecidas. Había querido guardar su miedo en una cajita blanca y entregársela a Arin.

«Por ti, también –le diría–. Temo por ti. Temo por mí si te pierdo.»

«La guerra no es lugar para el temor», dijo el recuerdo de la voz de su padre.

–Ten cuidado –le había dicho a Arin.

Él había sonreído.

Y ahora estaba ahí abajo, en algún lugar, al otro lado de la curva del camino desierto.

El sol caía a plomo. Los artilleros habían cargado sus armas. Kestrel observó el camino, con la daga preparada.

Cigarras. El aleteo de los pájaros.

Quizá su padre había reconocido que la carta codificada era falsa.

Quizá no picaría el anzuelo.

Una brisa. Las horas transcurrieron lentamente mientras el sudor le bajaba a Kestrel por la espalda.

Le dolían las extremidades de permanecer en la misma posición. Sintió que una extraña energía se apoderaba de ella y de los artilleros, una tensión elástica que se tensaba ante el más leve sonido y luego se aflojaba en medio del calor y la espera.

Soñar, esperar, sobresaltarse, esperar, soñar.

Los artilleros, al igual que ella, se agazapaban entre los helechos y los árboles jóvenes. Apuntaban hacia abajo con sus cañones de mano. Tenían pequeñas ballestas orientales preparadas. Un sirrin goteaba savia anaranjada; sus largas y delgadas ramas pegajosas colgaban bajas.

Kestrel observó el camino.

El veloz golpeteo del pico de un ave contra la corteza de un árbol. El susurro de las hojas. Y entonces... un tenue sonido que se fue volviendo más fuerte: el ritmo de miles de botas sobre el camino empedrado.

ARIN OYÓ A LOS VALORIANOS MARCHANDO HACIA ÉL. Aquel sonido hizo que el pecho se le tensara de expectación.

Los valorianos se acercaron. Todavía oculto tras la curva del camino, se volvió para llamar la atención de sus soldados, no más de cincuenta, hombres y mujeres, herraníes y dacranos. Todos iban a pie, para moverse con sigilo y parecerles más vulnerables a las primeras líneas valorianas. Algunos de los soldados herraníes se habían pintado los ojos de naranja y rojo como los guerreros dacranos.

El sonido del ejército valoriano se volvió ensordecedor. Botas y cascos y ruedas de carros. Armaduras pesadas. Metal contra metal.

Observó a sus soldados y ellos a él. Arin levantó la mano: aguardad.

Rodeó poco a poco un árbol para echar un vistazo por el camino.

La caballería valoriana. Inmensos caballos de batalla. Oficiales vestidos de negro y dorado.

Cerca.

Y un valoriano en particular, guiándolos, con el mismo aspecto que once años atrás. Grande y con una armadura con su insignia pintada en el pecho. Un tahalí de tela sobre el pecho, anudado al hombro. Un yelmo sencillo, elaborado para dejar al descubierto su cara. Esa cara.

Estaba bien disponer de cierta distancia, no ver con claridad los ojos castaño claro del general... que se parecían demasiado a los de su hija.

Estaba aún mejor que aquel hombre se aproximara a Arin con su caballo. Casi estaba a su alcance.

«¿Lo quieres?», murmuró su dios.

«¿Quieres aplastarlo entre tus manos?»

Arin volvió la mirada hacia su compañía.

–Preparados –susurró, y luego lo repitió en dacrano. Había desenvainado la espada. Le ardía la sangre.

«Mi querido muchacho.

»Hijo mío.

»Adelante.»

Kestrel presenció el encontronazo desde lo alto. A través de un catalejo, observó cómo los caballos de batalla valorianos se encabritaban. Pero no el del general. Su padre se quedó inmóvil, como si fuera una estatua de metal. Su rostro estaba muy lejos, sus facciones se veían borrosas. A Kestrel se le hizo un nudo en las entrañas.

¿Y Arin?

Los árboles le tapaban la vista. No podía encontrarlo. No podía ver nada por debajo de los hombros de los caballos.

Infantería contra caballería.

Kestrel, eres una necia.

Comprendió que debía de haber creído en el dios de Arin. Una parte sin explorar de su ser debía de confiar firmemente en la protección del dios de la muerte. Eso era lo único que podría explicar por qué había enfrentado a Arin a la vanguardia valoriana (y a su padre) con la más mínima esperanza de que sobreviviera.

El terror le subió por la garganta.

Arin perdió de vista al general durante la aglomeración inicial. El caballo de un oficial casi lo pisotea y tuvo que esquivar los cascos delanteros levantados. Recibió un impacto de la espada del valoriano, pero el filo se le incrustó sin causarle ningún daño en el hombro de la armadura de cuero endurecido. Mientras su oponente liberaba su arma, Arin le arrebató las riendas de la mano y oyó chillar al animal cuando lo obligó a bajar la cabeza. El valoriano se esforzó por no caerse. Arin hundió la punta de su espada en el costado del hombre, por encima de la cadera, justo debajo del borde inferior de la coraza de metal. Empujó.

Un sonido inhumano. Un chorro de sangre descendió por la hoja. Arin notó la mano húmeda y caliente.

El valoriano empezó a resbalarse de la silla. Se le enganchó el pie en el estribo. La greba de la armadura raspó el costado del caballo, que se empinó de nuevo y casi le disloca el brazo a Arin del hombro. Soltó las riendas. El valoriano cayó al suelo con un estruendo. El caballo corcoveó y echó a correr desbocado, arrastrando al soldado tras él.

Arin no podía pensar. Sabía, vagamente, que los arqueros enemigos no estaban disparando contra su compañía, probablemente por temor a alcanzar a la vanguardia valoriana. Sabía que sus propios soldados estaban cayendo a su alrededor. Los valorianos, en lugar de salir al encuentro del ataque, se mantuvieron firmes y adoptaron una formación más compacta: un muro de metal y caballos.

Aquellos sementales. Cubiertos de magníficos músculos. Altos y enormes.

Arin gritó en dacrano y luego en su propio idioma: «¡Conmigo!».

Desenfundó su daga. Con un arma en cada mano, se deslizó en el estrecho espacio entre dos caballos valorianos y los degolló.

Kestrel apretó el catalejo. Los oficiales valorianos no avanzaron, no se separaron del centro de la formación, no dejaron expuestos los carros de suministros.

Un caballo se tambaleó. Luego otro.

Su padre asestó un golpe con la espada. Cuando la alzó estaba teñida de rojo. Lo vio gritar.

–Cortad las cuerdas –les ordenó a los artilleros–. Ya.

Arin quiso gritar. Vio a una oriental escabullirse entre las defensas valorianas, cortándole el tendón del corvejón a un caballo, y llegar hasta el general. Arin quiso gritar: «No»; quiso decir: «Mío».

El general, que permanecía sereno sobre su sereno caballo, blandió su arma. Decapitó a la mujer. Un chorro de sangre salió disparado.

–¡Mantened la formación! –gritó.

El resto de las órdenes del general le resonaron a Arin en los oídos mientras bloqueaba un espadazo de un valoriano a caballo. «Retaguardia, cerrad filas.»

A Arin le dolía el brazo de la espada.

«Arqueros, vigilad las colinas. Cañones, preparados.»

Dejó caer la daga que sostenía con la mano izquierda, agarró con los dedos libres la muslera del valoriano y tiró.

«Flancos, defended.»

El valoriano se cayó del caballo.

Le hundió la espada en la garganta al soldado derribado. Oyó un grito borboteante.

No habían conseguido engañarlo. El general se había imaginado que aquello no era una simple escaramuza. Mantuvo a su vanguardia replegada y dejó que la compañía de Arin se acercara, cerrando filas para defenderse de un ataque a mayor escala.

Un caballo se movió. Se abrió una senda entre Arin y el general.

«Ah, sí», murmuró su dios.

Entonces, un estruendo áspero se superpuso a los sonidos del combate. Arin casi no reconoció de qué se trataba hasta que un crujido desgarró el aire.

Los árboles gimieron, se inclinaron hacia delante y se vinieron abajo. La mayoría se quedó donde cayó, pero unos cuantos se deslizaron por la colina hacia el camino. Adquirieron velocidad y se estrellaron contra las rocas o los troncos de otros árboles. Algunos descendieron como si fueran lanzas: con las frondosas copas por delante, no encontraron nada que los detuviera o un obstáculo los desvió de modo que rodaron en diagonal y salieron despedidos de la ladera hacia el flanco izquierdo del ejército valoriano. Los árboles aplastaron a hombres y mujeres y abrieron una senda en el centro de la formación.

El ruido inundaba las colinas. Cada golpe y grito hendía el aire. A Kestrel le pareció peor cuando los ecos se apagaron. No quería oír silencio.

–Preparad una descarga –les ordenó a los artilleros–. Apuntad a las líneas centrales. Buscad a los arqueros. Derribad a los flancos. Derribad a cualquiera cerca de un cañón. Abrid un hueco alrededor de los carros de suministros.

Los rostros de los artilleros no reflejaban temor. Su posición era bastante segura, fuera del alcance de las flechas valorianas. Los cañones podrían suponer un problema, pero abajo el ejército seguía intentando desenganchar los cañones de los caballos de tiro y descargar la munición de los carros. Kestrel estaba a punto de interrumpir esa labor.

–Cerillas –dijo.

Las prendieron.

–Encended.

Las cortas mechas ardieron.

–Apuntad.

Los disparos perforaron el aire. Arin oyó lo que no pudo ver: el canto del metal surcando el cielo. Cayó una lluvia de bolas de hierro, cada una de las cuales no era más grande que una piedrecita. Penetraron en el metal. Repicaron contra la roca. Se hundieron en la carne.

Gritos guturales. Arin vio que el rostro del general adquiría un tono grisáceo. Un manto de cadáveres de caballos se extendía entre Arin y el general. El tembloroso cuerpo de un semental intentando, infructuosamente, ponerse en pie. El lastimoso arco del cuello del animal desplomándose. Y valorianos, dos hileras de soldados, tratando de defender las primeras líneas, confundidos, asustados, con las miradas puestas donde no debían.

Arin presionó hacia delante.

Otra andanada de disparos.

A lo lejos, más allá del ejército valoriano, se oyó un nuevo sonido. El golpeteo de unos cascos subiendo por el camino a toda velocidad. Un agudo estruendo. La compañía de Roshar debía de haber atacado la retaguardia.

El general gritó algo que a Arin le sonó incoherente. La formación valoriana se tambaleó, como si estuviera a punto de disolverse.

Entonces, un cañón bramó en las filas centrales. Luego otro.

El mundo se volvió demasiado estridente para que Arin entendiera nada de lo que oía, demasiado rápido para que entendiera nada más que lo que su cuerpo hacía, una y otra vez.

Notaba el sabor de la sangre en la boca. Tenía las manos resbaladizas. Sus músculos se movían con fluidez y energía.

Una bala de cañón cayó en la ladera un poco más abajo de donde se encontraban los artilleros. Kestrel notó el temblor del impacto en la tierra. Hizo que le vibraran las suelas de las botas. Sacudió las finas ramitas pegajosas de los sirrines.

–Otra vez –les ordenó a los artilleros.

Sin embargo, a pesar de los disparos, a pesar de recibir ataques por tres frentes, el ejército valoriano no rompió filas ni se dejó llevar por el pánico. La retaguardia contrarrestó el ataque de Roshar. El ejército valoriano, que se componía de miles de soldados, se dividió en tres: parte delantera, central y trasera. Pero la compañía de Arin, por lo que veía Kestrel, no podía abrirse paso entre la vanguardia para llegar al centro. La retaguardia estaba mejor defendida de lo que ella había esperado. Roshar hacía pocos progresos.

Incluso divididos, los valorianos se impondrían a los ataques. Kestrel sabía que el único modo de mutilar a su enemigo a largo plazo era destruir los suministros. Pero los cañones de mano, por muy mortíferos que fueran, no disparaban con la suficiente precisión. No lograban abrir una senda para que las compañías de Arin o Roshar llegaran a los carros de suministros.

La ansiedad le atenazó las tripas. Imaginó que Roshar sería lo bastante sensato como para retirarse si debía. No estaba tan segura sobre Arin. Supuso que si no se las ingeniaba para obtener una victoria de esa batalla, Arin se enfrentaría a la vanguardia hasta que esta lo arrollara.

«La solución es simple –susurró su padre en su mente. Kestrel no estaba segura de si se trataba de un recuerdo o de su imaginación–. Si puedes hacerlo.»

Observó los sirrines. Rezumaban savia.

Oyó el chasquido de una bala de hierro al caer en la recámara. El susurro seco de un chorrito de pólvora. Mientras los artilleros recargaban sus cañones de mano, Kestrel se guardó con manos temblorosas la trenza dentro del yelmo de cuero. No podía hacer nada respecto al evidente estilo valoriano de su armadura. Recordó haber dudado de si quería que su padre la viera. Se estremeció.

No. Que no la viera. Nunca. Pasara lo que pasase, no quería que la reconociera. Recogió un puñado de tierra del bosque y se la restregó por la cara.

Se dio cuenta de que los ruiditos de los artilleros recargando sus armas se habían detenido, dando paso al rugido sordo de la batalla que se libraba abajo. Los artilleros, que estaban agachados como ella, la observaban.

Kestrel se puso en pie.

–¿Quién de vosotros es realmente valiente?

La vanguardia valoriana cambió de táctica. Avanzaron, haciendo retroceder a la compañía de Arin.

Una mano lo agarró del brazo y lo apartó de la trayectoria de un caballo a la carga. Arin se volvió.

No había nadie.

Cuerpos y sangre. Y entonces... una misteriosa energía le fluyó por las venas. Un agudo silbido que hizo que se le tensaran las entrañas y se pusiera en guardia justo antes de que una diminuta daga valoriana apareciera en su campo visual, volando por el aire, directa hacia su cuello.

Mientras los artilleros disparaban, Kestrel cortó con su daga los trozos de cuerda que quedaban atados a las estacas clavadas en la tierra. Rebuscó por el suelo del bosque palos lisos y secos de abedul. Se envolvió las manos con hojas anchas y partió ramitas de sirrin cubiertas de savia. Procurando que su piel no entrara en contacto con la savia inflamable, agrupó las ramitas alrededor de un palo de abedul y el extremo de un trozo de cuerda. Con la mano libre, enrolló la cuerda alrededor de las ramitas y el palo de abedul. A continuación, colocó la antorcha improvisada bajo el chorreante sirrin, dejando que las gotas de savia cubrieran la cuerda y la pegaran a las ramitas.

–Exactamente así –les indicó a los cuatro soldados que habían accedido a acompañarla. Cuando cada uno contaba con una antorcha y los artilleros les dieron una caja de cerillas, Kestrel añadió–: No sostengáis el palo derecho hasta que sea necesario. La savia goteará. Si os cae en la piel, también podríais arder.

Ordenó a los artilleros que dispararan dos andanadas más y luego se detuvieran.

Kestrel y los cuatro soldados echaron a correr colina abajo.

Arin esquivó la pequeña daga. Un Aguja. Conocía esa arma. Las Agujas formaban un juego de seis pequeños cuchillos.

La siguiente lo alcanzó en el brazo, que había levantado para protegerse la cara. Se le clavó en la parte interior expuesta del antebrazo, donde la armadura se combó.

Entonces, o bien a su agresor lo impacientó atacar desde lejos o un nuevo oponente entró en juego. Mientras un dolor abrasador le subía por el brazo, la espada de alguien chocó contra la de Arin, provocando que se le escapara de la mano y cayera al suelo.

Kestrel siguió las cicatrices que los árboles habían dejado en el bosque al caer. Se deslizó por la empinada pendiente, con los cuatro soldados a la zaga. Una andanada horadó el aire. El bramido de un cañón valoriano respondió. La bala del cañón se estrelló contra el bosque. Los árboles se resquebrajaron. Ramas rotas salieron volando por los aires.

Un trozo de madera voladora casi golpea a Kestrel. Se sobresaltó, lo que le hizo perder el equilibrio y tropezar, manchándose el peto de la armadura con savia de la antorcha. Pero gritó: «Corred». Casi habían llegado al camino.

Cayó la segunda lluvia de proyectiles. Kestrel hizo que los cuatro soldados se detuvieran al borde de los árboles situados a ras del camino. Atisbó entre las hojas y vio que los cañones de mano habían matado a suficientes soldados en ese flanco para abrir amplias brechas en las defensas valorianas. Divisó el carro en el que debían de guardar la pólvora. Un valoriano bajó de ese carro cargando con una bala de cañón en los brazos.

–Ese carro no –les dijo–. Yo me encargaré del siguiente. El resto, escoged uno diferente cada uno.

¿Listos?

A Kestrel le temblaron los dedos mientras abría la caja de cerillas.

«Un comandante nunca demuestra miedo», dijo su padre.

Se le estabilizó la mano. Encendió una cerilla.

Todos prendieron fuego a sus antorchas.

•

Arin esquivó la acometida de la espada valoriana. Se arrancó la Aguja del brazo y sintió que el dolor se multiplicaba. Miró brevemente a su atacante. Una forma esbelta y veloz.

Su enemigo arremetió de nuevo.

«Simplemente lánzala y huye –se dijo Kestrel–. Lánzala y huye.»

Salió corriendo de entre los árboles. Sus botas pisaron suelo de piedra.

El proyectil de una ballesta pasó por encima de su cabeza. Otro alcanzó a un soldado herraní que corría a su lado. El hombre se encorvó y cayó al suelo.

Uno de los cuatro, una dacrana, recogió la antorcha del herraní y la lanzó hacia el carro situado más cerca. Las llamas se extendieron por la cubierta de lona.

Kestrel siguió corriendo. No pudo ver qué hizo la mujer con la segunda antorcha, pero oyó un alarido de dolor y una maldición en dacrano a voz en grito. Kestrel solo entendió una palabra: «fuego». La savia de sirrin, pensó. Tal vez le había goteado por el brazo. Tal vez la dacrana se estaba quemando viva.

Kestrel se obligó a correr más rápido. Ahora los soldados valorianos estaban desperdigados, desordenados, aislados del general.

Oyó crepitar las llamas en otro carro. Corrió de manera errática hacia su objetivo. «Nunca vayas en línea recta si tienes que correr –dijo su padre–. De lo contrario, es demasiado fácil divisarte y dispararte.»

Le dispararon de todas formas. Una flecha la alcanzó en el pecho.

•

Cuando la espada fue de nuevo a por él, Arin se apartó a un lado y agarró la mano que la blandía. Apretó. Notó cómo reventaban los nudillos. El sonido y el grito se perdieron en medio de otros sonidos y otros gritos. Sosteniendo la Aguja con la mano izquierda, Arin atravesó la muñeca de su atacante y vio asomar la punta roja por el otro lado. Liberó la espada, se apoderó de ella y la clavó.

Kestrel se tambaleó, pero no cayó. La flecha no había traspasado la armadura.

Casi había llegado al carro al que se dirigía. Levantó la mirada hacia la antorcha, con el corazón martilleándole contra las costillas. La savia trazaba una fina línea de llamas azules por el palo de abedul. Sentía calor en los dedos. Arrojó la antorcha dentro del vientre del carro.

Entonces, dio media vuelta y echó a correr hacia los árboles. Sus piernas se movieron con energía. Notó que la herida del muslo se le abría y sangraba. Gritó los nombres de sus cuatro soldados, les ordenó entre jadeos que corrieran. «¡Corred!», exclamó en dos idiomas, y luego en un tercero. Incluso en valoriano le gritó a la gente que huyera, porque el carro ya estaba envuelto en llamas, y estaba situado justo al lado del que contenía la pólvora.

Una brisa le rozó la piel sudorosa. Una ráfaga de viento.

Una explosión hizo estremecer el suelo. El camino empedrado tembló bajo las botas de Arin. Más allá de la vanguardia, sobre el centro de la columna del ejército valoriano, las llamas resplandecían en el soleado aire.

Sonó un cuerno valoriano. El sonido se onduló... demasiado bonito para la guerra, pensó Arin.

«Deja de pensar –dijo su dios–. Repliégate. Retrocede hacia los flancos. Hacia los árboles.»

De pronto, se abrió un espacio alrededor de Arin.

–Todavía no –murmuró.

«Van a subir a la carga por este camino y te pasarán por encima. A ti y a todos los que están a tu cargo.

Retírate. Ya.»

«Pero el general...», pensó Arin.

El dios se encogió de hombros.

«Allá tú. Es tu vida.»

«¿De verdad te importa mi vida?»

Una carcajada.

Arin ordenó la retirada.

Desde los árboles situados sobre una colina, Arin y lo que quedaba de su compañía vieron huir a los valorianos. Escaparon por el camino con gran estruendo... al menos, todos los que pudieron. La retaguardia, que había quedado atrapada entre el fuego y la compañía de Roshar, no tenía adónde ir.

ARIN SE ENTERÓ MÁS TARDE DE QUE ROSHAR TAMBIÉN había acabado batiéndose en retirada. La retaguardia valoriana había quedado atrapada por el fuego, pero todavía superaba en número a la compañía de Roshar. La desesperación y un excelente adiestramiento dificultaron la tarea de aplastarlos.

–No me interesa morir –explicó Roshar cuando sus fuerzas se reagruparon con las de Arin en la colina de los artilleros–. La pérdida de un hombre tan atractivo supondría una desgracia para el mundo.

La retaguardia había huido. El camino estaba en llamas.

Cuando Kestrel apareció tambaleándose entre los árboles, con un asta de flecha partida en la armadura y el rostro sucio aunque blanco alrededor de los inmensos ojos, Arin la abrazó soltando un profundo suspiro de alivio. Kestrel apestaba a humo. Tenía restos pegajosos de savia de sirrin en la armadura. Arin adivinó qué había hecho y se estremeció a pesar de que ella estaba a salvo. Se apartó y vio que la había manchado de sangre. Tenía rastros aquí y allá. Una tenue marca roja en forma de hoja en la mejilla. La observó observarlo. No quería pensar en qué aspecto tenía él.

–Tu padre sigue vivo –le dijo, tan convencido de que era un error decirlo como de que debía hacerlo. Una emoción le ensombreció los ojos a Kestrel.

Luego, después de que el fuego se apagara y el camino se convirtiera en una ruina carbonizada plagada de cadáveres, de que los soldados de Roshar rebuscaran entre los restos y Arin ayudara a atrapar caballos de batalla sin jinete, Kestrel habló al fin.

–El general se reabastecerá. –Su voz sonó monótona–. La pólvora no escasea en el imperio. Puede que tenga que regresar a la isla de Ithrya a buscar lo que necesita; pero, la próxima vez que ataque, lo hará con fuerza.

Cargaron en carros los pertrechos robados y a los heridos. El ejército emprendió la marcha para reunirse con las fuerzas que habían dejado atrás en Errilith.

A las afueras de Errilith, en la pradera situada cerca de donde habían acampado por primera vez en esa región, Arin se sentó junto a la fogata de Roshar. El sol acababa de ponerse. El aire seguía siendo bochornoso y reinaba una luz meliflua.

Roshar estaba fumando. Llevaba de un humor de perros desde que habían abandonado el camino ennegrecido por el fuego, aunque Arin le había recordado que la batalla había supuesto una victoria.

–Ya lo sé –había contestado Roshar, pero parecía molesto.

Arin se sirvió pan caliente, que se tostaba sobre el fuego. Encontrar pan blando en una campaña militar parecía cosa de magia. Partió un trocito y masticó despacio. Roshar lo miró, soltó un pequeño resoplido,

pero no dijo nada... lo cual fue decepcionante, puesto que Arin había esperado provocar al príncipe al tomar su comida.

Un soldado herraní pasó cerca de ellos y siguió adelante, aunque no antes de que Arin se fijara en que llevaba los ojos bordeados de pintura anaranjada como un dacrano.

–Es una imagen agradable –le comentó a Roshar.

El príncipe se atragantó con una bocanada de humo. Cuando dejó de toser, Arin le preguntó:

–¿Es irrespetuoso que mi gente use esa pintura?

–Oh, no –contestó Roshar, sin sarcasmo, pero con cierta mordacidad que sugería que Arin no estaba entendiendo la situación–. Es agradable.

–Di lo que piensas.

–Yo no soy agradable.

Arin frunció el ceño.

–Cierto, pero no estamos hablando de ti.

–Pues deberíamos. Deberíamos estar hablando de mí sin ninguna duda.

Deseó que Roshar dejara de hacer eso, que dejara de recurrir a la falsa arrogancia como si fuera un atuendo de luto que se pusiera para hacer un chiste. Abrió la boca para decírselo, pero entonces vio que la preocupación del príncipe parecía sincera.

–¿Qué pasa?

–¿Recuerdas cuando me atacaste en mi ciudad, delante de la guardia de la reina?

–En honor a la verdad, me habías drogado y atado.

–¿Recuerdas cuál fue tu castigo por eso?

–No veo qué tiene eso que ver con la pintura.

–Porque no entiendes tu castigo.

Arin respondió, inquieto:

–La reina te dijo que eligieras mi castigo. Y nunca lo hiciste.

–Toda la audiencia con mi hermana tuvo lugar en dacrano, un idioma que no hablabas en ese momento... ¿o sí?

–No.

–Yo fui tu traductor. Te lo advertí. Te dije que debías esperar que no te mintiera.

–¿Me mentiste?

–Digamos que mi traducción fue bastante libre.

–Roshar...

–En aquel entonces no parecía importante. ¿Por qué iban a importarte los matices más sutiles de la ley dacrana? Y, además, no poseías nada de valor.

–¿Qué dijo la reina exactamente?

–Que tu vida me pertenecía.

Arin, cuya vida ya había pertenecido a muchas personas diferentes, sintió que le costaba respirar.

–Así que, sí –prosiguió Roshar–, tenía... tengo... derecho a decidir tu castigo, a matarte si me place.

Según nuestra ley, también puedo apoderarme de cualquier cosa que poseas.

–No estás en Dacra. Tu ley no tiene validez aquí.

–Mis soldados opinarían lo contrario.

–¿Qué quieres? –Arin alzó la voz–. ¿Mi casa?

–No se trata únicamente de lo que yo quiera o deje de querer. Pero, si ganamos esta guerra, obtendrás un premio muy apetecible.

Arin comprendió a qué se refería.

–Este país no sería mío.

–Vamos, Arin. Por favor.

Arin guardó silencio. Habían dejado que el fuego se apagara. Las sombras habían aumentado a su alrededor.

–Todo esto pone a mi hermana en una situación bastante interesante. Fue un anuncio público. Algo que está claro que no consideró detenidamente. Aunque seré sincero y admitiré que, cuando acabaste en nuestras costas, no parecías gran cosa. En ese entonces, no le costaba nada ofrecerme tu vida. Suponía un buen entretenimiento para la corte. Y ahora todo lo tuyo es mío. A pesar del espantoso frío que hace, Herrán es un bonito premio: frondoso, fértil... Una buena zona neutral entre Dacra y el imperio. Mi hermana tiene unas cuantas opciones, dependiendo de cómo se desarrolle esta guerra. Si derrotamos al imperio, podríamos apoderarnos de Herrán por la fuerza; algo que normalmente no causaría ningún revuelo, si no fuera por el hecho de que la reina estaría quitándome lo que nuestro país considera que es mío legalmente. Resulta que soy bastante popular entre mi gente. Otra opción: podría pedirme que le entregue Herrán.

–No lo harías.

–¿Porque tú y yo somos amigos? Qué conmovedor. E ingenuo. En realidad, eso es lo que me gusta de ti. Eres tan adorable algunas veces...

–Yo nunca te lo permitiría. Tendrías que matarme.

–Sí, pequeño herraní, lo sé.

Roshar dejó la pipa a un lado. Se frotó las manos como si se las limpiara, luego se quedó mirando las palmas vacías.

Arin ya no estaba enfadado.

–No lo harías –repitió–, o nunca me habrías contado nada de esto.

–Eso me gustaría pensar, pero estamos hablando de la misma persona que dejó adrede que el enemigo tomara como rehén a su hermanita. ¿Qué dirías tú? ¿Que todos tomamos decisiones difíciles? ¿Que hacemos cosas de las que nos arrepentimos? ¿Que traicionamos a las mejores versiones de nosotros mismos? Sí, exacto. Hace tiempo que quería contártelo. Pero no lo hice. Durante meses.

–¿Qué pensabas que ocurriría si perdíamos?

–Normalmente no pienso. Normalmente mi hermana es la que piensa, y me dice qué hacer. Me siento muy a gusto dejando que otras personas tomen decisiones por mí.

–Nunca dices lo que piensas de verdad.

Roshar le sostuvo la mirada.

–Si perdemos, te llevaré a casa.

–A tu casa.

–La mía, la tuya.

–Imposible.

Roshar suspiró.

–Bueno, muchas cosas lo son.

–Tu hermana... –Arin se ruborizó.

–Ah, eso.

–¿Qué papel desempeña eso en todo esto?

–Bueno, eso, según tengo entendido, ocurrió en mi ciudad cuando no eras más que un andrajoso extranjero de poca monta que había entrado en nuestro país sin autorización. Naturalmente –Roshar lo miró de reojo–, tienes tus encantos. Pero ahora le has puesto fin a eso... algo que creo que yo no hubiera hecho en tu lugar. Siempre podrías recuperar tu país como regalo de bodas.

Arin soltó un resoplido de frustración.

–Quizá te iría mejor si no fueras tan inflexible. –Roshar introdujo más tabaco en la pipa–. Y quizás a mí me iría mejor si lo fuera más.

–Ya sabes lo que siento. Lo que opino.

Roshar enarcó una ceja.

–Desde luego.

KESTREL SE DETUVO A POCA DISTANCIA DE DONDE EL príncipe estaba tumbado de espaldas sobre la hierba en medio del campamento, con los ojos cerrados para protegerse del resplandor del sol. Era poco frecuente ver su rostro relajado. El sol mostraba cómo el tejido cicatrizado le había engrosado el labio superior y se había abultado donde debería estar la punta de su nariz.

Sabía que no estaba dormido.

–Holgazán –lo acusó.

–Este es el aspecto que tengo cuando estoy conspirando.

–Ningún comandante valoriano permitiría que sus soldados lo vieran así.

–Es una estrategia.

Ella resopló.

–Hablo en serio. –Seguía con los ojos cerrados–. ¿No vas a preguntarme en qué consiste?

Kestrel le dio un golpecito con la punta del pie. Él se estiró como un gato y pareció volver a acomodarse. Entonces alargó la mano de repente, le agarró un tobillo y le tiró de la pierna haciéndole perder el equilibrio. Se cayó de culo.

–Sí. –Los ojos negros de Roshar relucieron mientras ella mascullaba–. Un plan magistral. Maravilloso.

Kestrel le dio una patada.

Roshar chasqueó la lengua.

–Mi querida dama, ¿no quieres oír mi plan? Es muy bueno. Te gustará. Aquí está: estoy esperando.

–Tomando el sol.

–Esperando, repito, a que me digas qué hacer.

Kestrel le dijo qué podía hacer exactamente.

–Menudo lenguaje. ¿Eso te lo enseñó Arin? Deja de darme patadas, fantasma. Estamos a la vista de todo el campamento. ¿No acabas de soltarme una arenga sobre mi honor? ¿Cómo puedo granjearme el respeto de la tropa si me pegas? Ahora, dejémonos de bromas. Mira lo serio que estoy mientras digo esto. ¿Qué quieres que haga? Más concretamente, ¿qué hará tu padre?

Kestrel se quedó inmóvil.

–Hay que hacer algo –sentenció el príncipe.

Lerralen. Kestrel se había enterado de la invasión valoriana fallida a través de aquella playa. Sabía lo llano que sería el terreno desde la playa hasta la ciudad de Herrán.

«Si la victoria es lenta –diría su padre–, se vuelve cada vez más difícil de lograr.»

Al general debía de escocerle la derrota en el camino del sur. ¿Cómo podría causar el máximo daño posible como represalia? Podría hacerse con la victoria reagrupando a sus efectivos para desembarcar en Lerralen con una fuerza aplastante, con una avalancha de incontables cañones y soldados. Una victoria costosa. Pero, si funcionaba, conduciría a una rápida captura de la ciudad.

Le dijo a Roshar que apostara un contingente en Errilith para conservar lo que habían defendido bien y que trasladara al resto del ejército al oeste para apoyar a los dacranos emplazados en Lerralen.

Mientras ensillaba a *Jabalina* y le ajustaba la cincha, intentó mitigar el nudo de preocupación que notaba en el estómago. No debería preocuparse.

Después de todo, ¿qué podía hacer el general que no pudiera hacer ella? ¿Acaso no había aprendido de él todo lo que había que saber de la guerra? ¿Acaso su voz no la perseguía? Pensó en la forma en la que el recuerdo (o el espejismo) de su padre parecía aconsejarla.

No le gustaba que él siempre tuviera razón. Que ella siempre le hiciera caso. Se preguntó si habría alguna diferencia entre cómo oía ella a su padre y cómo oía Arin a su dios.

El terreno accidentado se fue allanando a medida que el ejército se dirigía al oeste. El paisaje se volvió un tanto árido. La tierra se componía de una arenisca de color claro.

Kestrel vio cómo los soldados herraníes atraían a Arin para que cabalgara con ellos en el centro de la columna. Le pedían que observara el andar de un caballo rebelde. O dejaban una historia a medias, a modo de reto: termínala, Arin, ¿por qué no la terminas... si puedes? A veces le hacían una pregunta: ¿seguro que no estaba emparentado con la familia real herraní? Eso lo ponía nervioso y, como casi siempre lo hacía embarcarse en largas explicaciones y rotundas negativas, era la estratagema más común para mantenerlo junto a ellos.

En una ocasión, cuando Arin dejó que su caballo se rezagara para cabalgar con los herraníes, Kestrel captó la mirada que le dirigió Roshar. Meditabunda. Turbia. Una extraña mezcla de satisfacción y desagrado.

Kestrel comentó:

–Pensaba que querías que lo amaran.

Roshar miró por encima del hombro en dirección a Arin, que estaba en el centro de la formación.

Avanzaron en silencio bajo el cielo azul intenso. Entonces, Kestrel dijo:

–En la tundra, Arin tenía un anillo con una piedra engastada. ¿Se lo diste tú?

–Nunca le prestes nada a ese chico. No es muy cuidadoso. Lo perdió.

–Podía dejar dormida a la gente.

–Sí.

–Y ese ungüento blanco, el que entumece... ¿también es oriental? ¿Está hecho con lo mismo?

–Eres un fantasma muy perspicaz. Sí, Kestrel. El líquido del anillo y el ungüento contienen cantidades diferentes de un gusano venenoso de nuestras llanuras. Un poquitito, mezclado con pomada, entumece la piel. Más te deja dormido. ¿Todavía más? La diosa te toma de la mano y te lleva a vivir con ella para siempre.

–¿Por qué no impregnáis flechas con eso? Recuerdo a mi padre quejándose de las flechas envenenadas de los habitantes de las llanuras orientales.

–Ay, estamos lejos de las llanuras y me queda muy poco. –El sol le hizo entrecerrar los ojos–. ¿Por qué lo preguntas?

Ella guardó silencio.

–No estás pensando en flechas –dijo el príncipe.

–A veces me cuesta dormir.

–Por si no me he explicado bien, esa parte sobre que la diosa te toma de la mano significa la muerte. Es decir, que te mueres. En su concentración más pura, te puedes morir con solo tocar el veneno, incluso cuando el líquido se seca.

–Tendría cuidado.

Roshar situó su caballo delante del de ella, bloqueándole el paso. *Jabalina* resopló y se detuvo.

–La respuesta es no –le dijo el príncipe.

»No eres la única que sufre –le dijo.

»Podrías hacer lo mismo que hacemos el resto –le dijo.

Roshar espoleó a su caballo y se alejó.

Kestrel contempló el camino despejado. Un solitario pájaro negro se deslizó por el cielo como si fuera una grieta en una pared pintada de azul. Pensó en el ungüento blanco que llevaba en la alforja, en el anillo desaparecido y en cuánto anhelaba dormir bien, sin soñar. «Nada de tus sueños puede hacerte daño», le había dicho su padre... lo cual era otra forma de decir que la vida sí puede. Pero de niña no lo había entendido. Recordó el consuelo que solían ofrecerle las palabras de su padre y, durante un instante, se sintió como la persona que había sido.

Esa noche, sola en su tienda, pensó en el severo frío de la tundra. En el azufre desmenuzándose entre sus manos. El pánico que la invadió cuando empezó a perder la memoria. La droga nocturna: suave y densa. El miedo a morir lejos de casa. Nadie habría llorado su muerte. La pena, que era como tuétano en el interior de un hueso.

Había sido real. Todavía lo era.

Pero eso no era todo lo que la definía.

Kestrel apagó el pequeño farol de un soplo. En la oscuridad, recordó el camino por el que había viajado ese día en medio de una nube de tierra.

«Podrías hacer lo mismo que hacemos el resto.»

Seguiría adelante.

Esa noche, dormí profundamente. Después, todavía echó de menos algunas veces la droga nocturna, pero esa ansia ya no la dominó nunca más.

En esa región se daba bien una variedad de trigo. Campos de un tono dorado pálido susurraban suavemente. Las espigas, completamente formadas, hacían que los tallos se encorvaran.

A lo lejos, unos herraníes recogían la cosecha. Eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para ir a la guerra. Otros campos habían quedado abandonados. Kestrel vio granjas donde había gallineros vacíos que olían a paja ácida. Habían sacrificado a los animales o se los habían llevado. Un cesto tejido, que llevaba meses a la intemperie, se había desintegrado hasta formar un nido puntiagudo. El asa se desprendió al agarrarla.

Las granjas la hacían sentir incómoda. Habría preferido decir que se debía al desperdicio. La mayor parte del trigo se pudriría en los tallos. Pero no se trataba de eso. Era por las construcciones. Alguna que otra villa herraní, con un pórtico con columnas y arcos acanalados. El destello del techo de cristal de un atrio. Con más frecuencia: una magnífica mansión valoriana de construcción bastante reciente, inmensa y con fachada plana.

Las dependencias de los esclavos se desconchaban al sol. La pintura se desprendía formando largas tiras parecidas a la piel de una manzana. Kestrel se fijó, con una mezcla de inquietud y recelo, en que en cada granja había una casita cerca de las dependencias de los esclavos. Al principio, cuando fue con algunos soldados a buscar provisiones para engrosar los suministros del ejército, no sabía qué finalidad tenían. No había una en la propiedad de su padre en Herrán.

Un día, vio a Arin mirando una de esas casitas. Se le endureció la mirada. Su expresión se tornó sombría.

Kestrel supo entonces que eran para los niños. El recuerdo apareció de mala gana, lento y pegajoso. Tuvo que desenterrarlo. Cuando lo logró, comprendió que esa información era la clase de cosas que antes había intentado no saber.

Se acostumbraba a separar al bebé de su madre en cuanto estaba destetado y se vendía a una granja vecina. Los valorianos, en su infinita sabiduría, opinaban que la madre se distraería de su trabajo. Entretanto, el dueño compraría otros niños de otras granjas. Esos niños olvidaban que nadie aparte de sus dueños podía reclamarlos y se criaban en casitas al cargo de una esclava anciana. A esas alturas, un niño de esos podría tener unos diez años.

Era algo habitual en el campo. En la ciudad, no siempre. Algunos propietarios se enorgullecían de permitir que sus esclavas conservaran a sus hijos. Kestrel había visto una vez a una dama valoriana hacerle carantoñas a una niña herraní. La niña había permanecido allí de pie, tambaleándose, en el centro de la salita. Kestrel, que había ido a tomar el té, no se había fijado al principio en la madre de la

niña, pero luego había seguido la mirada de la pequeña y había visto a una mujer con uniforme esperando entre las sombras de un rincón.

El padre de Kestrel había dejado claro que no habría niños esclavos en su propiedad. Si nacía algún bebé, se vendía enseguida. No se compró ninguno.

Cada casita de cada granja representaba una atrocidad. Antes (durante años) Kestrel había permitido que su mente se cerrara a la perfección, como un huevo, bloqueando esa injusticia, y muchas otras. Esa clase de cosas ocurría todos los días. La vida era así. Aunque la suya no.

«La suya», discrepaba a veces una voz interior. Siniestra, perturbadora.

La suya no.

La suya.

Ahora oía resonar esas palabras al ritmo de los cascos de *Jabalina*.

Kestrel podría decir que había aprendido que la vida de uno también es la vida de otros. Que una injusticia no es un huevo, aislado y sellado. Podría decir que entendía la injusticia de ignorar una injusticia. Podría decir todo esto, pero la verdad es que debería haberlo aprendido hacía mucho tiempo.

•

El cielo estaba tachonado de estrellas. Kestrel encontró a Arin sentado cerca de una fogata, reparando la armadura de cuero de alguien con los ojos entrecerrados. Se había soltado una hebilla.

—¿Ves bien? —Se quedó de pie.

—No. —Atravesó un trozo de cuero con un punzón—. Pero de día no hay tiempo para esto.

El ejército se dirigía al oeste lo más rápido posible, aunque no tanto como a Kestrel le habría gustado. Roshar les había advertido que era peligroso avanzar a marchas forzadas. Los soldados agotados conducen a perder guerras. Su padre solía decir lo mismo.

Kestrel echó la cabeza hacia atrás. El cielo nocturno relucía.

—¿Cómo se hace un espejo?

La sorpresa se reflejó en la voz de Arin.

—¿Quieres un espejo?

—No. Solo me preguntaba cómo se hace.

—Azogando cristal. Nunca lo he hecho.

Kestrel dio media vuelta para observar las constelaciones occidentales. Sus botas liberaron el aroma de la hierba aplastada.

—Antes, la gente debía de usar metal pulido.

—Probablemente.

—O cuencos de agua oscura. El cielo parece un espejo, si un espejo fuera un cuenco de agua oscura.

Se hizo el silencio. Kestrel apartó los ojos de las estrellas y lo miró a él. Arin había dejado la armadura a un lado y le estaba dando vueltas al punzón entre los dedos. Lo envolvía la titilante luz roja y anaranjada del mortecino fuego. Él le preguntó en voz baja:

—¿En qué estás pensando?

Kestrel no se decidía a hablar.

Arin se puso en pie y se acercó a ella.

—¿Cómo fueron las cosas para ti, después de la conquista?

—No estoy seguro de que quieras saberlo.

—Quiero saberlo todo de ti.

Así que Arin se lo contó.

Las estrellas también parecieron escuchar su relato.

Dejaron atrás los trigales. El suelo se volvió arenoso. El agua dulce empezó a escasear. No obstante, al quinto día de partir de Errilith, llegaron a un arroyo y rellenaron los barriles de agua de los carros de suministros.

Kestrel vio que Roshar se acercaba a Arin mientras este almohazaba a su caballo.

—Toma. —El príncipe le lanzó algo—. Haznos un favor a todos. Estás mugriento. —Lo miró de arriba abajo—. Creo que todavía tienes sangre seca detrás de las orejas.

Se trataba de una pastilla de jabón. Arin parecía algo desconcertado, como si viviera en un mundo en el que no habían inventado el jabón. Partió la pastilla con las manos y le ofreció la mitad a ella.

El jabón se desmenuzó ligeramente entre las manos de Kestrel. Tenía un agradable aroma ahumado. Ella se quedó allí de pie más tiempo del necesario, inhalando el regalo de un regalo. Se le ocurrió que, si lo usaba, y Arin también, su piel olería como la de él.

Kestrel lo guardó con cuidado en la alforja, envolviéndolo con la ropa de repuesto para que no se rompiera.

—Ven conmigo. —Era Arin. Le brillaban los ojos—. Quiero enseñarte algo.

Kestrel lo siguió sin hacer preguntas, a pesar de que la pausa del mediodía del ejército estaba a punto de concluir. Llevaron sus caballos.

Kestrel estuvo lanzándole continuas miradas de soslayo a Arin mientras cabalgaban hacia una colina llena de hierba. Él se dio cuenta.

—Es un secreto —le dijo con una sonrisa.

Para ella, fue como si esa sonrisa se volviera suya. Y también el secreto. El propio día: el satinado cielo, una pluma amarilla moteada que descendió en espiral arrastrada por la brisa y se enganchó en la crin de *Jabalina*. Kestrel retuvo todo eso en su interior igual que una joya retiene la luz.

Desmontaron al pie de la colina. Kestrel se fijó en unos escalones de piedra, cubiertos de hierba, que ascendían por la ladera. Se le ocurrió que toda la colina, algo poco común en ese terreno, podría ser obra del hombre.

—¿Qué es esto? —preguntó. La escalera, por lo que podía ver, no conducía a ningún sitio. La cima parecía vacía.

Arin extrajo la pluma amarilla de la crin de *Jabalina* y se la colocó detrás de la oreja a Kestrel.

—Un templo. Al menos, antes lo era.

Kestrel rozó las suaves barbas y la ligera aspereza del astil. Exploró la pluma, intentando ignorar el placer que le había provocado ese gesto inesperado.

—¿Ese es tu secreto?

—No lo preguntarías —la sonrisa de Arin era traviesa—, si no te imaginaras que no lo es. Ven a ver.

Los escalones estaban rotos en algunas zonas y se bamboleaban bajo los pies de Kestrel. Cuando llegaron a la cima, pudo ver el revoltijo de fragmentos de mármol que habían conformado los cimientos del templo. Tal vez lo habían destruido después de la conquista: los valorianos habían arrasado todos los templos que los herraníes les habían erigido a sus dioses. Pero esas ruinas parecían antiguas. El mármol se había decolorado hasta adquirir el tono blanquecino del hueso. Las tallas, que el paso del tiempo había alisado, estaban borrosas y resultaban indescifrables en su mayor parte, como un sueño al despertar.

—Hay más vegetación aquí, ¿verdad? —La voz de Arin era apenas un murmullo—. Más que en el resto de esta región.

—Sí.

Había nidos de aves en los huecos del mármol partido. Un lagarto pasó corriendo sobre una columna caída. Aquel lugar parecía, al mismo tiempo, fantasmagórico y aun así lleno de vida. Cuando Arin se situó en el centro del templo en ruinas y se arrodilló, Kestrel pensó que era para rezar, pero él se puso a retirar las plantas.

—Reconozco algunas cosas. —Estaba entusiasmado, las palabras se le aturullaban. No parecía darse cuenta de que ella no entendería a qué se refería—. Pero otras partes... Pensaba que me sabía todas las historias.

Kestrel se arrodilló a su lado. Una reluciente cara la miró bajo las ramas de hiedra. Se sobresaltó y apartó la hierba.

Era un mosaico. Todo un inmenso suelo azulejado se extendía perdiéndose de vista bajo la vegetación. Kestrel quitó la tierra con las manos. Un rostro destelló bajo el sol, con resbaladizos y fríos rasgos hechos de azulejos. El hombre (¿o era una mujer?) tenía alas desplegadas, de los mismos colores que un pavo real. Piel con escamas. Garras rojizas.

Kestrel arrancó más hiedras. Aparecieron criaturas espléndidas e inimaginables. Una serpiente esmaltada con seis colas. Un caballo hecho de agua. Una mujer cuyo cabello parecía componerse de

rollos de papel escritos en algo similar al herraní, pero con tantos elementos desconocidos que Kestrel no pudo leerlo. Algunas figuras solo parecían vagamente humanas. Una hilera de ojos coronando una frente. Un cuerpo largo y de piel violeta sin extremidades. Un chorro de oro manando de los labios de un dios.

Todos eran dioses. No podían ser otra cosa.

–Tal vez deberíamos regresar –dijo Arin, pero eso no era lo que quería. Una mueca de desgana se dibujaba en su boca. Se mojó el pulgar con la lengua y limpió un azulejo, sin levantar la mirada. El sol jugueteó con su pelo revuelto. Un ancho rayo de luz le iluminó el puente de la nariz, calentándole el cuello y los hombros. Arin se movió y el sol le dio de lleno en la cara.

Kestrel notaba las extremidades ligeras, como si tuviera miedo. La sangre parecía flotarle por las venas.

–Todavía no –contestó, y vio la repentina felicidad que invadió a Arin.

Lo ayudó a apartar la vegetación y dejar a la vista todo el mosaico.

Kestrel sintió que cada fragmento de su ser encajaba en su sitio, formando la imagen de un mundo perdido. Del niño descubriéndolo. De la niña que lo ve destellar y brillar y entiende, ahora, lo que siente. Que comprende que ya hace mucho tiempo que siente eso.

Lapislázuli, vidrio horneado, ónice y oro y nácar y marfil. Jade. Aguamarina. Kestrel apenas veía dónde se unía cada azulejo del mosaico, la tensa línea de contacto. Fragmento con fragmento. Apretó la palma de la mano contra la superficie y se imaginó que la imagen se le quedaba grabada en la piel.

Más tarde, Kestrel deseó haber hablado entonces, no haber perdido más tiempo. Deseó haber tenido el valor, en ese mismo instante, de decirle a Arin lo que al fin sabía que era cierto: que lo amaba con todo su corazón.

KESTREL SE MANTUVO INUSITADAMENTE CALLADA DURANTE el último día de camino hasta Lerralén. Al principio, en el templo, Arin había tenido la sensación de que algo nuevo y delicado había germinado entre ellos. Pero ella había guardado las distancias desde entonces de una forma que él no podía explicar, para la que no hallaba causa. Repasó sus recuerdos del templo, de ella, de las hojas calientes y verdes, de los azulejos resbaladizos, del mundo oculto del mosaico y de cómo Kestrel también había querido verlo. No pudo encontrar nada malo. Había un error en alguna parte, de eso estaba seguro. Sin embargo, cada momento de cada recuerdo de aquel día le hacía querer sostenerlos en la palma de la mano, tenerlos bien guardados para mantenerlos a salvo. En un bolsillo profundo, tal vez. En su alma.

Recelaba de ese impulso. Sospechaba que acabaría pareciendo un niño con una colección de objetos preciados que en realidad carecían de valor: un botón, una piedra de río, un trozo de cuerda...

O una pluma amarilla moteada. Deseó haberla conservado. Se preguntó si Kestrel lo habría hecho. Lo más probable era que se le hubiera caído del pelo mientras regresaban al galope desde la colina del templo para reincorporarse a la vanguardia del ejército.

Hierba de un tono leonado se mecía en los riscos. El aire tenía un toque salobre. Pronto llegarían al mar.

Cuando el ejército se detuvo para abreviar a los caballos usando el agua de los barriles que incluían sus provisiones (hacía dos días que no encontraban agua dulce por esas tierras), Arin encontró a Kestrel cepillándole el pelaje a *Jabalina*. Ella levantó la mirada hacia él, luego la apartó y la posó en algún sitio que Arin quiso identificar; quiso entender si él era la causa (¿o qué más?, ¿el cielo con franjas blancas?, ¿esa gaviota, inclinándose contra el viento?) de que de pronto pareciera más pequeña.

El cabello se le había enrojecido desde que habían venido al sur. Ahora tenía la piel del color del pan tostado. Sus largos dedos sacaban partículas inexistentes de la crin de *Jabalina*.

No se trataba del cielo. No se trataba de la gaviota.

Arin intentó que se relajara.

—Bueno, estratega. ¿Qué posibilidades tenemos? ¿O nos dirigimos a nuestra perdición?

Ella alzó la comisura de la boca: una forma de indicar que era consciente de sus intentos por aliviar su ansiedad y también de expresar que lo que le había preguntado, aunque fuera en broma, era una forma algo extraña de lograrlo. Pero funcionó. Pareció estar más presente. Los inquietos movimientos de sus dedos se detuvieron.

No era por la batalla, entonces.

Ni por el caballo, ni por el ligero crujido de la arena bajo sus botas. No había nada, en ninguna parte.

Él.

–Hay tres escenarios posibles –contestó Kestrel–. Llegamos tarde y mi padre ya ha tomado la playa. O llegamos como refuerzos para una batalla que ya ha comenzado. O llegamos antes que mi padre y esperamos. –Añadió–: Naturalmente, también hay un cuarto: que me equivoco, él no desembarcará allí y hemos desplazado a nuestros efectivos a donde no deberíamos con consecuencias desastrosas.

–No hay un cuarto escenario.

Ella negó con la cabeza.

–Puedo equivocarme.

–¿Eso es lo que te preocupa?

–Aunque no me equivoque, y lleguemos antes de que los valorianos desembarquen, eso tiene sus pros y sus contras. Que el general tarde en desembarcar significa que va a hacerlo con una fuerza más numerosa. Con una artillería robusta. Hace falta más tiempo para movilizar más gente y más cañones. También cuesta más derrotarlos.

Jabalina le dio un golpecito a Kestrel con el hocico en el hombro. Arin la vio sonreír. Un sentimiento sereno y olvidado se apoderó de él, algo parecido al sueño o a una despedida.

–Le dije a mi padre que lo quería. –Las palabras de Kestrel sonaron bruscas–. Fue lo último que le dije.

Arin no la miró. No quería que ella le viera la cara en ese instante.

–Vi un cesto cuando estábamos en los trigales –prosiguió ella–. Había perdido la forma por completo. No podías guardar nada dentro. No podías sostenerlo.

–Kestrel, tú no eres un cesto.

–Pienso... –Se interrumpió.

Arin se preguntó si algo puede ser tan difícil de decir que se vuelve difícil incluso decir que es difícil.

–¿No puedes contarme en qué piensas?

–No.

–¿Por qué?

–Me aterra –susurró ella.

–¿La batalla?

–No.

–¿Tu padre?

–Él debería tenerme miedo a mí –dijo con voz monótona.

Arin no quería renunciar a la apremiante necesidad de matar al general. La notaba retorcerse en su interior. Pero si se trataba de eso... si no había salido nada mal en el templo, si él no había hecho nada que necesitara enmendar y, en cambio, lo que había causado que pareciera que ella intentaba ocultarse de él a plena vista era miedo a la venganza de Arin o la suya propia...

–Kestrel. –Habló sin rodeos. No se le ocurría otra forma de decirlo–. ¿Quieres que él muera?

A ella le relampaguearon los ojos.

–No lo haré –le aseguró Arin–, si no quieres.

–Mátalo si puedes. Me da igual. Me dejó a mi suerte para que muriera. O algo peor.

El odio le formó un nudo a Arin en las entrañas.

–Si lo hiciera, ¿me perdonarías?

–Hablas como si el hecho de que viva o muera dependiera de ti.

–Fue una promesa.

Kestrel lo miró entrecerrando los ojos.

–¿De tu dios?

–No con esas palabras, exactamente.

Ella sacudió la cabeza.

–Por favor, responde a la pregunta.

–Tal vez lo haga mi mano –dijo Kestrel–. Mi espada.

–Necesito saber qué decides.

–Hazlo. –Tenía los ojos llorosos–. Jura que lo harás.

El nudo se aflojó.

–Sí, por supuesto.

–Él nos cambió a ambos. –Parecía costarle encontrar las palabras–. Pienso en ti, en todo lo que perdiste, en quién eras, en qué te obligaron a ser, y qué podrías haber sido, y yo... yo me he convertido en esta... esta persona que no es capaz de... –Cerró la boca.

–Kestrel –repuso él con dulzura–, yo amo a esta persona.

Pero ella apretó la boca. El miedo brilló de nuevo en su rostro.

Arin aferró la crin de *Jabalina* con los dedos.

–Yo soy lo que te inquieta.

–No. –Pero había vacilado.

Arin pensó en lo que significaba que el padre de Kestrel hubiera tenido su amor y lo hubiera desechado. Quiso hablarle de la sensación de familiaridad que lo había sacudido al apartar la hiedra del rostro de su dios, contarle que había sido como mirarse en el espejo de agua negra que ella había descrito mientras observaban el despejado cielo nocturno. Quiso explicarle la severa alegría que experimentó, el alivio de sentirse destinado a algo y que el hecho de importarle a su dios se asemejaba a volver a ser un hijo, o un hermano. Quiso avisarla, advertirle que no podía entender, no del todo, lo que se sentía al dejar de ser la hija de alguien.

Kestrel le preguntó:

–¿Te da miedo la batalla?

Esto, al menos, era fácil de contestar. Arin sonrió con franqueza.

–No.

La playa estaba tranquila.

No exactamente, por supuesto, ya que había todo un regimiento dacrano acampado en la arena. Pero a Arin lo tranquilizó ver que los barcos valorianos no habían atracado, que no había velas en el horizonte, y aunque Kestrel le había advertido que eso podría traducirse en un ataque arrollador, se alegró al ver el vacío trecho de arena oscurecida por la lluvia que se extendía desde las tiendas hasta la orilla, al ver la marea baja, las rocas cubiertas de musgo verde, las gaviotas peleándose por cangrejos mientras revoloteaban entre los charcos. El viento había cesado. El cielo era como un fragmento de pizarra plano. La noche anterior había habido tormenta. El aire salobre tenía un olor puro.

Los dacranos se pusieron tan contentos al ver llegar a su príncipe que Arin dudó de la forma en la que Roshar se autodenominaba alguien sin ambiciones políticas. La reina contaba con la lealtad de su gente. Roshar, con su afecto.

—Ahora mismo estamos a salvo —dijo Kestrel, y luego le dio un toquecito con las rodillas a su caballo para que se dirigiera a la pálida hierba que crecía en un terreno más elevado, más allá del cual, según les habían dicho, había un arroyo que proporcionaba agua al ejército y sus caballos.

Arin la siguió, situando su caballo junto al de ella.

—Sí, los valorianos desembarcarán cuando la marea esté alta —contestó él.

Kestrel pareció sorprenderse un poco, no de lo que le había dicho sino de que hubiera hablado, lo que le hizo pensar a Arin que sus palabras no habían sido el inicio de una conversación sino más bien una idea que se le había escapado, y que había estado sumida en sus propios pensamientos. No se molestó en preguntarle cómo sabía él a qué se refería, probablemente porque suponía que las ventajas de contar con marea alta para una fuerza invasora eran obvias.

«El mar los llevará con rapidez hasta la orilla —murmuró la muerte—. Se llenará de espuma blanca. Soportará el peso de incontables cañones de tubos negros.»

Arin le echó un vistazo a Kestrel. Esa batalla sería muy diferente de la emboscada en el camino del sur. No habría ningún lugar seguro, solo la expuesta arena de la playa.

«No la mires a ella, Arin. Mírame a mí. Los abrazarás. Tu corazón se alzará, alto y feliz. ¿Qué es un enemigo? Es la espada que blandes en tus manos. Es la clara senda que abres hasta lo que quieres. Es la senda hacia mí.»

El hedor humano del campamento se había disipado. Kestrel y Arin se habían alejado lo suficiente. Solo se percibía el pantanoso olor salino de la marea baja, el vientre expuesto del mar. Olía bien.

«Puedes pensar en ella todo lo que quieras —susurró la muerte—. Pero solo yo te tendré.»

Kestrel se había adelantado unos pasos. Se volvió y notó que él la miraba. Una gota de lluvia cayó sobre la mejilla de Arin. En su nuca.

«Eres mío. Y yo soy tuyo. ¿No es cierto, Arin?»

La expresión de Kestrel se volvió impenetrable. Arin pensó en una caja cerrada con tal firmeza que no se veían las uniones.

«Sí.»

Esa noche, Arin se encontraba con Kestrel y Roshar en los acantilados. La luz de la luna hacía brillar el mar. El agua emitía destellos blancos y negros. La luna cubría la arena con un manto plateado.

–Muy bonito –comentó Roshar–, aunque me recuerda al veneno de gusano puro, a la forma en la que se seca dejando un brillo transparente. –Le preguntó a Kestrel–: ¿Cómo crees que irá la batalla?

Fue Arin el que respondió:

–Para ellos y para nosotros, será la clase de batalla en la que un general coloca a sus soldados en una situación tan desesperada que el miedo a la muerte y la dificultad para batirse en retirada los empuja a luchar con todas sus fuerzas, porque no les queda más alternativa.

Roshar enarcó una ceja con serenidad. Parecía a punto de decir que Arin estaba siendo innecesariamente dramático.

Pero Kestrel asintió con la cabeza.

La alarma sonó al mediodía. Caía una ligera llovizna. El sol estaba por ahí en alguna parte, pero no se veía. Allá al este se extendía una sólida muralla de nubes grises. Y en el mar: una tenue y pálida hilera de velas.

Los artilleros flanquearon la playa. El ejército dacrano-herraní aguardó en formación de cuña, con la caballería a la cabeza de la bullente masa de gente.

Kestrel tenía el rostro tenso y apretaba tanto las riendas que los nudillos se le habían quedado blancos. *Jabalina* alzó una pata y la dejó caer. El golpe provocó un ruido sordo.

En el agua había barcas valorianas planas y abiertas, miles de ellas, cargadas de caballos y cañones. Se alejaron remando de los barcos anclados. Los remos ascendían y descendían bajo la lluvia.

Arin no pudo oír la orden en valoriano. El sonido se perdió en medio del mar. Pero vio cuando los soldados valorianos empezaron a cebar los cañones. Prácticamente pudo oler la pólvora. Durante un instante, no se encontró sobre su caballo con una espada en la mano, sino en una barca inestable, con las manos ásperas por la pólvora, introduciendo la carga hasta el fondo.

Dispararían incluso antes de llegar a la orilla.

Una súplica brotó en su interior, bruscamente, como si fuera algo inesperado; aunque, si se hubiera examinado más a conciencia, habría sabido desde el principio lo que rogaría en ese último momento, a pesar de haberle prometido confiar en ella.

Arin le tocó el hombro. Kestrel se sobresaltó, concentrada al máximo de un modo que él conocía muy bien.

–Cambia de opinión –le pidió–. Regresa, ve a los acantilados, por favor.

–No.

Al fin, Arin experimentó el miedo que infectaba a todos los demás.

–Entonces, no te separes de mí.

Lo que fuera que ella contestó se perdió cuando la primera explosión rajó e hizo pedazos el mundo.

ARIN NO VIO DÓNDE IMPACTÓ LA PRIMERA BALA DE cañón, pero oyó el espantoso ruido y notó cómo el temblor se propagaba desde la playa hasta sus botas. Los alaridos de los caballos, los gritos humanos. En medio del flanco izquierdo, el ejército de Roshar devolvió los disparos, aunque la mayoría no dio en el blanco, pues era más difícil darles a objetivos que se movían constantemente sobre las olas. Se alzaron géiseres donde las balas de cañón chocaron contra el agua. Una veloz bola de hierro perforó una barca y la hizo pedazos. Caballos y hombres se hundieron en el mar.

La playa se llenó de columnas de humo negro.

Las primeras barcas valorianas alcanzaron la orilla. Los soldados saltaron al agua, que les llegaba a las rodillas. Bajaron a los caballos con rampas. Los cañones serían los siguientes.

–Destrozadlos a todos –ordenó Roshar.

Sus artilleros acribillaron a la primera oleada de valorianos. Pero llegó una segunda oleada, y una tercera, y al final un cañón valoriano se situó en posición para convertir un flanco de los artilleros en una humeante y ensangrentada masa gemebunda.

El caballo de Arin se encabritó. Lo obligó a bajar las patas, ejerciendo presión con el cuerpo sobre la silla. Controló al animal apretando las rodillas, pues lo prefirió a tirarle del freno. Se distrajo, había ruido por todas partes. Incluso después de conseguir calmar a su caballo, ya no confiaba en que lo obedeciera. Entonces percibió un leve sonido que no debería haber sido capaz de oír: una garganta seca tragando.

Le echó un vistazo a Kestrel. *Jabalina* (que era un magnífico caballo de batalla, un animal sereno) permanecía inmóvil. Igual que ella. Pero Kestrel tenía la piel tirante sobre los pómulos. Sus ojos eran demasiado grandes y pálidos.

«Por favor –rogó Arin–. Concédele tu clemencia.»

Eso le hizo gracia a su dios. «Si ella no cree en mí, ¿cómo voy a creer yo en ella?»

El general había desembarcado. Arin podía verlo. Se dio cuenta de que Kestrel también lo había visto. Varias columnas de valorianos se abrieron paso desde la orilla hasta la playa.

Roshar le ordenó a su vanguardia que avanzara.

La muerte le mordió la nuca a Arin, en la zona donde una gata muerde a su cría. «Tal vez –murmuró la muerte–, tendré con ella la misma clase de clemencia que tendré contigo.»

El corazón de Arin retumbó. La sangre le fluyó a toda velocidad. Se llevó la mano libre a la hormigueante piel y la apartó, esperando encontrar sangre.

Nada.

Un soplo de viento húmedo contra la espalda. El temblor del caballo bajo su cuerpo. Un cañón tronó. El caballo chilló y se encabritó de nuevo. El animal se lanzó hacia delante, a través de las líneas de la

vanguardia, directo hacia los valorianos que se aproximaban.

Kestrel no podía ver a Arin. No podía verlo, y era como si no pudiera ver nada en absoluto.

Los cañones contuvieron la respiración. Una vanguardia se estrelló contra la otra. Vio producirse la colisión un poco más adelante. Chorros de sangre. Horrorosas máscaras de miedo y odio. Un brazo amputado del hombro. Cuerpos derribados de caballos, aplastados bajo los cascos contra la arena. Y la crueldad de lo que no podía ver.

¿Dónde estaba Arin?

Jabalina no se había movido. Era como una estatua de piedra, lo cual la hizo darse cuenta de que ella también. Una mano aferraba una espada como si pudiera estrujar la empuñadura hasta que se desvaneciera. Una espada. Ella, con una espada. Carecía de habilidad para usarla.

El terror se deslizó por su ser, sinuoso y serpenteante.

Los valorianos todavía no habían penetrado las primeras líneas. No se podía utilizar la artillería, por temor a alcanzar a tu propia gente. Solo quedaban unos instantes antes de que un enemigo llegara hasta ella.

Y tal vez más adelante, en algún lugar, se encontrara aquello que comprendió que era lo que más la aterrizzaba. Los ojos vacíos de Arin. Su sangre derramándose, agotándose.

Apretó las rodillas para indicarle a *Jabalina* que avanzara y se abrió camino entre los soldados.

Casi lo derriban del caballo. Un valoriano se estrelló contra él. Arin recibió un golpe en el pecho protegido con armadura e inhaló bruscamente. Sintió la contusión, quizás una fractura. No hay sangre, pensó. Durante un brevísimo instante le costó concentrarse, le costó incluso saber qué hacían sus manos o qué veía o contra quién luchaba. Le hizo a su dios una pregunta amorfa. Si hubiera podido expresarla con palabras, habría preguntado si la clemencia del dios consistía en haberlo dejado vivir tanto tiempo. Veinte años eran mejor que nueve. ¿O la clemencia del dios suponía morir así y no de otra forma diferente, peor? O simplemente volver a casa, al refugio de los dioses. Madre, padre, hermana. Una oleada de soledad, de nostalgia, de «sí». Sí, tal vez se trataba de eso, tal vez eso era a lo que se refería el dios. Clemencia. Una promesa: que el último momento antes de que este mundo se convirtiera en el otro sería tan dulce como el amor.

Pero Arin no podía pensar en eso, ni entenderlo. Sencillamente lo sintió, esa pregunta que era muchas preguntas condensadas en una cuenta de hierro, la cabeza de un alfiler, una diminuta y dura punta de miedo y esperanza y alivio.

Su caballo. Su maldito caballo. El animal se resistía constantemente a sus órdenes. Ese caballo iba a conseguir que lo mataran. Arin intentó sentirse preocupado.

Su espada le abrió el vientre a alguien. No estaba seguro de cómo había ocurrido. Su arma no debería haber traspasado la armadura valoriana. Pero las entrañas asomaron por un tajo. La húmeda masa se fue desenrollando despacio.

Arin le puso fin.

«Volver a casa –caviló su dios, que había logrado extraer la cuenta de hierro del corazón de Arin y transformarla en una pluma, y fue separando cada barba de las demás, a lo largo de todo el astil. El dios deslizó un dedo por las barbas desplegadas–. ¿A eso crees que me refería con clemencia? ¿Eso es lo que quieres?»

»Vaya, Arin.

»Vaya.»

Kestrel no entendía por qué nadie la atacaba. Entonces cayó en la cuenta, y se sintió estúpida y agradecida. Su armadura. Sus rasgos valorianos. Las fuerzas de Roshar la conocían, y a su caballo. Pero a los valorianos les parecía de los suyos. En una posición extraña, si lo pensaban bien, pero nadie lo hizo. Sonidos gorgoteantes escapaban de sus gargantas degolladas. Hundían tanto las espadas en los cuerpos que sus puños desaparecían dentro de la carne de otra persona.

Hizo que *Jabalina* se moviera entre ellos: valorianos, dacranos, herraníes. «Fantasmita.» Sí. Kestrel no existía. Incluso cuando la sangre de alguien le salpicó la mejilla, no le pareció real. Nadie la tocó.

Hasta que vio a Roshar cortarle a alguien la mano con la que sujetaba la espada, estrellar su escudo contra la nariz del valoriano y rajarle el cuello. El príncipe apartó a su caballo de la trayectoria del cuerpo al desplomarse. Hizo que el animal diera media vuelta y vio a Kestrel.

–¿Dónde está Arin? –gritó Roshar.

A ella no le salía la voz.

–No lo sé –dijo por fin, con un susurro ronco. Roshar no habría podido oírlo ni aunque no se encontrara a varios metros de distancia.

Pero un valoriano situado cerca sí lo oyó. Había presenciado la mirada que intercambiaron ella y el príncipe, los había oído hablar en dacrano. Un oficial de caballería. Empujó a su caballo contra el de ella. Se estiró. La agarró del cuello.

–¿Una exploradora? –Tenía los ojos oscuros entrecerrados y enseñaba los dientes–. ¿En la vanguardia? Dime cuál es tu regimiento.

Ella jadeó.

–Traidora. –El oficial hizo que su mano flácida soltara la espada.

–¡Kestrel! –gritó Roshar.

Demasiado lejos.

Kestrel se esforzó por respirar. No interrumpió el contacto visual. Susurró algo que sabía que él no podría oír, observó cómo el valoriano se inclinaba hacia delante y aflojaba la mano de manera casi imperceptible. Kestrel desenfundó su daga y se la clavó en la axila.

El hombre gruñó y la soltó. Ella liberó la daga de un tirón y le perforó la garganta.

El cuerpo del valoriano se inclinó contra ella. Le jadeó al oído, con un sonido húmedo y pegajoso, chorreándole sangre encima mientras ella intentaba no caerse de la silla, mientras intentaba apartar al oficial con armadura de un empujón. Pero el caballo del hombre se asustó. El valoriano la agarró, mirándola fijamente con sus ojos castaños, vengativos, que se iban apagando. Empleó las fuerzas que le quedaban y la arrastró con él. La derribó del caballo.

El caballo de Arin era malo, pero sería mucho peor estar sin montura. Abrió un hueco a su alrededor. La frontera que separaba a un ejército del otro se estaba disolviendo. Kestrel debía de encontrarse varias líneas por detrás de él. Los valorianos la alcanzarían pronto. «No te separes», le había dicho. La inquietud lo volvió despiadado. Una parte de él contempló lo que hacían sus manos y su cuerpo, pero la parte más grande de su ser se fue haciendo aún más grande, y disfrutó. Sintió placer y sed de sangre junto con preocupación por ese placer. Y recorriéndolo todo: un cristalino torrente de miedo. «No te separes.»

Hizo que su caballo retrocediera.

¿Y si no conseguía encontrarla?

Más atrás. Más aún.

Los valorianos ya se habían abierto paso hasta la zona en la que había visto por última vez a Kestrel y *Jabalina*.

Sintió una opresión en los pulmones. «¿Dónde está?», exigió saber.

«¿El general? –respondió su dios de manera evasiva–. Permíteme indicarte el camino...»

Los nervios de Arin chillaron.

«Abre los ojos», dijo la muerte.

«Mira, mi amor, y ve.»

Arin miró. Y vio, no lejos de allí, a *Jabalina* en medio de la vorágine de la batalla. Sin jinete.

La arena presionaba la mejilla de Kestrel. Le llenaba la boca. Tosió y escupió, mientras la espalda y los hombros se le hundían en la playa, y empujó el cadáver que se le había desplomado encima. Intentó apartarlo haciendo palanca. Le fallaron los brazos. Vio la niebla que iba cubriendo el cielo. A su caballo, cerca. Empujó de nuevo al oficial. La armadura hacía que pesara más. Su sangre la había empapado. Todavía la notaba bombeando, oía el caos que la rodeaba. Un escalofrío de pánico le bajó por la espalda.

Empujó. El cuerpo no se movió. Lo intentó con más fuerza, notó cómo el peso le presionaba el pecho. Al final, gritó.

Algo se estrelló contra Arin. Mantuvo el equilibrio sobre la silla, dio media vuelta para enfrentarse a su atacante, vio la sonrisa del valoriano... y, entonces, demasiado tarde, el acero dentado que le recorría toda la bota. Arin se fijó justo antes de que el valoriano usara el pie como si fuera un cuchillo y rajara las costillas expuestas de su caballo.

El alarido del animal le hirió los oídos. Arin salió despedido hacia el suelo.

«En la guerra –solía decir a veces su padre–, puede que vivas o pueda que mueras. Pero, si te dejas llevar por el pánico, la muerte es el único resultado.»

Kestrel lo odiaba por su frialdad. Por sus normas.

Pero...

El cadáver estaba aplastándola.

Pero... la arena.

Intentó colocarse boca abajo. Se retorció, cambiando de posición bajo el cuerpo del valoriano. Mientras forcejeaba para darse la vuelta, esperó que alguien se fijara en ella y la atacara. Esperó oír unos cascos que le machacarían el cráneo. Pero *Jabalina* permanecía allí de pie, imperturbable, justo donde estaba cuando ella se cayó. La caballería maniobraba alrededor del inofensivo caballo. Nadie miraba hacia el suelo.

Kestrel se arrastró por la arena, se colocó sobre el vientre y empezó a cavar, apartando la arena como si estuviera nadando. Hundió los codos en el canal que había creado y tiró.

Consiguió liberarse.

Arin se puso en pie a toda prisa. Esquivó, justo a tiempo, la patada que la bota serrada le dirigió a la cabeza. Usó ambas manos (¿dónde estaba su espada?) para agarrar al valoriano por el tobillo y tirarlo del caballo.

Las temblorosas manos de Kestrel rebuscaron su daga por la arena. Su daga. Debía encontrarla. No podía perderla.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando localizó el bulto del arma bajo un velo de arena roja. Agarró la empuñadura.

Jabalina se mantenía firme, aguardándola. Quiso apoyarse contra él y apretar la cara contra el costado del animal. Quiso convertirse en caballo para poder darle las gracias de una forma que él pudiera

entender.

Se dispuso a montar... y entonces vio, por encima de la silla, a Arin.

Arin recogió una espada de la playa (¿era la suya?, daba igual) y ya estaba blandiéndola por el aire hacia el cuello del valoriano derribado cuando el otro hombre se puso en pie de un salto, desvió el golpe con su propia arma e impulsó la punta de su espada hacia Arin.

Este contraatacó, oyó el sonido del acero deslizándose sobre el acero y sintió la vibración, la presión. Notó que la presión cedía. La espada de su oponente descendió durante un instante.

Pero era una trampa. En ese momento de aparente debilidad, la otra mano del valoriano se dirigió a su daga, que hundió en un hueco donde la armadura de Arin se unía.

Kestrel avanzaba a trompicones por la arena. Sus piernas parecían demasiado lentas, no podía moverse lo suficientemente rápido. El valoriano estaba de espaldas a ella. Pudo ver el rostro de Arin, la arruga entre sus cejas, su expresión introspectiva. Y entonces algo cambió: un destello, una revelación.

El valoriano lo apuñaló. Arin gritó.

La daga le arañó las costillas. El dolor le envolvió el costado. Se defendió, agitando débilmente la espada contra la armadura del otro hombre, sin causarle más daño que cortarle los cordones de la bota derecha.

–Eres mío –dijo el valoriano.

Que era lo que siempre decía la muerte. Arin, que se había sorprendido al oír salir las palabras del dios de una boca humana, titubeó. Se sintió raro. Pensó: «Ah». Pensó: «Gracias». Agradeció la advertencia del dios, comprendió que siempre había querido saberlo antes de que ocurriera. No le gustaría abandonar de forma demasiado brusca esta vida.

Pero amaba esta vida. Amaba a la chica que la habitaba.

Su corazón palpitó con fuerza, se rebeló.

Demasiado tarde. La base de la espada del valoriano se dirigía a su cabeza, ladeada buscando su cuello.

Arin intentó agacharse. La empuñadura lo golpeó en la sien.

La oscuridad se fue extendiendo ante sus ojos. No sentía las piernas. Trató de oír a su dios, pero solo oyó silencio, y luego ya no oyó nada.

KESTREL VIO CAER A ARIN. RESBALÓ POR LA ARENA MIENTRAS corría. Un rugido le resonaba en los oídos. No podía pensar. La acometió un profundo terror.

Unos cuantos pasos más. Aferraba la daga con la mano. La espalda del valoriano era como una pared blindada. El hombre levantó la espada de nuevo. No la oyó acercarse a él.

Pero ¿dónde? ¿Dónde? Tenía una daga, aunque no había donde clavarla: ni en la nuca, donde no alcanzaba, ni en el torso o incluso las piernas. Aquel hombre iba acorazado de los hombros a las botas. «Una daga quiere carne –diría su padre–. Encuéntrala.»

Experimentó una enorme opresión en el pecho. Desesperación al acercársele por la espalda. No sabía qué hacer, no podía pensar, y entonces fue como si otra persona se fijara en que la parte superior de una de las botas del hombre estaba suelta y la hiciera arrodillarse en la arena. Agarró la parte superior de la bota, la apartó de un tirón y rebanó el fibroso tendón del tobillo.

El valoriano chilló. A Kestrel le pareció sentir cómo el hombre notaba el insoportable dolor del tendón cortado subiéndole por la pantorrilla. El golpe contra el suelo. La palpitante agonía. Cómo una chica se le subía encima... salvaje, como un zorro. Pero... ¿una chica? Pero... su pelo, su piel, sus ojos, su armadura. No era el enemigo. ¿El enemigo?

Entonces la daga se le hundió en el cuello y el hombre supo exactamente qué era ella.

Un reluciente manto rojo le cubría la mano, el brazo. Kestrel no podía soltar la daga. Se obligó a envainarla. Necesitaba las manos, necesitaba a Arin.

Lo vio allí tendido. Kestrel lloraba, acuclillada en la arena. Sus dedos vacíos se movieron frenéticos cuando llegó a su lado, lo revisó, descubrió la daga en el costado, la frente ennegrecida, la mejilla morada, la piel rajada. Le tocó la cara y vio que la cabeza se le inclinaba hacia un lado. ¿Tenía pulso? ¿O era el de ella? Notaba la vibración por todo el cuerpo, no lograba mantener los dedos firmes contra el hueco situado bajo la mandíbula.

Se obligó a mirar de nuevo la daga que le sobresalía del costado. Le desabrochó la armadura para ver mejor.

Solo la punta de la daga se había incrustado en la carne. Se había quedado atascada entre las costillas. La repentina esperanza que la asaltó fue feroz.

No quiso extraer la daga (no tenía nada con lo que contener un flujo de sangre), así que volvió a prestarle atención a la cabeza de Arin. Esta vez, cuando le buscó el pulso con los dedos, lo encontró y supo que era el de él. Más lágrimas le surcaron las mejillas.

La herida del costado carecía de gravedad. Sin embargo, un golpe en la cabeza podía causar cualquier cosa: podía matar, paralizar, desorientar, hacerle perder la razón. Podía hacerlo dormir para siempre.

–Arin, despierta.

En cuanto las palabras empezaron a manar, no hubo forma de contenerlas.

–Tenemos que irnos. No podemos quedarnos aquí.

»Por favor.

»Por favor, despierta.

»Te quiero. No me abandones. Despierta.

»Escúchame. ¿Arin?

»Escucha.

Una mujer lloraba. Sus cálidas lágrimas le caían en la frente, las pestañas, la boca...

«No llores», intentó decirle.

«Por favor, escúchame», contestó ella.

La escucharía, por supuesto que sí. ¿Cómo podía pensar lo contrario?

A Arin aquello le resultó familiar. Irreal. Tuvo la sensación de que ya había ocurrido, u ocurriría, que o bien se trataba de un eco o de su origen. Si abría los ojos, el mundo se duplicaría. Le palpitaba el cráneo. Unas piedras le presionaban los párpados. Estaba cubierto de tierra. Densa, arcillosa y suelta. Cómoda. Le aliviaba el nauseabundo dolor.

No obstante, no había piedras ni tierra. Una parte de él lo sabía, la misma parte que se aferraba a la voz de la mujer.

Se le estaba quebrando la voz. La oyó volverse horrible. Comprendió que pronto se pondría a gritar.

–No –logró decir, y abrió los ojos, y vomitó.

Pensó en ello, vagamente, en la expresión de Kestrel: aquella mezcla de angustia y alivio. Sus manos se quedaron inmóviles un momento y luego se pusieron a trabajar al instante, acercándole una cantimplora de agua a la boca e intentando deslizarse debajo de él y levantarlo. Pesaba demasiado.

–Lo siento. Arin, tienes que ponerte en pie.

–No creo que pueda.

–Sí. Solo hasta *Jabalina*. Vamos.

Tiró de él... de los hombros, de los brazos. No tuvo el valor de decirle que se detuviera, que la cabeza estaba a punto de estallarle, que le dolía cada empujón. Intentó concentrarse y vio a *Jabalina* allí cerca, vio la ondulante aglomeración de soldados y metal. Lo invadió el miedo. Ese pequeño remanso de paz que los cobijaba no podía durar mucho. Parecía imposible que nadie se hubiera fijado en ellos, que nadie hubiera degollado todavía a Kestrel mientras permanecía arrodillada a su lado, y tiraba de él, y le suplicaba.

–Vete –le dijo.

Ella retrocedió, atónita.

–No.

–No pasa nada. –Intentó tocarle la mejilla, pero o bien le fallaba la vista o la mano. Se movió con torpeza y le rozó la nariz y los labios—. No me importa.

–No digas eso.

–Cabalga rápido. Lejos.

–No me pidas eso. Tú no lo harías. Tú nunca me dejarías.

Pero es diferente, intentó decir, y entonces se perdió en lo que quería explicar, que esto... su... (¿qué?, ¿tristeza?) significaba mucho para él, que no se lo esperaba. Le costaba tanto llevar palabras a la boca... Se dio cuenta de que se le había caído la mano.

El rostro de Kestrel se contrajo dibujando una expresión que él no supo leer.

–Levántate –le ordenó entre dientes.

–Por favor. Vete.

Ella le rodeó el borde del peto de cuero con los dedos y lo agarró.

–Oblígame.

Esta vez, Arin reconoció esa expresión. Determinación. Cerró los ojos para no verlo. No me debes nada, habría querido decirle. Marcharte no mancillará tu honor. Se preguntó si ella era consciente de cómo todo su ser podía convertirse en una promesa.

Quiso decir: «Dime por qué no puedes marcharte». Quizá, si tuviera la mente más despejada, lo habría sabido sin tener que preguntar. Por ahora, solo vio la determinación de Kestrel y el peligro que entrañaba.

¿Esa era la versión de la clemencia de su dios: que ella muriera en esa playa con él?

Intolerable.

En medio del martilleo de la cabeza, Arin descubrió un dolor diferente. Descendió por él. El costado. Las costillas. Una daga. Se la arrancó. Kestrel soltó una exclamación de consternación. Algo pegajoso se le extendió por el costado. Hundió la daga en la arena y se aferró al hombro de Kestrel con la otra mano. Sintió que se le partía la cabeza. Se incorporó, haciendo palanca con la daga.

Intentó distanciarse de lo que estaba haciendo, del espasmo que le sacudió el cuerpo mientras vomitaba de nuevo. Estaba de rodillas bajo el cielo oscuro... ¿llovía? Notó el hombro de Kestrel bajo la mano, parecía muy débil. Seguro que ella no podría soportar su peso, pero lo hizo, esforzándose para ponerlo en pie. Cada paso tambaleante le dolía y no quería ni pensar en cómo sería montar en *Jabalina* y cabalgar, pero lo haría.

Lo hizo, y ella lo acompañó. Al final, ya no supo decir si llovía y el cielo estaba oscuro o si la oscuridad estaba en su mente. Todo era negro y húmedo. Mientras el caballo se movía bajo ellos, una calma se propagó a través del dolor. Un sentimiento flotó sobre él como el rastro de un perfume poco común. Le pareció oír el tintineo de un tapón de cristal al levantarlo de un frasquito. La liberación del aroma. ¿Cómo era posible oler flores que no estaban allí?

Arin se dio cuenta de que le costaba conservar el hilo de sus pensamientos. Se desvanecían, transformándose en humo. Daba igual. Los dejó ir. Humo, perfume, lluvia. Todos ellos hermosos, perecederos. Al igual, tal vez, que lo que fuera que había hecho que Kestrel le jurara que no lo abandonaría.

No estaba seguro de qué la había llevado a hacer eso. Pero había sido algo. Había sido real.

No renunciaría a ello. Lo conservaría y lo recordaría.

Vio las manos de Kestrel en las riendas. Sintió que se le aflojaba el cuerpo. El sonido de los cascos le retumbaba en el cráneo.

Alguien (una voz profunda) soltó una palabrota.

–¿Lo ataste a ti?

–Casi se cae –oyó contestar a Kestrel.

Arin abrió los ojos. Roshar estaba desatando la cuerda que lo unía a Kestrel, sin apartar la mirada de los nudos. No era propio de él no mirarlo.

–Pues fue una estupidez –sentenció el príncipe–. ¿No tuviste en cuenta que, si de verdad empezaba a caerse, su peso te arrastraría a ti también?

Ella se quedó callada. Sí lo había tenido en cuenta. Arin lo supo por su silencio.

Roshar rodeó la cintura de Arin con el brazo.

–Vamos –le dijo.

Arin prácticamente se dejó caer del caballo y luego sintió que lo ponían derecho y lo sostenían.

–Me estás sangrando encima –protestó Roshar.

Sí. Arin suponía que estaba sangrando. Pero la cabeza... Ese dolor era lo peor de todo. Se desplomó contra Roshar y apoyó la frente contra su hombro. Luego se obligó a abrir de nuevo los ojos.

Kestrel permanecía a un lado, apretándose los brazos con fuerza contra el pecho. Detrás de ella se extendía el campamento de un ejército, montado a toda prisa. Más pequeño que antes.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Arin.

–Un baño de sangre –respondió Roshar–. Nos batimos en retirada. Los valorianos tomaron la playa. Yo te culpo a ti.

Kestrel inspiró bruscamente, furiosa.

–No lo dice en serio –farfulló Arin.

–¿Vas a hacer que te lleve en brazos? –se quejó Roshar.

Kestrel soltó algo con tono cortante. No es que Arin no oyera las palabras, sino que estaba demasiado agotado para asimilarlas. Oyó la voz lenta y arrastrando los sonidos de Roshar y la respuesta entre dientes de ella. Quiso decirle a Kestrel: «Está disimulando». Quiso decir: «Está preocupado». De

pronto, Arin se sintió abrumado por la preocupación de ambos, por el carácter tácito de todo. Se apartó del apoyo del brazo del príncipe y echó a caminar sin tener un destino real en mente.

Roshar lo insultó. Y lo atrapó antes de que se cayera.

—¡Por los huesos, la sangre y el aliento de la diosa! —exclamó Roshar—. ¿Qué intentabas demostrar?

Arin estaba tendido en la cama de Roshar, en su tienda. El príncipe se encontraba de pie al lado de la cama, con una postura tensa e inquieta.

Un peso cálido reposaba sobre el pecho de Arin. Kestrel dormía con la cabeza recostada contra él, arrodillada en el suelo, apoyando la parte superior del cuerpo sobre el borde de la cama. La armadura y la túnica de Arin habían desaparecido. Tenía las costillas vendadas. La mano de Kestrel descansaba sobre su vientre.

—Yo te habría llevado —añadió Roshar en voz más baja.

—Ya lo sé.

La voz de Arin la despertó. Kestrel levantó la cabeza y se apartó. Tenía la boca apretada, profundas ojeras y la trenza medio deshecha.

—¿La guerra? —preguntó Arin.

Kestrel y Roshar se miraron.

—¿Tan mal?

—Descansa, Arin —repuso Kestrel.

Roshar chasqueó los dientes.

—No demasiado. Se queda adormilado constantemente. No es bueno para una herida en la cabeza como esa. Mantenlo despierto. No dejes que se duerma. —A él, le dijo—: No puedo quedarme. Tengo que organizar la retirada hacia la ciudad.

A Arin se le encogió el estómago. Retirarse a la ciudad era el último recurso.

—No —protestó. Intentó discurrir una idea mejor. Kestrel permanecía callada y con expresión adusta.

Roshar añadió:

—Me gustaría quedarme contigo. Pero no puedo.

Arin apoyó la palma de la mano en la mejilla de su amigo. Notó la sorpresa del príncipe. Lo vio recordar ese gesto herraní, pero también vacilar antes de corresponderlo. Eso lo entristeció. Dejó caer la mano. Trazó con los dedos una talla del armazón del catre, sintiéndose incómodo por haberle arrebatado la cama a Roshar.

—¿Dónde vas a dormir?

—No te preocupes. Estarán encantados de recibirme en muchas camas.

Después de que el príncipe se marchara, Arin le preguntó a Kestrel:

—¿Por qué ha ido tan mal la batalla?

La pregunta la disgustó.

—¿Eso es lo que quieres saber?

—Es importante.

—¿Más importante que el hecho de que casi te mueres?

—Pero no me he muerto.

Ella respondió con voz abrupta:

—Mi padre tiene demasiada pólvora. Demasiados soldados. Demasiada experiencia.

—Pero ¿cómo ganó exactamente?

—Le bastó con un ataque frontal completo, en cuanto eliminó los cañones de mano. No vi todo lo que ocurrió.

La culpa palpitó al ritmo del latido doble que Arin notaba en la cabeza.

—Porque te alejaste conmigo.

A Kestrel se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento —se disculpó él—. Hablemos de otra cosa. De lo que tú quieras.

Kestrel abrió la boca. La cerró. Luego dijo en voz baja:

—¿Te acuerdas del mosaico?

—Sí.

—Cómo encajaba todo. Como si cada azulejo quisiera estar junto a los otros.

—Sí.

Pero Arin estaba confundido, no sabía qué significaba el mosaico para ella, o qué la había hecho pensar en eso ahora. Kestrel habló de él como si intentara explicar que la izquierda era en realidad la derecha, o que era a la vez la izquierda y la derecha... lo que le hizo darse cuenta de que él sabía que la izquierda y la derecha eran importantes, pero no podía captar qué significaban ni qué las diferenciaba. Cerró los ojos.

—Arin, no.

—Solo un ratito.

—No. —Kestrel le aferró la mano.

—Chist.

—Historias —soltó ella de pronto—. El mosaico contaba historias, ¿verdad?

—Sí, muy antiguas.

—Voy a contártelas.

Arin entreabrió los ojos. No recordaba haberlos cerrado.

—¿Conoces esos relatos?

—Sí.

Pero no era verdad. Quedó claro en cuanto empezó a hablar. Conocía fragmentos sueltos que fue juntando sobre la marcha de formas que lo habrían hecho sonreír si no le doliera sonreír.

–Tú –murmuró– eres una farsante.

–No me interrumpas.

La mayor parte era pura invención. Kestrel se acordaba de las imágenes: Arin se alegró al comprobar lo vívidamente que recordaba los detalles del suelo del templo. Qué dios se enroscaba alrededor de cuál o cómo la lengua de la serpiente se dividía en tres. Pero las historias que le contó tenían poco que ver con la religión de los herraníes. A veces, ni siquiera tenían sentido.

–Hazlo otra vez –le pidió Arin–, cuando tenga fuerzas para reírme.

–¿Lo hago tan mal?

–Hum. Puede que no. Para ser valoriana.

Pero, al final, todo se volvió lento, deshilvanado. Arin pensó en algodón crudo fragmentándose, dejando un rastro de fibras. Puede que Kestrel hubiera estado hablando durante horas. No estaba seguro. ¿Cuándo había apoyado ella de nuevo la mejilla contra su corazón? El pecho de Arin subió y bajó.

–Arin...

–Ya lo sé. No debería dormirme. Pero es que estoy tan cansado...

Kestrel lo amenazó. Pero él no oyó la frase completa.

–Acuéstate a mi lado –murmuró. Le preocupaba que estuviera arrodillada en el suelo.

–Prométeme que no te vas a dormir.

–Te lo prometo.

Pero no lo dijo en serio. Sabía lo que ocurriría. Kestrel se acomodó a su lado. Todo se volvió demasiado blando, demasiado oscuro, demasiado sedoso. El sueño lo arrastró. Arin suspiró y se dejó llevar.

CUANDO KESTREL DESPERTÓ, ARIN NO ESTABA.

El corazón le retumbó contra las costillas y se negó a tranquilizarse, ni siquiera cuando salió de la tienda y lo encontró haciendo té bajo el sombrío tono azul del cielo previo al amanecer. Arin avivó la pequeña fogata.

–¿Qué te crees que estás haciendo? –le espetó.

–He encontrado una caja de té en la tienda. –Arin reparó en su expresión–. A Roshar no le importará.

–A mí me importa.

La mirada de Arin pasó de ella a la cacerola de agua hirviendo.

–¿Qué pasa?

–No deberías haberte dormido.

–Me ha sentado bien.

Tal vez. Pero la hería verle el rostro, el oscuro moretón que se le extendía por la frente y la mejilla y le llegaba hasta la comisura del ojo. La piel rajada donde lo habían golpeado en la sien. Llevaba una túnica sucia, tal vez porque no quería manchar una limpia, y tenía los brazos desnudos salpicados de sangre seca. Una espantosa burbuja se expandió dentro del pecho de Kestrel.

–No debería haberme dormido.

–Lo necesitabas. La batalla. La huida a caballo. No debe de haber sido fácil.

–No, no lo fue.

Arin le dio vueltas en las manos a la caja de té cerrada. Las hojas secas susurraron.

–Gracias por salvarme.

–Pensé que estabas muerto. Que morirías.

Arin observó la caja.

–Sé lo duro que es ver morir a alguien.

–No a «alguien». A ti, Arin.

Él asintió con la cabeza, pero hizo una mueca de dolor y dejó la caja a un lado. No parecía creerla del todo.

Kestrel se sentó junto al fuego, apoyando el brazo doblado en una rodilla levantada que había acercado al pecho. Apretó la boca y el mentón contra la parte interna de brazo.

–Todavía te duele.

–Ya no tanto, así que tienes que hablar conmigo.

–Eso hago, Arin.

–De la guerra.

Ella lo miró.

–No podemos retirarnos a la ciudad –opinó Arin.

–No podemos hacerles frente en una batalla en campo abierto. No a toda la fuerza valoriana. Lerralen lo demostró.

–Invitarlos a sitiar la ciudad no es la solución. Yo ya intenté una vez conservar la ciudad contra el general. Él superó enseguida mis defensas. Abrió una brecha en la muralla.

–Ya está reparada. Y esta vez tienes al este de aliado.

–Si ahora mismo no estuvieras intentando protegerme con falso optimismo, ¿qué me dirías de verdad?

El cielo se había iluminado. Kestrel oyó cómo el campamento empezaba a salir de su letargo.

–Sé sincera.

–Sobre la guerra –dijo ella con voz monótona.

La expresión de Arin cambió ligeramente. Se colocó el pulgar contra la mandíbula, extendiendo los dedos sucios sobre la cicatriz de la mejilla.

–¿Hay otra cosa?

La fatiga de Arin. Sus moretones. El dolor que intentaba ocultar. La forma en la que al corazón de ella le habían salido escamas. Pero por dentro ardía como una brasa encendida.

–Ambos sabemos qué ocurrirá si nos retiramos a la ciudad –añadió él.

Así que Kestrel lo dijo:

–El este podría echar un vistazo a sus bajas, ver una derrota probable y marcharse... aunque Roshar quisiera quedarse.

–Y, entonces, se acabó. –Una emoción descarnada se reflejó en los ojos grises de Arin–. No puedo perder. No me quedará nada si lo hago.

–Eso no es cierto.

Pero él se había puesto en pie. El campamento había despertado. La pequeña fogata se había apagado. El té, olvidado, se había enfriado.

Kestrel mantuvo la cabeza gacha.

–Debemos retirarnos tierra adentro hasta que se me ocurra algo mejor.

Arin se acercó a ella, sus pasos apenas hicieron ruido sobre la pálida tierra arenosa cubierta de briznas de hierba. Le tocó la nuca, deslizando los dedos hasta los primeros huesos de la espalda. Le enganchó el cuello de la camisa con delicadeza.

Kestrel sintió que la piel le cantaba con tanta fuerza que no se le ocurrió nada que decir, mucho menos lo adecuado, y, para cuando comprendió que debería hacerlo, que ese era el momento, que no le dolería decir lo que sentía, que podía entregarle su amor a alguien sin que eso la destrozara, Arin ya se había ido.

Roshar había hecho que le trajeran una litera a Arin. Este le echó un vistazo, y a los hombres a los que les habían asignado llevarla, y dijo:

–No.

–Idiota –contestó el príncipe con sorna–. Te dejaron inconsciente de un golpe. Tienes una pinta espantosa. Súbete a la litera.

–Iré en una carreta –decidió Arin, refiriéndose a los carros que transportaban a los heridos–. No necesito un trato especial.

–Ah, sí, claro que sí.

Kestrel nunca había visto a Roshar tan enfadado.

–¿Por qué? –Arin lo miró con los ojos entrecerrados–. ¿Porque te preocupo o porque quieres enviarle un mensaje al ejército?

A Kestrel se le ocurrieron dos mensajes: demostrarles a los dacranos que el líder herraní que supuestamente había sido tocado por una mano divina era débil o demostrarles a los herraníes que el príncipe oriental valoraba a Arin. Quizás ambos.

En la boca de Roshar se dibujó una sonrisa de descontento.

–Pues iré a caballo –anunció Arin.

Cuando anocheció y el ejército acampó en una colina baja poblada de arbustos con gruesas y relucientes hojas verdes, Roshar se encontraba junto a su tienda mientras un oficial la montaba. Los dedos del príncipe tamborileaban sobre los músculos de los brazos cruzados.

Kestrel no sabía dónde estaba Arin. Pensó que habría ido a abreviar a su nuevo caballo en un arroyo situado cerca del campamento; sin embargo, cuando la tienda de Roshar estuvo montada y el sol se hubo puesto, y Arin todavía no había regresado, la envolvió una gélida neblina de ansiedad.

–Estará más cómodo ahí. –Roshar señaló la tienda con un gesto del mentón.

–¿Y tú?

Él se encogió de hombros.

–A Arin no le gustará.

–Me trae sin cuidado. –Entonces añadió, hablando atropelladamente–: La litera no era simbólica. No había un mensaje oculto. No todo el mundo habla en código. Solo quiero que se ponga bien.

–Creo que ya lo está –respondió Kestrel despacio.

Había estado observándolo durante el día y, aunque se le había demacrado el rostro, parecía deberse más al cansancio que al dolor. Se había mantenido sobre la silla sin problemas y había respondido a sus miradas de soslayo con una leve sonrisa. La preocupación de Kestrel se había aliviado.

Aunque no del todo. No lo suficiente como para impedirle registrar el campamento después de que Roshar la dejara junto a la tienda armada. No lo suficiente como para estirar los dedos, que se habían

convertido en puños después de que el húmedo tono añil del cielo se hubiera oscurecido. Regresó a la tienda y encendió un farol. Dentro, se frotó los brazos como si tuviera frío, observando la mecha encendida. Pretendía medirla. Después de que se quemara hasta cierta marca, saldría a buscarlo. Pero la mecha apenas había empezado a chisporrotear cuando agarró el asa del farol, se lanzó hacia la puerta de lona de la tienda... y chocó contra Arin, que estaba entrando.

Kestrel ahogó una exclamación.

—¿Dónde has estado?

Él se pasó una mano por el pelo mojado y se miró la camisa húmeda. Arin olía a jabón.

—Pues...

—¿Te has dado un baño?

—«Baño» hace que un frío arroyo suene tan glamuroso...

—¿En la oscuridad?

—Hay luna.

—Estaba a punto de hacer que Roshar me ayudara a encontrarte.

—Ah, me he cruzado con él. Me ha mandado aquí... enérgicamente. —Arin enarcó las cejas, impresionado—. Lo ha expresado de una forma muy creativa.

Kestrel se dio cuenta de lo cerca que estaba de él. El farol que sostenía en alto proyectaba una luz dorada sobre el rostro de Arin, iluminando la punta del ápice de la tienda. Irradiaba un ligero calor entre ambos. Se apartó.

Él le tocó la tensa mano que aferraba el farol.

—¿Qué pasa, puñitos? Tanto tú como Roshar estáis enfadados. Lo único que he hecho es recibir un golpe en la cabeza.

—Y dormir. Y cabalgar. Y bañarte.

—Bueno, estaba asqueroso.

Kestrel se volvió y se dirigió a la mesa dando grandes zancadas. Depositó allí el farol, casi con violencia.

Arin la siguió.

—No sé cómo demostrarte que estoy perfectamente.

Ella siguió dándole la espalda. Algo atroz le subía por la garganta.

—Tuve suerte —dijo Arin—. Te tenía a ti. Y una cabeza dura. Y la gracia de mi dios.

—Maldito sea tu dios.

Arin le agarró el brazo por encima del codo. Kestrel se volvió hacia él. Todo rastro de humor se había borrado del rostro de Arin. Tenía los ojos muy abiertos, con una expresión apremiante.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Puedo decir cualquier cosa. Cualquier cosa salvo lo que de verdad importa.

—Kestrel, retíralo. Lo vas a ofender.

–Tu dios te pone en peligro.

–Él me protege.

–Eres un juguete para él.

–Te equivocas. Me quiere.

Pronunciar esas palabras lo hizo parecer muy solo. Arin le recordó a unas velas que se curvan al viento, llenas y vacías al mismo tiempo. Kestrel descubrió que estaba celosa de su dios. Los repentinos celos la apresaron con tanta fuerza que no pudo respirar.

–Es cierto –insistió Arin.

Entonces se dio cuenta de que lo había herido, de que él valoraba todavía más el amor de su dios porque temía no encontrarlo en ninguna otra parte. Su enfado se esfumó.

–Lo siento. Lo siento. Te pido perdón. Y a él también.

Arin la soltó. Su alivio era patente.

–En realidad no estoy enfadada con un dios, ni contigo.

Él frunció el entrecejo.

–Vale, sí, contigo, un poco. –Le dio un golpecito en el pecho y luego colocó la palma de la mano, con los dedos extendidos, contra su corazón. Él se quedó inmóvil–. ¿Por qué te cuesta tanto cuidarte?

Arin guardó silencio. Kestrel le apoyó el pulgar en el hueco entre las clavículas. Notó que el pulso le daba un brinco, y el de ella respondió. Se le aceleró, fue como si se le escapara de las manos, y ya nunca podría atrapar a su corazón, nunca podría inmovilizarlo, nunca podría mantenerlo a salvo.

Kestrel no quería mantener su corazón a salvo.

–¿Por qué no puedes ver que hay gente que te aprecia? –le dijo.

»Yo te aprecio –le dijo.

–Ya lo sé. Pero... –Él le examinó el rostro–. Cualquiera sentiría lo mismo por un amigo.

–Eres más que un amigo.

–En el campo de batalla, te quedaste...

–Por supuesto que sí.

–Posees un gran sentido del honor. Siempre ha sido así. Creo que piensas que me debes algo.

–Me quedé porque te quiero.

Arin se estremeció y apartó la mirada.

–No lo dices en serio.

–Claro que sí.

Fuera, la noche pareció hincharse contra la tienda. El farol olía como una piedra caliente. El rostro de Arin se fue relajando poco a poco. Tocó la mano que ella apretaba contra su corazón. Fue una caricia ligera, secreta, casi como si no estuviera seguro de aquellos nudillos, de los finos tendones fuertes como hueso. Entonces, Kestrel notó que ya estaba seguro.

No se oyó ningún sonido cuando la besó. Ni cuando ella le desenhebró las cintas de la camisa y localizó su piel.

Arin le agarró el cinto de la daga, flexionó los dedos una vez alrededor del cuero y, luego, simplemente lo aferró. Susurró algo en la boca de Kestrel que casi era una palabra. Pero que perdió forma y se convirtió en otra cosa.

La soltó. Kestrel oyó el susurro de la tela mientras él se pasaba la camisa por encima de la cabeza y rozaba el techo inclinado de la tienda con la punta de los dedos como para mantener el equilibrio. Tenía las costillas vendadas con gasas y el cuerpo lleno de cicatrices. Unas antiguas, mal curadas y abultadas. Otras, rosadas y recientes. Unos surcos pálidos le recorrían los hombros; parecían huellas de zarpas, casi deliberadas, como un tatuaje. Las tocó, llevada por la curiosidad.

Él se mordió el labio.

—¿Te duele?

—No.

—¿Qué son? ¿Qué te pasó?

—Te lo contaré. Luego.

Arin le deslizó la mano por la camisa, que era oriental, como la suya, sin cuello. Estaba raída en algunas partes. Deshilachada alrededor de la garganta. Tocó la tela de esa zona, frotándola entre los dedos. A continuación, le abrió la camisa y ella sintió como si la realidad se hubiera vuelto más grande y trémula: una gota de agua en la punta de un alfiler.

—Kestrel... yo nunca...

Kestrel le susurró que aquello también era nuevo para ella.

Se produjo una larga pausa.

—¿Estás segura de que quieres...?

—Sí.

—Porque...

—Arin.

—Tal vez tú...

—Arin.

Kestrel se rio, y él también, conscientes de que ya habían dado con la cama. Se habían desprendido de las palabras. Tal vez las palabras reposaban en el suelo, acurrucadas entre la ropa, enroscadas en el cinto desabrochado de la daga. Quizá, más tarde, recuperarían el lenguaje y lo recompondrían. Harían que tuviera sentido. Pero ahora no. Ahora solo existían el tacto y el sabor y el sonido.

Cuando Arin se introdujo en ella, Kestrel se alegró de tener la lámpara encendida, que proyectaba un brillo borroso sobre la piel de él. Le gustó la forma en la que dejaba ver la negra cortina de pelo húmedo de Arin, la carne y las cicatrices que lo componían. Kestrel no apartó la mirada en ningún momento.

Más tarde, cuando estaban relajados, Arin bajó la mirada hacia donde ella yacía. Estirado a su lado, se incorporó sobre un codo.

–Creo que no estoy despierto. –Las puntas de sus dedos flotaron sobre ella: nariz, pestañas, trenza enmarañada, hombro–. Eres tan guapa...

Kestrel sonrió.

–Como tú.

Arin tosió con escepticismo y arrugó la cara. Encontró la punta de la trenza y le rozó la mejilla con ella como si fuera un pincel.

–Es cierto –insistió Kestrel–. Nunca me crees cuando lo digo.

La mecha del farol silbó y el aceite chisporroteó. Se apagaría pronto.

–Me encantan tus ojos –le aseguró–. Desde el principio.

–Son normales y corrientes.

–No, ni hablar. –Le recorrió la cicatriz de la cara–. Esto. –Él se estremeció–. Me encanta esto. –Le mordió la mandíbula–. Y esto. –Siguió tocándolo.

–¿En serio?

–Sí.

–Esto también. –No era exactamente una pregunta.

–Eso también.

Kestrel sintió que la risa lo recorría, y también algo más, más sosegado e intenso.

–Tu boca –añadió ella– no está mal.

–¿No está mal?

–Es bastante tolerable.

Él enarcó una ceja.

–Te lo demostraré.

Dejaron de hablar.

POR LA MAÑANA, CUANDO ROSHAR LES VIO LA CARA, puso los ojos en blanco.

–Quiero que me devolváis mi tienda –exigió.

Kestrel soltó una carcajada.

Kestrel cargó las alforjas de *Jabalina* mientras oía los sonidos del ejército levantando el campamento: golpes y repiqueteos, alguien orinando contra un árbol, el tintineo de los arreos de los caballos, el áspero susurro de la tierra al lanzarla sobre un fuego. *Jabalina* sacudió la cola. Cerca de allí, Arin estaba comprobando los cascos de su caballo: una yegua que Kestrel tardó un momento en reconocer. Su anterior caballo había quedado en la playa. El dueño de este seguramente estaría muerto.

Arin ajustó la cincha de la silla. Mientras deslizaba de nuevo las manos por el caballo, le dijo a Kestrel:

–¿Por qué crees que no nos han atacado todavía?

Ella abrochó despacio una alforja abierta.

Arin añadió:

–Eso no es lo que quiero preguntarte.

Tenía los ojos cansados, la boca un tanto hinchada y su piel bronceada mostraba una especie de tono bruñido. Kestrel supuso que ella también debía de tener ese aspecto: pulida por el deseo, como una piedra de río que está tan lisa que brilla.

–Ojalá... –Arin se interrumpió y, por cómo recorrió el ajetreado campamento con la mirada, ella pensó que había estado a punto de decir que ojalá no hubiera guerra, o que pudieran perderse el uno en el otro sin perderlo todo.

Pero eso no era del todo cierto para ninguno de los dos, y Kestrel necesitaba ganar esa guerra tanto como él.

–No nos han atacado porque mi padre está afianzando su posición en la playa. Abasteciendo a sus tropas. Y recuperándose también. Fue una victoria costosa. No le hace falta eliminarnos ahora, cuando su ejército será más fuerte luego. Pero se pondrá en marcha pronto. Se irá apoderando del territorio por el camino hasta llegar a la ciudad.

–¿Y? –Arin la miró.

–Y –prosiguió ella a regañadientes– piensa que conquistará la ciudad sin demasiados problemas.

–Nos estamos metiendo en una trampa.

–Sí, pero...

Arin aguardó.

–Nos hace ganar algo de tiempo –explicó Kestrel–. Si nos retiramos en lugar de simplemente aparentar que nos retiramos, y sus exploradores se lo comunican, podremos encontrar un modo de contraatacar que lo pillaré desprevenido. A veces es mejor hacer algo en lugar de fingir... sobre todo si no piensas llevar lo que haces al término que tu enemigo espera.

–¿Qué piensas hacer?

Kestrel le acarició el hocico a *Jabalina*.

–No estoy segura.

–La pólvora es el principal problema. Si los valorianos no tuvieran tanta, tendríamos alguna posibilidad de derrotarlos.

–Bueno...

–¿Qué?

–Puedo destruirla.

Arin se frotó la nuca y arrugó el entrecejo mientras la escuchaba explicar lo que tenía en mente.

No le gustó.

–Sabes que voy a hacerlo de todas formas.

Arin se apartó de su caballo, sacudiéndose de las manos la tierra de los cascos del animal. Cuando se acercó a ella, Kestrel se sintió como si hubiera entrado en casa, después de estar fuera al frío, y se hubiera situado junto a un fuego. Arin tocó la daga que ella llevaba a la cadera y pasó el pulgar sobre el símbolo de la empuñadura: el círculo dentro de otro círculo.

–El dios de las almas –dijo Kestrel–. Ese es su símbolo.

–La diosa –la corrigió con suavidad.

Kestrel no estaba segura de cuánto tiempo hacía que sabía lo que significaba aquel símbolo. Puede que mucho. O puede que apenas se hubiera dado cuenta la noche anterior. Era la clase de revelación que, una vez que hace acto de presencia, parece haber estado ahí desde siempre.

La expresión de Arin reflejaba dulzura y embeleso y perplejidad.

–¿Te sientes diferente? Yo sí.

–Sí –susurró ella.

Arin sonrió.

–Es raro.

Sí, lo era.

–Podríamos llegar a Lerralen al anochecer –sugirió Kestrel–, si forzamos a los caballos. ¿Vendrás conmigo?

–Ay, Kestrel, no hace falta que me preguntes eso, nunca.

El sol ya se había puesto cuando llegaron a los arbustos retorcidos por el viento que bordeaban la playa. Más allá se veían las fogatas del campamento enemigo; el aire negro azulado olía a humo y sal.

Kestrel limpió su armadura valoriana, se ató una daga de aspecto tradicional que había sacado del carro donde guardaban las armas y le entregó a Arin sin mediar palabra la que él le había fabricado.

—No me entusiasma mi papel en esta misión en particular —se quejó él—. Básicamente, consiste en ver cómo te metes en la boca del lobo.

—Te olvidas de algo.

—¿Eso? Eso no es nada.

—Podrías resultar herido.

Él se quedó mirándola.

—No.

—¿Nunca tienes miedo de lo que podría pasarte?

—No de algo como esto.

—Entonces, ¿de qué?

Arin se observó las manos.

—A veces... pienso en quién era. De niño. Hablo con él.

Kestrel preguntó despacio:

—¿Como con tu dios?

—Es diferente. O tal vez pienso en él como mi dios piensa en mí. Le he hecho promesas a ese niño. Me preocupa no poder cumplirlas.

—¿Qué le has prometido?

—Venganza.

—La tendrás.

Arin asintió con la cabeza, aunque más bien como simple respuesta que como gesto de confianza real.

Kestrel lo miró en medio de la penumbra cargada de humo. Había la suficiente claridad como para ver su expresión y la suficiente oscuridad como para que su cuerpo se confundiera con las sombras. Pronto anochecería por completo. Las olas se plegaban y despleaban contra la orilla.

—Deberíamos esperar a que salga la luna —dijo Kestrel—, antes de bajar al campamento.

—¿Y qué haremos mientras esperamos? —murmuró él.

Ella se llevó los dedos de Arin a los labios para que pudiera notar que sonreía.

La mano de él se deslizó a lo largo de su trenza y jugueteó con la tira de cuero que la ataba. Deshizo el nudo. El sonido que produjo al soltarse fue tan suave como un suspiro. Arin le destrenzó el cabello y la acercó a él.

Cuando la luna estaba en lo alto, Kestrel y Arin reunieron lo que necesitaban y bajaron a la playa, manteniéndose cerca de los desgredados arbustos y fundiéndose con sus sombras. Aguardaron, agachados cerca del borde del campamento, desde donde podían ver los carros de suministros, cuyas abombadas cubiertas de lona parecían pálidas setas a la luz de la luna.

Por fin, un centinela que estaba haciendo la ronda pasó cerca de su escondite. Arin asomó con un veloz movimiento, le tapó la boca con la mano y lo derribó sobre la arena.

—Ni un ruido —le ordenó Arin entre dientes al centinela mientras la punta de su daga le pinchaba el hueco situado detrás de la oreja. Lo obligó a levantar la cara hacia la luna. Aquel hombre tenía los ojos como platos y la piel, tirante y blanca—. Dinos en qué carro está la pólvora.

El centinela negó con la cabeza.

—¿Recuerdas el castigo para los esclavos fugitivos? —susurró Arin—. ¿No? Deja que te refresque la memoria. —Le deslizó la daga con suavidad sobre la oreja y por la punta de la nariz—. ¿Qué carro?

El valoriano negó con la cabeza de nuevo, pero esta vez su mirada saltó hacia uno de los carros más grandes.

Arin miró a Kestrel. «¿Suficiente?», preguntaron los ojos de él. «Sí», dibujaron los labios de ella, pero...

—No lo hagas —susurró Kestrel. Se le revolvía el estómago al ver al centinela apretado contra la arena, con aquellos ojos tan oscuros como los de su amiga de la infancia, como los de cualquier niño valoriano. Ojos brillantes, vidriosos a causa del tipo de miedo que un niño aprende a ocultar con el paso del tiempo. Pero la muerte provoca eso. Te hace olvidar lo que sabes—. No lo hagas —le dijo de nuevo a Arin.

Él vaciló y luego estrelló el pomo de la daga contra la cabeza del hombre, dejándolo inconsciente.

—Sé rápida —le pidió.

Kestrel hizo un corte en la bolsita de pólvora que llevaba atada a la cintura. Notó cómo caía un chorrito de polvo del agujero. A continuación, se puso en pie y entró en el campamento.

Mantuvo la cabeza gacha; la apretada trenza le caía sobre un hombro. Tenía la cara sucia, se recordó mientras dejaba atrás las fogatas. Estaba cambiada. Se le había enrojecido el pelo... y parecía todavía más rojo a la luz del fuego. Seguro que nadie la reconocería. No con armadura. No así, sin rastro de cosméticos, ni ropas elegantes, ni sedas ni joyas ni una centelleante marca dorada de compromiso. No era ella misma. Era simplemente una de ellos. Solo otra valoriana más. Pero tenía la garganta seca y un nudo en el estómago.

Los carros no quedaban lejos. Para tranquilizarse, pasó los dedos por el hilito de pólvora que salía de la bolsa y pensó en que trazaba una línea entre Arin y ella.

Cuando llegó al carro hacia el que había mirado el centinela, dejó escapar un lento suspiro. Echó un vistazo dentro y vio, bajo el halo de luz de luna que atravesaba la lona, voluminosos montículos de sacos atados con cordeles.

—¿Qué estás haciendo? —soltó alguien.

Despacio, muy despacio, comprimiendo todo el repentino miedo en el sonido de su bota deslizándose por la arena, Kestrel se volvió.

Se trataba de una guardia. La mujer miró a Kestrel de arriba abajo.

—¿Por qué le interesa a una exploradora como tú ese carro?

El saquito que Kestrel llevaba a la cintura pesaba poco. Casi se había derramado toda la pólvora. ¿La guardia podía verlo en medio de las sombras?

—Estoy comprobando el inventario.

—¿Por qué?

Las palabras acudieron a sus labios antes incluso de recordarlas del todo.

—Por la gloria de Valoria.

La guardia retrocedió levemente, asombrada de oír la frase que indicaba una misión militar de cuyos detalles no se podía hablar.

—Pero... ¿una exploradora? —Observó de nuevo la armadura de Kestrel, cuyo color y material (cuero, a diferencia del acero que usaban los oficiales) indicaban su bajo rango.

Kestrel se encogió de hombros. La bolsa de pólvora vacía le colgaba floja contra la cadera.

—No os corresponde a vos poner en duda las órdenes del general.

—Por supuesto —contestó la guardia de inmediato, y se apartó mientras Kestrel pasaba a su lado... e intentaba no caminar demasiado rápido, aunque quería, quería echar a correr hasta las dunas.

Entonces, fue como si una fría mano de mármol se apoyara en su hombro, apretándola contra las huellas que dejaban sus botas.

No hay ninguna mano, se dijo. Nadie la había tocado.

«Muévete.»

Pero no pudo, igual que no pudo evitar levantar la mirada y ver, a menos de quince pasos de distancia, a su padre de pie bajo la luz anaranjada de una fogata.

Aquella imagen la agrietó como si fuera un huevo. Y del cascarón salió una criatura hecha de emoción: con dos cabezas, bultos por todas partes, alas de cuero, innumerables extremidades... una cosa que no debería haber nacido nunca. Hasta que vio el rostro de su padre, Kestrel no había sido consciente de cuánto lo quería todavía.

Estaba mal que sintiera eso. Estaba mal que el amor pudiera convivir con la traición y el dolor y la ira.

«El odio», se corrigió.

«No», respondió un susurro, la voz de una niña.

Su padre no la vio. Estaba contemplando el fuego. Tenía una mirada sombría y la línea de su boca reflejaba tristeza.

—Trajan —lo llamó alguien desde el otro lado del campamento.

Kestrel vio aproximarse al hombre de cabello plateado. Los soldados se apartaron de su camino como si fueran agua derramándose. El emperador se acercó a su general, cuyo rostro cambió y se llenó de algo

más viejo que ella.

La luz del fuego trazó líneas sobre la mejilla del emperador mientras se inclinaba para murmurarle algo al oído a su padre. Kestrel vio aquella leve sonrisa, y recordó cuánto disfrutaba el emperador con sus juegucitos, que podía realizar una jugada y esperar meses para ver adónde conducía. Pero ahora su expresión no era maquinadora.

Su padre contestó. Kestrel se encontraba demasiado lejos para oír qué se decían, pero lo bastante cerca para comprobar que su amistad era sólida y sincera.

Kestrel apartó la mirada. Se dirigió hacia las dunas, procurando no volver sobre sus pasos y arriesgarse a difuminar la línea de pólvora que, una vez encendida, debía arder directamente desde Arin hasta el carro. Los arbustos donde él la aguardaba eran densos garabatos negros. Notó que tenía las mejillas húmedas. Los soldados valorianos no la miraron al pasar. Se limpió la cara. La arena susurró bajo sus apresurados pasos. Dejó el campamento atrás.

Casi había llegado a los arbustos cuando oyó que alguien la seguía.

Caminando por la arena. Justo tras ella. Acercándose.

Kestrel aminoró la marcha, con la mano en la daga y el corazón en la garganta.

Se volvió.

—¿Kestrel?

KESTREL APARTÓ LA MANO DE LA EMPUÑADURA DE LA daga.

–Verex.

Allí, bajo la luz de la luna y con aire torpe, estaba el príncipe: alto y desgarrado, hombros estrechos, ojos grandes, pelo rubio suave y alborotado. Cuando sus miradas se encontraron, él dejó escapar un suspiro tan grande que el pecho pareció hundírsele.

–Estaba tan preocupado por ti...

Kestrel corrió por la arena y se lanzó en sus brazos abiertos.

–Intenté ayudarte –murmuró él.

–Ya lo sé.

–Envié una llave al campo de prisioneros.

–Me llegó.

–Me avergüenzo de mí mismo.

–Verex...

–No pude hacer más. Quería hacerlo. Debería haberlo hecho.

Ella se apartó y lo miró fijamente.

–Esa llave significó muchísimo para mí.

–No fue suficiente. Mi padre...

–¿Lo averiguó? –Se le heló la sangre–. ¿Te castigó?

–Me habló como si supiera que había sido yo. «Bueno, mi querido muchacho, ¿te has enterado? Una prisionera intentó escapar del norte. De algún modo (¿cómo crees tú que habrá sido?), una llave acabó en sus mugrientas manos.» Nunca admitió que la prisionera fueras tú. Nunca me acusó de haber enviado la llave. Simplemente me observó y sonrió. Me dijo... me contó que habían torturado a la prisionera. Que la habían matado. Y yo... –El rostro de Verex se contrajo.

–Estoy bien, estoy aquí.

No parecía convencido.

–¿Qué te hizo a ti?

Verex agitó una mano.

–Nada.

–Cuéntamelo.

–Nada importante. Creo que disfrutaba con eso: que yo lo supiera, que lo intentara. Que fracasara. Tengo mis espías en la corte (es imprescindible) y, cuando desapareciste, descubrí enseguida qué te había pasado. Él quería que lo supiera. En ningún momento comentó nada sobre tu ausencia, simplemente me informó de la historia que le contaría a la corte, y de que yo zarparía hacia las Islas del Sur. Dijo que

cuidaría de Risha mientras yo estaba de viaje. –Verex se guardó las manos en los bolsillos y encorvó los hombros—. Me dijo: «Ya sé cuánto aprecias a la princesa oriental».

–¿La...?

–No. –Se le endureció la voz—. Sabe que si le hiciera algo lo mataría con mis propias manos. Ella está a salvo en la capital.

–¿Qué haces aquí? Verex, tú no eres un guerrero.

Él soltó una breve carcajada.

–Yo habría dicho lo mismo de ti. Pero mírate.

–Me has reconocido.

–Tienes una forma particular de caminar. Vas dando zancadas.

–No esperaba ver al emperador aquí, y mucho menos a ti.

–Estoy aquí principalmente para que me vean. El emperador vino conmigo a la zaga para levantarles la moral a las tropas. Se han producido unos cuantos reveses militares en esta campaña. –Se quedó mirándola—. ¿Ha sido cosa tuya?

Kestrel no estaba segura de cómo contestar. Por primera vez, se le ocurrió que podría dar igual que Verex fuera su amigo. Quizá la apresara de todas formas.

Quizá diera la voz de alarma.

Quizá no podría ser su amigo cuando parecía tan evidente que ella era enemiga de su gente.

Kestrel retrocedió un paso y luego se detuvo cuando una expresión herida apareció en el rostro del príncipe.

–Creo –dijo Verex con amabilidad– que tu padre sabe que es cosa tuya.

–¿Mi padre?

–No le di mucha importancia antes; pero, después de la victoria valoriana en la playa, un oficial mencionó la emboscada en el camino cerca de Errilith. Dijo cosas sobre Arin. Lo que le harían si lo atrapaban vivo.

A Kestrel se le revolvió el estómago.

–Dijo algo sobre ese... esclavo con sus ingeniosos trucos.

Durante la pausa que hizo Verex, Kestrel pudo oír la sordidez de lo que no había repetido.

–Tu padre no comentó nada al principio. Luego dijo: «No son sus trucos. No son solo suyos». Y el oficial sonrió con suficiencia y contestó: «Os referís al bárbaro sin nariz». Pero, ahora, no creo que el general se refiriera al príncipe oriental. Después de la batalla en la playa, lo vi buscando... Examinó a los prisioneros. Les dio la vuelta a los cadáveres que había en la arena. Por la cara que tenía...

–No le digas que me has visto.

–Tal vez debería saberlo.

–Verex, no. Júramelo.

Él le escudriñó el rostro con aire de preocupación.

–Tienes mi palabra. Pero... –Se pasó una mano por el fino cabello y luego la miró con los ojos entrecerrados. Levantó la bolsa vacía que ella llevaba a la cadera, la dejó caer, se frotó los dedos y aspiró el inconfundible olor de la pólvora. El horror fue cobrando forma poco a poco en su cara—. ¿Qué estás haciendo aquí exactamente?

–Déjame ir. Olvida que me has visto, por favor.

–No puedo hacer eso. Me convertirías en responsable de lo que sea que vayas a hacer.

–Nadie saldrá herido si mantienes a la gente alejada de los carros de suministros. Invéntate alguna excusa. No morirá nadie.

–Esta noche, puede. Pero ¿y mañana, cuando necesitemos lo que planeas destruir? Vas a por la pólvora, ¿verdad?

Kestrel no contestó.

–Podría impedírtelo con tanta facilidad, en este mismo instante... –dijo él en voz baja.

–Si lo hicieras, le proporcionarías a tu padre otra victoria más.

Verex suspiró.

–La espantosa verdad es que parte de mí quiere complacerlo, a pesar de todo.

–No. Por favor, no lo hagas. No puedes hacerlo.

–Pero quiero hacerlo... y me odio por querer complacerlo, y no se me ocurre una forma de lograrlo sin hacerte daño. Tal vez tú podrías idear la forma, pero nunca me lo contarías. Caerías de nuevo en manos de mi padre, y en manos del tuyo, y yo nunca podría perdonármelo.

Kestrel le dijo que lo echaría de menos. Le dijo, en voz baja, mientras el sonido de las olas empujaba y tiraba de la noche, que desearía que fuera su hermano, que lo sentía y que estaba agradecida de haberlo conocido.

Únicamente se oyó el sonido de las olas mientras Kestrel se alejaba.

Cuando llegó junto a Arin, él soltó los arbustos que había apartado y bajó la ballesta oriental que sostenía en las manos, lista para disparar.

–No lo habrías hecho –sentenció ella.

Arin la miró. Desde luego que lo habría hecho.

–Verex es mi amigo.

Arin sacó la flecha de la ballesta. Le temblaban los dedos.

–Lo saludaste como a un amigo –admitió—. Pero...

Ambos volvieron la mirada hacia el campamento. La delgada sombra del príncipe valoriano volvió lentamente sobre sus pasos. Se desvaneció entre la luz de las fogatas del campamento, a bastante distancia de los carros de suministros.

Kestrel se desató la bolsa vacía de la cintura y se sacudió las manos y la ropa.

–Cerillas.

Las manos de Arin todavía no estaban demasiado firmes. Intentó abrir la caja con torpeza. Kestrel la tomó, encendió una cerilla y la acercó al rastro de pólvora que había dejado tras ella. La pólvora chisporroteó, prendió y ardió a lo largo de la línea.

Echaron a correr.

La explosión iluminó la playa.

Se mantuvieron apartados del camino mientras regresaban en medio de la oscuridad. Seguían un ritmo lento. La luz de la luna teñía el terreno. Guardaban silencio, pero Kestrel sabía que no podía deberse al mismo motivo, porque no le había contado a Arin que había visto a su padre en el campamento valoriano. La imagen de su padre no la abandonaba. El amor que sentía por él se apretaba en su interior como un puño. Nervioso, magullado. Despreciaba ese sentimiento. ¿Acaso no era el amor de un animal maltratado que regresa sigilosamente junto a su dueño? Sin embargo, esta era la verdad: echaba de menos a su padre.

Le parecía algo demasiado atroz como para contárselo a Arin.

Pero al final, cuando se detuvieron para dormir, sin molestarse en montar una tienda, simplemente tumbándose en un hueco que habían creado aplastando la alta hierba con las botas, Arin habló. Le deslizó una mano bajo la túnica para tocarle la espalda desnuda y luego se detuvo.

—¿Te parece bien?

Kestrel quiso explicarle que había pensado que nunca soportaría que nadie le tocara la espalda llena de cicatrices, que debería repugnarlo y a ella también. Sin embargo, sus caricias la hicieron sentir suave y renovada.

—Sí.

Arin le levantó la camisa, buscando las marcas de los latigazos, siguiéndolas con los dedos. Ella se permitió sentirlo, y se estremeció, y dejó la mente en blanco. Pero una tensión fue aumentando. Él permanecía inmóvil, a excepción de la mano.

—¿Qué pasa?

—Tu vida habría sido más fácil si te hubieras casado con el príncipe valoriano.

Kestrel se incorporó para poder mirarlo a la cara. Ambos estaban impregnados de olor a pólvora. La piel de Arin olía como una vela recién apagada.

—Pero no mejor —contestó ella.

Al atardecer del siguiente día alcanzaron al ejército de Roshar, que curiosamente se había detenido demasiado pronto para acampar y bastante tarde para descansar un rato. Más que eso, la incertidumbre de los soldados era lo que le otorgaba un aire extraño al alto. Daba la impresión de que no habían recibido ningún tipo de órdenes. Seguían en formación, más o menos, y murmuraban entre ellos, con las armaduras puestas y los caballos ensillados. Varios permanecían sobre sus monturas. Una soldado herraní

jugueteaba con las riendas de su caballo. Un dacrano la observaba como si deseara que su caballo tuviera riendas para poder hacer algo con las manos vacías. Cuando Arin y Kestrel llegaron a la vanguardia, todas las miradas se alzaron. Los rostros se volvieron hacia Arin, buscando una explicación, aliviados porque allí, al fin, había una respuesta. Pero Arin ni siquiera entendía la pregunta.

–¿Qué ha pasado? –les preguntó a los dos soldados a caballo situados más cerca.

–Alguien ha venido buscando a nuestro príncipe –contestó el dacrano.

Arin miró a Kestrel, percibiendo la vacilación en la voz del hombre. Se preguntó si necesitaría traducirle aquellas palabras.

–¿Alguien se lo ha llevado? –le dijo ella al soldado en dacrano.

El hombre chasqueó la lengua. «No.»

–Pero he oído que él puso una cara espantosa. Que nadie se atrevía a mirarlo. A algunos les preocupa que ella...

–¿Ella?

–Traiga noticias del fin de la guerra. Que debemos abandonar la campaña y volver a casa. –El soldado miró a Arin de reojo–. Algunos esperan que sea así.

–¿Vuestra reina? –preguntó Arin.

Pero, de hecho, no era la reina quien había venido buscando a su hermano.

ROSHAR ESTABA ESPERANDO, SOLO, FUERA DE SU TIENDA. Kestrel vio a qué se refería el soldado sobre su cara. Ella se había acostumbrado a las mutilaciones del príncipe y ya casi nunca se fijaba. Pero ahora una emoción arañaba sus facciones de tal modo que los daños acaparaban todo su rostro: una máscara de pérdida, retorcida por la ira y la vergüenza.

Arin se acercó a él, con los ojos cargados de preocupación. Habló rápido en dacrano. ¿Cuál es el problema? ¿Qué ha pasado?

–Mi hermana no quiere hablar conmigo. –Carraspeó–. Si no estás presente. –Su mirada pasó de Arin a Kestrel–. Y tú también.

Kestrel recordó entonces que Roshar tenía más de una hermana.

Los tres entraron en la tienda. El príncipe fue el último; tenía los hombros tensos y su mirada vagó por todas partes salvo donde Risha permanecía de pie cerca del centro de la tienda, sin sus trenzas valorianas. Risha llevaba el cabello negro rapado al estilo oriental y los ojos bordeados con los colores de la realeza. Sus extremidades transmitían una sensación de agilidad. El aire en el interior de la tienda era caliente y denso.

–Hermana... –empezó a decir Roshar, y luego titubeó.

Ella lo ignoró. Su mirada se posó en Kestrel, que no entendía qué hacía allí la joven, ni la animosidad que parecía sentir contra su hermano, a quien no debía de haber visto desde que el imperio la tomó como rehén de niña.

–He venido a negociar –anunció Risha.

Su hermano, cuyo pesar era patente, contestó:

–Te daría cualquier cosa.

–Contigo no.

–Lo siento tanto. Risha, hermanita...

–Confío en ti –le dijo a Arin–. En cuanto a ella –indicó a Kestrel con un gesto del mentón–, Verex la tiene en gran estima.

–Me arrepiento de cada día que ha transcurrido desde la última vez que te vi –le aseguró Roshar.

–¿De qué es de lo que más te arrepientes? ¿De esto? –Señaló sus mutilaciones.

–No.

–¿De cómo dejaste que nuestra hermana mayor te convenciera?

–Sí.

–¿O de cuando viste a los valorianos apresarme?

–Sí.

–Quizá sea de cuando le explicaste a una niña que no estaría lejos mucho tiempo, que debía fingir sorpresa cuando la tomaran como rehén. Lo único que debía hacer era matar a un hombre.

Kestrel sintió la tensión que se había apoderado de Arin, la forma en la que miraba al príncipe. La preocupación de Arin era evidente, mantenía las manos inmóviles a los costados aunque ligeramente abiertas, como si su amigo pudiera hacerse añicos y él tuviera que estar preparado para atrapar los fragmentos.

–¿Acaso podía ser tan complicado matar a un hombre? –continuó Risha–. Sobre todo teniendo en cuenta el talento de esa niña. Cuánta elegancia. Qué habilidad con la espada. Un prodigio, sin duda. Nunca antes se había visto nada igual en alguien tan joven. Sí, asesinar al emperador valoriano debería resultarle fácil.

Entonces Kestrel lo entendió.

Roshar dijo:

–Me arrepiento de todo.

–A lo largo de los años, me he estado preguntando si eras débil por permitir que mi hermana te dominara o simplemente estúpido.

–No pensé...

–¿En lo que me ocurriría después de matar al emperador? Hermano, yo pensaba en ello mientras recorría los pasillos del palacio imperial. Mientras aprendía su idioma. Mientras jugaba con el pequeño príncipe valoriano. Pensaba en qué le harían los valorianos a la niña que asesinó a su emperador.

Kestrel sintió una opresión en los pulmones. Su padre, cuando se había negado a seguir siendo su padre, se había transformado en otra cosa. En un bloque de cristal opaco, tal vez. Quiso alzar el peso de la traición de su padre y mostrárselo a Risha, preguntarle si se parecía y pesaba lo mismo que aquel con el que cargaba ella, si alguna vez se volvía más liviano o se reducía como el hielo.

No obstante, Kestrel también vio la desgarradora expresión de los ojos de Roshar. Quizá no debería sentir lástima por él, pero así era.

Arin intervino:

–Di qué quieres.

Risha se acomodó en una silla de teca.

–Yo nunca mataré al padre de Verex. Pero... –agitó la mano en dirección a ellos tres– vosotros podríais, con mi ayuda. Deshaceos del emperador y podréis ganar esta guerra sin una batalla campal.

–Un momento –la interrumpió Kestrel. Con cautela, y ahora completamente concentrada, añadió–: Se supone que ni siquiera deberías estar aquí. Verex me dijo que estabas a salvo en la corte.

Al oír el nombre de Verex, parte de la ira de Risha se evaporó.

–Verex se había marchado. No había nada que me retuviera allí. Me escapé.

–¿Y te las arreglaste para llegar hasta aquí? ¿Así, sin más?

La princesa se encogió de hombros.

–No es difícil conseguir un salvoconducto si estás dispuesta a matar por ello.

Arin le preguntó a Kestrel en herraní:

–¿En qué piensas?

Ella se percató del cambio de idioma y comprendió que Arin creía que era seguro hablar en herraní, pero no se arriesgó a responder delante de Risha. No dijo que el general Trajan podía haber enviado a la resentida princesa oriental para ofrecerles una tentadora carnada. Kestrel temía que todo aquello fuera una trampa.

–¿Qué clase de ayuda nos ofreces?

–Puedo daros una ubicación donde se encontrará el emperador, separado del ejército, con una pequeña guardia.

–¿Cómo conseguiste esa información?

–En la corte.

A Kestrel no le gustaba aquello. Era demasiado fácil.

–Todavía no has dicho qué quieres sacar de este trato.

Risha mantuvo la mirada clavada en Arin.

–Prométeme que Verex no resultará herido. Que lo protegerás.

Arin contestó, sorprendido, a la defensiva:

–No quiero que le pase nada al príncipe valoriano.

Pero el rostro de Roshar cambió... y Kestrel comprendió de pronto por qué.

–No –le dijo al príncipe, alzando la voz–. No debes hacerlo. Su muerte no te serviría de nada. Deberías querer que él herede el imperio. Sería amigo del este.

–Eso da igual –repuso Roshar–. Nuestra reina hará pedazos el imperio si puede. Matar al emperador podría hacernos ganar la guerra. Verex podría convertirse en un aliado político. Pero, si hereda Valoria, ese país siempre supondrá una amenaza para nosotros... y para ti, Arin.

–Otra persona ocuparía el lugar de Verex –arguyó Kestrel–. Si el príncipe muriera, el senado elegiría un nuevo emperador.

Los ojos grises de Arin se volvieron inexpresivos.

–Al general valoriano.

Roshar se encogió de hombros.

–A menos que lo eliminemos también. Derriba todas las piezas principales en el Tierras Fronterizas ¿y qué le queda a tu oponente? La rendición.

–Te olvidas de una pieza importante en esta partida –señaló Risha–. Yo.

Los hombros de Roshar se tensaron. Kestrel sintió una creciente inquietud.

–Verex y yo nos casaríamos –anunció la princesa.

–Una alianza entre el este y el oeste –dijo Roshar despacio.

Kestrel buscó la mirada de Arin. Cuando sus ojos se encontraron, no supo interpretarlos.

–Malas noticias para ti, pequeño herraní –le comentó Roshar a Arin–. Tu península se perdería en medio.

El riesgo siempre había existido, aunque ganaran la guerra: que Herrán acabara de nuevo en manos del oeste o que se lo anexionara el este. Pero ahora Kestrel lo vio como si predijera el futuro: cómo un matrimonio entre el imperio y Dacra podría conducir a que una única potencia gobernara todo el continente. Herrán desaparecería.

–Decidid –exigió Risha–, o me marchó. Mi información por la seguridad de Verex. Sí o no.

Arin miró a Kestrel a los ojos. Le preguntaba, con un gesto adusto en la boca y los ojos entrecerrados, si aquello valía realmente la pena.

Kestrel pensó en la mano del emperador sobre el hombro de su padre.

En la llave que Verex le había enviado a la prisión del norte.

Un amigo. Un corazón noble.

Pero Roshar no se equivocaba.

Kestrel sabía qué elegiría su padre, si estuviera en su lugar. Comprendió que había llegado a depender de la voz que oía en su cabeza, que la había salvado en el campo de batalla. Incluso ahora, la simple idea de recibir los consejos de su padre le resultaba tranquilizador... aunque el hecho de que eso la tranquilizara la repugnaba.

Daba igual lo que elegiría su padre. Ella no era su padre.

–Sí –contestó Kestrel–. Acepto.

–En ese caso, yo también –añadió Arin.

Roshar se miró las manos.

–Nadie puede prometer la seguridad de nadie. Nunca. Mucho menos en una guerra.

–Podemos prometer intentarlo –le dijo Arin–. Y tú puedes protegerlo de la reina dacrana.

Roshar asintió con la cabeza, aunque distraído, con una mueca de incredulidad, como si alguien lo hubiera obsequiado con un retrato en el que sus facciones estaban completas, sus mutilaciones habían sido borradas, y no supiera cómo expresar con palabras lo equivocada que estaba esa visión de él.

–Le oí decir al líder del senado que, si Valoria lograba apoderarse de la playa, el emperador se dirigiría tierra adentro con un pequeño contingente para tomar la hacienda de Sythiah –dijo Risha.

–La mansión que hay allí es lujosa –comentó Arin–, pero no tiene nada estratégicamente interesante para el emperador ni para el ejército. Solo hay viñedos. Las uvas ni siquiera estarán maduras en esta época del año. Ofrece poca cosa en cuanto a suministros. La hacienda está situada al norte del camino que lleva a la ciudad, no resultaría práctica como base para atacar.

Kestrel, sin embargo, conocía al emperador.

–Pero ¿la mansión es bonita?

Arin alzó un hombro.

–Antes de la guerra, las vidrieras de colores eran famosas. Hay habitaciones que parecen estar hechas de luz coloreada. O eso se decía. No tengo forma de saberlo. Nunca las he visto.

–Al emperador le gusta la belleza.

La mano de Arin se crispó, como si hubiera estado a punto de tocarse, de manera compulsiva, la cicatriz que se le hundía en la mejilla izquierda, pero se hubiera contenido a tiempo. A Kestrel se le encogió el corazón al verlo recordar cómo lo había atacado el secuaz del emperador, cómo le había rajado la cara.

Ella no había estado presente cuando ocurrió. Sin embargo, lo visualizó ahora como si hubiera sido testigo de ello: paralizada, privada de sonido, con la garganta en carne viva y los huesos tan pesados como si estuvieran hechos de plomo.

Y se vio a sí misma en sus aposentos del palacio imperial, vestida de rojo, con los hombros adornados con alambre dorado. Kestrel había olvidado eso. Los recuerdos regresaron: el ceñido y precioso corpiño. Los pliegues de brocado carmesí. El emperador había escogido su vestido de novia. La había escogido a ella, la había cortado de la tela de su hogar y luego la había cosido al lado de su hijo. Había bordado el aspecto que tendría y en quién se transformaría. «Te he elegido, Kestrel, y te convertiré en todo lo que mi hijo no puede ser. Alguien digna de ocupar mi puesto.»

A Kestrel le costaba moverse, como si de verdad se hubiera convertido en una muñeca de trapo y los puntos le tiraran. Le tocó el brazo a Arin y notó cómo se le habían endurecido los músculos.

–Tú crees que solo busca destruir.

–Sí –masculló él.

–Siente debilidad por la belleza. Solo la destruye cuando no puede poseerla.

«Me pregunté –le susurró el emperador al oído– si de verdad era posible que traicionaras a tu país con tanta facilidad, sobre todo cuando prácticamente te lo habían servido en bandeja.»

–Le encanta dar forma a las cosas. –El recuerdo de una sensación de impotencia la envolvió. El príncipe y su hermana se volvieron borrosos, estaban presentes pero carecían de importancia. Se sentía rara; la sangre le hormigueaba como si algo estuviera brotando en su interior–. Cada pieza en su sitio, colocada a su gusto. Por eso le divierten los juegos. Ya sabes cómo una partida con una estrategia de juego perfecta se vuelve hermosa, ¿verdad?

Sí. Algo crecía. Con espinas. Una zarza.

La expresión de Arin cambió. Kestrel notó que él interpretaba su inmovilidad. Se preguntó si se habría quedado pálida. La preocupación se apoderó de las facciones de Arin.

–Kestrel, ¿puedo hablar contigo?

Fuera de la tienda, ya había anochecido.

Arin le acunó el rostro entre las manos.

–Tienes mala cara.

–Estoy bien.

–No. Parece como si una parte de ti hubiera desaparecido. Como si no estuvieras realmente aquí.

Como –apartó las manos– si estuvieras tramando algo.

Fue así como Kestrel cayó en la cuenta de que estaba tramando algo. Esa zarza que crecía en su interior era una idea.

–Kestrel...

Ella parpadeó y entonces se fijó en la expresión dolida de la boca de Arin.

–Cuéntamelo –le pidió él.

Kestrel empezó a hablar, pero él la interrumpió enseguida:

–Sin engaños.

–Ni se me ocurriría.

–Otra vez no. Después de todo. No me ocultes cosas.

–Arin, para querer que te cuente algo, te las estás arreglando muy bien para impedirme hablar.

–Ah. –Le dirigió una mirada compungida mientras se restregaba los ojos con el pulgar y el índice–.

Perdona.

–Risha podría estar tendiéndonos una trampa. No tenemos pruebas de a quién le es leal en realidad y, aunque sé que aprecia a Verex, eso podría situarla firmemente en el bando valoriano. Toda esta historia del emperador en la mansión de Sythiah podría ser una distracción. O, aún peor, podría hacernos caer en una emboscada. Pero también creo que el emperador abandonaría el campo de batalla para alojarse en una lujosa mansión famosa por sus vidrieras de colores. Lleva dos décadas dejando que mi padre libere sus batallas. Como dijo Verex, la presencia del emperador aquí es puro teatro. Es probable que Valoria gane esta guerra... y, dada nuestra derrota en Lerralen, la senda para que pueda apoderarse de la ciudad de Herrán parece razonablemente fácil. Haber destruido parte de sus reservas de pólvora nos ayuda, pero ellos siguen siendo más y su posición táctica es sólida. ¿Por qué no iba el emperador a cambiar el campamento del ejército por un colchón de plumas y una bonita vista de los viñedos? Sería propio de él.

–Entonces, iré allí con un pequeño equipo. Y lo asesinaré. La muerte me guiará.

–No. Se me ha ocurrido un plan mejor para ganar esta guerra.

Le contó lo que tenía en mente y luego regresaron a la tienda para pedirle ayuda a Roshar.

BAJO LA ROSÁCEA LUZ DEL AMANECER, ARIN ARRANCÓ UN puñado de hierba seca y esparció las finas hojas amarillas. Otra vez.

Kestrel, que estaba sentada a su lado, levantó la mirada de la tarea que tenía entre manos. Enarcó una ceja.

Así que Arin se detuvo. Sabía que simplemente se trataba de ansiedad, que si no hacía algo con las manos le temblarían.

Las de ella se mantenían firmes. Kestrel mojó un escuálido pincel que había hecho con pelo de caballo, una ramita y cordel en el pequeño frasco situado sobre un ancho tablón que se había convertido en una mesa improvisada. Había un juego de Muerde y Pica desplegado sobre el tablón, con todas las fichas boca arriba. Les dio la vuelta a cuatro y les pintó el dorso en blanco. El líquido se volvió transparente.

–Kestrel.

–Casi he terminado.

–Me preocupa que el emperador no acceda.

–Yo creo que lo hará.

–Pero esa apuesta...

–Le parecerá divertida.

–¿Se jugaría el resultado de una guerra?

–Quizá, por el placer de derrotarme. –Depositó el pincel sobre el tablón–. Pero no ganará.

Kestrel le dio la vuelta a la ficha de una serpiente y la acercó a una de las que había pintado. Estudió los dos dorsos de mármol en blanco. Parecían casi idénticos, salvo porque el pintado tenía un ligero brillo. Le dio unos toquecitos con el extremo de madera del pincel a la ficha pintada. No dejó rastro. La ficha se había secado.

Arin sentía que la angustia le carcomía las entrañas.

–Esta partida podría ir muy mal.

–Por eso estoy haciendo trampas.

–Incluso con las fichas marcadas.

–Es un buen plan.

–Sí, pero él solo aceptará jugar si cree que el resultado dará igual, aunque ganes. Eso es lo que lo divertirá: que esperes que cumpla su palabra. Y no lo hará.

–Todo forma parte del juego.

–Si algo va mal, te hará daño.

Kestrel se apartó del tablón y lo vio arrancar otro puñado de hierba. Sonó como si desgarraran una tela.

–Esta vez no –le aseguró ella.

Arin captó el olor del humo de la pipa de Roshar antes de oír acercarse al príncipe por su espalda. El sol se estaba poniendo. El cielo parecía caramelizado.

–Qué bonito –comentó el príncipe.

–Colores de tormenta. Se avecina una.

–Estaba pensando...

Arin percibió su tono suave y se volvió para mirarlo. Roshar rehuyó su mirada, pero tenía los ojos muy abiertos. Vidriosos. Arin estaba a punto de hablar cuando el príncipe carraspeó y dijo:

–Ahora es un buen momento para recordarte lo generoso que soy.

Arin se negó a dejarse arrastrar a una conversación sin sentido en la que Roshar se elogiaba y se burlaba de sí mismo a la vez. Sabía qué le preocupaba a su amigo.

–Dale tiempo a Risha. Acabará perdonándote.

Roshar prosiguió como si no lo hubiera oído.

–La generosidad personificada. Pides un aliado en la guerra y, hecho, aquí estoy. Reparto favores. Incluso a tu fantasma. Ella pide, y yo se lo concedo. Más aún, he seleccionado a cinco guerreros de élite para que las acompañen a ella y a mi hermanita a la mansión de Sythiah. Para serte sincero, estoy convencido de que bastaría con Risha para mantener a Kestrel a salvo, pero supuse que agradecerías la protección adicional.

Arin comprendió el rumbo que estaba tomando esa conversación, y fue como si la tormenta que había pronosticado ya hubiera llegado.

–No. Un momento...

–Un equipo pequeño es lo mejor para infiltrarse en la mansión. En silencio. Con eficacia. No más de siete personas.

–Ocho.

–Lo siento, Arin. Tú debes quedarte con el ejército.

–No puedes obligarme.

–¿Acaso no soy tu comandante?

El color del cielo se intensificó. Los tonos rojos y anaranjados tenían un toque resinoso. La rabia hizo que a Arin se le acelerara el pulso. Pero entonces oyó decir a Roshar en voz baja:

–Te necesito.

–¿Qué? –El aire se le escapó bruscamente de los pulmones.

–Puede que el emperador esté en Sythiah. Y puede que no. Lo que sabemos con certeza es que todo un ejército valoriano, cuyos efectivos nos superan ampliamente en número, vendrá por ese camino con un general que probablemente seguirá luchando a pesar de lo que ocurra en Sythiah. ¿Debemos apostar todo a la partida de Kestrel? Yo propongo que lidemos con los valorianos. Yo propongo que no nos retiremos.

–No me necesitas para librar una batalla.

Roshar ladeó la cabeza, encogiéndose de hombros, y abrió las manos como si esparciera semillas. Aquel gesto (un gesto herraní que se usaba para indicar duda) hizo que Arin se enfureciera todavía más.

–Es la verdad –insistió–. Te irá bien sin mí. Se te da bien la guerra.

Roshar lo miró a la cara. El príncipe se había aplicado hacia poco la pintura verde que le rodeaba los ojos. Su expresión era grave.

–A ti se te da mejor.

No le hizo gracia tener que contarle a Kestrel lo que Roshar le había pedido. Pero lo hizo mientras se concentraba en ajustar el farolito que habían colocado sobre la lona impermeabilizada que cubría el suelo de tierra de su tienda. El farol no ardía bien. El aceite era de mala calidad. Soltaba humo. Mientras hablaba, Arin toqueteaba el quemador y el tubo. Entonces se detuvo al darse cuenta de que estaba a punto de destruir aquel trasto.

Kestrel estaba sentada en el petate. El cabello suelto se extendía sobre sus hombros desnudos. Era del mismo color que la luz de una vela.

–Roshar tiene razón –dijo ella.

Arin forcejeó con el desasosiego que lo atenazaba, no sabía qué decir, temía pronunciar las palabras equivocadas. Al final, se decidió por la verdad, sin rodeos.

–Estás corriendo un gran riesgo. No quiero que tengas que hacerlo sola.

Kestrel estaba de perfil a él. El pelo se le había deslizado, ocultándole la mayor parte del rostro, pero se lo apartó y posó su mirada firme en la de él.

–Funcionará.

Arin pensó en las fichas de Muerde y Pica cuidadosamente guardadas en una bolsa de terciopelo. Se restregó la base de la mano contra la cicatriz de la mejilla y notó que Kestrel lo observaba en silencio, vio cómo cambiaba su expresión igual que lo hace una historia: de forma sutil, modificando los detalles. Reveladora. Lo tranquilizó un poco apreciar su inteligencia, tan vívida y clara.

–Te creo –contestó él–. Me quedaré con el ejército. Pero me extraña que Roshar haya cambiado de opinión. Estaba listo para retirarse a la ciudad.

–Ver a Risha lo ha alterado.

–Aun así. Cuesta saber qué quiere Roshar de verdad. –Le explicó que el príncipe podría reivindicar Herrán y que, para su gente, solo estaría tomando lo que era legalmente suyo.

Kestrel no dijo nada al principio. Luego comentó:

–No es propio de ti poner en duda la amistad de alguien.

Sorprendido y asqueado, Arin pensó en Tramposo, que había sido su primer amigo tras la invasión.

–Tal vez debería.

–Tal vez, si hicieras eso, dejarías de ser tú.

–¿Y tú? ¿Confías en Roshar?

Kestrel lo meditó.

–Sí.

Arin soltó un suspiro de resignación.

–Yo también... aunque no deba.

–Deja para mañana lo que le corresponde a mañana –repuso Kestrel, pero como si no estuviera prestando atención a lo que decía. Entonces se quedó inmóvil un instante. Apretó la mandíbula. Apagó el farol de un soplido.

Arin la abrazó.

–Cuéntame –murmuró. Notaba los latidos del corazón de Kestrel contra la palma de su mano.

–Solo significa que no deberías preocuparte por los problemas de mañana, sino ocuparte de los de hoy.

–Pero ¿por qué te disgusta esa frase?

–Era algo que solía decir mi padre. –Pareció volverse más pequeña entre sus brazos—. No puedo enfrentarme a él.

–No tendrás que hacerlo –le prometió.

Eso sí estaba en su poder. Arin sintió que su dios estaba escuchando. Sintió que la aprobación de su dios se posaba sobre él, ligera y cálida, como ceniza.

«Dámelo a mí», dijo la muerte.

Mientras Kestrel estaba a punto de quedarse dormida, a Arin se le ocurrió que el sentimiento que lo envolvía (delicado y difícil de identificar al principio, por resultar tan nuevo) era paz.

Se aferró a ese sentimiento para no perderlo.

A LA MAÑANA SIGUIENTE EMPEZÓ A LLOVER, Y NO MOSTRABA indicios de que fuera a escampar. El barro succionaba las botas de Arin mientras este ayudaba a Kestrel a preparar su caballo. La lluvia se intensificó; las gotas parecían piedrecitas.

Arin levantó la mirada hacia el cielo, entrecerrando los ojos.

–Es un día espantoso para cabalgar. –No soportaba verla partir.

Kestrel se secó el agua del rostro y le echó un vistazo a Risha, que había echado la cabeza hacia atrás bajo la lluvia y tenía los ojos cerrados.

–No para todo el mundo –contestó–. Además, la lluvia hará que sea menos probable que un explorador valoriano se dé cuenta de que un grupito abandona el campamento.

En efecto. A cierta distancia solo se veía una niebla gris. Arin se apartó el pelo empapado de la frente. Intentó sobrellevarlo. Sus nervios despedían chispas como la hoja de una espada contra la muela.

Kestrel le tocó la mejilla.

–La lluvia nos conviene.

–Ven aquí.

Kestrel sabía a lluvia: fresca, pura y dulce. Su boca se caldeó mientras él la besaba. Arin notó cómo se le pegaba la ropa a la piel. Perdió el control.

Ella murmuró:

–Tengo algo para ti.

–No hace falta que me des nada.

–No es un regalo. Es para que lo pongas a buen recaudo hasta que yo regrese. –Le colocó una pluma amarilla moteada en la palma de la mano.

La lluvia formaba una cortina tras Kestrel.

El suelo rezumaba. Arin se manchó los pantalones de salpicaduras de barro mientras ayudaba a cargar un carro de suministros. Estaba preocupado, no dejaba de pensar en las fichas de Muerde y Pica que Kestrel llevaba en la alforja, y el barro ralentizaba el trabajo. Se frustró.

«Ah, no sé yo –dijo la muerte, con cierto aire de suficiencia–. A mí me gusta el barro.»

Arin interrumpió lo que estaba haciendo. «¿Te gusta?»

No obtuvo más respuesta que la lluvia.

Arin pensó en su ejército. Pensó en el del general. Un plan fue tomando forma poco a poco, un plan que le provocó una emoción parecida al placer. Comprendió que se trataba de la promesa de venganza: justo al alcance de sus dedos.

En la tienda del príncipe, mientras la lluvia retumbaba con fuerza contra la lona, Roshar estudiaba el mapa en el que Arin había hecho unas marcas.

–Tu gente luchará mejor bajo la lluvia –dijo Arin.

–Podría dejar de llover para cuando nuestro ejército esté en posición.

–Pero seguirá habiendo barro. Piensa en esas pesadas armaduras valorianas que llevan los soldados de mayor rango. Nosotros usamos cuero. A la mayoría le costará moverse.

–No en un camino empedrado. –Roshar no estaba cuestionando el plan de Arin, sino examinándolo para poner a prueba su solidez–. Su caballería supera a la nuestra. El general tendrá en cuenta el terreno empapado a ambos lados del camino. A la infantería con armadura le va peor que a los caballos por el barro. Intentarán flanquearnos con caballería.

–Sí. –Arin dio un golpecito en el mapa donde había hecho unas marcas en el terreno plano que bordeaba el camino y se extendía liso y despejado, a ambos lados, hasta el bosque–. Exacto.

–¿Cómo es tener talento para manejar las armas? –le preguntó Kestrel a Risha mientras cabalgaban.

La princesa respondió con serenidad:

–No tienes pruebas de que posea tal talento.

Pero Kestrel recordaba una competición de tiro con arco en los jardines del palacio y cómo Risha había disparado flechas con deliberada mediocridad hasta que la última se clavó con tanta fuerza en el centro de la diana que atravesó la lona hasta media asta.

–Yo solía desear contar con ese talento. Y luego ya no. Ahora me gustaría de nuevo tenerlo.

Risha se encogió de hombros.

–Me ha proporcionado pocos beneficios.

–Roshar era aún más joven de lo que somos nosotras ahora cuando te llevó a territorio valoriano. Cuando te apresaron.

–Traicionaron.

–¿No accediste a ir con él?

La princesa se removió sobre la silla.

–No era más que una niña y estaba ansiosa por demostrar mi valía. Los niños buscan complacer. Lo intentan con todas sus fuerzas. Mis hermanos usaron eso en mi contra.

–Roshar ha sufrido por ello.

–¿Y qué? –Risha se giró en la silla para mirar a Kestrel. Le centelleaban los ojos, la lluvia hacía que la piel marrón le brillara y tenía los carnosos labios apretados.

–Podrías hablar con él.

–Quieres decir perdonarlo. –Risha resopló–. El perdón es tan... blando. Como todo este barro.

Kestrel pensó en el rostro de su padre iluminado por el fuego en la playa de Lerralen.

–Te arrastra –dijo Risha–. Tú lo sabes bien.

Tuvo la molesta sensación de no saber qué añadiría Risha, pero tampoco querer oírlo.

–Tú, que buscas la muerte de tu propio padre.

Los cuerpos estaban amontonados en una zanja a poca distancia de los viñedos de Sythiah.

La lluvia había borrado todo rastro. Aun así, Kestrel comprendió la historia.

La sintió filtrarse en su interior: cómo la compañía del emperador había tomado la mansión y había sacado a rastras a los herraníes que vivían allí. Cómo los habían obligado a caminar por la propiedad. En la zanja había una niña que había perdido un zapato. Tenía el piecечito negro por el barro. El zapato... Kestrel lo buscó bajo la lluvia, presa de un pánico y una necesidad crecientes, como si encontrar un zapato perdido pudiera borrar la imagen de los cadáveres cenicientos, la forma en la que una mujer muerta seguía aferrando la mano de la niña. Los insectos deslizándose sobre ellos. Un zapato podría llevarse el olor, el hedor a putrefacción que se notaba con intensidad en medio de la lluvia. Un zapato podría contener la bilis que había subido por la garganta de Kestrel.

No obstante, cuando encontró el zapato, enganchado en la raíz de un árbol, el interior de cuero todavía conservaba la forma del pie de la niña. Kestrel pudo sentir su huella.

El zapato no hizo menguar el horror. Lo plantó en las entrañas de Kestrel, con tanta contundencia como la patada de un hombre adulto.

•

Se agazaparon entre los achaparrados viñedos con los otros cinco soldados dacranos. Risha observaba el patio de la cocina de la mansión, que era el punto de entrada más vulnerable de la vivienda. Varias de las ventanas de la casa relucían a través de la lluvia nocturna.

Kestrel se pasó la lengua por los labios agrios y aferró la cartera. Se imaginó las fichas del juego repiqueteando dentro de la bolsa de terciopelo.

Recordó una cena con el emperador. Un postre servido con un tenedor de azúcar que se iba desintegrando. El hecho de que todos los encuentros con él siempre habían sido así: como si cada herramienta a su disposición se hiciera pedazos en sus manos. Recordó que, en los terrenos del palacio imperial, después de una cacería, había comprendido que el emperador le quitaría o mutilaría a su perra simplemente porque ella quería a aquel animal. «Mi padre necesita que lo ames más que a nadie», había dicho Verex.

«Debes tener cuidado», le había aconsejado.

«Si juegas contra mi padre, perderás.»

Una mano le tocó el brazo con suavidad.

–No te conozco bien –dijo Risha en voz baja–. Pero sé lo que Verex me ha contado de ti, y lo que veo por mí misma. No te hace falta talento con las armas. Tú misma eres tu mejor arma.

Se quedó mirando a la princesa, que se componía casi por completo de sombras... el simple destello de los ojos. Kestrel sintió un lento y ligero latido, un titileo en la sangre. Lo conocía bien.

Su peor cualidad. Su mejor cualidad.

El deseo de salir victoriosa, de dominar a su oponente.

Una veta de orgullo. Hambrientas hileras de dientes parecidos a los de un zorro rodeaban su mente.

Más tarde, al alba, cuando el emperador le arrebatara a Kestrel su daga y le apoyara la punta contra la garganta, recordaría que la mansión de Sythiah siempre había sido una trampa. La cuestión solo había sido si se trataba de una trampa que ella le tendía al emperador o de una en la que caería ella.

Kestrel le tocó la mano a Risha.

–Gracias.

Los siete se movieron por la oscuridad en dirección a la casa.

El día amaneció brillante. Despejado. Un trémulo lustre de agua se extendía sobre el camino que conducía a Lerralen, más profundo en las grietas entre las losas.

Arin y Roshar habían conducido al ejército hacia el oeste lo más rápido posible. Habían llegado a la ubicación que Arin había elegido.

La primera tarea: descargar los cientos de afiladas estacas que Arin había ordenado fabricar.

La segunda: clavarlas en la tierra empapada que bordeaba el camino.

La tercera: colocar sus últimos sacos de pólvora en el camino. Formando un apretado y mortífero montoncito.

Y la cuarta: esperar, intentar no pensar en Kestrel, en que a esas alturas habría llegado a Sythiah y podría haber jugado ya al Muerde y Pica con el emperador, y haber ganado o perdido.

Los siete fueron abriéndose paso por los rincones envueltos en sombras nocturnas de la mansión de Sythiah. Risha se movía con una fluidez etérea y, cuando se encontraron con dos soldados valorianos apostados en un pasillo, su cuchillo les rebanó la piel con tanta suavidad como si atravesara nata. Los valorianos no dejaron escapar ni un sonido. Había tanto silencio que se podía oír gotear la sangre.

Llegaron a las plantas superiores y empezaron a comprobar dormitorios. Kestrel sabía dónde estarían situados: según la arquitectura herraní, los dormitorios normalmente daban al este o al oeste. Risha entró sigilosamente, sola; el enfado hizo que su postura se tensara cuando los otros dacranos hicieron ademán de acompañarla. La princesa soltó un bufido bajo. No la siguieron.

Cuando regresó, su arma estaba más húmeda que antes.

–Ya basta –susurró.

–No debemos hacer ruido –le recordó Kestrel–. Necesitamos llegar a la habitación del emperador sin despertar a toda la casa. No podemos enfrentarnos a todos.

Risha resopló.

–Yo sí.

A la princesa se le estaba acabando la paciencia. La siguiente vez que se encontraron con guardias valorianos (dos de nuevo: un hombre y una mujer), permitió que uno de los soldados dacranos le disparase al hombre con una ballesta, pero apartó a la mujer de la trayectoria de la flecha a la vez que le tapaba la boca con la otra mano.

Risha apoyó su cuchillo contra la frágil piel situada bajo el aterrado ojo de la mujer.

–Quédate callada –le susurró– y conservarás los ojos. Llévanos a los aposentos del emperador.

La soldado los condujo a una ancha puerta de arce flameado. La madera era lisa, al estilo herraní, sin más tallas que las ondas de la jamba. Una lámpara de aceite relucía en el aplique del pasillo y el cristal de colores proyectaba una luz irisada sobre las vetas naturales de la madera.

–¿Aquí? –preguntó Kestrel. Se filtraba luz a través del ojo de la cerradura.

La mujer asintió con la cabeza.

Risha la mató. El cadáver se desplomó. La sangre manó hasta las botas de Kestrel. Ella se obligó a recordar el zapato perdido de la niña, las fichas de Muerde y Pica, la cicatriz de Arin, el hecho de que él oyera al dios de la muerte porque creía que no tenía a nadie más, las casitas en los trigales, su espalda desnuda en medio del frío aire de la tundra, la forma en la que solía desear que la droga nocturna la hiciera olvidar.

–Abre la puerta –susurró.

Uno de los dacranos, al que Roshar había escogido por su habilidad para eso, se arrodilló y desplegó un juego de herramientas envueltas en cuero, luego insertó dos de ellas (largas y delgadas, como agujas de tejer) en el ojo de la cerradura. Empujó y después hizo palanca con las herramientas hasta que oyeron el golpecito de los dientes de la cerradura cediendo.

El dacrano abrió la puerta con cuidado... con suavidad, como si su mano no fuera más que una ligera ráfaga de viento.

Entraron en la antecámara de los aposentos: Risha primero y Kestrel detrás de ella.

Los atacó la guardia personal del emperador, que había estado esperando mientras escuchaban el chasquido de la cerradura al ser forzada.

Arin situó al ejército en formación en el camino occidental. Hizo que las líneas de vanguardia se desplegaran, extendiéndose por el camino y la tierra húmeda que lo bordeaba, hasta llegar a los árboles. Detrás de la vanguardia, las líneas centrales estaban confinadas en el camino.

El caballo de Roshar sacudió la cola y se removi6. El príncipe observó el bosque.

–Esos árboles hacen que este lugar parezca una quebrada. No dispondremos de mucho espacio para maniobrar.

–Ni ellos.

La luz matutina era clara y pura, pálida como el interior de un limón. Arin se imaginó estrujándola en su boca. Tendría el mismo sabor que como él se sentía: punzantemente vivo.

Kestrel no pudo contarlos, no pudo ver cómo los guardias rajaban los cuerpos de los soldados dacranos, no pudo asimilar la velocidad de Risha, la forma en la que la princesa la había empujado contra una pared, creando un halo de seguridad a su alrededor. El susurro del cuchillo de Risha contra una tráquea. La princesa giró y danzó. Lanzó certeras cuchilladas. Contraatacó. Varios cuerpos se desplomaron en el suelo.

–Alto –ordenó alguien–. Quiero ver.

Los valorianos se apartaron. El cuchillo de Risha goteó sangre mientras trazaba un arco por el aire. Ella no pensaba obedecer esa voz. Kestrel le sujetó el brazo. La princesa se volvió, con cara de frustración, como si hubiera estado escuchando una voz cuyas últimas palabras se había perdido a causa de la interrupción.

El emperador se encontraba en el umbral donde la antecámara daba paso al resto de los aposentos. Su postura era cómoda y relajada. Durante un momento, el único sonido que se oyó fue el de la lluvia contra el tejado.

–Tú –dijo, asombrado, mientras su mirada se posaba en Risha.

Luego en Kestrel.

Abrió mucho los ojos con entusiasmo.

–Y tú.

El emperador soltó una carcajada.

Hacía un día resplandeciente. El sol pareció surcar el cielo, hasta llegar a su cénit.

Arin aguardó.

Nada.

Aguardó.

Nada.

Se tocó el duro armazón de cuero de la armadura. Oculto debajo: su pecho. Sus pulmones. Su piel. Una pluma amarilla moteada guardada dentro del bolsillo de la túnica, justo encima de su corazón.

«Olvídate de la pluma –dijo la muerte–. Tú eres el cami no.

»El sol.

»El cielo.

»El caballo que montas.»

Reconfortado, Arin comentó: «Los dioses solíais caminar entre nosotros».

«Cierto», respondió la muerte.

«¿Por qué os marchasteis?»

«Ah, hijo mío, fue tu gente quien nos abandonó.»

–Lady Kestrel, pareces una sucia salvaje. ¿Qué haces aquí?

Ella intentó hablar.

–¿Esperabas asesinarme mientras dormía?

Pero tenía la garganta demasiado seca.

–Tal vez has venido en busca de cotilleos de la corte. Seguro que la princesa bárbara ya te habrá contado todo lo interesante. ¿No?

Kestrel tragó saliva. Se miró la mano con la que aferraba la daga. Los bultos blancos de los nudillos.

–Me imagino que querrás tener noticias de tu padre. Déjame que te lo cuente. No te añora.

Kestrel oyó al emperador como si su voz le llegara desde muy lejos.

«No te echa de menos.

»Nunca lo ha hecho. ¿Recuerdas qué poco tiempo pasaba en casa? ¿Lo incómodo que parecía cuando estaba contigo? Tuviste que suplicarle que se quedara en la capital. Oh, sí, lo oí. Y, escucha, voy a contarte un secreto: se sintió aliviado cuando te envié al norte. Fue como si se hubiera quitado un peso de encima.

»Parecía más ligero.

»Más joven.

»Libre.»

La mirada del emperador pasó de ella a Risha y luego a los soldados dacranos, muertos en el suelo ensangrentado.

–Eres una chica con recursos, Kestrel, tengo que admitirlo. Has sobrevivido a las minas, la tundra, la guerra... hasta ahora. Te has buscado –su mirada se dirigió de nuevo hacia Risha– aliados interesantes. Pero mi guardia os supera en número, y solo tardaré un instante en despertar a toda la casa. No me arrepiento de muchas cosas, pero mi decisión de encarcelarte en lugar de matarte huele a escrúpulos... o, más bien, una innecesaria preocupación por el bienestar de tu padre. ¿Sabes que no te ha mencionado ni una sola vez desde que me contó tu traición?

–Nunca lo haría, sienta lo que sienta.

–En cualquier caso –dijo el emperador con suavidad–, podría hacer que te mataran ahora mismo y él nunca se enteraría. Y, si se enterase, ¿por qué habría de importarle? ¿Qué significaría para él la vida de una asesina en potencia sin honor?

–No he venido a asesinaros.

Él contuvo una leve sonrisa.

–He venido a retaros.

–¿Ah, sí?

–A una partida de Muerde y Pica. Si gano, le pondréis fin a la guerra. Os marcharéis. Cruzaréis el mar acompañado de hasta el último valoriano. Y nunca regresaréis.

El emperador soltó una especie de carcajada cargada de sorpresa. Deslizó los dedos por la arruga más profunda de su frente y luego extendió la mano con una floritura.

–¿Y qué obtendría yo si ganara?

–Lo que queráis. Cualquier cosa a mi alcance.

Él se dio golpecitos en los labios con un dedo, meditándolo.

–Eso no es mucho.

–Estoy segura de que se os ocurrirá algo.

–Y si accedo, y pierdo, ¿confiarías en que mantuviera mi palabra?

–Un valoriano cumple su palabra.

–Sí –contestó él, alargando la palabra–. Es cierto.

–Risha podrá irse, independientemente del resultado.

–Esperaré aquí –intervino la princesa–. Con vuestros guardias, si queréis. –Les dirigió una mirada despectiva, dejando claro que no consideraba que tuvieran muchas posibilidades de sobrevivir si decidía terminar lo que había empezado–. Hasta que acabe la partida.

Kestrel añadió:

–Jugaremos en privado.

–Pones bastantes condiciones –comentó el emperador–, pero este punto en particular no lo habría querido de otro modo.

–Entonces, ¿aceptáis?

–Debo admitir que tengo curiosidad.

–¿Aceptáis?

–Te aviso. Esto se me da mejor que a ti.

–Ya lo veremos.

Arin oyó un estruendo entre los árboles.

Un explorador herraní. Se acercó corriendo a Arin, con el rostro brillante de sudor.

Los valorianos se acercaban.

El emperador la condujo a su dormitorio. Las cortinas del dosel de la cama eran diáfanas y las sábanas estaban arrugadas. Kestrel pudo ver la marca que había dejado la cabeza del emperador en una almohada. La habitación olía a sus afeites: un bálsamo dulzón con un toque a pimienta en polvo. La lluvia tamborileaba contra los oscuros cristales de las ventanas.

–Lávate la cara –dijo el emperador.

Había una jofaina con un espejo en el rincón. Kestrel hizo lo que le había ordenado, aunque no tenía la cara demasiado sucia. La sobresaltó la desconocida del espejo y procuró no quedarse mirándola. Alcanzó a ver unos asombrados ojos claros, que parecían más claros a causa de la piel bronceada y pecosa. Un rostro fuerte.

Dobló la toalla y se reunió con el emperador, que se encontraba de pie cerca de una mesa octogonal. Había sacado una botella de vino y dos vasos.

–Serviré yo –se ofreció Kestrel, lo que hizo que él le dedicara una zalamera mirada de diversión.

Kestrel escanció el vino tinto, pero ninguno de los dos tocó su vaso. Ambos sabían que el otro sospechaba que había sido envenenado con algún juego de manos.

–Desármate.

–Lo haré si vos hacéis lo mismo.

El emperador se desabrochó el cinto de la daga y lo depositó con cuidado, aunque pesadamente, sobre la mesa. Los dedos de ella se movieron con torpeza mientras se sacaba el suyo.

La daga que Arin le había fabricado parecía sencilla junto a la del emperador... pero fuerte, como su inesperado rostro en el espejo.

–Interesante. –El emperador acarició la daga que descansaba sobre la mesa–. ¿Una nueva adquisición? Quizás este sea mi premio cuando gane.

–Si eso es lo que queréis...

–Todavía no he decidido lo que quiero.

Kestrel abrió la cartera, depositó la bolsa de terciopelo con las fichas en la mesa y fue a sentarse.

–Todavía no. –El emperador extendió la mano. Kestrel le entregó la cartera y él la examinó. Tras convencerse de que no contenía nada más, la dejó caer en el suelo y dijo–: Estoy seguro de que no tendrás ningún inconveniente en que me asegure de que no llevas armas ocultas encima.

Kestrel sintió un picor en la piel.

–Os doy mi palabra de que no llevo nada.

–La palabra de una traidora no es precisamente de fiar.

Así que se quedó rígida mientras las manos de él le recorrían el cuerpo desarmado. No se entretuvieron, salvo cuando le apretó los dedos contra la garganta y luego presionó más fuerte para notar los irregulares y acelerados latidos de su corazón.

–Puedes hacer lo mismo conmigo si quieres.

–No.

–¿Estás segura? –Parecía desafiarla a admitir que no quería tocarlo.

–Confío en vos.

–Bueno. Entonces, mentirosilla, juguemos.

El ejército valoriano que se aproximaba relucía como un río plateado bajo el sol.

Arin miró por un catalejo. No pudo encontrar al general.

Oyó un leve silbido.

Bajó el catalejo.

El silbido se detuvo.

Un grito de dolor.

Una flecha sobresalía de la garganta de un soldado herraní.

Más flechas volaron por el aire. Los Merodeadores valorianos les estaban disparando desde los árboles que se extendían a ambos lados del camino.

Se sentaron. Kestrel, de espaldas a la cama, aflojó la cinta de la bolsa de terciopelo y derramó las fichas sobre la mesa.

Extendió las manos para mezclarlas, pero, como había pensado que podría ocurrir, él la detuvo.

–Confirmemos que es un juego normal, ¿de acuerdo?

Comprobó las fichas para sumar su valor. Cuando vio que el juego contenía la cantidad adecuada de cada ficha de Muerde y Pica, las colocó boca abajo y las mezcló. Mantenía el semblante tranquilo, pero sus gestos reflejaban entusiasmo. Tocó todas las fichas, aunque apenas rozándolas. El emperador quería empezar a jugar.

Kestrel observó su expresión calmada. Él no pareció darse cuenta de que cuatro fichas de marfil brillaban más que el resto. La penumbra de la madrugada ayudó. El emperador eligió sus fichas.

A Kestrel se le encogió el estómago al ver que las cuatro fichas brillantes seguían en el mazo, del que ambos irían extrayendo fichas a lo largo de la partida.

Escogió su mano. Arin le había advertido que, cuando tenía muchas posibilidades de ganar, la misma ausencia de indicios en su conducta revelaba que confiaba en hacerse con la victoria. «No creo que la mayoría de la gente se fije –le había dicho él–. Tu expresión no cambia. No tienes ningún tic ni haces ningún gesto. Simplemente tengo la sensación de que hay una energía en tu interior a la que no puedo llegar y que, si lo hiciera, esa energía estallaría como un relámpago.»

Intentó no pensar en su plan, preocupada de que el simple hecho de pensar en ello se le reflejara en el rostro. Sintió que se le endurecía la expresión como le ocurre a la arcilla en un horno.

Juega, Kestrel.

Depositó sobre la mesa su primera ficha. El emperador hizo lo mismo.

Se encontró rezándole al dios de Arin: «Por favor, que esto acabe pronto».

Pero no oyó ninguna respuesta.

–Mantened la posición –gritó Roshar mientras las flechas se hundían en el ejército. Las ballestas orientales dispararon hacia los árboles.

Roshar le ordenó a Xash, su segundo al mando, que condujera a una compañía al bosque situado a la izquierda del camino. Roshar llevaría a otra compañía a la derecha.

–Nosotros nos encargaremos de los Merodeadores. Tú –le dijo a Arin– asume el mando del camino.

Arin agarró al príncipe por el hombro.

–Os quedaréis atascados en el barro. Los Merodeadores os abatirán a todos en campo abierto antes de que lleguéis a los árboles.

–No hay otra alternativa. Seguid devolviendo los disparos. Los arqueros dacranos son gente de las llanuras. Son buenos.

–No son dioses.

–Lo serán, para proteger a su príncipe.

Acto seguido, Roshar se marchó y Arin volvió a concentrar su atención en el camino, porque tenían al enemigo encima. Se acercaban en medio de un gran estruendo. Casi estaban aquí, casi estaban aquí.

Ya estaban aquí.

Mientras jugaban, la lluvia menguó y cesó. Los vasos de vino seguían intactos. El mazo todavía contenía las cuatro fichas brillantes ocultas entre las demás.

Le tocaba jugar al emperador. Estiró la mano hacia una ficha y luego hizo una pausa, añadiendo demasiado dramatismo a sus movimientos. En realidad no estaba indeciso, ni siquiera fingía estar indeciso, sino que más bien se trataba de una manifiesta pantomima de indecisión que sabía que ella reconocería como tal.

–Escoged una ficha –dijo Kestrel con voz chirriante.

–Estoy pensando.

Ella no contestó.

–¿Quieres saber en qué estoy pensando?

El emperador se recostó en la silla. Su corto cabello plateado brillaba a la luz de las lámparas. Se pasó los dedos por la boca ejerciendo suficiente presión como para tirar ligeramente de la piel flácida de las mejillas. Exploró los surcos que el paso del tiempo le había grabado cerca de la boca y pareció estar satisfecho.

Entonces, Kestrel vio que estaba mirándole las manos.

Le temblaban. Las apretó contra la mesa.

–Estoy pensando en qué te reclamaré cuando gane. La parte que me resulta especialmente atractiva del trato que hiciste es la oferta abierta. «Lo que queráis.»

Kestrel deseó haberlo expresado de otro modo, aunque no sabía qué otra cosa podría haber dicho, puesto que parte de lo que lo había llevado a aceptar jugar fue la expectativa del placer de lo que estaba haciendo ahora mismo.

–Podría hacer que me trajeras a Arin de Herrán –sugirió el emperador–. Por ti, se rendiría.

El mundo se embotó.

–No llegué a acabar lo que empecé con la cara de ese chico.

El emperador empujó la empuñadura de la daga de Kestrel con un dedo. El sonido que produjo, aunque pequeño, le bajó como unas garras por la espalda.

–O tal vez su cara no sea la que más me interesa. Podríamos ver lo que se puede hacer con la tuya.

Silencio.

–¿No, lady Kestrel?

La mirada del emperador vagó por encima del hombro de ella. Siguió hablando, prosiguiendo con su lista con voz suave. La mente de Kestrel alternaba entre pensar que él estaba nombrando las cosas que más la atormentarían, pero que no hablaba en serio, y que sí hablaba en serio y quería que ella esperara que no fuera así, y que esa esperanza suponía para él la forma más deliciosa de brutalidad.

El corazón le retumbaba en los oídos. Aquello no estaba funcionando. Había cometido un grave error al ir.

–Aunque, naturalmente –dijo el emperador al fin–, con semejante oferta, podría exigirlo todo.

Arin le ordenó a su vanguardia que se situara a los lados del camino.

Encendieron los sacos de pólvora.

La caballería valoriana retrocedió, pero lo habían visto demasiado tarde.

Los sacos estallaron bajo sus cascos. Trozos de empedrado saltaron por los aires.

–¿Renunciáis a vuestro turno? –preguntó Kestrel.

–En absoluto.

–Os da miedo jugar.

–Ambos sabemos cuál de los dos tiene miedo.

Kestrel tomó su vaso de vino y bebió.

–Admiro tu pasión por las apuestas. –El emperador le arrebató el vaso y bebió de ese también–. Antes solo estaba pensando en voz alta. No hay nada de malo en pensar.

–Yo también he estado pensando. Me pregunto por qué os ha respetado alguna vez mi padre.

Él dejó el vaso sobre la mesa.

–Es mi amigo.

–Y aun así decís las cosas que decís.

–No está aquí y, si estuviera, no le importaría.

–Sí le importaría.

El emperador la escudriñó.

–No te pareces a él. Salvo en los ojos.

–¿Por qué? –La pregunta escapó de sus labios.

La respuesta de él fue amable:

–¿Por qué qué, Kestrel?

Se le formó un nudo en la garganta. Le ardieron los ojos. Cayó en la cuenta de que se había olvidado de la partida... y de que tal vez esa había sido la intención del emperador. No quería plantear su pregunta. Pero no pudo evitarlo... ni tampoco el dolor evidente en su voz estrangulada.

–¿Por qué os eligió a vos en lugar de a mí?

–Ah. –El emperador se frotó las palmas secas y juntó las puntas de los dedos dando una palmadita–. Me has proporcionado una velada amena hasta ahora. Siento que te debo algo a cambio. Así que aquí tienes: la verdad. Trajan no era mi amigo... al principio no. Lo necesitaba para lo que quería. Destreza militar. Expansión imperial. Yo, a cambio, representaba una oportunidad para lograr lo que él quería, que no era otra cosa que su hija gobernara un día el imperio. Una ambición comprensible. O quizá nuestra amistad no empezó ahí, después de todo. Nos conocemos desde mucho antes de que tú nacieras. Es un hombre de singular inteligencia. Hay cierto placer en encontrar a tu igual. Tal vez todo empezó así. En cuanto a cómo ha ido creciendo... –Se encogió de hombros–. Tal vez es porque sabe cómo me comporto con los demás, y sabe que no me comporto así con él. Valoro a Trajan. En definitiva, cuando sostuvo tu traidora carta en la mano y vio cómo le habías mentado, la elección entre tú y yo fue la elección entre alguien que lo quiere y alguien que no.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Kestrel.

Él le dio una palmadita en la mano helada.

–Sugiero que no hablemos de tu padre.

El emperador hizo su jugada.

El aire apestaba a azufre y carne de caballo chamuscada. Los gritos eran tan numerosos y tan fuertes que, en realidad, Arin no podía oírlos. Solo oía ruido. Le zumbaban los oídos.

Los valorianos resbalaban con su propia sangre en el camino destrozado. Las flechas de los Merodeadores continuaban surcando el cielo. Arin vio que una losa había salido volando y se había estrellado contra la cara de un soldado herraní. Medio cuerpo yacía en el barro y el otro medio donde había estado el camino.

No podía divisar al general. El ejército valoriano era inmenso. La explosión solo había diezmado unas cuantas líneas de caballería.

Otra unidad de caballería valoriana avanzó y se situó en posición.

Kestrel estaba perdiendo. Al principio, el emperador se había entretenido para perturbarla, para deleitarse, para ensartarla como a un gusano y ver cómo se retorcía. La táctica de dilación de Kestrel fue diferente. Se tomó todo el tiempo posible para alargar el juego. Al principio, había querido que la partida terminara rápido. Ahora necesitaba más tiempo.

Las cuatro fichas brillantes del mazo le lanzaban destellos. Sabía cuánto valían. El lobo... podría usarlo si formara parte de su mano. O incluso la abeja.

Su frustración aumentó.

Las lágrimas se le habían secado en las mejillas y notaba la piel tirante a causa de la sal. No podía evitar repasar lo que el emperador le había contado sobre su padre. El recuerdo de cómo su padre le había dicho que le había roto el corazón.

Si él estuviera allí, Kestrel le gritaría. Él le había roto el corazón a ella, una y otra vez, durante años. Había intentado obligarla a encajar en el molde de su propia idea del honor. De lo que él quería que fuera. No lo que ella era en realidad.

Kestrel sintió que se le enderezaba la espalda.

Maldita fuera la devoción de su padre por el honor.

Cuando le tocó a ella escoger una ficha, no eligió ninguna de las marcadas.

—¡Aguantad! —gritó Arin.

Su caballo sacudió la cabeza. Su vanguardia todavía mantenía la formación: aquellas filas con pocos soldados en fondo que se extendían por el camino y subían hasta los árboles.

La caballería valoriana se fue acercando a ellos; parecía lista para abrirse paso entre las filas de Arin. Este observó cómo la caballería se situaba en formación de cuña. Los flancos izquierdo y derecho se desplegarían durante el choque e intentarían flanquear a las filas centrales del ejército de Arin galopando al lado del camino en cuanto la vanguardia de su enemigo se hubiera desmoronado.

«Sí —dijo la muerte—. Bien.»

El emperador escogió una ficha brillante. Kestrel reprimió un sonido y apartó la mirada para que él no pudiera descifrar su expresión.

Las ventanas se habían iluminado. Kestrel se fijó por primera vez en los complejos diseños de las vidrieras. De madrugada, parecían negras. Pero ahora se iban tiñendo de suaves colores. Vio qué

mostrarían pronto por completo. Flores, dioses, la proa de un barco. Las alas abiertas de un pájaro en pleno vuelo.

Esa habitación daba al este. Cuando llegara el alba, sería maravilloso.

Los ejércitos chocaron. El centro de la vanguardia de Arin se fusionó a su alrededor. Pero los bordes (según lo planeado) se desintegraron y los soldados parecieron retirarse hacia el bosque.

Los flancos izquierdo y derecho de la caballería valoriana se lanzaron directamente hacia las zonas abiertas que se extendían a lo largo del camino y que los bordes de la vanguardia de Arin habían ocultado.

Los caballos valorianos se empalaron los vientres en las estacas afiladas que Arin había hecho clavar en el barro.

El emperador depositó sobre la mesa un zorro. Examinó el desarrollo de la partida.

–Las cosas no pintan demasiado bien para ti –le dijo a Kestrel.

•

Un movimiento entre todos los demás (los cuerpos retorciéndose, forcejeando en el barro, desplomándose, levantándose, muriendo) captó la atención de Arin. En la periferia de la batalla, donde los caballos destrozados se sacudían, divisó algo parecido a un conejo. No podía mirar directamente, estaba demasiado ocupado haciendo que su caballo se apartara de la trayectoria de los cascos de un semental valoriano encabritado. Y luego bregando con el jinete del semental. Arin agarró el brazo del jinete, distraído.

No era un conejo.

Era demasiado grande para tratarse de un conejo.

Sin embargo, seguía teniendo la sensación de que había algo (alguien) fuera de lugar. Una suavidad. Una inocencia.

Sintió que el brazo se dislocaba del hombro.

El jinete gritó, pero Arin no estaba prestando atención. Mató con impaciencia al valoriano. Ya había visto qué era ese extraño movimiento allá al lado del camino, entre las estacas ensangrentadas.

Era Verex, que trataba de liberar la pierna que se le había quedado atrapada bajo el cuerpo de su caballo caído.

Una presa fácil.

Arin vio que sus soldados veían al príncipe... pero no lo veían como a un príncipe, no como a la persona que les habían advertido que no debían matar.

¿Ese hombre, un príncipe?

Verex forcejeaba, cubierto de barro, su único rasgo visible era ese pelo valoriano color paja, todo él extremidades delgadas y terror. No vio el arco tenso de la arquera dacrana, con una flecha preparada.

Arin se encontraba demasiado lejos. Gritó: «¡No!», pero la palabra se perdió en medio del rugido de la guerra.

La arquera apuntó y disparó su flecha.

•

—Casi desearía perder —caviló el emperador—. Sería una experiencia novedosa. ¿Está mal que espere que, por lo menos, esta partida dure más? Mejora, Kestrel, o esto acabará pronto.

Kestrel se recordó que hay formas de perder aunque uno tenga la mejor mano. Hizo su jugada.

Arin observó, sin poder hacer nada, cómo la flecha trazaba una lenta y certera senda hacia Verex. Lo golpeó y rebotó en la armadura de metal. Impertérrita, la arquera preparó otra flecha.

«Agáchate», lo instó Arin mientras intentaba abrirse paso hasta el borde del camino. Nunca alcanzaría a Verex a tiempo. «Usa tu caballo de escudo.» Pero Verex, que ahora veía cómo la nube de peligro que lo rodeaba se había condensado en la punta de una flecha, se quedó paralizado.

La mirada de Arin volvió a la arquera, cuyo rostro experimentó un brusco cambio de emoción justo antes de lanzar la flecha. Se quedó boquiabierta de horror.

Arin vio lo que había visto ella: a Roshar, lanzándose hacia el príncipe valoriano e interponiéndose en la trayectoria de la flecha.

Roshar derribó a Verex sobre el barro. La flecha pasó volando sobre su hombro.

A continuación, el hermano de Risha le espetó algo al aturdido valoriano, lo sacó de debajo del caballo y lo llevó a rastras hacia la protección de los árboles.

•

Ahora ambos guardaban silencio y jugaban concentrados. El emperador estiró la mano hacia otra ficha brillante.

Las vidrieras de colores resplandecieron y algo se fue abriendo poco a poco dentro de Kestrel. A medida que los colores se filtraban en la habitación, experimentó un inesperado deseo.

Deseó que su padre estuviera allí.

«Tú, que buscas la muerte de tu propio padre.»

Pero eso no era cierto, descubrió que no era así, por mucho daño que le hubiera hecho. Deseó que pudiera verla jugar, y ganar. Que pudiera ver lo que ella veía ahora.

Una ventana solo es una ventana. El cristal de colores: simple cristal. Pero bajo el sol se convierte en algo más. Ella le mostraría, y le diría, que el amor debería hacer eso mismo.

Y a ti también, le diría, porque ya no podía negar que seguía siendo cierto, a pesar de todo.

A ti también te quiero.

Después de que Roshar y Verex desaparecieran entre los árboles, Arin dejó de pensar. Casi nunca lo hacía en una batalla. Era más fácil dejarse llevar. La presión que sentía en su interior era algo bueno. Su cuerpo la obedecía.

Las estacas habían echado por tierra la estrategia valoriana. Era imposible flanquear al ejército de Arin, que se transformó en una sólida columna que embistió hacia delante por el camino. Los bordes de su vanguardia comenzaron a avanzar, luchando para llegar a los laterales desprotegidos y embarrados del camino donde se encontraban los valorianos. Con un poco de suerte, Arin los flanquearía.

Cuando su espada rajó a un enemigo, Arin pensó que no habría escogido a ningún otro dios para que lo gobernara, que ninguno de los cien podría complacerlo tanto.

«Un regalo», pensó.

«Esto no es nada –dijo la muerte–. ¿Acaso no te hice una promesa? ¿Acaso no me has sido leal, con la esperanza de que llegara este preciso momento? Mira, mira lo que tengo para ti.»

Arin miró.

A apenas unos cuantos pasos de distancia, sin caballo, sin yelmo, estaba el general Trajan.

Aquello estaba durando demasiado.

Ya había amanecido. Ahora las vidrieras eran un desenfreno, una avalancha de colores. Kestrel había llegado al final de su estrategia de juego. Tenía una mano decente, pero la aterrizzaba mostrarle sus fichas al emperador.

Daba igual qué fichas tuviera. Lo único que importaba era que la partida había terminado y que el emperador parecía relajado, con los párpados entrecerrados en un gesto de expectativa y una mirada líquida en sus ojos oscuros.

–Déjame ver –dijo el emperador.

Arin espoleó a su caballo. El general lo vio y se irguió. A Arin se le quedó la mente en blanco, no oía nada, ni siquiera a la muerte, y debería haber estado escuchando, porque en el último momento posible el general se apoyó en una rodilla y hundió la espada en el pecho del caballo de Arin.

Lo más despacio posible, Kestrel le dio la vuelta a su última ficha.

Cuatro arañas.

El emperador no sonrió. Ella casi deseó que lo hubiera hecho. Él cerró los ojos una vez y, cuando los abrió, su expresión fue aún peor que su sonrisa.

Le mostró su mano ganadora.

Cuatro tigres.

Arin salió despedido de su caballo, que no dejaba de chillar. La cabeza le resonó contra el camino.

Y resonó, y resonó.

El sudor relucía en el labio superior del emperador. Él se lo tocó, se miró los dedos de forma extraña y luego volvió a centrar su atención en Kestrel.

Ella apartó la silla bruscamente.

El emperador agarró la daga de Kestrel de la mesa y se la colocó contra la garganta con un veloz movimiento. Le pinchó la piel; brotó un hilillo de sangre.

Había sido una estúpida, su plan había sido una estupidez, una locura; sin embargo, su mente seguía buscando una idea con desesperación, otra cosa, cualquier cosa que pudiera corregir su error o hacer que ocurriera lo que ya debería haber ocurrido.

–No te tomes la derrota demasiado mal. Si te sirve de consuelo, nunca he tenido la intención de cumplir mi parte del acuerdo, aunque hubieras ganado. Pero el placer del juego fue demasiado tentador. Ahora, siéntate.

A Kestrel se le doblaron las piernas.

–Discutamos lo que me debes.

•

Arin sintió el zumbido del metal por el aire.

Se quitó de en medio balanceando el cuerpo y oyó cómo la espada del general golpeaba el camino.

Se puso en pie.

El emperador volvió a sentarse. Kestrel clavó la mirada en su mano ganadora, aturdida por el miedo.

–¿Ver esto te perturba?

Sujetando todavía la daga con una mano, el emperador colocó las fichas boca abajo. Entonces hizo una pausa y se quedó mirando las partes posteriores con el entrecejo fruncido. Tocó una de las dos fichas

brillantes y luego les dio la vuelta a las de Kestrel, estudiando los dorsos. Localizó, en el mazo, las dos fichas marcadas restantes.

–¿Qué es esto?

Kestrel dejó escapar un sonido involuntario.

El emperador agitó una mano en el aire como si espantara un insecto invisible. La luz coloreada entraba a raudales en la habitación. Las cuatro fichas brillaban con claridad.

–¿Has hecho trampas? –masculló–. ¿Cómo has podido hacer trampas y, aun así, perder?

Embistió contra el general, que interceptó el golpe, desviándolo con facilidad y manteniéndolo en una especie de movimiento envolvente que obligó a Arin a bajar la espada.

La guardia de Arin quedó abierta. El general era rápido y el ataque fue veloz. Su acero estaba tan afilado que, al principio, Arin no lo sintió cuando lo hirió.

•

El emperador se pasó la lengua por los labios secos. Les dio la vuelta a las dos fichas marcadas del mazo. Un lobo y una serpiente.

–Son buenas fichas. ¿Por qué marcar unas fichas y no tomarlas? –Tragó saliva. La protuberancia de cartílago de su garganta subió y bajó.

Kestrel vio que él empezaba a entenderlo.

Su cuerpo también empezó a entenderlo.

Arremetió contra ella.

La espada le hizo un corte a Arin en un lado del cuello, justo debajo de la oreja. Lo habría decapitado si no hubiera retrocedido a tiempo.

Había estado mirando al general a la cara sin verlo de verdad. Ahora lo vio. Vio que el otro hombre sabía exactamente quién era él y que anhelaba matarlo casi tanto como Arin anhelaba matarlo a él.

El emperador tiró el vino. Se quedó agarrotado contra la mesa, aferrando la daga con la mano.

Kestrel se apartó de la mesa mientras él se estremecía. Sintió un alivio tan profundo que ni siquiera parecía alivio. Prácticamente era agotamiento.

–Mentí –le dijo.

El emperador intentó erguirse. Ella supuso que tal vez trataba de hacer algo con la daga, pero el brazo se le había quedado rígido. El arma cayó en medio del vino tinto derramado.

–Mentí cuando dije que no había venido a asesinaros.

Él tenía los ojos muy abiertos, con una expresión descarnada.

–No me importaba ganar o perder la partida –confesó Kestrel–. Solo cuánto tardaría el veneno en mataros. Procede de un diminuto gusano oriental. En su forma más pura, el veneno es transparente. Deja un brillo al secarse. Pinté cuatro fichas de Muerde y Pica con él. Y vos las tocasteis.

Al emperador le chorreó espuma de la boca apretada.

Su respiración sonó áspera. Se volvió glotal, como el sonido de burbujas reventando.

Entonces, todo acabó.

Arin contraatacó.

Mientras luchaban, palabras brutalmente silenciosas le retumbaban en la sangre: «Madre, padre, hermana. Kestrel».

A Arin le daba igual que los golpes que su espada asestaba contra el cuerpo de metal de aquel hombre fueran inútiles, que no hubiera arte en ello, que nada atravesaría la armadura, que unas cuantas hebillas destrozadas donde la armadura se unía no fueran una victoria. Apenas veía piel, no podía alcanzarla, y quería desesperadamente hacerlo sangrar. Si no podía clavarle la espada al general, lo aporrearía. Golpearía hasta que algo se rompiera.

«Las hebillas», dijo la muerte.

Arin modificó la trayectoria de su espada en pleno ataque y la curvó hacia abajo en dirección al codo del brazo con el que el general sujetaba la espada, apuntando directamente hacia donde las hebillas rotas del brazal se agitaban sueltas.

Le amputó el brazo a la altura del codo.

La sangre bombeó sobre Arin. Si el general dejó escapar algún sonido, él no lo oyó. Lo envolvieron el calor y la humedad.

El general se desplomó. Se quedó allí tumbado parpadeando mirando al sol, a Arin, con los ojos vidriosos, moviendo la boca como si hablara, pero él no oyó nada.

Durante un momento, Arin titubeó.

Pero no había nada de ella en ese hombre, ese enemigo que yacía a sus pies. Arin echó la espada hacia atrás... con más fuerza de la necesaria para asestar el golpe mortal. Quería volcarse en ese acto.

Venganza: oscura como el vino y espesa. Le inundó los pulmones.

Aquellos ojos de color castaño claro, posados en él.

Ahí estaba.

Lo único que Kestrel compartía con su padre.

Arin se oyó hablar. Su voz sonó lejana, como si una parte de él hubiera abandonado ese camino, se hubiera elevado tan alto como el sol y observara desde arriba a la mitad que había dejado en el suelo.

–Kestrel me pidió que hiciera esto –dijo.

Pues era verdad.

Arin era un niño, un esclavo, un adulto, libre. Era todo eso al mismo tiempo... y también algo más. Lo comprendió entonces, mientras hacía descender la espada hacia la garganta del general.

El dios de la muerte no lo había bendecido.

Arin era el dios.

PERO SE DETUVO.

Arrepentimiento no era la palabra adecuada para lo que sintió a continuación. Incredulidad, quizás. A veces, incluso años después de la guerra, se despertaría bruscamente, sudando, atrapado todavía en la pesadilla donde había asesinado al padre de la mujer que amaba.

«Pero no lo hiciste», le diría ella.

«No lo hiciste.

»Cuéntamelo. Dilo otra vez. Cuéntame qué hiciste.»

Y él se lo contaría, temblando.

Su cerebro había sido como una bola de cristal. Con nada en su interior salvo ecos. El aroma de su madre. La voz de su padre. Cómo la mirada de Anireh se había clavado en él desde el otro extremo de la habitación y sus ojos dijeron: «Sobrevive». Dijeron: «Te quiero» y «Lo siento». Dijeron: «Hermanito».

Y luego el silencio. El silencio se apoderó de la mente de Arin mientras permanecía allí de pie en el camino. Dejó de oír voces. Pensó en lo extraño que le había parecido que Risha planeara la muerte del emperador, pero se negara a matarlo ella misma. Arin lo comprendía ahora. Él sabía lo que era no tener familia: como vivir en una casa sin tejado. Aunque Kestrel estuviera allí y se lo suplicara («Haz descender la espada, hazlo, por favor, ahora»), Arin no estaba seguro de poder convertirla en huérfana.

Y no estaba seguro de que ella se lo suplicaría si estuviera contemplando como él el rostro ceniciento de su padre moribundo, sus ojos iluminados por el cielo mientras intentaba hablar, la mano que le quedaba moviéndose con torpeza contra el pecho, justo encima del corazón.

Un palpitante resplandor ardió dentro de Arin. No había sido consciente del extremo al que podía llegar la venganza, cómo el ansia de matar podía parecerse tanto al deseo.

Sintió que le ardían los ojos, porque sabía qué iba a hacer.

Arin no quería estar allí. Se preguntó por qué no podemos recordar cuando nuestras madres nos llevaban en sus entrañas: el corazón oscuro y constante, cómo todo el mundo se reducía a eso, y nadie nos hacía daño, y nosotros no le hacíamos daño a nadie.

Pensó que si no mataba a ese hombre, el recuerdo de su madre se desvanecería. Pero ya lo había hecho, con el paso del tiempo. Algún día se habría alejado tanto como una estrella.

Pero no podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

«Cuéntame qué hiciste.»

Arin dejó caer la espada, se arrodilló, le arrancó el tahalí del hombro al general caído y fabricó con él un torniquete para salvar a la persona que más odiaba.

Después de la batalla, y después de que Roshar hubiera aceptado la rendición valoriana, cuando Arin estaba muerto de preocupación porque Kestrel todavía no había regresado de Sythiah, fue a la tienda del sanador.

El general estaba dormido, sin armadura y con el brazo cauterizado envuelto en vendas. Lo habían obligado a tomar una droga. Había sido una escena violenta. Incluso ahora, dormido, estaba vigilado y encadenado por los tobillos y tenía la mano que le quedaba atada con fuerza al costado.

Arin se tiró del pelo hasta que le dolió el cuero cabelludo. Si Kestrel no había vuelto a mediodía, él mismo iría a Sythiah. El cerebro le reptaba por el cráneo y su estómago era un bulto reseco.

Odiaba ver al general. Odiaba ver incluso a Verex, que le caía más o menos bien, cojeando por el campamento, rebosante de preocupación... por Risha, pero también por Kestrel, lo que lo hacía sentirse absurdamente posesivo, como si Verex intentara robarle al sentirse en algún sentido igual que él. Arin se volvió inaguantable, lo sabía, pero debía combatir constantemente la certeza de que, si le había ocurrido algo a Kestrel, su corazón se transformaría en sal.

No sabía qué hacer con las manos mientras observaba al general dormido. Se las guardó en los bolsillos antes de que se lanzaran a por el cuello. Se recordó por qué había ido.

Le abrió la chaqueta. Buscó el bolsillo interior y localizó el punto exacto en el que el hombre había intentado tocarse el pecho mientras yacía sangrando sobre el camino.

Los dedos de Arin tocaron papel. Lo sacó. Tenía una textura blanda como el ante de tanto manosearlo. Lo habían doblado y desdoblado muchas veces.

Era una partitura. Al principio, no entendió qué estaba mirando. La letra de Kestrel. Escritura en herraní. Anotaciones musicales con nítida tinta negra. Su propio nombre saltó de la página.

«Querido Arin.»

Entonces reconoció que la música se correspondía con la sonata que Kestrel había estado practicando cuando él entró en la sala de música del palacio imperial la primavera pasada. Esa había sido la última vez que la había visto antes de la tundra. Había pensado que sería la última vez que la vería.

Salió apresuradamente de la tienda. No podía leer la carta allí.

Pero no sabía si podría leerla en alguna parte, si habría algún sitio lo bastante privado, porque estar solo significaría que seguiría estando consigo mismo, y odiaba recordar cómo había dejado a Kestrel aquel día, y qué le había sucedido a ella después.

Deseaba desesperadamente leerla.

No soportaba leerla.

Lo ofendió que su padre la hubiera conservado.

Se preguntó qué significaría que su padre la hubiera conservado.

Apenas fue consciente de atravesar a trompicones el ruidoso campamento y adentrarse en el bosque. La idea de leer la carta le parecía una transgresión, como si fuera a leer algo destinado a otra persona.

Pero iba dirigida a él.

«Querido Arin.»

Y Arin leyó.

–¿Estás bien?

Arin levantó la mirada hacia Roshar y luego volvió a centrar su atención en la yegua. Le pasó una mano por la parte interna de la pata delantera izquierda y le levantó el casco, sosteniéndolo por delante. Con la mano libre, lo limpió con un limpiacascos, lo cepilló y usó un cuchillo para explorar los bordes exteriores buscando el origen del problema. Cerca había un cubo de agua salada caliente del que brotaba vapor. Ya era casi mediodía.

–Arin.

–Solo estoy pensando.

Las palabras que había escrito Kestrel seguían propagándose como rayos de luz por su interior, haciéndolo sentir más grande por dentro que antes, como si se hubiera tragado el sol y este encajara de algún modo, y resplandeciera y doliera y lo dejara deslumbrado: medio ciego, pero aun así capaz de ver las cosas con más claridad que nunca.

–Pues déjalo –dijo Roshar–. Has estado poniendo cara hosca o soñadora, y ni ninguna de las dos le pega al líder victorioso de su pueblo libre.

El aludido resopló. La yegua, al sentir que el cuchillo tocaba una zona dolorosa, intentó liberar la pata. Arin la agarró fuerte, apoyándosela en la rodilla.

–Por lo menos podrías dar un discurso enardecedor –sugirió Roshar.

–No puedo. Me voy a Sythiah.

Un sonido estrangulado escapó de la garganta de Roshar.

–No en esta yegua –explicó Arin–. Está coja.

–¿Qué estás haciendo?

–Renqueaba. Dolía mirarla. Creo que es un absceso. Debe de haber pisado algo afilado.

–Arin, tú no eres un maldito herrador. Otra persona puede encargarse de esto.

–Chist –susurró con tono compasivo cuando localizó el absceso. La yegua intentó apartarse de nuevo, pero Arin reventó la herida cerrada, de la que supuró al instante pus negro. Procedió a abrir el absceso y luego extrajo el resto del pus–. Acércame ese cubo, ¿quieres?

–Oh, por supuesto. Vivo para complacer.

Arin introdujo el casco en el cubo de agua caliente. La yegua, a la que le dolía la pata, piafó, salpicando agua mientras empujaba la cabeza, pero Arin agarró el ronzal y le hizo bajar la cabeza, calmándola mientras vigilaba la pata para asegurarse de que permaneciera dentro del cubo.

–Arin, ¿por qué eres tan transparente? Siempre que estás preocupado, te pones a arreglar cosas. Extraer porquería de un casco es lo de menos. No sé qué es peor, verte hacer eso o saber cuánto te

costará siempre ocultar tus sentimientos.

Arin le acarició el cuello a la yegua. El animal piafó de nuevo, pero empezó a tranquilizarse.

–Hemos ganado –afirmó Roshar–, y Kestrel está bien. Ya hemos hablado de eso. Ese veneno es muy tóxico.

–Pero no ha vuelto.

–Ya volverá. Debes aprovechar tu momento de gloria política. Si no, otra persona lo hará.

Arin lo miró entrecerrando los ojos.

–Dices que soy transparente como si eso fuera algo malo, pero no necesito dar un discurso para que mi gente vea lo que soy.

Roshar cerró la boca. Parecía estar a punto de añadir algo más, pero no lo hizo, porque Kestrel y Risha entraron a caballo en el campamento.

EL EJÉRCITO SE DIRIGIÓ DESPACIO A LA CIUDAD. ALGUNOS iban a pie y había muchos heridos. Kestrel se mantuvo alejada de los carros que los transportaban.

–No puedo verlo –le dijo a Arin cuando el ejército hizo una pausa para descansar. Pero parte de ella quería aprovechar ese rato para visitar a su padre.

–No tienes que hacerlo –contestó él.

En el silencio que se produjo a continuación, mientras se alejaban de los carros, fragmentos de todo lo que él le había contado adquirieron forma y colores espantosamente vivos: el brazo cercenado de su padre, la venganza perdida de Arin, la carta que ni siquiera había sido capaz de reconocer cuando él se la entregó.

Fue un momento antes de que Kestrel cayera en la cuenta de que una nerviosa energía se había apoderado de Arin. Se estaba mordiendo el labio inferior y hacía gestos torpes con las manos, como si tratara de hablar pero no pudiera. Al fin, dijo:

–Pediste su muerte. Y no lo hice. ¿Debería haberlo hecho? ¿Cometí un error?

La envolvió un sentimiento dulce. Atrapó las erráticas manos de Arin y las sostuvo entre las suyas.

–No –le aseguró–. No fue un error.

•

Aquella carta.

Kestrel la leyó una y otra vez, en la alta hierba de verano que crecía en las márgenes del camino, por la noche a la luz del farol. La tinta de la pluma había adquirido un tono amarronado con el paso del tiempo. Se imaginó a su padre leyéndola bajo el sol durante la campaña. Algunas zonas del papel tenían una transparencia cerosa. ¿El residuo del aceite que se usaba para pulir un arma? A su padre le gustaba limpiar su propia daga. Les buscó significado a las manchas que habían dejado unos dedos sucios bajo ciertas palabras, pero en realidad lo único que quedaba demostrado era el apremio con el que ella había garabateado las palabras. Rastros de sangre herrumbrosa deformaban la parte inferior de la carta y las frases finales se habían perdido. Kestrel no lograba recordar qué había escrito allí. Como si fuera un mapa gastado, el papel se doblaba al instante bajo la más mínima presión.

La carta tenía un aspecto sereno en su mano, plegada sobre sí misma. Kestrel quiso retroceder en el tiempo y consolar a la chica que la había escrito, aunque el único consuelo que pudiera ofrecerle fuera comprensión. Quiso imaginarse una historia diferente, una en la que su padre leía la carta y también la comprendía, y se la devolvía a su hija y le decía que nunca debería haber tenido que escribir algo así. «Te quiero. Haría cualquier cosa por ti», decía la carta, y a Kestrel le costó contenerse para no estrujar

el papel con el puño al darse cuenta de que esas palabras eran lo que ella siempre había querido que su padre le dijera.

•

A tres días de distancia de la ciudad, el ejército había acampado para pasar la noche. Kestrel fue a la tienda del sanador.

Su padre se percató de su presencia en cuanto entró. Se estremeció y luego la miró, y Kestrel no supo qué debería sentir: la especie de suave y pesado consuelo que experimentó al ver a su padre, simplemente porque era su padre, o la rabia que bulló en su pecho, o cómo deseó expresarle su pesar por su brazo mutilado, y quiso decirle que se lo merecía.

—¿Por qué conservaste mi carta?

No le contestó.

Se lo preguntó de nuevo.

Él volvió la cara hacia el otro lado.

Kestrel siguió preguntando hasta que notó que la voz se le quebraba y pensó que Risha se había equivocado cuando dijo que el perdón era como el barro, como si pudiera adquirir cualquier forma que necesitaras.

Era duro, era roca.

Kestrel se alejó de la tienda.

Vérex les comunicó que Risha y él se marchaban. Querían dirigirse a las llanuras orientales y, tal vez, zarpar desde la costa este de Dacra para descubrir qué había en las aguas inexploradas situadas más allá. El príncipe no deseaba heredar el imperio. Pidió que hicieran correr la voz de que había muerto.

Notó que Kestrel ponía cara larga.

—Tú opinas que debería regresar a la capital y convertirme en emperador.

—Para serte sincera, no quiero que te vayas a ningún sitio. Te echaré de menos.

Los ojos castaños del príncipe se volvieron cálidos.

—Vendré de visita. Y Risha también. Quiere adiestrarte en el manejo del arma que tú elijas hasta que te sientas lo suficientemente peligrosa.

Kestrel abrió la boca para decir que sería un esfuerzo inútil, pero entonces se le ocurrió que tal vez no fuera así y que el hecho de que lo fuera o no no importaba tanto como la alegría que le produjo el ofrecimiento.

—A mí también me cae bien ella.

Estaban apoyados contra el tronco de un árbol muy ancho que se alzaba cerca del campamento. Esporas blancas de las ramas en flor descendían flotando. Kestrel se preguntó si un herraní lo

consideraría la señal de un dios y, en ese caso, de cuál.

–Lo siento –le dijo a Verex.

Él sabía a qué se refería.

–No sentía afecto por mi padre. Y, desde luego, él tampoco por mí.

–Aun así.

–No estoy seguro de qué otra cosa podrías haber hecho. En todo caso... –Se encorvó contra la corteza–. Lo peor es que me siento aliviado. –Una espina se le posó en la punta de la bota y luego se alejó volando. Verex añadió, en voz baja–: Y un poco cobarde. Me preocupa que, si me convierto en emperador, acabe siendo como él.

–Tú no. Nunca.

–Y culpable, porque estoy abandonando un país que podría desmoronarse. No está claro quién gobernará ahora.

–Apuesto que tienes algunas ideas. Se me ocurren unos cuantos senadores que no repararían en medios para hacerse con el poder. O el capitán de la guardia. Aunque no recuerdo a todos los integrantes de la corte, o quién le debe un favor a quién o le guarda rencor. Tú podrías aclararme el panorama y yo podría... bueno, vigilar cómo evoluciona la situación en la capital.

Él enarcó las cejas.

–¿Haciendo de espía otra vez, Kestrel?

–Jefa de espías, tal vez.

Verex recogió una ramita del suelo y la fue partiendo en trocitos.

–Creo que Arin necesitará uno –añadió.

–Serías la mejor en ello. Pero desearía que no te arriesgaras constantemente. Te gusta demasiado apostar.

Ella se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

–Soy quien soy.

La sonrisa del príncipe se tiñó de afecto. Luego se puso serio y dijo:

–Antes creía que podría soportar ocupar el lugar de mi padre. Pero Risha sería desgraciada. Y yo también.

Kestrel contestó, con una ferocidad repentina:

–Entonces, sé feliz.

–Lo seré, si tú también lo eres.

Ligeras pelusas blancas cayeron del árbol mientras Verex le describía las complejidades políticas de la corte valoriana, y luego le contó que la cachorrita que le había regalado cuando vivía en la corte había crecido hasta convertirse en una enorme perra de buen temperamento que vivía con una familia en las estribaciones de las montañas valorianas. Tenían niños pequeños que la adoraban, incluso cuando les mordisqueaba los zapatos. Maris (una joven cortesana por la que Kestrel había sentido una intensa

aversión hasta que descubrió que, en realidad, no era así) se había casado bien y se regodeaba en ello. En cuanto a Jess, Verex le dijo que se había marchado a las Islas del Sur al comienzo de la guerra.

–Ojalá supiera algo más –añadió.

Kestrel anhelaba verla. Se preguntó si ocurriría algún día, y si podrían enmendar lo que había ido mal entre ellas.

–El otro día te vi entrar en la tienda del sanador –comentó Verex.

–No quiere hablar conmigo.

–Inténtalo otra vez.

•

Cuando Risha y Verex se marcharon, dos días antes de que el ejército llegara a la ciudad, Kestrel no dejó de sonreír mientras los besaba en las mejillas. Al principio, le costó ser fuerte y no permitir que la despedida la abrumara. Pero entonces se fijó en Roshar, que había evitado a su hermana pequeña desde su regreso como si le tuviera miedo, merodeando por allí cerca. Risha se acercó a él y le susurró algo que Kestrel no pudo oír. La expresión de Roshar se alivió. No le contestó a su hermana, simplemente le tomó las manos y se las besó.

Kestrel pensó que tal vez había estado equivocada, y Risha también, sobre el perdón, que no era barro ni roca sino que se parecía más a las flotantes esporas blancas. Se soltaban de los árboles cuando estaban listas. Eran suaves al tacto, pero había que dejarlas ir, de modo que pudieran encontrar un lugar en el que sembrarse y crecer.

Fue de nuevo a la tienda.

Esta vez, su padre habló antes que ella.

–Dame tu daga.

Lágrimas ardientes anegaron los ojos de Kestrel.

–Ni se te ocurra.

–Desátame la mano. Dame tu daga.

–No.

–Es lo último que te pido.

–No puedes pedirme que te ayude a suicidarte.

Su padre ya no la miraba.

–¿Por qué conservaste mi carta? –le preguntó una vez más.

–Ya sabes por qué.

–¿Por qué fue? ¿Por arrepentimiento?

–Esa no es la palabra adecuada.

–Entonces, ¿qué?

–No hay palabras para explicarlo.

–Encuéntralas.

–No puedo.

–Hazlo.

Él tragó saliva.

–Eso intento. No sabía... que todo se volvería insoportable. Eso es lo que ocurre cuando destruyes aquello que te es máspreciado.

–Elegiste hacerlo.

–Sí.

–¿Por qué?

Él no contestó, pero sus ojos se convirtieron en conchas transparentes y duras y Kestrel supo que no había sido únicamente su código de honor lo que lo había llevado a contarle al emperador la traición de su hija. Había querido herirla, porque ella lo había herido a él.

–No parecía real cuando lo estaba haciendo. Como si no estuviera despierto.

–¿Sabes lo que me hicieron en las minas? –susurró.

Su padre cerró los ojos.

Kestrel se lo describió. Él la dejó. Las lágrimas escaparon de sus párpados cerrados.

–Kestrel –dijo por fin–. Tú sabes que solo hay una solución. No puedo ser un padre para ti.

–Pero lo eres.

–No hay lugar para mí aquí. ¿Es que voy a estar prisionero el resto de mi vida?

El tema se había tratado... a voces. Roshar estaba a favor de una ejecución pública. Arin había perdido los estribos de una forma que Kestrel no había visto en mucho tiempo y le había espetado que el destino del general era únicamente decisión de ella.

–No lo sé –le contestó a su padre.

Se hizo el silencio.

–¿Cómo es que ni siquiera puedes pedir perdón? –dijo Kestrel.

–Imposible.

–Pídelo.

Él se mantuvo callado un buen rato.

–No puedo pedir algo que nadie podría concederme. Pido clemencia.

A Kestrel se le empañaron los ojos de lágrimas y supo que ambos tardarían años en alcanzar el perdón y la clemencia, y que ella necesitaba hasta el último minuto de ese tiempo.

Le dijo que todavía lo quería, porque era cierto. Su padre le debía mejores respuestas que las que le había ofrecido, y, aunque él nunca las tuviera, ella estaba en su derecho de seguir pidiéndolas. Nunca le entregaría su daga.

–Me esforcé tanto por vivir en tu mundo... –le dijo Kestrel–. Ahora te toca a ti vivir en el mío.

ARIN DEBERÍA HABÉRSELO ESPERADO. PERO, DE ALGUNA forma, no fue así.

Tantas flores. Debían de haber cortado todas las flores estivales de los jardines, que estarían desnudos durante semanas. Cuando el ejército cruzó el portón, un rugido hizo vibrar las murallas de piedra; Arin dio un respingo de sorpresa y apretó las riendas con las manos al creer durante un fugaz instante que ese sonido significaba peligro. Entonces vio los radiantes rostros de la gente que abarrotaba las calles y pensó: «Ah, están felices». Lo que lo hizo feliz y, mientras Kestrel le sonreía sobre el lomo de *Jabalina*, con un pétalo rosado adherido a la mejilla, se le ocurrió que quizás iba a tener que acostumbrarse a la felicidad, porque quizá esta vez no lo abandonaría.

Entonces Kestrel volvió la cabeza y la vio contemplar el ejército dacrano-herraní desplegado tras ellos en la calle principal de Lahirrin. La línea de su boca reflejaba tensión.

—No estoy segura de que sea prudente tener a todos los soldados dentro de las murallas de la ciudad — comentó ella.

—Esta victoria es de todos. Hay que honrar a todo el mundo.

—Ya lo sé.

—¿Pero?

—Nuestros aliados orientales nos superan en número.

Arin sabía a qué se refería.

—Siempre ha sido así.

—Si quieren este país, les sería fácil hacerse con él... sobre todo desde el interior de las murallas.

Arin le echó un vistazo a Roshar, que se había adelantado para encontrarse con la reina.

—Confío en él.

—Sí, lo sé.

Arin detuvo a su caballo. *Jabalina* también se quedó inmóvil. Una lluvia de flores flotaba a su alrededor.

—Me dolería sospechar de él.

—Por eso lo hago yo por ti.

Una tela cayó sobre la cabeza de Arin desde arriba, desde una ventana de una de las casas altas y estrechas situadas cerca del mercado. Sorprendido, ciego, se la apartó de la cara mientras su caballo se removía asustado debajo de él.

Se trataba de una antigua bandera herraní, con el escudo real bordado.

—Pero el linaje real se ha extinguido —dijo Arin.

—Están buscando cómo llamarte —respondió Kestrel mientras le daba un toquecito a *Jabalina* para que avanzara.

–Esto no. No está bien.

–No te preocupes. Encontrarán las palabras adecuadas para describirte.

–Y a ti.

–Oh, eso es fácil.

–¿En serio? –Le parecía imposible nombrar todo lo que ella representaba para él.

La expresión de Kestrel se volvió seria, luminosa. A Arin le encantaba verla así.

–Dirán que soy tuya, igual que tú eres mío.

Cuando Sarsine la vio, sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en simples rendijas y Kestrel fue consciente de que aquella mujer era bastante alta.

–Para tener reputación de ser tan lista –la reprendió Sarsine–, te comportas como si tuvieras la cabeza llena de serrín. ¿Nunca se te ocurrió que me preocuparía cuando desapareciste de la ciudad sin decir nada?

–No pretendía marcharme exactamente.

–Ah, así que simplemente ocurrió.

–Sí.

–Los dioses te empujaron a hacerlo.

Kestrel se rio.

–Puede. –Luego añadió con seriedad–: Lo siento, Sarsine.

La otra mujer se cruzó de brazos.

–Pues compénsamelo.

–¿Cómo?

La expresión de Sarsine se suavizó. Ahora tenía un brillo inquisitivo en la mirada.

–Empieza con la noche que te fuiste. Termina con este mismo instante. Y cuéntamelo todo.

Y eso fue lo que hizo Kestrel.

Iba a haber un festín por toda la ciudad para celebrar la victoria militar, con un banquete en el palacio del gobernador que presidiría la reina Inishanaway. Las cocineras de la casa de Arin estaban muy atareadas sacrificando a todos los pollos del patio, triturando erastis y golpeando masa contra mesas enharinadas.

Arin se encontraba en la despensa, intentando tranquilizar a una mujer que le decía que acababa de poner en conserva las mermeladas, ¿y había que usarlas todas para el banquete, hasta la última? Ella no creía que los dacranos supieran apreciar las ileas. ¿Por qué servirles algo que no les encantaría tanto como a los herraníes? Sin duda, sería mejor guardar por lo menos esos tarros para el invierno.

Intentar explicar el significado político de un dispendio tan fastuoso hizo que Arin acabara enredado en frustrantes frases incompletas, pues para él tampoco tenía mucho sentido consumir todo lo comestible

en una sola noche.

Y entonces oyó la voz de Roshar, hablando con acento en herraní, que bajaba por el pasillo que conducía a las cocinas.

—... no lo entiendes. El trozo de carne debe ser de la mejor calidad, extraída del lomo, condimentada con esta especia, no esa...

Arin se excusó, le dijo a la mujer que ya hablarían de mermeladas más tarde y siguió la voz del príncipe.

—... y debe estar bien asada por fuera, casi carbonizada, pero con sangre por dentro. De un tono rosado brillante. Presta atención. Esto es crucial. Si algo sale mal, el banquete quedará arruinado.

Al entrar en la cocina principal, encontró al príncipe soltándole una diatriba a la jefa de cocina, que miró a Arin con los ojos entrecerrados, con una mezcla de impaciencia y resignación.

—Ahí estás. —A Roshar se le iluminó el rostro—. Necesito tu ayuda, Arin.

—¿Para preparar carne?

—Es muy importante. Tienes que recalcarle esa importancia a tu cocinera aquí presente. El destino de las relaciones políticas entre mi país y el tuyo pende de un hilo.

—Por la carne.

—Es para su tigre —intervino la cocinera.

Arin se llevó las manos a la cara y apretó los ojos.

—Tu tigre.

—Es muy exigente —contestó Roshar.

—No puedes llevar el tigre al banquete.

—El pequeño *Arin* me ha echado de menos. No pienso separarme de él.

—¿Te plantearías cambiarle el nombre?

—No.

—¿Y si te lo suplicara?

—Ni hablar.

—Roshar, el tigre ha crecido.

—Y es un muchachote adorable.

—No puedes meterlo en un salón con cientos de personas.

—Se portará bien. Posee el porte y los modales de un príncipe.

—Oh, ¿como tú?

—Tu tono me ofende.

—No estoy seguro de que puedas controlarlo.

—¿Acaso no ha sido siempre la más dulce de las criaturas? ¿Le negarías a tu tocayo la oportunidad de ser testigo de nuestra victoriosa celebración? Y, por supuesto, la imagen de Kestrel y tú: uno al lado del

otro, herraní y valoriana, un amor para toda la eternidad. ¡Se escribirán canciones sobre ello, Arin! Sobre cómo os casaréis y haréis bebés...

–Por todos los dioses, Roshar, cierra el pico.

Aunque Arin no hubiera sabido cuánto odiaba Kestrel entrar en el palacio construido para el gobernador valoriano durante el periodo de colonización, lo habría notado en sus hombros tensos, en la forma en la que se tocaba la daga que llevaba a la cadera y prácticamente le gruñó a Roshar cuando le sugirió que sin duda podría renunciar, solo por esa noche, al salvajismo de portar abiertamente un arma.

Arin le lanzó una mirada de advertencia al príncipe. Este fingió una expresión de inocente desconcierto, luego se encogió de hombros y procedió a caminar por delante de ellos, con el joven tigre siguiéndolo con sigilo. Era inquietantemente dócil, incluso para tratarse de un cachorro criado por humanos. El animal colocó la cabeza bajo la mano de Roshar como si fuera un gato doméstico. Arin observó el sólido balanceo de su cuerpo, los hombros ya fuertes subiendo y bajando bajo la piel. Sintió, pero no pudo ponerle nombre, el origen de lo que hacía que la gente (y, al parecer, también los animales) anhelaran seguir al príncipe. Con un incómodo hormigueo, sospechó que, si se lo preguntara y Roshar se dignara ofrecerle una respuesta clara, el príncipe diría que, fuera lo que fuese, Arin también lo poseía.

Era una sensación extraña: como si del cuerpo de Arin salieran filamentos. Un millar de sedales que requerían atención. Aquí y allá. Pequeños tirones. Personas enganchadas en los sedales. La forma en la que a veces la gente no se atrevía a mirarlo a los ojos y, cuando lo hacían, se convertían en peces intentando respirar.

Arin deseaba que no fuera así.

Pero sabía que sería necesario.

Roshar y el tigre desaparecieron dentro, dejándolos a Kestrel y a él solos en el sendero.

Kestrel permanecía rígida, con los delicados zapatos plantados en la gravilla. Se había levantado el dobladillo de la falda de color verde tormenta, un gesto propio de una dama, pero Arin vio cómo apretaba la tela con los puños.

–Lo lamento –le dijo, adivinando qué la inquietaba: el recuerdo de la Rebelión del Solsticio de Invierno. Sus amigos muertos, el engaño de él, los salones del palacio del gobernador abarrotados de cadáveres.

Ella le dedicó una mirada dura.

–Parte de ti no lo lamenta.

No pudo negarlo.

Pero entonces ella se ablandó y añadió:

–Yo tampoco soy inocente. Yo también lamento y no lamento algunas de las cosas que he hecho. –Dejó caer el dobladillo del vestido sobre las piedras y le tocó el dorso de la mano con tres dedos.

Arin olvidó, durante un instante, dónde estaban y de qué estaban hablando. Un milagro: que un roce tan ligero pudiera parecer toda una caricia, que su cuerpo pudiera enardecerse con tanta facilidad.

Ahora la expresión de Kestrel parecía de diversión.

–Vayámonos. –Arin le deslizó una mano bajo el cabello suelto y le pasó el pulgar por la línea del cuello, percibiendo el errático pulso—. No entremos.

–Arin. –Suspiró—. Debemos entrar. –La boca entreabierta se cerró de nuevo formando una línea tensa.

–¿Qué más te preocupa?

–La reina no ha hablado contigo.

–Bueno... –contestó Arin, incómodo, mientras pensaba en varias razones que justificaran el silencio de Inisha.

–Todos los dacranos están demasiado callados.

–Roshar no.

–Él también. Habla un montón sin decir gran cosa.

Arin hizo una pausa y luego dijo:

–Creo en nuestra alianza.

–Yo también quiero creer.

Arin le ofreció la mano.

Entraron en silencio.

Se sentaron a una mesa situada sobre una tarima elevada en el salón comedor, los cuatro alineados, con Arin y la reina ocupando el centro y Kestrel y Roshar a los lados. Una distribución que Roshar logró sin que pareciera que intervenía mientras los cientos de personas ya sentadas los observaban.

La reina miró a Arin de reojo, sus ojos negros era indescifrables. No le dijo nada, ni volvió a mirarlo.

Roshar, con el tigre acurrucado a sus pies, apenas tocó su comida a medida que se servían los primeros platos, pero en cambio estuvo bebiendo aquel licor verde dacrano que le gustaba. Arin vio, más allá de la silueta de la reina, cómo Roshar apretaba y soltaba el vaso. Le temblaban los dedos.

–Hermano. –La reina habló como si lo animara a hacer algo.

–Déjame en paz. –El príncipe volvió a llenarse el vaso.

Cuando trajeron el plato principal (incluyendo, se fijó Arin con irónica diversión, el lomo meticulosamente preparado para el tigre, en su propia fuente), Roshar se puso en pie, tambaleándose un poco. Se hizo el silencio en el salón. El príncipe recorrió con la mirada los rostros de los presentes, dacranos y herraníes por igual.

–Gente de los cien –dijo empleando una antigua expresión herraní que a Arin le sorprendió que conociera–, ¿quién es vuestro líder?

Tantas personas gritaron el nombre de Arin que ya ni siquiera sonaba como su nombre.

—¿Le confiáis vuestro país?

«Sí.»

—¿Diríais que Herrán es suyo?

«Sí.»

A Arin le bajó por la espalda un repentino escalofrío de recelo.

Roshar alzó la mano para que la estruendosa multitud guardara silencio y a Arin le recordó a Tramposo disfrutando de su papel de subastador. Notó como si tuviera una piedra en la garganta. Kestrel le apretó la mano, pero Arin ya no se sentía allí del todo.

—Basta ya —repuso la reina... no tanto como reprimenda, sino más bien para indicarle que fuera al grano.

—He luchado por Arin, he sangrado por él. Lo llevo en el corazón. Incluso le he puesto su nombre a mi tigre... un honor considerable. Y, sin embargo, tenemos un problema. Arin de Herrán no fue siempre mi amigo, y en una ocasión cometió un delito contra mi persona que hizo que mi reina me concediera el control de todo lo que posee: su vida, sus pertenencias y, puesto que decís que le pertenece, su país. Se me ha dicho que despoje a Arin de aquello que me corresponde. Se me ha dicho que es mío por ley. ¿Debo hacerlo? Sí. ¿Mi gente apoyará mi reivindicación, mediante el uso de la fuerza si es necesario? Sí. ¿La admiración de mi reina por mí aumentará? Oh, desde luego. Así que debo hacerlo.

»No, Arin. Siéntate. De lo contrario, te pondrás en ridículo, y esa labor me corresponde a mí. Veo que la comida de mi tigre ha llegado. Eh, tú. Sí, tú. El de la fuente. Tráela.

Kestrel se rio. Arin sintió más que vio que ella se había relajado a su lado, que resplandecía de júbilo. Arin se recostó en su silla, porque ahora él también entendía el juego que se traía Roshar. Quiso suspirar de alivio. Quiso estrangular al príncipe.

Y darle las gracias.

—Eso es. —Roshar señaló la fuente con una floritura de la mano—. La comida de *Arin* el tigre. Puesto que se me ha ordenado que le arrebate a Arin lo que le pertenece a Arin, eso haré. —Regresó a su asiento, fuente en mano, y comenzó a cortar la carne. Probó un bocado—. Hum. Esto está estupendo. Muy bien hecho. Ahora, en cuanto a lo que le pertenece a Arin el humano, renuncio a toda reivindicación a ello. Nada suyo fue nunca mío, ni lo será. Lo que le pertenece, defiende su derecho a conservarlo, por el amor que siento por él, y él por mí. —Miró directamente a la reina mientras comía—. Esto está delicioso. Justo como me gusta.

La reina esbozó una sonrisa forzada.

—Oh, ¿puede traer alguien otro trozo de lomo? Crudo, por favor. Mi tigre tiene hambre.

–NO QUIERO QUE TE VAYAS.

Las olas se mecían contra el muelle. El sol era demasiado brillante. Los tablones desgastados por la acción de los elementos crujían bajo los pies de Arin.

–Solo porque te gusta que te presionen. Que alguien te obligue a comportarte como debes.

–No, Roshar.

–Ya sabes qué hacer. Te irá bien.

–Ese no es el motivo.

–¿El motivo por el que me echarás de menos? Admito que la inminente ausencia de mi agudo ingenio pondría triste a cualquiera.

–No exactamente.

–Ahora me estoy poniendo triste yo con solo pensar en lo que significaría separarse de mi encantadora persona. Por suerte para mí, siempre me tendré a mí mismo.

–Lo que dijiste en el banquete es verdad.

–Todo lo que yo digo es verdad.

–Que te quiero.

El rostro de Roshar se quedó inmóvil.

–¿Dije eso?

–Ya sabes que sí.

–Eso fue más bien para añadirle dramatismo al momento.

–Mentiroso.

–Sí que lo soy, ¿eh? –dijo Roshar despacio–. Lo soy de verdad. Arin... –La voz se le volvió áspera–. Volverás a verme.

–Pronto –contestó él, y lo abrazó.

Entonces se separaron y alguien podría haber pensado que el sol era un poco cruel, pues su brillo no permitió subterfugios en sus expresiones, y todo lo que se podría ver quedó a la vista. Pero a Arin le pareció un acto de bondad. Quería ser un espejo para reflejar lo que Roshar significaba para él.

Un bote aguardaba abajo en el agua. Arin le deseó que encontrara mareas favorables. Se quedó mirando hasta que el bote llegó al barco de Roshar y luego siguió mirando mientras el barco, junto con el resto de la flota dacrana, salía de la bahía de su ciudad.

Divisó a Sarsine mientras caminaba por la ciudad. Su prima llevaba una cesta cargada: le tiraba del brazo, revelando que pesaba incluso de lejos. Su expresión ligeramente atribulada se suavizó al verlo.

Arin tomó la cesta.

–¿Vienes o vas?

–Tengo que hacer un recado aquí, y no volveré a casa hasta más tarde.

–¿Adivino qué te trae a la ciudad?

–Puedes intentarlo.

Arin echó un vistazo dentro de la cesta. Pan, todavía caliente del horno. Una botella de licor. Unos trozos largos y planos de madera. Rollos de gasas.

–¿Una merienda... con un soldado herido? Sarsine –bromeó–, ¿es amor verdadero? ¿Para qué son los palos? Espera, no me lo digas. No estoy seguro de querer saberlo.

Ella le dio un manotazo.

–La hija mayor del carretero tiene un brazo roto.

Arin sintió que se le formaba un bloque de hielo en el fondo del estómago. Pensó en los cuerpos destrozados que había visto, incluyendo los que él mismo había destrozado. Comprendió que, de algún modo, había esperado no tener que volver a pensar nunca en cómo la gente daña a otra gente.

La noche de la invasión. La espalda de Kestrel. La suya. El rostro lleno de cicatrices de Roshar. El suyo. La forma en la que, en el campo de batalla, un cuerpo podía dar la impresión de no haber sido nunca humano, y que justo eso era lo que Arin había querido hacerle al padre de Kestrel, que estaba en esa ciudad, en su ciudad, en una cómoda prisión, cuando ninguna comodidad podría devolverle el brazo a aquel hombre, y ningún muro podría aprisionar el recuerdo de Arin de lo que había hecho y lo que quería hacer y de lo que no podía arrepentirse.

Pero sí se arrepentía.

No podía.

Lo hacía.

–Arin, ¿estás bien?

–¿Cómo? –logró decir–. ¿Cómo se rompió el brazo?

–Se cayó de una escalera.

Debió de relajarse a ojos vistas, porque su prima enarcó las cejas y parecía a punto de regañarlo.

–Me había imaginado algo peor –intentó explicarse.

Ella pareció comprender su alivio ante que el dolor, si tenía que ocurrir, hubiera llegado esta vez sin maldad. Solo había sido un accidente. No lo había causado nadie. Los azares, a veces, de la vida. Una mala caída que termina con pan y alguien que te cuida.

•

Fue un largo camino a casa. Pero le supuso un placer recobrar, sin previo aviso, el recuerdo de volver a casa caminando siendo un niño, con la certidumbre de que allí encontraría todo lo que amaba, sano y

salvo, una certeza tan absoluta que ni siquiera había sido consciente de ello.

La ciudad dio paso a cipreses. Tenía los pies cubiertos de polvo. El sol acentuaba el olor de todo: su piel caliente, el sendero achicharrado, un aroma a lavanda que llegaba de algún sitio que él no podía ver.

El dios de la muerte guardaba silencio. No se había marchado. Habitaba dentro de Arin, pero cómodamente, como si existiera una especie de afinidad entre ellos. Arin andaba en compañía de la muerte, pero la muerte no era lo único que vivía en su interior.

Había una chica en su corazón. En su casa.

Esperándolo.

Unos antiguos escalones de piedra recorrían la última colina. Arin aceleró el paso.

La casa apareció ante su vista. Las ventanas abiertas destellaban. Un caballo de batalla pastaba en el prado.

Aunque Arin estaba deseando ver a Kestrel, tendría que esperar. Captó fragmentos de música a lo lejos. A medida que atravesaba la hierba, la melodía del piano se fue intensificando. En su interior brotó una felicidad que se multiplicó y brilló... que relucía, pero como lo hace el agua, con consistencia.

Un agradable cansancio se apoderó de él. Se tumbó en la hierba y escuchó. Pensó en cuando Kestrel se había quedado dormida en el jardín del palacio y había soñado con él. Cuando se lo contó, él había deseado que hubiera sido real. Intentó imaginarse el sueño, y entonces descubrió que él también estaba soñando. Todo tenía sentido en su sueño y, a la vez, notó lo tenue que era esta lógica perfecta. El arco del pie descalzo de Kestrel. Una antigua historia sobre el dios de la muerte y la costurera. Al despertar, Arin dejaría de entender por qué tocar a Kestrel despertaría el recuerdo de una historia en la que hacía mucho tiempo que no pensaba.

Soñó: una media hecha un ovillo en su puño, y la pregunta aislada de cómo la habían elaborado, ¿quién la había cosido? Vio sus manos (aunque no se parecían a sus manos) midiendo y cortando tela, dando puntadas invisibles. Un niño de cabello oscuro salió dando tumbos de una habitación, con la marca de un dios en la frente. Cuando un visitante entró y dijo: «Téjeme una tela hecha de ti», Arin pensó que él era a la vez el intimidante visitante y el niño y la costurera. Ella dijo: «Voy a echarte de menos cuando despierte».

«No despiertes», contestó él.

Pero Arin despertó.

Kestrel, que estaba a su lado en la hierba, le preguntó:

—¿Te he despertado? No era mi intención.

Arin tardó un aterciopelado momento en comprender que eso era real. El aire estaba en calma. Un insecto batía sus alas transparentes. Kestrel le apartó el pelo de la frente. Ahora estaba completamente despierto.

–Parecías tan relajado durmiendo... –comentó ella.

–Estaba soñando. –Le rozó la suave boca.

–¿Con qué?

–Acércate más, y te lo contaré.

Pero se le olvidó. La besó y se perdió en la exquisita sensación de cómo su piel se volvió demasiado tirante para su cuerpo. Así que le murmuró otras cosas. Un secreto, un deseo, una promesa. Una historia, a su manera.

Kestrel hundió los dedos en la verde tierra.

ESA NOCHE HABÍA REFRESCADO, LO QUE PRESAGIABA el fin del verano. El lento y caluroso día dio paso a una brisa tan fresca como sábanas recién lavadas.

Kestrel, que se encontraba en las caballerizas, le dio de comer una zanahoria a *Jabalina*. Le prometió manzanas.

–Pronto –le dijo, y se preguntó si los caballos percibían el cambio de las estaciones. ¿Veían cómo las manzanas crecían en los árboles? ¿Tenían algún modo de llevar la cuenta del paso del tiempo o siempre era ahora para ellos, sin ninguna noción de antes? Puede que «pronto» tampoco significara nada.

Había planeado visitar a su padre. Quería preguntarle sobre su infancia. Su memoria seguía hecha jirones algunas veces, y Arin no podía contarle lo que no sabía. Quería preguntarle a su padre: ¿Cómo fue cuando me regalaste a *Jabalina*? ¿Cuál fue mi primera palabra? ¿Guardaste mis dientes de leche o mi niñera los plantó en la tierra como hacen los herraníes? ¿Cómo era yo, y cómo eras tú conmigo, y con mi madre?

Aunque su memoria no hubiera sufrido daños, ella no habría sabido algunas de esas respuestas. Todo el mundo pierde fragmentos del pasado. Pero entonces se le ocurrió que tal vez su padre tampoco lo sabría, o lo sabría y no le contaría nada. O lo sabría e intentaría intercambiar sus recuerdos por la ocasión de usar la daga de Kestrel. El valor desertó de ella. No fue a la prisión.

–Irás cuando puedas –le había dicho Arin cuando se lo contó.

–Debería poder ahora.

–Esto no es una herida en el cuerpo. Nadie puede decir cuánto tardará en sanar.

Entonces se fijó en que Arin tenía las uñas negras y que no dejaba de llevarse la mano al bolsillo como si quisiera asegurarse de que algo seguía allí.

Kestrel se había propuesto no hacer conjeturas. Pero nunca podía evitar hacer conjeturas. Una cálida sonrisa le iluminó el rostro.

Arin cerró los ojos fingiendo disgusto.

–Por todos los dioses, ¿es que no puedo ocultarte nada?

–Ha sido sin querer.

–Qué ladina eres. Pero no voy a dártelo todavía. Es para Ninarrith.

El tiempo pareció fluir de manera extraña, como si el anillo ya estuviera en su dedo meñique, el más vulnerable.

–Es sencillo –se había apresurado a aclarar Arin.

–Me encantará.

–¿Te lo pondrás?

–Sí.

–¿Siempre?

–Sí –le había asegurado ella–, si me enseñas a hacer otro para ti.

Kestrel le dedicó una última caricia al caballo. Era plena noche. Salió de las caballerizas. El brillo de las luciérnagas salpicaba la oscura hierba.

Pensó en la expresión de Arin cuando le preguntó si le enseñaría a forjar un anillo para él, y toda la conversación relució en su interior como una de aquellas luciérnagas. Al observarlas, casi se podría pensar que una luciérnaga deja de existir con un titileo, luego cobra vida, desaparece de nuevo, regresa... Que, cuando no está iluminada, no está ahí siquiera.

Pero lo está.

Una brisa nocturna agitaba una cortina. Kestrel había acabado considerando el dormitorio de Arin (cayó en la cuenta de ello con una agradable sensación de sorpresa) también el suyo. Él le estaba trazando perezosos círculos en el vientre. El movimiento de sus dedos la hipnotizaba, dejándole la mente en blanco de una forma singular y pura.

Arin se recostó en la cama, apoyándose en un codo.

–Se me ha ocurrido que hay algo que no hemos hecho nunca.

Los pensamientos de Kestrel regresaron de golpe. Lo miró enarcando una ceja.

Él se acercó para susurrarle al oído.

–Sí –contestó ella con una carcajada–. Hagámoslo.

–¿Ahora?

–Ahora.

Así que tomaron sus batas y la lámpara que había junto a la cama y recorrieron descalzos los aposentos de Arin, con cierta premura, y luego atravesaron la silenciosa casa, reprimiendo una risita. No podían mirarse a la cara; una desenfrenada y ruidosa alegría amenazaba con liberarse si lo hacían. Descendieron por la escalera y entraron en la salita.

Cerraron la puerta tras ellos, pero aun así...

–Vamos a despertar a toda la casa –dijo Kestrel.

–¿Cómo deberíamos hacerlo?

Ella lo condujo hacia el piano.

–Fácil.

Arin apoyó la palma de la mano sobre el instrumento como si ya notara las vibraciones de la música. Carraspeó.

–Ahora que lo pienso, estoy un poco nervioso.

–Ya has cantado para mí antes.

–No es lo mismo.

–Arin. He querido hacer esto desde hace mucho tiempo.

Sus palabras lo silenciaron, lo tranquilizaron.

La expectativa se propagó dentro de Kestrel como la fragancia de un jardín bajo la lluvia. Se sentó ante el piano, rozando las teclas.

–¿Listo?

Él sonrió.

–Toca.

Nota de la autora

Deseo agradecerles a los siguientes libros, entre otros, su inspiración y orientación: *Orientalismo* de Edward Said, *Scenes of Subjection: Terror, Slavery, and Self-Making in Nineteenth-Century America* de Saidiya V. Hartman, *Captives: Britain, Empire, and the World, 1600-1850* de Linda Colley, *Historias* de Heródoto, *Vida de Frederick Douglass, un esclavo americano* de Frederick Douglass, *Ante el dolor de los demás* de Susan Sontag, *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World* de Elaine Scarry, *El arte de la guerra* de Sun Tzu, *Anábasis de Alejandro Magno* de Arriano, *The Renaissance Drill Book* de Jacob de Gheyn y *Weapons and Warfare in Renaissance Europe* de Bert S. Hall.

Gracias a los amigos que han leído borradores o fragmentos de borradores: Renée Ahdieh, Marianna Baer, Olivia Benowitz, Kristin Cashore, Donna Freitas, Daphne Benedis-Grab, Anne Heltzel, Mordicai Knode, Sarah Mesle, Mary E. Pearson, Jill Santopolo y Eliot Schrefe. Muchos otros amigos también hablaron conmigo de diversos temas relacionados con este libro, como Sarah MacLean (sobre amnesia); mi marido, Thomas Philippon (sobre estrategia militar); Robin Wasserman (sobre secretos); y, las anteriormente mencionadas, Olivia, Miriam Jacobson, Nadine Knight, Sarah Wall-Randell y Kate Moncrief (sobre caballos). Olivia y yo mantuvimos varias conversaciones sobre la parte en la que Arin trata el casco de un caballo; sus sugerencias y experiencia fueron cruciales. Drew Gorman-Lewis, profesor adjunto de Ciencias de la Tierra y el Espacio de la Universidad de Washington, habló largo y tendido conmigo sobre la geología y el terreno de mi tundra ficticia y las propiedades del azufre en la vida real. Tony Swatton, un espadero de hoy en día, me aconsejó sobre cómo podría Arin transformar la espada de su padre en una daga. Podéis encontrar a Tony en su tienda (y fragua) *The Sword and the Stone*, y también presenta una *webseries* llamada *Man at Arms*. Gracias a Dan Wolfe por ponerme en contacto con Tony y a Becky Rosenthal por pasarle el teléfono a Drew (y por ser una queridísima amiga).

Mi editorial, Macmillan, es la mejor. Pondría en manos de Janine O'Malley, mi editora, mi vida metafórica, y los aplaudo a ella y a todos los que trabajan allí; sobre todo a mi publicista, Gina Gagliano, y a Mary Van Akin, Simon Boughton, Molly Brouillette, Jean Feiwel, Liz Fithian, Katie Halata, Angus Killick, Kathryn Little, Karen Ninnis, Joy Peskin, Cynthia Ritter, Caitlin Sweeny, Allison Verost, Ashley Woodfolk y Jon Yaged.

Como siempre, le estoy profundamente agradecida a mi agente, Charlotte Sheedy, así como a todo el mundo de la Charlotte Sheedy Literary Agency, y a Joan Rosen en particular.

El final de una serie es un lugar extraño en el que morar: una especie de nimbo de tristeza y entusiasmo. Me recuerda a la representación de Angela Carter de los momentos intermedios, como el solsticio, o los estados liminales, cuando uno no es realmente una cosa o la otra. Como ella bien sabía, la incertidumbre (y su futura culminación) es la esencia de los cuentos de hadas. Para mí supone un cuento de hadas perfecto haber escrito un libro y que lo hayáis leído. Les estoy agradecida a todos mis lectores, incluyendo bibliotecarios, librereros y blogueros, y quiero expresarles mi gratitud en especial a Stephanie Sinclair y Kat Kennedy del blog Cuddlebugger, porque fueron las primeras personas que reseñaron *La maldición del ganador*. Vi sus reseñas un día increíblemente nevado, y fue mágico descubrir que dos completas desconocidas comprendían mi libro como yo lo había esperado. Les doy las gracias, y también a vosotros.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](https://www.instagram.com/plataformaneo)

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.

